La Historia Interminable

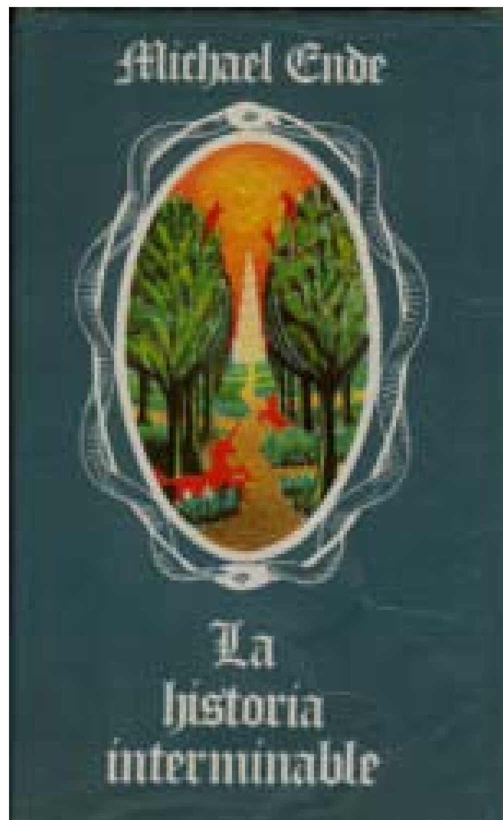
Michael Ende

ALFAGUARA
JUVENIL

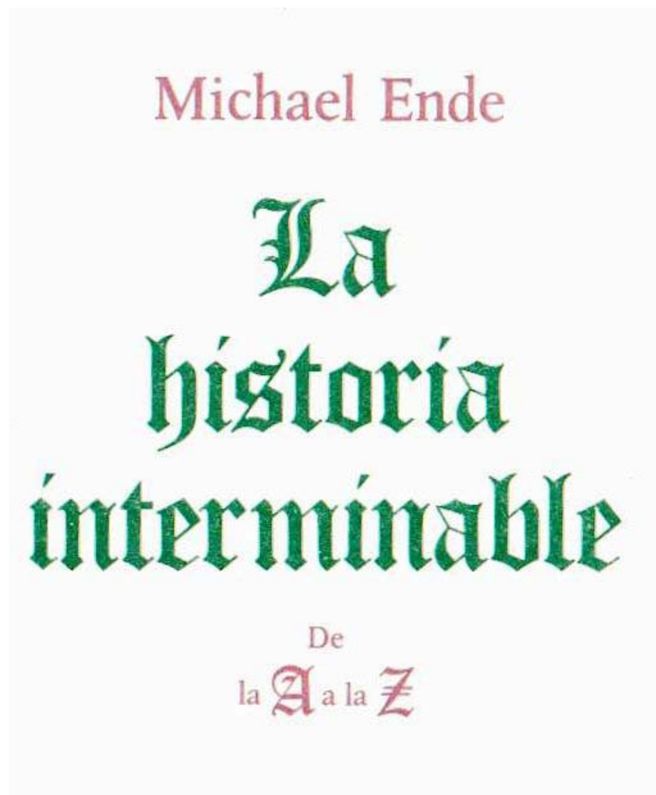
La Historia Interminable

De

Michael Ende






Michael Ende
La historia interminable
De
la A a la Z



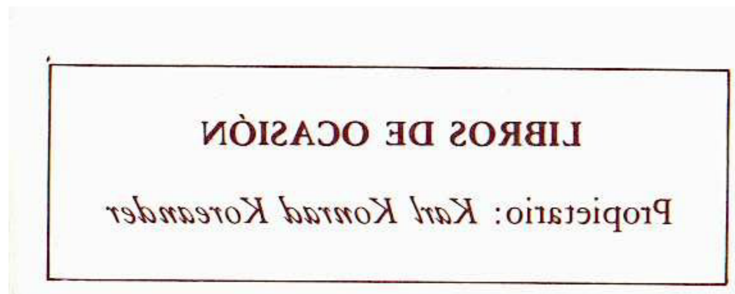


Índice





Prologo



Esta era la inscripción que había en la puerta de cristal de una tiendecita, pero naturalmente sólo se veía así cuando se miraba a la calle, a través del cristal, desde el interior en penumbra.

Fuera hacía una mañana fría y gris de noviembre, y llovía a cántaros. Las gotas correteaban por el cristal y sobre las adornadas letras. Lo único que podía verse por la puerta era una pared manchada de lluvia, al otro lado de la calle. La puerta se abrió de pronto con tal violencia que un pequeño racimo de campanillas de latón que colgaba sobre ella, asustado, se puso a repiquetear, sin poder tranquilizarse en un buen rato.

El causante del alboroto era un muchacho pequeño y francamente gordo, de unos diez u once años. Su pelo, castaño oscuro, le caía chorreando sobre la cara, tenía el abrigo empapado de lluvia y, colgada de una correa, llevaba a la espalda una cartera de colegial. Estaba un poco pálido y sin aliento pero, en contraste con la prisa que acababa de darse, se quedó en la puerta abierta como clavado en el suelo.

Ante él tenía una habitación larga y estrecha, que se perdía al fondo en penumbra. En las paredes había estantes que llegaban hasta el techo, abarrotados de libros de todo tipo y tamaño. En el suelo se apilaban montones de mamotretos y en algunas mesitas había montañas de libros más pequeños, encuadernados en cuero, cuyos cantos brillaban como el oro. Detrás de una pared de libros tan alta como un hombre, que se alzaba al otro extremo de la habitación, se veía el resplandor de una lámpara. De esa zona iluminada se elevaba de vez en cuando un anillo de humo, que iba aumentando de tamaño y se desvanecía luego más arriba, en la oscuridad. Era como esas señales con que los indios se comunican noticias de colina en colina. Evidentemente, allí había alguien y, en efecto, el muchacho oyó una voz bastante brusca que, desde detrás de la pared de libros, decía:

-Quédese pasmado dentro o fuera, pero cierre la puerta. Hay corriente.





El muchacho obedeció, cerrando con suavidad la puerta. Luego se acercó a la pared de libros y miró con precaución al otro lado. Allí estaba sentado, en un sillón de orejas de cuero desgastado, un hombre grueso y rechoncho. Llevaba un traje negro arrugado, que parecía muy usado y como polvoriento. Un chaleco floreado le sujetaba el vientre. El hombre era calvo y sólo por encima de las orejas le brotaban mechones de pelos blancos. Tenía una cara roja que recordaba la de un buldog de esos que muerden. Sobre las narices, llenas de bultos, llevaba unas gafas pequeñas y doradas, y fumaba en una pipa curva, que le colgaba de la comisura de los labios torciéndole toda la boca. Sobre las rodillas tenía un libro en el que, evidentemente, había estado leyendo, porque al cerrarlo había dejado entre sus páginas el gordo dedo índice de la mano izquierda... como señal de lectura, por decirlo así.

El hombre se quitó las gafas con la mano derecha, contempló al muchacho pequeño y gordo que estaba ante él chorreando, frunciendo al hacerlo los ojos, lo que aumentó la impresión de que iba a morder, y se limitó a musitar: -¡Vaya por Dios! -Luego volvió a abrir su libro y siguió leyendo. El muchacho no sabía muy bien qué hacer, y por eso se quedó simplemente allí, mirando al hombre con los ojos muy abiertos. Finalmente, el hombre cerró el libro otra vez -dejando el dedo, como antes, entre sus páginas- y gruñó:

-Mira, chico, yo no puedo soportar a los niños. Ya sé que está de moda hacer muchos aspavientos cuando se trata de vosotros..., ¡pero eso no reza conmigo! No me gustan los niños en absoluto. Para mí no son más que unos estúpidos llorones y unos pesados que lo destrozan todo, manchan los libros de mermelada y les rasgan las páginas, y a los que les importa un pimiento que los mayores tengan también sus preocupaciones y sus problemas. Te lo digo sólo para que sepas a qué atenerte. Además, no tengo libros para niños y los otros no te los vendo. ¿Está claro?

Todo eso lo había dicho sin quitarse la pipa de la boca. Luego abrió el libro otra vez y continuó leyendo.

El muchacho asintió en silencio y se dio la vuelta para marcharse, pero de algún modo le pareció que no debía aceptar sin protesta aquel sermón, y por eso se volvió otra vez y dijo en voz baja:

-No todos son así.

El hombre levantó despacio la vista y se quitó de nuevo las gafas.

-¿Todavía estás ahí? ¿Qué hay que hacer para librarse de ti, me lo quieres decir? ¿Qué era eso tan importantísimo que has dicho?

-No era importante -respondió el muchacho en voz más baja todavía-. Sólo que... no todos los niños son como usted dice.

-¡Vaya! -El hombre enarcó las cejas fingiendo asombro-. Entonces, tú eres sin duda una excepción, ¿no?

El muchacho gordo no supo qué responder. Sólo se encogió ligeramente de hombros y se volvió otra vez para irse.





-¡Vaya educación! -oyó decir a sus espaldas a aquella voz refunfuñona-. Desde luego no te sobra, porque, si no, te hubieras presentado por lo menos.

-Me llamo Bastián -dijo el muchacho-. Bastián Baltasar Bux.

-Un nombre bastante raro -gruñó el hombre-, con esas tres bes. Bueno, de eso no tienes la culpa porque no te bautizaste tú. Yo me llamo Karl Konrad Koreander.

-Tres kas -dijo el muchacho seriamente.

-Mmm -refunfuñó el viejo-. ¡Es verdad!

Lanzó unas nubecillas de humo.

-Bueno, da igual cómo nos llamemos porque no nos vamos a ver más. Ahora sólo quisiera saber una cosa y es por qué has entrado en mi ienda con tanta prisa. Daba la impresión de que huías de algo. ¿Es cierto?

Bastián asintió. Su cara redonda se puso de pronto un poco más pálida y sus ojos se hicieron aún mayores.

-Probablemente habrás asaltado un banco -sugirió el señor Koreander-, o matado a alguna vieja o alguna de esas cosas que hacéis ahora. ¿Te persigue la policía, hijo?

Bastián negó con la cabeza.

-Vamos, habla -dijo el señor Koreander-. ¿De quién huyes?

-De los otros.

-¿De qué otros?

-Los niños de mi clase.

-¿Por qué?

-Porque... no me dejan en paz.

-¿Qué te hacen?

-Me esperan delante del colegio.

-¿Y qué?

-Me llaman cosas. Me dan empujones y se ríen de mí.

-¿Y tú te dejas?





El señor Koreander miró al muchacho un momento con desaprobación y preguntó luego:

-¿Y por qué no les partes la boca?

Bastián lo miró asombrado.

-No... no quiero. Además... no soy muy bueno boxeando.

-¿Y qué tal la lucha? -quiso saber el señor Koreander-. Correr, nadar, fútbol, gimnasia... ¿No se te da bien nada de eso?

El muchacho dijo que no con la cabeza.

-En otras palabras -dijo el señor Koreander-, que eres un flojucho, ¿no?

Bastián se encogió de hombros.

-Pero hablar sí que sabes -dijo el señor Koreander-. ¿Por qué no les contestas cuando se meten contigo?

-Ya lo hice una vez...

-¿Y qué pasó?

-Me metieron en un cacharro de basura y ataron la tapa. Estuve dos horas llamando hasta que me oyó alguien.

-Mmm -refunfuñó el señor Koreander-, y ahora ya no te atreves.

Bastián asintió.

-O sea -dedujo el señor Koreander-, que además eres un gallina.

Bastián bajó la cabeza.

-Y seguramente un pelota también, ¿no? El mejor de la clase con todo sobresalientes, y enchufado con todos los profesores, ¿verdad?

-No -dijo Bastián conservando la vista baja-. El año pasado se me cargaron.

-¡Santo cielo! -exclamó el señor Koreander-. Una nulidad en toda la línea.

Bastián no dijo nada. Sólo siguió allí. Con los brazos colgantes y el abrigo chorreando.

-¿Qué te llaman para burlarse de ti?

-No sé... Todo lo que se les ocurre.

-¿Por ejemplo?





-¡Gordo! ¡Gordote! ¡Sentado en un bote! Si el bote se hunde, el Gordo se funde. ¡Bueno está que abunde!

-No es muy ingenioso -opinó el señor Koreander-. ¿Y qué más?

Bastián titubeó antes de hacer una enumeración.

-Chiflado, bólido, cuentista, bolero...

-¿Chiflado? ¿Por qué?

-Porque a veces hablo solo.

-¿De qué, por ejemplo?

-Me imagino historias, invento nombres y palabras que no existen, y cosas así.

-¿Y te lo cuentas a ti mismo? ¿Por qué?

-Bueno, porque no le interesa a nadie.

El señor Koreander se quedó un rato en silencio, pensativo.

-¿Qué dicen a eso tus padres?

Bastián no respondió enseguida. Sólo al cabo de un rato musitó:

-Mi padre no dice nada. Nunca dice nada. Le da todo igual.

-¿Y tu madre?

-No tengo.

-¿Están separados tus padres?

-No -dijo Bastián-. Mi madre está muerta.

En aquel momento sonó el teléfono. El señor Koreander se levantó con cierto esfuerzo de su sillón y entró arrastrando los pies en una pequeña habitación que había en la parte de atrás de la tienda. Descolgó el teléfono y Bastián oyó confusamente cómo el señor Koreander pronunciaba su nombre. Luego la puerta del despacho se cerró y sólo pudo oír un murmullo apagado.

Bastián se puso en pie sin saber muy bien lo que le había pasado ni por qué había contado y confesado todo aquello. Le molestaba que le hicieran preguntas. De repente se dio cuenta con horror de que iba a llegar tarde al colegio; era verdad, tenía que darse prisa, correr... pero se quedó donde estaba, sin poder decidirse. Algo lo detenía, no sabía qué.





En el despacho seguía oyéndose la voz apagada. Fue una larga conversación telefónica. Bastián se dio cuenta de que, durante todo el tiempo, había estado mirando fijamente el libro que el señor Koreander había tenido en las manos y ahora estaba en el sillón de cuero. Era como si el libro tuviera una especie de magnetismo que lo atrajera irresistiblemente.

Cogió el libro y lo miró por todos lados. Las tapas eran de color cobre y brillaban al mover el libro. Al hojearlo por encima, vio que el texto estaba impreso en dos colores. No parecía tener ilustraciones, pero sí unas letras iniciales de capítulo grandes y hermosas. Mirando con más atención la portada, descubrió en ella dos serpientes, una clara y otra oscura, que se mordían mutuamente la cola formando un óvalo. Y en ese óvalo, en letras caprichosamente entrelazadas, estaba el título

La historia interminable

Las pasiones humanas son un misterio, y a los niños les pasa lo mismo que a los mayores. Los que se dejan llevar por ellas no pueden explicárselas, y los que no las han vivido no pueden comprenderlas. Hay hombres que se juegan la vida para subir a una montaña. Nadie, ni siquiera ellos, puede explicar realmente por qué. Otros se arruinan para conquistar el corazón de una persona que no quiere saber nada de ellos. Otros se destruyen a sí mismos por no saber resistir los placeres de la mesa... o de la botella. Algunos pierden cuanto tienen para ganar en un juego de azar, o lo sacrifican todo a una idea fija que jamás podrá realizarse. Unos cuantos creen que sólo serán felices en algún lugar distinto, y recorren el mundo durante toda su vida. Y unos pocos no descansan hasta que consiguen ser poderosos. En resumen: hay tantas pasiones distintas como hombres distintos hay.

La pasión de Bastián Baltasar Bux eran los libros. Quien no haya pasado nunca tardes enteras delante de un libro, con las orejas ardiéndole y el pelo caído por la cara, leyendo y leyendo, olvidado del mundo y sin darse cuenta de que tenía hambre o se estaba quedando helado...

Quien nunca haya leído en secreto a la luz de una linterna, bajo la manta, porque Papá o Mamá o alguna otra persona solícita le ha apagado la luz con el argumento bien intencionado de que tiene que dormir, porque mañana hay que levantarse tempranito...

Quien nunca haya llorado abierta o disimuladamente lágrimas amargas, porque una historia maravillosa acababa y había que decir adiós a personajes con los que había corrido tantas aventuras, a los que quería y admiraba, por los que había temido y rezado, y sin cuya compañía la vida le parecería vacía y sin sentido...

Quien no conozca todo eso por propia experiencia, no podrá comprender probablemente lo que Bastián hizo entonces.

Miró fijamente el título del libro y sintió frío y calor a un tiempo. Eso era, exactamente, lo que había soñado tan a menudo y lo que, desde que se había entregado a su pasión, venía deseando: ¡Una historia que no acabase nunca! ¡El libro de todos los libros!





¡Tenía que conseguirlo, costase lo que costase! ¿Costase lo que costase? ¡Eso era muy fácil de decir! Aunque hubiera podido ofrecerle más de los tres marcos y cincuenta pfennig que le quedaban de su paga..., aquel antipático señor Koreander le había dado a entender con toda claridad que no le vendería ningún libro. Y, desde luego, no se lo iba a regalar. La cosa no tenía solución...

Y, sin embargo, Bastián sabía que no podría marcharse sin el libro. Ahora se daba cuenta de que precisamente por aquel libro había entrado allí, de que el libro lo había llamado de una forma misteriosa porque quería ser suyo, porque, en realidad, ¡le había pertenecido siempre!

Bastián escuchó atentamente el murmullo que, lo mismo que antes, venía del despacho.

Antes de darse cuenta de lo que hacía, se había metido muy deprisa el libro bajo el abrigo y lo sujetaba contra el cuerpo con ambos brazos. Sin hacer ningún ruido, se dirigió a la puerta de la tienda andando hacia atrás y mirando entretanto temerosamente a la otra puerta, la del despacho. Levantó el picaporte con cautela. Quería evitar que las campanillas de latón sonaran y abrió la puerta de cristal sólo lo suficiente para poder deslizarse por ella. Silenciosa y cuidadosamente, cerró la puerta por fuera.

Y sólo entonces comenzó a correr.

Los cuadernos, los libros del colegio y la caja de lápices saltaban y tableteaban en su cartera al ritmo de sus piernas. Le dio una punzada en el costado, pero siguió corriendo.

La lluvia le resbalaba por la cara, metiéndosele por el cuello. El frío y la humedad le calaban el abrigo, pero Bastián no lo notaba. Sentía calor, y no era sólo de correr.

Su conciencia, que antes, en la tienda, no había dicho esta boca es mía, se había despertado de repente. Todas las razones que habían sido tan convincentes le parecieron de pronto totalmente increíbles, y se fundieron como monigotes de nieve bajo el aliento de un dragón.

Había robado. ¡Era un ladrón!

Lo que había hecho era peor incluso que un robo corriente. Aquel libro era seguramente un ejemplar único e insustituible. Sin duda había sido el mayor de los tesoros del señor Koreander. Quitarle a un violinista el violín o a un rey su corona era peor que llevarse el dinero de un banco. Mientras corría, apretaba contra su cuerpo el libro, por debajo del abrigo. No quería perderlo por muy caro que le costara. Era todo lo que le quedaba en el mundo.

Porque a casa, naturalmente, no podía volver. Intentó imaginarse a su padre, sentado en la amplia habitación arreglada como laboratorio y trabajando. A su alrededor había docenas de vaciados en escayola de dentaduras humanas, porque era protésico dental. Bastián no había pensado nunca si a su padre le gustaba realmente aquel trabajo. Ahora se le ocurrió por primera vez, pero ya no podría preguntárselo nunca.

Si volviera a casa ahora, su padre saldría del taller con su bata blanca y, quizá, con una dentadura de escayola en la mano, y le preguntaría:





-¿Ya de vuelta?

-Sí -diría Bastián-.

-¿No hay colegio hoy? -Bastián vio ante sí la cara tranquila y triste de su padre y se dio cuenta de que le sería imposible mentir. Pero tampoco podía decirle la verdad. No, lo único que podía hacer era marcharse; a cualquier parte, muy lejos. Su padre no debía saber nunca que su hijo se había vuelto ladrón. Y quizá ni se diera cuenta de que Bastián no estaba ya. La idea resultaba incluso un tanto consoladora.

Bastián había dejada de correr. Ahora andaba despacio y, al final de la calle, vio el edificio del colegio. Sin darse cuenta, había tomado su camino habitual. La calle le pareció vacía, aunque había personas aquí y allá. Pero, a quien llega tarde al colegio, el mundo que lo rodea le parece siempre muerto. De todas formas, le daba miedo el colegio, escenario de sus fracasos diarios; le daban miedo los profesores, que le reñían amablemente o descargaban sobre él sus iras; miedo los otros niños, que se reían de él y no perdían oportunidad de demostrarle lo torpe y lo débil que era. El colegio le había parecido siempre como una pena de prisión larguísima, que duraría hasta que creciera y que él tenía que cumplir con muda resignación.

Pero cuando iba ahora por sus pasillos llenos de ecos, que olían a cera de pisos y a abrigo mojado, cuando el siniestro silencio de la casa le taponó de pronto los oídos como un trozo de algodón y cuando, finalmente, estuvo delante de la puerta de su clase, pintada del mismo color espinaca seca que las paredes, comprendió que tampoco allí se le había perdido nada. Tenía que irse. Y lo mejor era hacerlo ya.

¿Pero a dónde?

Bastián había leído en los libros historias de muchachos que se enrolan en un buque y se van a correr mundo para hacer fortuna. Algunos se hacían también piratas o héroes, y otros volvían ricos a su patria, unos años más tarde, sin que nadie sospechase quiénes eran.

Pero una cosa así no se atrevía a hacerla Bastián. Ni siquiera podía imaginarse que lo aceptaran como grumete. Además, no tenía la menor idea de cómo llegar a un puerto donde hubiera buques apropiados para esas arriesgadas empresas.

Entonces, ¿a dónde?

Y de pronto se le ocurrió el lugar adecuado, el único en donde -por lo menos, de momento- no lo buscarían y encontrarían.

El desván era grande y oscuro. Olía a polvo y naftalina. No se oía ningún ruido, salvo el suave tamborileo de la lluvia sobre las planchas de cobre del gigantesco tejado. Fuertes vigas, ennegrecidas por el tiempo, salían a intervalos regulares del entarimado, uniéndose más arriba a otras vigas del armazón del tejado y perdiéndose en algún lado en la oscuridad. Aquí y allá colgaban telas de araña, grandes como hamacas, que se columpiaban suave y fantasmalmente en el aire. De lo alto, donde había un tragaluz, bajaba un resplandor lechoso.





La única cosa viva en aquel entorno, en donde el tiempo parecía detenerse, era un ratoncito que saltaba sobre el entarimado, dejando en el polvo huellas diminutas. Allí donde la colita le arrastraba, quedaba entre las impresiones de sus patas una raya delgada. De pronto se enderezó y escuchó. Y luego -¡hush!- desapareció en un agujero de las tablas.

Se oyó el ruido de una llave en la gran cerradura. La puerta del desván se abrió despacio y rechinando y, por un instante, una larga franja de luz atravesó el cuarto. Bastián se metió dentro y cerró luego empujando la puerta, que rechinó otra vez. Metió una gran llave en la cerradura y la hizo girar. Luego echó además el cerrojo y dio un suspiro de alivio. Ahora sí que no podrían encontrarlo. Nadie lo buscaría allí. Sólo muy raras veces venía alguien -¡de eso estaba bastante seguro!- e, incluso si la casualidad quería que precisamente hoy o mañana alguien tuviera algo que hacer allí, quien fuera se encontraría con la puerta cerrada. Y la llave no estaría. En el caso de que, a pesar de todo, abrieran la puerta, Bastián tendría tiempo suficiente para esconderse entre los cachivaches.

Poco a poco, sus ojos se iban acostumbrando a la penumbra. Conocía el lugar. Seis meses antes, el portero del colegio le había pedido que lo ayudase a transportar un gran cesto de ropa lleno de viejos formularios y papeles que había que dejar en el desván. Entonces Bastián había visto dónde se guardaba la llave de la puerta: en un armarito que había en la pared, junto al tramo superior de la escalera. Desde entonces no había vuelto a pensar en ello. Pero ahora se había acordado otra vez.

Bastián comenzó a tiritar, porque tenía el abrigo empapado y allí arriba hacía mucho frío. Por de pronto, tenía que buscar un lugar en donde ponerse un poco más cómodo. Al fin y al cabo, tendría que estar allí mucho tiempo. Cuánto... En eso no quería pensar de momento, ni tampoco en que pronto tendría hambre y sed.

Anduvo un poco por allí.

Había toda clase de trastos, tumbados o de pie; estantes llenos de archivadores y de legajos no utilizados hacía tiempo, pupitres manchados de tinta y amontonados, un bastidor del que colgaba una docena de mapas antiguos, varias pizarras con la capa negra desconchada, estufas de hierro oxidadas, aparatos gimnásticos inservibles, balones medicinales pinchados y un montón de colchonetas de gimnasia viejas y manchadas, amén de algunos animales disecados, medio comidos por la polilla, entre ellos una gran lechuza, un águila real y un zorro, toda clase de retortas y probetas rajadas, una máquina electrostática, un esqueleto humano que colgaba de una especie de armario de ropa, y muchas cajas y cajones llenos de viejos cuadernos y libros escolares.

Bastián se decidió finalmente a hacer habitable el montón de colchonetas viejas. Cuando uno se echaba encima, se sentía casi como en un sofá. Las arrastró hasta debajo del tragaluz, donde la claridad era mayor. Cerca había, apiladas, unas mantas militares de color gris, desde luego muy polvorientas y rotas, pero plenamente aprovechables. Bastián las cogió. Se quitó el abrigo mojado y lo colgó junto al esqueleto en el ropero. El esqueleto se columpió un poco, pero a Bastián no le daba miedo. Quizá porque estaba acostumbrado a ver en su casa cosas parecidas. Se quitó también las botas empapadas. En calcetines, se sentó al estilo árabe sobre las colchonetas y, como un





indio, se echó las mantas grises por los hombros. Junto a él tenía su cartera... y el libro de color cobre.

Pensó que los otros, en la clase de abajo, debían de estar dando precisamente Lengua. Quizá tuvieran que escribir una redacción sobre algún tema aburridísimo.

Bastián miró el libro.

«Me gustaría saber», se dijo, «qué pasa realmente en un libro cuando está cerrado. Naturalmente, dentro hay sólo letras impresas sobre el papel, pero sin embargo... Algo debe de pasar, porque cuando lo abro aparece de pronto una historia entera. Dentro hay personas que no conozco todavía, y todas las aventuras, hazañas y peleas posibles... y a veces se producen tormentas en el mar o se llega a países o ciudades exóticos. Todo eso está en el libró de algún modo. Para vivirlo hay que leerlo, eso está claro. Pero está dentro ya antes. Me gustaría saber de qué modo.»

Y de pronto sintió que el momento era casi solemne. Se sentó derecho, cogió el libro, lo abrió por la primera página y comenzó a leer

La historia interminable

Fantasía En Peligro



sus agujeros, nidos y madrigueras se dirigían todos los animales del Bosque de Haule.

Era medianoche, y en las copas de los viejísimos y gigantescos árboles rugía un viento tempestuoso. Los troncos, gruesos como torres, rechinaban y gemían.

De pronto, un resplandor suave cruzó en zig-zag por el bosque, se quedó temblando aquí o allá, levantó el vuelo, se posó en una rama y se apresuró a continuar. Era una esfera luminosa, aproximadamente del tamaño de una pelota, que daba grandes saltos, rebotaba de vez en cuando en el suelo y volvía a flotar en el aire. Pero no era una pelota.

Era un fuego fatuo. Y se había extraviado. Un fuego fatuo infatuado, lo que resulta bastante raro, incluso en Fantasia. Normalmente son los fuegos fatuos los que hacen que otros se infatúen.

En el interior del redondo resplandor se veía una figura pequeña y muy viva, que saltaba y corría a más no poder. No era un hombrecito ni una mujercita, porque esas diferencias no existen entre los fuegos fatuos. Llevaba en la mano derecha una diminuta bandera blanca, que tremolaba a sus espaldas. Se trataba, pues, de un mensajero o de un parlamentario.

No había peligro de que, en sus grandes saltos aéreos en la oscuridad, se diera contra el tronco de algún árbol, porque los fuegos fatuos son increíblemente ágiles y ligeros y pueden cambiar de dirección en mitad de un salto. A eso se debía su ruta en zig-zag, porque, en general, se movía siempre en una dirección determinada.

Hasta que llegó a un saliente rocoso y retrocedió asustado. Jadeando como un perrito, se sentó en la oquedad de un árbol y reflexionó un rato, antes de atreverse a asomar de nuevo y mirar con precaución al otro lado de la roca.

Ante él se extendía un claro del bosque y allí, a la luz de una hoguera, había tres personajes de clase y tamaño muy distintos. Un gigante que parecía hecho de piedra gris y que tenía casi diez pies de largo estaba echado sobre el vientre. Apoyaba en los codos la parte superior de su cuerpo y miraba a la hoguera. En su rostro de piedra erosionada, que resultaba extrañamente pequeño sobre sus hombros poderosos, la dentadura sobresalía como una hilera de cinceles de acero. El fuego fatuo se dio cuenta de que el gigante pertenecía a la especie de los comerrocas. Eran seres que vivían inconcebiblemente lejos del Bosque de Haule, en una montaña... pero no sólo vivían en





esa montaña, sino también de ella, porque se la iban comiendo poco a poco. Se alimentaban de rocas. Afortunadamente, eran muy frugales y un solo bocado de ese alimento, para ellos sumamente nutritivo, les bastaba para semanas y meses. Además, no había muchos comerrocas y, por otra parte, la montaña era muy grande. Pero como aquellos seres vivían allí desde hacía mucho tiempo -eran mucho más viejos que la mayoría de las criaturas de Fantasía-, la montaña, con el paso de los años, había adquirido un aspecto muy raro. Parecía un gigantesco queso de Emmental lleno de agujeros y cavernas. Sin duda por eso la llamaban la Montaña de los Túneles.

Pero los comerrocas no sólo se alimentaban de piedra, sino que hacían de ella todo lo que necesitaban: muebles, sombreros, zapatos, herramientas..., hasta relojes de cuco. Y por eso no resultaba muy sorprendente que aquel comerrocas tuviera detrás una especie de bicicleta totalmente hecha del material citado, con dos ruedas que parecían robustas piedras de molino. En conjunto, la bicicleta parecía una apisonadora con pedales.

El segundo personaje que se sentaba a la derecha de la hoguera era un pequeño silfo nocturno. Como mucho, era dos veces mayor que el fuego fatuo y parecía una oruga negra como la pez, cubierta de piel, que se hubiera puesto de pie. Gesticulaba vivamente al hablar, con sus dos diminutas manitas de color rosa, y allí donde, bajo unos pelos negros y revueltos, debía de tener la cara, ardían dos grandes ojos, redondos como lunas.

Silfos nocturnos, de las formas y los tamaños más variados, había en Fantasía por todas partes y, por eso, no se podía saber a primera vista si aquél había llegado de cerca o de lejos. De todos modos, parecía estar también de viaje, porque la montura habitual de los silfos nocturnos -un gran murciélago- colgaba boca abajo, envuelta en sus alas como un paraguas cerrado, de una rama situada detrás de él.

Al tercer personaje del lado izquierdo de la hoguera sólo lo descubrió el fuego fatuo al cabo de un rato, porque era tan pequeño que, desde aquella distancia, sólo podía verse con dificultad. Pertenecía a la especie de los diminutenses, y era un tipejo muy fino, con un trajecito de colores y un sombrero de copa rojo en la cabeza.

Sobre los diminutenses el fuego fatuo no sabía casi nada. Sólo una vez había oído decir que ese pueblo construía ciudades enteras en las ramas de los árboles, en las que las casitas estaban unidas entre sí por escalerillas, escalas de cuerda v toboganes. Sin embargo, esas gentes vivían en una parte totalmente distinta del reino sin fronteras de Fantasía, más lejos, mucho más lejos aún que los comerrocas. Por eso era tanto más extraño que la cabalgadura que aquel diminutense tenía a su lado fuera precisamente un caracol. Estaba detrás de él. Sobre su concha de color rosa brillaba una sillita de montar plateada, y también el bocado y las riendas que sujetaban sus cuernos brillaban como hilos de plata.

El fuego fatuo se maravilló de que aquellos seres tan diversos se sentasen juntos armoniosamente, porque por lo común, en Fantasía, no todas las especies vivían en paz y armonía. A menudo había luchas y guerras, existían también rivalidades de siglos entre determinadas especies, y además no sólo había criaturas buenas y honradas, sino también rapaces, perversas y crueles. El propio fuego fatuo pertenecía a una familia a la que podían ponerse reparos en materia de credibilidad y fiabilidad.





Sólo después de haber contemplado un rato la escena se dio cuenta el fuego fatuo de que los tres personajes llevaban una banderita blanca o una banda también blanca cruzada en el pecho. Así pues, eran igualmente mensajeros o parlamentarios, y eso explicaba, desde luego, que se comportasen tan pacíficamente.

¿No estarían de viaje, en fin de cuentas, por las mismas razones que el fuego fatuo?

Lo que hablaban no se podía entender desde lejos, a causa del rugiente viento que sacudía las copas de los árboles. Pero, como se respetaban mutuamente en calidad de mensajeros, quizá reconocerían también como tal al fuego fatuo y no le harían nada. Y, al fin y al cabo, tenía que preguntar a alguien el camino. Sería difícil que se presentara una oportunidad mejor en pleno bosque y en plena noche. Así pues, se decidió, salió de su escondite agitando la banderita blanca y se quedó temblando en el aire.

El comerrocas, que tenía el rostro vuelto en su dirección, fue el primero que lo vio.

-Hay muchísimo tráfico esta noche -dijo con voz rechinante-. Ahí llega otro.

-¡Huyhuy, un fuego fatuo! -cuchicheó el silfo nocturno, y sus ojos de luna se encendieron-. ¡Me alegro, me alegro!

El diminutense se puso en pie, dio unos pasitos hacia el recién llegado y gorjeó:

-Si no me equivoco, ¿usted está aquí también en calidad de mensajero?

-Sí -dijo el fuego fatuo.

El diminutense se quitó el rojo sombrero de copa, hizo una pequeña reverencia y trinó:

-En tal caso, acérquese por favor. También nosotros somos mensajeros. Siéntese.

Y, con un gesto de invitación, señaló con el sombrerito el sitio libre que quedaba junto a la hoguera.

-Muchas gracias -dijo el fuego fatuo acercándose más, tímidamente-, perdonen la libertad. Permítanme que me presente: me llamo Blubb.

-Encantado -respondió el diminutense-. Yo me llamo Ockuck.

El silfo nocturno se inclinó sin levantarse.

-Mi nombre es Vúschvusul.

-Mucho gusto en conocerlo -rechinó el comerrocas-. Yo soy Pyernrajzark.

Los tres miraron al fuego fatuo, que desvió la mirada nervioso. A los fuegos fatuos les resulta muy desagradable que los miren descaradamente.

-¿No quiere sentarse, amigo Blubb? -preguntó el diminutense. .





-La verdad es que tengo mucha prisa -respondió el fuego fatuo- y sólo quería preguntarles cómo llegar desde aquí a la Torre de Marfil.

-¡Huyhuy! -dijo el silfo nocturno-. ¿Quieres ver a la Emperatriz Infantil?

-Exacto -dijo el fuego fatuo-. Tengo un mensaje muy importante que transmitirle.

-¿Qué mensaje? -rechinó el comerrocas.

-Bueno... -el fuego fatuo cambió el peso de su cuerpo de una pierna a otra-, es un mensaje secreto.

-Los tres tenemos la misma misión que tú... ¡Huyhuy! -respondió Vúschvusul, el silfo nocturno-. Estamos entre colegas.

-Es posible que incluso llevemos el mismo mensaje -opinó Úckuck, el diminutense.

-¡Siéntate y cuéntanos! -rechinó Pyernrajzark.

El fuego fatuo se instaló en el sitio libre.

-Mi patria -comenzó a decir después de reflexionar un poco- se encuentra bastante lejos de aquí... No sé si alguno de los presentes la conoce. Se llama Podrepantano.

-¡Huyhuy! -suspiró encantado el silfo nocturno-. ¡Un lugar maravilloso!

El fuego fatuo sonrió débilmente.

-¿Verdad que sí? -

-¿Y qué más? -rechinó Pyernrajzark-. ¿Por qué estás aquí, Blubb?

-En Podrepantano, nuestro país -siguió diciendo entrecortadamente el fuego fatuo-, ha ocurrido algo... algo incomprensible... Es decir, está ocurriendo aún... Es difícil describirlo... empezó por, es decir... Bueno, al este de nuestro país hay un lago... o, mejor dicho, había... llamado Cálidocaldo. Y todo empezó porque, un día, el lago de Cálidocaldo no estaba ya allí... Simplemente había desaparecido, ¿comprendéis?

-¿Quiere usted decir -preguntó Úckuck- que se secó ?

-No -repuso el fuego fatuo-, en tal caso habría ahora allí un lago seco. Pero no es así. Donde estaba el lago no hay nada... Simplemente nada, ¿comprendéis?

-¿Un agujero? -gruñó el comerrocas.

-No, tampoco un agujero -el fuego fatuo parecía cada vez más desamparado-. Un agujero es algo. Y allí no hay nada.

Los otros tres mensajeros intercambiaron miradas.





-¿Qué aspecto tiene... huyhuy... esa nada? -preguntó el silfo nocturno.

-Eso es precisamente lo que es tan difícil de describir -aseguró el fuego fatuo con tristeza-. En realidad, no se parece a nada. Es como... como... Bueno, ¡no hay palabras para describirlo!

-¿Como si uno se quedara ciego al mirar ese lugar, no? -se le ocurrió al diminutense.

El fuego fatuo lo contempló con la boca abierta.

-¡Eso es exactamente! -exclamó-. Pero, ¿de dónde... quiero decir, cómo... o es que también conocéis ese...?

-¡Un momento! -rechinó el comerrocas interviniendo--, ¿Eso ha ocurrido en un solo lugar?

-Al principio sí --explicó el fuego fatuo-; es decir, el lugar se hizo cada vez mayor. Cada vez faltaba algo más en la región. El Supersapo Sumpf, que vivía con su pueblo en el lago de Cálidocaldo, desapareció de repente. Otros habitantes comenzaron a huir. Pero poco a poco empezó también en otros lugares de Podrepantano. A veces era al principio muy pequeño, una cosa de nada, del tamaño de un huevo de gallineta. Pero esos lugares se ensanchaban. Si alguien, por descuido, ponía el pie en ellos, el pie... o la mano... o lo que hubiese entrado allí desaparecía también. Por lo demás, no es doloroso... lo único que pasa es que, al que sea, le falta de pronto un pedazo. Algunos hasta se han tirado dentro intencionadamente, al ver que la nada se les acercaba demasiado. Tiene una fuerza de atracción irresistible, que se hace tanto más intensa cuanto mayor es el lugar. Ninguno de nosotros podía explicarse qué era esa cosa horrible, de dónde venía ni qué se podía hacer contra ella. Y, como por sí sola no desaparecía, sino que se extendía cada vez más, finalmente se decidió enviar un mensajero a la Emperatriz Infantil para pedirle consejo y ayuda. Y ese mensajero soy yo.

Los otros tres miraban ante sí en silencio.

-¡Huyhuy! -se oyó decir al cabo de un rato a la voz lastimera del silfo nocturno-. Allí de donde yo vengo ocurre exactamente lo mismo. Y estoy aquí con la misma misión... ¡Huyhuy!

El diminutense volvió el rostro hacia el fuego fatuo.

-Cada uno de nosotros -gorjeó- viene de un país distinto de Fantasia. Nos hemos encontrado aquí por pura casualidad. Pero todos traemos el mismo mensaje para la Emperatriz Infantil.

-Lo que quiere decir -gimió el comerrocas- que Fantasía entera está en peligro.

El fuego fatuo los miró uno tras otro, con un susto de muerte.

-Entonces -exclamó poniéndose en pie de un salto-, ¡no hay un segundo que perder!





-De todas formas, íbamos a marcharnos ya -explicó el diminutense-. Sólo habíamos hecho un alto a causa de la impenetrable oscuridad de este Bosque de Haule. Pero ahora que está con nosotros, Blubb, podrá iluminarnos.

-¡Imposible! -exclamó el fuego fatuo-. No puedo esperar a alguien que monta en un caracol.

-¡Pero si es un caracol de carreras! -dijo el diminutense un tanto molesto.

-Y además... ¡Huyhuy! -cuchicheó el silfo nocturno-. ¡Si no, no te diremos la dirección!

-¿Con quién estáis hablando? -gruñó el comerrocas.

Porque la verdad era que el fuego fatuo no había oído ya las últimas palabras de los otros mensajeros, sino que se alejaba por el bosque a grandes saltos.

-Bueno -dijo -grandes el diminutense, echándose el sombrero de copa rojo hacia atrás-, como alumbrado de carretera, un fuego fatuo quizá no hubiera sido de todas formas lo adecuado.

Al mismo tiempo saltó a la silla de su caracol de carreras.

-También yo -declaró el silfo nocturno llamando con un suave ¡huyhuy! a su murciélago- preferiría que cada uno viajara por su cuenta. ¡Al fin y al cabo, voy por el aire!

Y ¡zas! desapareció.

El comerrocas apagó la hoguera golpeándola simplemente unas cuantas veces con la palma de la mano.

-También yo lo prefiero -se le oyó rechinar en la oscuridad-. Así no tendré que preocuparme de no aplastar cualquier cosa diminuta.

Y se le oyó penetrar en el bosquecillo sobre su potente bicicleta, con toda clase de crujidos y chasquidos. De vez en cuando chocaba sordamente contra algún gigante arbóreo y se le oía rechinar y gruñir. Lentamente, el estrépito se alejó en la oscuridad.

Uckuck, el diminutense, se quedó solo. Cogió las riendas de hilo de plata y dijo:

-Bueno, veremos quién llega antes. ¡Vamos, viejo, vamos!

Y chasqueó la lengua.

Y luego no se oyó nada más que el viento tempestuoso, que rugía en las copas de los árboles del Bosque de Haule.

El reloj de la torre próxima dio las nueve.





Sólo de mala gana volvieron a la realidad los pensamientos de Bastián. Le alegraba que la Historia Interminable no tuviera nada que ver con esa realidad.

No le gustaban los libros en que, con malhumor y de forma avinagrada, se contaban acontecimientos totalmente corrientes de la vida totalmente corriente de personas totalmente corrientes. De eso había ya bastante en la realidad y, ¿por qué había que leer además sobre ello? Por otra parte, le daba cien patadas cuando se daba cuenta de que lo querían convencer de algo. Y en esa clase de libros, más o menos claramente, siempre lo querían convencer a uno de algo.

Bastián prefería los libros apasionantes, o divertidos, o que hacían soñar; libros en los que personajes inventados vivían aventuras fabulosas y en los que uno podía imaginárselo todo.

Porque eso sabía hacerlo..., quizá fuera lo único que realmente sabía hacer: imaginarse algo tan claramente que casi podía verlo y oírlo. Cuando se contaba a sí mismo sus histo rias, a menudo olvidaba todo lo que le rodeaba y se despertaba sólo al final, como de un sueño. ¡Y aquel libro era exactamente de la misma clase que sus propias historias! Al leerlo, no sólo había oído el rechinar de los gruesos troncos y el rugido del viento en las copas de los árboles, sino también las distintas voces de los cuatro extraños mensajeros, y hasta se había imaginado percibir el olor del musgo y del suelo del bosque.

Abajo, en la clase, comenzaría pronto la hora de Ciencias, que consistía principalmente en contar pistilos y estambres a las flores. Bastián se alegró de estar en su esconditey poder leer. ¡Era exactamente el libro apropiado para él, pensó, exactamente el apropiado!

Una semana más tarde, Vúschvusul, el pequeño silfo nocturno, llegó a la meta el primero. O, más bien, estaba convencído de ser el primero, porque había llegado por los aires. Era la hora de la puesta de sol, y las nubes del cielo de la tarde parecían de oro líquido, cuando se dio cuenta de que su murciélago se cernía ya sobre el Laberinto. Ése era el nombre de una gran llanura que se extendía de horizonte a horizonte, y que no era otra cosa que un jardín inmenso, lleno de perfumes turbadores y colores de sueño. Entre arbustos, setos, prados y macizos con las flores más extrañas y extraordinarias, discurrían anchos caminos y estrechas veredas de forma tan artística y complicada, que el jardín entero formaba un laberinto de increíble extensión. Naturalmente, aquel laberinto sólo se había construido para jugar y divertirse, y no para poner seriamente en peligro a nadie ni para defenderse contra ningún atacante. Para ello no hubiera servido y tampoco la Emperatriz Infantil necesitaba esa protección. En todo el reino sin fronteras de Fantasía no había nadie de quien tuviera que guardarse. Eso se debía a algo que pronto sabremos.

Mientras el pequeño silfo nocturno planeaba con su murciélago, sin hacer ruido alguno, sobre aquel laberinto de flores, pudo observar toda clase de extraños animales. En un pequeño claro, entre lilas y lluvias de oro, jugaba una manada de jóvenes unicornios al sol crepuscular, y una vez hasta le pareció haber visto, bajo una gigantesca campánula azul, a la famosa ave fénix en su nido, pero no estaba totalmente seguro y tampoco quiso volver para comprobarlo, a fin de no perder tiempo. Porque ahora aparecía ya ante





él, en medio del Laberinto y reluciendo en forma maravillosa, la Torre de Marfil: el corazón de Fantasía y la residencia de la Emperatriz Infantil.

La palabra “torre" podría dar quizá, a alguien que no haya visto nunca el lugar, una falsa impresión, como si se tratase de la torre de una iglesia o de un castillo. La Torre de Marfil era tan grande como una ciudad. Desde lejos, parecía un picacho alto y puntiagudo, retorcido sobre sí mismo como una concha de caracol, y cuyo punto más alto llegaba a las nubes. Sólo al acercarse se veía que aquel inmenso pilón de azúcar se componía de innumerables torres, torreones, cúpulas, tejados, miradores, terrazas, arcos, escaleras y balaustradas, que se entrecruzaban y entrelazaban. Todo era del marfil más blanco de Fantasía, y cada detalle estaba tan soberbiamente tallado, que se hubiera podido tomar por el más fino encaje.

En todos aquellos edificios vivía la corte que rodeaba a la Emperatriz Infantil: tesoreros y sirvientas, sabias y astrólogos, magos y bufones, mensajeros, cocineros y acróbatas, funámbulas y narradores de historias, heraldos, jardineros, guardianes, sastres, zapateros y alquimistas. Y arriba del todo, en la punta más alta de la majestuosa torre, vivía la Emperatriz Infantil en un pabellón que tenía la forma de un capullo de magnolia. Algunas noches, cuando la luna llena brillaba en el cielo estrellado de forma especialmente grandiosa, las hojas de marfil se abrían convirtiéndose en una espléndida flor en cuyo centro estaba la Emperatriz Infantil.

El pequeño silfo nocturno aterrizó con su murciélago en una de las terrazas bajas, donde estaban las caballerías. Al parecer, alguien debía de haber anunciado su llegada, porque lo esperaban ya cinco cuidadores imperiales de animales, que lo ayudaron a bajar de la silla, se inclinaron ante él y luego, en silencio, le ofrecieron la libación ceremonial de bienvenida. Vúschvusul probó apenas del vaso de marfil, para guardar las formas, y luego lo devolvió. Cada uno de los cuidadores bebió igualmente un trago, y luego todos se inclinaron de nuevo y llevaron al murciélago a los establos. Todo se desarrolló en silencio.

Cuando el murciélago llegó al lugar que le estaba destinado, no tocó la bebida ni la comida, sino que se enrolló enseguida sobre sí mismo, se colgó de su gancho cabeza abajo y cayó en un profundo sueño de agotamiento. Lo que había exigido de él el pequeño silfo nocturno había sido un poco excesivo. Los cuidadores lo dejaron en paz y se marcharon de puntillas.

En aquel establo, por cierto, había muchas cabalgaduras: un elefante rosa y uno azul, un gigantesco grifo, cuya parte superior parecía de águila y la inferior de león, un caballo blanco alado, cuyo nombre fue conocido en otro tiempo fuera de Fantasia, pero ahora se había olvidado, algunos perros voladores, otros murciélagos también y hasta libélulas y mariposas para jinetes especialmente pequeños. En otros establos había además otras cabalgaduras que no volaban, sino que corrían, reptaban, saltaban o nadaban. Y cada una de ellas tenía cuidadores especiales para su servicio y aseo.

Lo normal hubiera sido que se oyera una considerable confusión de voces: bramidos, chillidos, silbidos, gorjeos, cantos de rana y graznidos. Pero reinaba un silencio total.

El pequeño silfo nocturno estaba aún en el sitio en que el cuidador lo había dejado. De repente se sintió abatido y desanimado, sin saber muy bien por qué. Pero también él





estaba agotado por el largo, larguísimo viaje. Y ni siquiera el hecho de haber sido el primero lo animaba.

-Hola -oyó decir de pronto a una vocecita gorjeante-, ¿no es nuestro amigo Vúschvusul? ¡Qué bien que haya llegado usted por fin!

El silfo nocturno miró a su alrededor y sus ojos de luna se encendieron porque, en una balaustrada, apoyado negligentemente contra un tiesto de flores, estaba Úckuck, el diminutense, agitando su rojo sombrero de copa.

-¡Huyhuy! -dijo el silfo nocturno desconcertado y, alcabo de un rato, repitió otra vez-: ¡Huyhuy! -Simplemente no se le ocurría nada más inteligente.

-Los otros dos -explicó el diminutense- no han llegado aún. Yo estoy aquí desde ayer por la mañana.

-¿Cómo... ¡huyhuy!... es posible? -preguntó el silfo nocturno.

-Bueno -dijo el diminutense, sonriendo con un poco de condescendencia-, ya se lo dije: tengo un caracol de carreras.

El silfo nocturno se rascó con su manecita rosa la negra maraña de piel de la cabeza.

-Tengo que ver enseguida a la Emperatriz Infantil -dijo lloriqueando.

El diminutense lo miró pensativo.

-Mmm -dijo-, bueno, yo solicité audiencia ya ayer.

-¿Audiencia? -preguntó el silfo nocturno-. ¿No se la puede ver enseguida?

-Me temo que no -gorjeó el diminutense-, hay que esperar mucho. Hay... cómo diría... una enorme afluencia de mensajeros.

-Huyhuy -gimió el silfo nocturno-, ¿por qué?

-Lo mejor -trinó el diminutense- es que lo vea usted por sí mismo. Venga, amigo Vúschvusul, ¡venga!

Los dos se pusieron en camino.

La calle principal, que ascendía por la Torre de Marfil en una espiral cada vez más estrecha, estaba llena de una densa multitud de extraños personajes. Gigantescos yinnis, ataviados con turbantes, diminutos duendes, trolls de tres cabezas, enanos barbudos, hadas luminosas, faunos de pies de cabra, mujercitas salvajes con piel de vellón dorado, resplandecientes espíritus de las nieves y otros seres innumerables subían y bajaban por la calle, formaban grupos hablando en voz baja, o se acurrucaban mudos en el suelo, mirando ante sí melancólicamente.

Cuando Vúschvusul los vio se quedó inmóvil.





-¡Huyhuy! -dijo-. ¿Qué pasa aquí? ¿Qué hacen aquí todos ésos?

-Son mensajeros -le explicó Úckuck en voz baja-, mensajeros de todas las regiones de Fantasia. Y todos traen el mismo mensaje que nosotros. He hablado ya con muchos de ellos. Al parecer, en todas partes ha surgido el mismo peligro.

El silfo nocturno dejó escapar un largo suspiro quejumbroso.

-¿Y se sabe qué es y de dónde viene? -preguntó.

-Me temo que no. Nadie puede explicárselo.

-¿Y la Emperatriz Infantil?

-La Emperatriz Infantil -dijo el diminutense en voz baja- está enferma, muy, muy enferma. Quizá sea ésa la causa de la incomprensible desgracia que se ha abatido sobre Fantasía. Pero hasta ahora ninguno de los muchos médicos que están reunidos en el recinto del palacio, ahí arriba, en el Pabellón de la Magnolia, ha podido averiguar por qué está enferma y qué se puede hacer para curarla. Nadie conoce el remedio.

-Eso -dijo el silfo nocturno sordamente- es, ¡huyhuy!, una catástrofe.

-Sí -respondió el diminutense-, eso es lo que es.

Dadas las circunstancias, Vúschvusul renunció de momento a solicitar audiencia de la Emperatriz Infantil.

Dos días después, por cierto, llegó también Blubb, el fuego fatuo, que naturalmente se había equivocado de dirección y había dado un enorme rodeo.

Y finalmente -otros tres días más tarde- llegó el comerrocas Pyernraizark. Vino a pie, apisonando el suelo, porque en un repentino ataque de hambre furiosa se había comido su bicicleta de piedra..., por decirlo así, como provisión de boca.

Durante el largo tiempo de espera, los cuatro desiguales mensajeros se hicieron muy amigos, y también luego siguieron juntos.

Pero ésa es otra historia y debe ser contada en otra ocasión.





E1 Llamamiento De Atreyu



ien o mal, las deliberaciones que afectaban al porvenir de toda Fantasía se celebraban normalmente en el gran salón del trono de la Torre de Marfil, que se encontraba, en el interior del verdadero recinto del palacio, sólo unas plantas más abajo que el Pabellón del Magnolia.

Ahora, el salón amplio y redondo estaba lleno de una confusión de voces apagadas. Los cuatrocientos noventa y nueve mejores médicos del reino de Fantasía estaban allí reunidos, susurrando o cuchicheando entre sí, en grupos pequeños o grandes. Cada uno de ellos había visitado a la Emperatriz Infantil -unos hacía tiempo, otros recientemente- y cada uno había intentado ayudarla con su ciencia. Pero ninguno lo había logrado, ninguno conocía su enfermedad ni las causas, ninguno sabía cómo curarla. Y el número quinientos, el más famoso de todos los médicos de Fantasía, de quien se decía que no había hierba medicinal, hechizo ni secreto de la Naturaleza que no conociera, llevaba ya horas con la enferma, y todos esperaban con impaciencia el resultado de su visita.

Ahora bien, una reunión así no debe imaginarse, naturalmente, como un congreso de médicos humanos. Desde luego, en Fantasia había muchos seres que, en su aspecto exterior, eran más o menos parecidos a los hombres, pero había por lo menos otros tantos que parecían animales o criaturas de especies totalmente distintas. Si variada era la multitud de mensajeros que bullía fuera, igualmente diversa era la concurrencia del salón. Había médicos enanos con barba blanca y joroba, médicas hadas, con túnicas relucientes de un azul plateado y estrellas centelleantes en el cabello; había genios acuáticos de vientres abultados y membranas natatorias en pies y manos (para ellos se habían instalado expresamente baños de asiento), pero había también serpientes blancas, enroscadas en la gran mesa del centro del salón, elfos abeja y hasta brujas, vampiros y espectros que, en general, no eran considerados especialmente bienhechores y salutíferos.

Para comprender la presencia de estos últimos es absolutamente necesario saber una cosa: La Emperatriz Infantil era -como indica su título- la soberana de todos los incontables países del reino sin fronteras de Fantasía, pero en realidad era mucho más que una soberana o, mejor dicho, era algo muy distinto.

No gobernaba, nunca había utilizado la fuerza ni hecho uso de su poder, no mandaba nada ni daba órdenes a nadie, nunca atacaba ni tenía que defenderse de ningún atacante, porque a nadie se le hubiera ocurrido levantarse contra ella ni hacerle daño. Para ella, todos eran iguales.




Sólo estaba allí, pero estaba allí de una forma especial: era el centro de toda la vida de Fantasia.

Y todas las criaturas, buenas o malas, hermosas o feas, divertidas o serias, necias o sabias, todas, estaban allí sólo porque ella existía. Sin ella no podía subsistir nada, lo mismo que no puede subsistir un cuerpo humano sin corazón.

Nadie podía comprender del todo su secreto, pero todos sabían que era así. Y por eso la respetaban por igual todas las criaturas de aquel reino, y todas se preocupaban igualmente por su vida. Porque su muerte hubiera sido también el fin de todos, el hundimiento del inmenso reino de Fantasia.

Los pensamientos de Bastián vagaban.

En su recuerdo, vio de pronto otra vez el largo pasillo de la clínica en que habían operado a Mamá. Él se había quedado sentado esperando muchas horas con su padre delante de la sala de operaciones. Cuando su padre había preguntado luego cómo estaba Mamá, había recibido sólo respuestas evasivas. Nadie parecía saber exactamente cómo estaba. Por fin había venido un hombre calvo de bata blanca, que parecía cansado y triste. Les había dicho que todos los esfuerzos habían sido inútiles y que lo sentía mucho. Les había dado a los dos la mano y había murmurado «mi sentido pésame».

Después, todo había cambiado entre su padre y Bastián.

No exteriormente. Bastián tenía todo lo que podía desear. Tenía una bicicleta de tres marchas, un tren eléctrico, muchas tabletas de vitaminas, cincuenta y tres libros, un hamster, un acuario con peces tropicales, una máquina de fotos pequeña, seis navajas y todo lo imaginable. Pero, en el fondo, todo eso no le importaba nada.

Bastián recordaba que su padre; antes, había jugado de buena gana con él. A veces, hasta le había contado o leído historias. Pero aquello había terminado. Ya no podía hablar con su padre. Alrededor de éste había como una pared invisible que nadie podía atravesar. A Bastián nunca lo reñía ni lo elogiaba. Tampoco dijo nada cuando lo suspendieron. Sólo lo miró de aquella forma ausente y preocupada, y Bastián tuvo la sensación de no estar allí. Esa sensación era la que casi siempre tenía con su padre. Cuando, por la noche, se sentaban juntos delante de la televisión, Bastián se daba cuenta de que su padre no la miraba, sino que estaba lejos, muy lejos con el pensamiento, donde él no podía alcanzarlo. O algunas veces, cuando los dos tenían un libro, Bastián se daba cuenta de que su padre no leía porque, durante horas, contemplaba la misma página sin pasarla.

Bastián comprendía que su padre estaba triste. También él había llorado entonces muchas noches, tanto que, a veces, tenía que vomitar a causa de los sollozos... pero aquello había pasado poco a poco. Y, después de todo, él estaba allí. ¿Por qué no hablaba su padre con él, por qué no hablaba de Mamá, de cosas importantes, y no solamente de lo imprescindible?





-Si se supiera al menos -dijo un espíritu del fuego largo y delgado- en qué consiste su enfermedad. No tiene fiebre, no tiene nada inflamado, ninguna erupción, ninguna infección. Es, simplemente, como si se estuviera extinguiendo... sin saber por qué.

Al hablar le salían de la boca, después de cada frase, pequeñas nubecillas de humo que formaban figuras. Aquella vez fue un signo de interrogación.

Un viejo cuervo desplumado, que parecía una gran patata en la que alguien hubiera clavado al azar unas cuantas plumas negras, respondió con voz graznante (era experto en enfermedades producidas por enfriamientos):

-No tose, no está constipada..., no es ninguna enfermedad en sentido clínico.

Se arregló las gruesas gafas sobre el pico y miró a los circunstantes con desafío.

-En cualquier caso, una cosa me parece evidente -zumbó un scarabaeus (coleóptero llamado también a veces «escarabajo pelotero»)-: entre su enfermedad y las horribles cosas de que nos informan los mensajeros de toda Fantasía existe una misteriosa relación.

-¡Bah! -le rebatió despectivamente un hombrecito de la tinta-. Usted no hace más que ver misteriosas relaciones por todas partes.

-¡Y usted no vé siquiera el borde de su tintero! -zumbó el scarabaeus irritado.

-¡Queridos colegas! -se quejó un espectro demacrado envuelto en una larga bata blanca-. No empecemos con disputas personales improcedentes. Y, sobre todo... ¡bajen la voz!

Esas y otras conversaciones se oían por todas partes en el gran salón del trono. Quizá pueda parecer extraño que seres tan distintos pudieran comprenderse entre sí. Pero en Fantasía casi todos los seres, incluidos los animales, conocían por lo menos dos idiomas: en primer lugar el propio, que sólo hablaban con los de su especie y no entendía ningún profano, y en segundo lugar uno general, llamado fantasio clásico o Gran Lenguaje. Todos lo dominaban, aunque algunos lo utilizasen de una forma un tanto peculiar.

De pronto se hizo el silencio en la sala y todos los ojos se dirigieron hacia la gran puerta batiente que se estaba abriendo. Entró Caíron, el famoso y legendario maestro del arte médico.

Era lo que, en épocas más antiguas, se llamaba un centauro. Tenía figura humana hasta las caderas y el resto de su cuerpo era de caballo. Sin embargo, Caíron era uno de los llamados centauros negros. Había venido de una región muy remota, situada lejos, muy lejos, al sur. Por eso su parte humana tenía el color del ébano y sólo su pelo y su barba eran blancos y rizados; su cuerpo de caballo, en cambio, era listado como el de una cebra. Llevaba un extraño sombrero de juncos trenzados. En torno a su cuello colgaba de una cadena un gran amuleto de oro, en el que podían verse dos serpientes, una clara y otra oscura, que se mordían mutuamente la cola formando un óvalo.





Bastián se interrumpió sorprendido. Cerró el libro -no sin poner previsoramente un dedo entre sus páginas- y miró otra vez con más atención la cubierta. ¡Allí estaban las dos serpientes que se mordían las colas formando un óvalo! ¿Qué podía significar aquel extraño signo?

Todo el mundo sabía en Fantasía lo que significaba aquel medallón: era el Signo que llevaba quien estaba al servicio de la Emperatriz Infantil y podía actuar en su nombre como si ella estuviera presente.

Quería decir que su portador tenía poderes secretos, aunque nadie supiera exactamente cuáles. Su nombre lo conocían todos: ÁURYN.

Sin embargo, muchos no se atrevían a pronunciar ese nombre y lo llamaban «la Alhaja> o también «el Pentáculo» o, simplemente, «el Esplendor».

Así pues, ¡el libro llevaba el signo de la Emperatriz Infantil!

Un murmullo recorrió la sala y se oyeron algunas exclamaciones de asombro. Hacía tiempo que no se confiaba a nadie la Alhaja.

Caíron golpeó en el suelo con los cascos urcas cuantas veces, hasta que la agitación cesó, y entonces dijo con voz profunda:

-Amigos, no os asombréis demasiado: sólo llevaré a ÁURYN por corto tiempo. Soy únicamente su portador. Pronto entregaré el Esplendor a alguien más digno que yo.

Un silencio en el que nadie respiraba se había extendido por la sala.

-No intentaré suavizar nuestra derrota con bellas palabras -siguió diciendo Caíron-. Todos estamos perplejos ante la enfermedad de la Emperatriz. Sólo sabemos que la destrucción de Fantasía ha venido al mismo tiempo que esa enfermedad. No sabemos más. Ni siquiera si el arte médico puede salvarla. Pero es posible -y confío en no ofender a nadie si hablo francamente-, es posible que nosotros, los que estamos aquí reunidos, no reunamos todos los conocimientos ni toda la sabiduría. Incluso tengo la última y única esperanza de que, en alguna parte de este reino sin fronteras de Fantasía, exista un ser más sabio que nosotros, capaz de prestarnos consejo y ayuda. Pero eso es más que incierto. Dondequiera que pueda estar la posibilidad de salvación... una cosa es segura: su búsqueda requiere un explorador capaz de encontrar su camino en lo intransitable y de no retroceder ante ningún peligro ni ningún esfuerzo; en una palabra: un héroe. Y la Emperatriz Infantil me ha dicho el nombre de ese héroe, al que confía su destino y el nuestro: se llama Atreyu y vive en el Mar de Hierba, detrás de los Montes de Plata. Yo le entregaré a ÁURYN y lo enviaré a la Gran Búsqueda. Y ahora ya lo sabéis todo...

Dicho esto, el viejo centauro salió ruidosamente de la sala.

Los que se quedaron se miraron unos a otros confusos.





-¿Cómo se llamaba ese héroe? -preguntó uno.

-Atreyu o algo parecido -dijo otro.

-¡No lo he oído en mi vida! -exclamó un tercero. Y los cuatrocientos noventa y nueve médicos movieron preocupados la cabeza.

El reloj de la torré dio las diez. Bastián se asombró de lo deprisa que había pasado el tiempo. Durante las clases, cada hora le parecía normalmente una eternidad. Abajo, en el aula, tenían ahora Historia con el señor Droehn, un hombre delgado, casi siempre de mal humor, a quien le gustaba especialmente poner en ridículo a Bastián delante de todos porque no podía recordar las fechas de las batallas, los nacimientos ni los reinados de nadie.

El Mar de Hierba, situado tras los Montes de Plata, estaba a muchos, muchísimos días de camino de la Torre de Marfil. Se trataba de una pradera que, realmente, era tan ancha y tan grande y tan plana como el mar. Una hierba jugosa crecía en ella hasta la altura de un hombre y, cuando el viento la acariciaba, las olas la recorrían como si fuera el océano y murmuraba lo mismo que el agua.

El pueblo que allí vivía se llamaba «los hombres de hierba» o también «los pieles verdes». Tenían el pelo de color negro azulado e incluso los hombres lo llevaban largo y, a menudo, en trenzas, y su piel era de un color verde oscuro que tiraba un poco a castaño, como el de las aceitunas. Llevaban una vida sumamente sobria, severa y dura, y sus hijos, tanto los chicos como las chicas, eran educados en el valor, la nobleza y el orgullo. Tenían que aprender a soportar el calor, el frío y las privaciones y poner a prueba su arrojo. Esto era necesario porque los pieles verdes eran un pueblo de cazadores. Todo lo que necesitaban para la vida lo fabricaban con la hierba dura y fibrosa de las praderas o lo sacaban de los búfalos purpúreos que, en enormes rebaños, recorrían el Mar de Hierba.

Aquellos búfalos purpúreos eran casi dos veces mayores que toros o vacas corrientes, tenían una piel de pelo largo, brillo sedoso y color rojo púrpura, y unos cuernos formidables, de puntas duras y afiladas como puñales. En general eran pacíficos, pero cuando husmeaban un peligro o se sentían atacados, podían ser tan terribles como una fuerza de la Naturaleza. Nadie se hubiera atrevido a cazar a aquellos animales, salvo los pieles verdes... que además lo hacían sólo con arcos y flechas. Preferían la lucha caballeresca y por eso ocurría a menudo que no era el animal sino el cazador quien perdía la vida. Los pieles verdes querían y respetaban a los búfalos purpúreos y creían que únicamente tenían derecho a matarlos porque estaban dispuestos a ser matados por ellos.

La noticia de la enfermedad de la Emperatriz Infantil y de la fatalidad que amenazaba a toda Fantasía no había llegado aún a aquellas tierras. Hacía ya mucho tiempo que ningún viajero llegaba a los campamentos de los pieles verdes. La hierba crecía más jugosa que nunca, los días eran claros y las noches estrelladas. Todo parecía ir bien.





Pero un día apareció en el campamento un viejo centauro negro de pelo blanco. Su piel chorreaba sudor, parecía mortalmente exhausto y su rostro barbudo estaba consumido y demacrado. En la cabeza llevaba un extraño sombrero de juncos tejidos y, al cuello, una cadena de la que colgaba un gran amuleto. Era Caíron.

Se quedó de pie en medio del espacio despejado que rodeaban las tiendas del campamento en círculos cada vez más anchos, allí donde los ancianos se reunían para el consejo o donde, en los días de fiesta, se bailaban bailes y se cantaban viejas canciones. Esperó y miró a su alrededor, pero a su alrededor sólo se apretaban mujeres y hombres muy viejos y niños muy pequeños, que lo miraban curiosos. Impaciente, golpeó el suelo con los cascos.

-¿Dónde están los cazadores y cazadoras? -resopló, quitándose el sombrero y secándose la frente.

Una mujer de pelo blanco, con un bebé en los brazos, respondió

-Todos han ido de caza. No volverán hasta dentro de tres o cuatro días.

-¿Está Atreyu con ellos? -preguntó el centauro.

-Sí, extranjero, pero, ¿de qué lo conoces?

-No lo conozco. ¡Id a buscarlo!

-Extranjero -respondió un anciano con muletas-, difícilmente vendrá porque hoy es su caza. Comienza a la puesta de sol. ¿Sabes lo que eso significa?

Caíron sacudió sus crines y piafó.

-No lo sé y tampoco importa, porque tiene algo más importante que hacer. Ya conocéis el Signo que llevo. Por lo tanto, ¡id a buscarlo!

-Vemos la Alhaja -dijo una niña- y sabemos que te envía la Emperatriz Infantil. Pero, ¿quién eres tú?

-Me llamo Caíron -refunfuñó el centauro-, Caíron el Médico, si es que eso os dice algo.

Una anciana encorvada se adelantó y dijo:

-Es verdad. Lo conozco. Lo vi una vez cuando todavía era yo joven. ¡Es el médico más importante y famoso de Fantasia!

El centauro hizo un gesto de saludo con la cabeza.

-Gracias, mujer -dijo-, y ahora, si alguno de vosotros fuera tan amable y trajese de una vez a Atreyu... Es urgente. Está en juego la vida de la Emperatriz Infantil.

-¡Yo lo haré! -gritó una niña que tendría unos cinco o seis años.





Corrió y, pocos segundos más tarde, se la pudo ver entre las tiendas, sobre un caballo sin silla que partía al galope.

-¡Vaya, por fin! -refunfuñó Caíron. Y perdió el conocimiento.

Cuando volvió en sí, no supo al principio donde estaba, porque a su alrededor reinaba la oscuridad. Sólo poco a poco se dio cuenta de que se encontraba en una tienda espaciosa, echado sobre una manta de piel. Parecía ser de noche y, por una grieta de la cortina que hacía de puerta, penetraba el resplandor de las llamas de una hoguera.

-¡Por los clavos de una herradura! -murmuró mientras trataba de incorporarse-. ¿Cuánto tiempo llevo aquí?

Una cabeza echó una ojeada por la cortina de la puerta,, se retiró y alguien dijo:

-Sí, parece que se ha despertado.

Entonces la cortina fue corrida a un lado y entró un muchacho de unos diez años. Llevaba pantalones largos y zapatos de cuero blando de búfalo. Tenía el torso desnudo y sólo le colgaba de los hombros un manto purpúreo, al parecer de pelo de búfalo, que le llegaba hasta el suelo. Su pelo, largo y de color negro azulado, lo llevaba atado en la nuca con tiras de cuero, formando una trenza. En la piel verde aceitunada de su frente y sus mejillas había pintados, en color blanco, algunos adornos sencillos. Sus ojos oscuros centelleaban coléricos mirando al intruso, pero por lo demás no se apreciaba en sus facciones emoción alguna.

-¿Qué quieres de mí, extranjero? -preguntó-. ¿Por qué has venido a mi tienda? ¿Y por qué me has privado de mi caza? Si hubiera matado hoy al gran búfalo -y mi flecha estaba ya en la cuerda cuando me llamaron- mañana sería un cazador. Ahora tendré que esperar un año entero. ¿Por qué?

El viejo centauro lo miró desconcertado.

-¿Eso quiere decir -preguntó por fin- que eres Atreyu?

-Sí, extranjero.

-¿No hay algún otro, un hombre adulto, un cazador experimentado, con ese nombre?

-No, Atreyu soy yo y nadie más.

El viejo Caíron se dejó caer en el lecho y jadeó:

-¡Un niño! ¡Un muchacho! Realmente, las decisiones de la Emperatriz Infantil son difíciles de comprender.

Atreyu callaba, esperando inmóvil.

-Perdóname, Atreyu -dijo Caíron, que sólo con dificultad podía dominar su agitación-, no tenía la intención de ofenderte, pero sencillamente ha sido una sorpresa demasiado





grande. A decir verdad, ¡estoy desesperado! Me pregunto seriamente si la Emperatriz Infantil sabía de veras lo que hacía al elegir a un niño como tú. ¡Evidentemente, es una locura! Y si lo hizo deliberadamente, entonces... entonces...

Sacudió con violencia la cabeza y balbuceó:

-¡No! ¡No! Si yo hubiera sabido a quién me enviaba, me hubiera negado simplemente a transmitir su encargo. ¡Me hubiera negado!

-¿Qué encargo? -preguntó Atreyu.

-¡Es una monstruosidad! -exclamó Caíron, dejándose llevar por la cólera-. Cumplir esa misión hubiera sido probablemente algo imposible para los héroes más grandes y aguerridos, pero para ti ... Ella te envía a lo desconocido a buscar algo que nadie conoce. Nadie puede ayudarte, nadie puede darte consejos y nadie puede predecir lo que te aguarda. Y, sin embargo, tienes que decidir enseguida, ahora mismo, sobre la marcha, si aceptas o no esa misión. No hay momento que perder. He galopado casi sin pausa diez días con sus noches para encontrarte. Pero ahora... ahora casi quisiera no haber venido. Soy muy viejo y estoy al cabo de mis fuerzas. ¡Dame un trago de agua, por favor!

Atreyu trajo un jarro de agua fresca de la fuente. El centauro bebió a grandes sorbos, luego se enjugó la barba y dijo, un poco más tranquilo:

-¡Gracias, qué bien me hace! Ahora me siento mejor. Escucha, Atreyu, no necesitas aceptar ese encargo. La Emperatriz Infantil lo deja a tu elección. No te lo ordena. Yo se lo explicaré y ella encontrará a otro. No debía de saber que eres un muchacho. Se habrá confundido con otro; ésa es la única explicación.

-¿En qué consiste la misión? -quiso saber Atreyu.

-En encontrar el remedio para la Emperatriz Infantil -respondió el viejo centauro- y salvar a Fantasía.

-¿La Emperatriz está enferma? -preguntó asombrado Atreyu.

Caíron comenzó a contar lo que le pasaba a la Emperatriz Infantil y lo que habían relatado los mensajeros de toda Fantasia. Atreyu siguió haciendo preguntas y el centauro las contestó lo mejor que pudo. Fue una larga conversación nocturna. Y cuanto mejor comprendía Atreyu todo el alcance de la fatalidad que había caído sobre Fantasia, tanto más claramente se dibujaba en su rostro, al principio tan reservado, la más franca consternación.

-Y yo -murmuró finalmente con labios pálidos-, que no sabía nada de todo eso...

Caíron miró al muchacho por debajo de sus espesas y blancas cejas, de una forma seria y preocupada.

-Ahora ya sabes cómo están las cosas, y quizá comprendas por qué perdí la serenidad al verte. Y, sin embargo, la Emperatriz Infantil pronunció tu nombre. «Ve y busca a





Atreyu», dijo. «Pongo en él toda mi confianza», dijo. «Pregúntale si quiere emprender la Gran Búsqueda, por mí y por Fantasia», dijo. No sé por qué te eligió a ti. Quizá sólo un muchacho como tú pueda realizar esa tarea imposible. No lo sé y no puedo aconsejarte.

Atreyu se quedó sentado con la cabeza baja y en silencio. Comprendía que se le presentaba una prueba que era mucho, muchísimo más importante que su caza. Hasta para los mayores cazadores y los mejores exploradores hubiera sido difícil de superar, pero para él resultaba excesiva.

-¿Qué? -le preguntó en voz baja el centauro-. ¿Quieres hacerlo?

Atreyu levantó la cabeza y lo miró de frente.

-Quiero -dijo con firmeza.

Caíron asintió despacio, y luego se quitó del cuello la cadena con el amuleto de oro y se la puso a Atreyu.

-Que, ÁURYN te dé el gran poder -dijo solemnemente-, pero no lo utilices. Porque tampoco la Emperatriz Infantil usa nunca de su propio poder. AURYN te protegerá y guiará, pero tú no deberás intervenir, porqué tu propia opinión no cuenta a partir de ahora. Por eso debes ir sin armas. Debes dejar que ocurra lo que tenga que ocurrir. Todo debe ser igual para ti: mal y bien, belleza y fealdad, necedad y sabiduría..., lo mismo que es igual para la Emperatriz Infantil. Sólo debes buscar y preguntar, pero nunca juzgar por ti mismo. ¡No lo olvides jamás, Atreyu!

-¡ÁURYN! -repitió Atreyu con respeto-. Me haré digno de llevar la Alhaja. ¿Cuándo debo partir?

-Ahora mismo -respondió Caíron-. Nadie sabe cuánto durará tu Gran Búsqueda. Es posible que cada hora importe. ¡Despídete de tus padres y hermanos!

-No tengo -replicó Atreyu-. Mis padres fueron muertos por un búfalo, poco después de venir yo al mundo.

- ¿Y quién te crió?

-Todas las mujeres y todos los hombres juntos. Por eso me llamaron Atreyu, que quiere decir, en palabras del Gran Lenguaje: «Hijo de Todos».

Nadie podía comprender mejor que Bastián lo que eso significaba. Aunque su padre viviera aún. Y aunque Atreyu no tuviera padre ni madre. Sin embargo, Atreyu había sido educado por todos los hombres y mujeres juntos y era el «hijo de todos», mientras que él, Bastián, en el fondo no tenía a nadie... Era un «hijo de nadie». A pesar de todo, Bastián se alegraba de que, de esa forma, tuviera algo en común con Atreyu que, por lo demás, no se parecía en nada a él, por desgracia, ni en su arrojo y decisión ni en su aspecto físico. Y, sin embargo, también él, Bastián, había emprendido una Gran Búsqueda que no sabía a dónde lo conduciría ni cómo terminaría.





-Entonces -dijo el viejo centauro- es mejor que te vayas sin despedirte. Yo me quedaré y se lo explicaré todo.

El rostro de Atreyu se volvió aún más tenso y duro.

-¿Por dónde he de empezar?

-Por todas panes y por ninguna -respondió Caíron-. A partir de ahora estás solo y nadie puede aconsejarte. Y así será hasta el fin de la Gran Búsqueda... acabe como acabe.

Atreyu asintió.

-¡Adiós Caíron!

-¡Adiós Atreyu! ¡Y... mucha suerte!

El muchacho se volvió e iba a salir ya de la tienda cuando el centauro lo llamó otra vez. Mientras estaban frente a frente el viejo le puso ambas manos sobre los hombros, lo miró con una sonrisa respetuosa en los ojos y dijo despacio:

-Creo que empiezo a comprender por qué te eligió la Emperatriz Infantil, Atreyu.

El muchacho bajó un poco la cabeza y luego salió con rapidez.

Fuera, delante de la tienda, estaba Ártax, su caballo. Era moteado y pequeño como un caballo salvaje, tenía las patas fuertes y cortas y, sin embargo, era el corcel más rápido y resistente a la redonda. Todavía llevaba silla y bridas, tal como lo había traído Atreyu de la caza.

-Ártax -le susurró dándole palmadas-, tenemos que marcharnos. Tenemos que irnos lejos, muy lejos, y nadie sabe si volveremos.

El caballito movió la cabeza y resopló suavemente.

-Está bien, señor -respondió-. ¿Y qué pasará con tu caza?

-Vamos a una caza mucho más importante -contestó Atreyu subiendo a la silla.

-¡Un momento, señor! -resopló el caballito-. Te has olvidado las armas. ¿Vas a salir sin arco y sin flechas?

-Sí, Artax -respondió Atreyu-, porque llevo el Esplendor y debo ir sin armas.

-¡Ah! -exclamó el caballito-. ¿Y a dónde vamos?

-A donde tú quieras, Ártax -contestó Atreyu-. A partir de ahora estamos en la Gran Búsqueda.





Con estas palabras, salieron al galope y la oscuridad de la noche se los tragó.

Al mismo tiempo sucedía en otro lugar de Fantasía algo que nadie observaba y de lo que ni Atreyu y Artax, ni tampoco Caíron, tenían la menor sospecha.

En un páramo nocturno muy lejano, las tinieblas se concentraron para formar una figura vaga y enorme. La oscuridad se fue espesando hasta que, incluso en aquella noche sin luz, el páramo pareció un formidable cuerpo hecho de negrura. Sus contornos no eran todavía precisos, pero se sostenían sobre cuatro zarpas y los ojos de su poderosa cabeza peluda ardían con un fuego verde. Levantó el hocico en el aire y husmeó. Así estuvo largo tiempo. Luego, de pronto, pareció haber encontrado el olor que buscaba, porque un profundo gruñido de triunfo salió de su garganta.

Comenzó a correr. A saltos grandes y silenciosos, aquella criatura de las sombras atravesaba velozmente la noche sin estrellas.

El reloj de la torre dio las once. Ahora empezaría el recreo. De los pasillos subía el griterío de los niños, que corrían abajo por el patio del colegio.

A Bastián, que seguía sentado en cuclillas en las colchonetas de gimnasia, se le habían dormido lis piernas. Al fin y al cabo, no era un indio. Se puso en pie, sacó el bocadillo del colegio y una manzana de la cartera y comenzó a andar arriba y abajo por el desván. Sentía un hormigueo en los pies, que lentamente se le despertaron.

Entonces se subió al potro de gimnasia y se sentó sobre él a horcajadas. Se imaginó que él era Atreyu, galopando en la noche sobre Ártax. Se inclinó sobre el cuello de su caballito.

-¡Hala! -gritó-. ¡Galopa, Ártax, ¡Hala, hala!

Luego se asustó. Era una imprudencia muy grande gritar tanto. ¿Y si alguien lo había oído? Esperó un rato, escuchando. Pero sólo llegó hasta él el griterío de muchas voces en el patio del colegio.

Un poco avergonzado, se bajó otra vez del potro. Realmente, se estaba comportando como un niño pequeño. Desenvolvió el bocadillo y frotó la manzana contra su pantalón. Sin embargo, antes de morderla se detuvo un segundo.

-No -se dijo a sí mismo en voz alta-, tengo que administrar cuidadosamente mis provisiones. ¿Quién sabe para cuánto tiempo tendrán que bastarme?

Con el corazón oprimido, envolvió otra vez el bocadillo y lo metió de nuevo en la cartera, juntamente con la manzana. Luego se dejó caer suspirando en las colchonetas y cogió otra vez el libro.





La Vetusta Morla



uando el ruido de los cascos del caballo de Atreyu se apagó, Caíron, el centauro negro, se dejó caer de nuevo en su lecho de pieles. El esfuerzo lo había agotado. Las mujeres que, al día siguiente, lo encontraron en la tienda de Atreyu temieron por su vida. Incluso cuando, unos días más tarde, regresaron los cazadores, apenas estaba mejor, pero de todas formas pudo explicarles por qué se había marchado Atreyu y por qué tardaría en volver. Y como todos querían al muchacho, a partir de entonces se quedaron serios y pensaban en él preocupados. Al mismo tiempo, sin embargo, se sentían orgullosos de que la Emperatriz Infantil le hubiese encomendado precisamente a él la Gran Búsqueda aunque nadie pudiera entenderlo del todo.

Por lo demás, el viejo Caíron jamás volvió a la Torre de Marfil. Pero tampoco murió ni se quedó con los pieles verdes en el Mar de Hierba. Su destino debía llevarlo por otros caminos totalmente insospechados. Sin embargo, ésa es otra historia y debe ser contada en otra ocasión.

Aquella misma noche, Atreyu cabalgó hasta el pie de los Montes de Plata. Era ya de madrugada cuando hizo una pausa. Ártax pastó un poco y bebió agua con avidez de un claro arroyo de montaña. Atreyu se envolvió en su manto rojo y durmió unas horas. No obstante, cuando el sol salió estaban otra vez en camino.

El primer día atravesaron los Montes de Plata. Conocían cada senda y cada sendero y avanzaron rápidamente. Cuando tuvo hambre, el muchacho se comió un pedazo de carne de búfalo seca y dos pequeñas tortas de semillas que había guardado en un bolsillo de su silla de montar en realidad para la caza.

-¡Bueno! -se dijo Bastián-. De vez en cuando hay que comer.

Sacó el bocadillo de la cartera, lo desenvolvió, lo partió en dos, envolvió otra vez uno de los pedazos y lo guardó. El otro pedazo se lo comió.

El recreo había terminado y Bastián pensó en lo que debían de estar haciendo ahora en clase. ¡Ah, sí!, Geografía con la señora Karge. Había que recitar ríos y afluentes, ciudades y cifras de población, recursos naturales e industrias. Bastián se encogió de hombros y siguió leyendo.





A la puesta de sol, habían dejado atrás los Montes de Plata e hicieron alto otra vez. Aquella noche, Atreyu soñó con los búfalos purpúreos. Los vio avanzar a lo lejos por el Mar de Hierba e intentó acercarse a ellos con su caballo. Pero inútilmente. Siempre estaban a la misma distancia, por mucho que espoleara al caballito.

Al segundo día atravesaron el País de los Árboles Cantores. Cada uno de los árboles tenía una forma distinta, hojas distintas, distinta corteza, pero la razón de que se llamara así esa tierra era que se podía escuchar su crecimiento como una música suave, que sonaba de cerca y de lejos y se unía para formar un potente conjunto de belleza sin igual en toda Fantasia. Se decía que no dejaba de ser peligroso caminar por aquella región, porque muchos se habían quedado encantados, olvidándose de todo. También Atreyu sintió la atracción de aquel sonido maravilloso, pero no cayó en la tentación de detenerse.

A la noche siguiente soñó de nuevo con los búfalos purpúreos. Esta vez él iba a pie y los búfalos pasaron por delante, en un gran rebaño. Pero estaban fuera del alcance de su arco y, cuando quiso darles caza, se dio cuenta de que tenía los pies clavados al suelo y no podía moverse. El esfuerzo que hizo para soltarse lo despertó. Estaba amaneciendo aún, pero partió inmediatamente.

El tercer día vio las torres de cristal de Eribo, en las que los habitantes de la región capturaban y guardaban la luz de las estrellas. Con ella hacían objetos maravillosamente decorados pero que, salvo ellos, nadie sabía en Fantasia para qué servían.

Encontró incluso a algunas de aquellas gentes, pequeñas figuras que parecían también sopladas en vidrio. De forma extraordinariamente amistosa, le dieron de comer y de beber, pero a su pregunta de cómo podría saber algo sobre la enfermedad de la Emperatriz Infantil se sumieron en un silencio triste y desconcertado.

A la noche siguiente, Atreyu soñó una vez más que los rebaños de búfalos purpúreos pasaban ante él. Vio cómo uno de los animales, un macho especialmente grande y majestuoso, se separaba de los demás y se dirigía, lentamente y sin dar señales de miedo ni cólera, hacia donde él estaba. Y, como todos los verdaderos cazadores, Atreyu tenía el don de ver enseguida, en cada animal, el sitio en que tendría que acertarle para matarlo. El búfalo purpúreo se situó incluso de una forma en que le presentaba claramente ese lugar como blanco. Atreyu puso una flecha en su sólido arco y lo tensó con todas sus fuerzas pero no pudo disparar. Tenía los dedos pegados a la cuerda y no podía separarlos.

Y eso mismo o algo parecido le ocurrió en los sueños de las noches siguientes. Cada vez se acercaba más al búfalo purpúreo -que, por cierto, era precisamente el que en realidad había querido cazar: lo conocía por su mancha blanca en la frente-, pero por alguna razón no podía disparar la flecha mortal.

Durante el día seguía cabalgando, alejándose cada vez más, sin saber a dónde iba ni encontrar a nadie que pudiera aconsejarlo. Todos los seres con que se tropezaba respetaban el amuleto de oro que llevaba, pero ninguno podía responder a su pregunta.





Una vez vio de lejos las calles de llamas de la ciudad de Brousch, donde vivían criaturas cuyo cuerpo era de fuego, pero prefirió no entrar. Atravesó la gran meseta de los azafranios, que nacen viejos y mueren cuando son bebés. Llegó a Muamaz, el templo de la selva, en el que una gran columna de piedra lunar flota en el aire, y habló con los monjes que viven en el templo. Pero también de allí tuvo que marcharse sin respuesta.

Casi una semana llevaba vagando así de un lado a otro cuando, al séptimo día y en la noche siguiente, le pasaron dos cosas muy distintas que cambiaron fundamentalmente su actitud interior y exterior.

El relato hecho por el viejo Caíron de los horribles sucesos que se estaban produciendo en toda Fantasía le había impresionado, pero hasta entonces había sido para él sólo un relato. El séptimo día, sin embargo, vio algo con sus propios ojos.

Cabalgaba hacia el mediodía por un bosque espeso y oscuro formado por árboles especialmente gigantescos y nudosos. Era aquel Bosque de Haule en el que, algún tiempo antes, se habían encontrado los cuatro mensajeros. En aquella región, eso lo sabía Atreyu, había trolls de la corteza. Eran, según le habían dicho, individuos e individuas gigantescos que parecían nudosos troncos de árbol. Si, como era su costumbre, se mantenían inmóviles, se los podía tomar realmente por árboles y pasar por delante sin sospechar nada. Sólo cuando se movían se veía que tenían unos brazos como ramas y unas piernas torcidas semejantes a raíces. Eran, desde luego, tremendamente fuertes, pero no peligrosos. Todo lo más, les gustaba de vez en cuando jugárles malas pasadas a los viajeros extraviados.

Atreyu acababa de descubrir un claro del bosque por el que serpenteaba un arroyuelo, y había descabalgado para que Ártax bebiera y pastara, cuando de pronto oyó detrás de sí violentos crujidos y chasquidos y se volvió.

Del bosque venían hacia él tres trolls de la corteza, cuya vista hizo que un escalofrío le recorriera la espalda. Al primero le faltaban las piernas y la parte inferior del cuerpo, de forma que tenía que andar con las manos. El segundo tenía un enorme agujero en el pecho, a través del cual se podía mirar, y el tercero brincaba sobre su única pierna porque le faltaba toda la mitad izquierda del cuerpo, como si lo hubieran partido por en medio.

Cuando vieron el amuleto en el pecho de Atreyu, se hicieron mutuamente un gesto de asentimiento y se acercaron despacio.

-¡No te asustes! -dijo el que caminaba sobre las manos, y su voz sonó como el crujido de un árbol-. Nuestro aspecto no es precisamente muy agradable, pero en esta parte del Bosque de Haule nadie más que nosotros puede avisarte. Por eso hemos venido.

-¿Avisarme? -preguntó Atreyu-. ¿De qué?

-Hemos oído hablar de ti -gimió el del pecho agujereado- y nos han dicho por qué estás en camino. No debes seguir adelante, porque si no estarás perdido.

-Te pasará lo mismo que a nosotros -suspiró el partido en dos-. ¡Míranos! ¿Te gustaría?





-¿Qué os ha pasado? -preguntó Atreyu.

-La aniquilación se extiende -se quejó el primero-, aumenta cada día más... si es que se puede decir que la nada aumenta. Todos los demás huyeron a tiempo del Bosque de Haule, pero nosotros no quisimos dejar nuestro hogar. Y entonces nos sorprendió durante el sueño e hizo con nosotros lo que ves.

-¿Duele mucho? -preguntó Atreyu.

-No -respondió el segundo troll de la corteza, el del agujero en el pecho-, no se siente nada. Sólo te falta algo y cada día te falta algo más, una vez que has sido atacado. Pronto no existiremos ya.

-¿En qué lugar del bosque comenzó todo? -quiso saber Atreyu.

-¿Quieres verlo? -El tercer troll, que era sólo medio troll, miró interrogativamente a sus compañeros de infortunio. Cuando éstos asintieron continuó:-Te llevaremos hasta donde puedas verlo, pero tienes que prometer que no te acercarás más. De otra forma, la Nada te atraería de un modo irresistible.

-Está bien -dijo Atreyu-, os lo prometo.

Los tres se volvieron y se dirigieron al lindero del bosque. Atreyu cogió a Artax de las riendas y los siguió. Durante un rato se abrieron paso entre los gigantescos árboles y luego se detuvieron ante un tronco particularmente grueso. Ni cinco hombres adultos hubieran podido abarcarlo con sus brazos.

-Trepa tan alto como puedas -dijo el troll sin piernas- y mira hacia oriente. Entonces lo verás... o, mejor dicho, no lo verás.

Atreyu subió, agarrándose a los nudos y protuberancias del tronco. Llegó a las ramas más bajas. Se izó hasta las siguientes y se elevó cada vez más, hasta que dejó de ver el suelo. Siguió trepando, el tronco se hizo más delgado y las ramas más numerosas, de forma que le resultó más fácil avanzar. Cuando finalmente estuvo sentado en lo más alto de la copa, miró hacia oriente y lo vio:

Las copas de los otros árboles que estaban muy cerca eran verdes, pero el follaje de los árboles que había detrás parecía haber perdido ese color, porque era gris. Y, un poco más lejos, se hacía extrañamente transparente, nebuloso o, mejor dicho, cada vez más irreal. Y detrás no había nada, absolutamente nada. No era un lugar pelado, una zona oscura, ni tampoco una clara; era algo insoportable para los ojos y que producía la sensación de haberse quedado uno ciego. Porque no hay ojos que aguanten el contemplar una nada total. Atreyu se tapó la cara con la mano y estuvo a punto de caerse de la rama. Se sujetó con fuerza y descendió tan deprisa como pudo. Ya había visto bastante. Sólo entonces comprendió todo el horror que se extendía por Fantasia.

Cuando llegó otra vez al pie del gigantesco árbol, los tres trolls de la corteza habían desaparecido. Atreyu saltó sobre su caballito y, a galope tendido, tomó la dirección opuesta a aquella en que la Nada avanzaba lenta pero inconteniblemente. Sólo cuando era ya oscuro y hacía tiempo que el Bosque de Haule había quedado atrás hizo alto.





Y aquella noche le esperaba el segundo acontecimiento que había de dar a su Gran Búsqueda una nueva orientación.

Soñó -de forma mucho más clara que hasta entonces- con los grandes búfalos purpúreos que había querido cazar. Esta vez estaba ante ellos sin arco ni flechas. Él se sentía muy pequeño, pero la cabeza del gran animal cubría el cielo entero. Y oyó cómo le hablaba. No pudo entenderlo todo, pero aproximadamente le dijo así:

«Si me hubieses matado serías ahora un cazador. Sin embargo, renunciaste a ello y por eso puedo ayudarte ahora, Atreyu. ¡Escucha! Hay un ser en Fantasia que es más viejo que todos los otros. Lejos, muy lejos, al norte, está el Pantano de la Tristeza. En medio de ese pantano se alza la Montaña de Cuerno y allí vive la Vetusta Morla. ¡Busca a la Vetusta Morla!

Entonces Atreyu se despertó.

El reloj de la torre dio las doce. Los compañeros de Bastián irían pronto a dar la última clase en el gimnasio. Quizá jugasen hoy con aquel balón medicinal grande y pesado con el que Bastián se daba siempre tan mala maña, por lo que ninguno de los equipos lo quería como jugador. A veces tenían que jugar también con una pelota pequeña, dura como una piedra, que hacía muchísimo daño cuando le daba a uno. Y a Bastián le daban siempre y con todas las ganas, porque ofrecía un blanco fácil. Sin embargo, quizá hubiera que hacer hoy cuerdas... un ejercicio que Bastián detestaba especialmente. Mientras que la mayoría de los otros estaban ya arriba, él se columpiaba casi siempre como un saco de patatas, con la cara roja como un tomate, al extremo inferior de la cuerda, con gran regocijo de toda la clase pero sin ser capaz de trepar ni medio metro. Y el señor Menge, el profesor de gimnasia, no escatimaba las bromas a su costa.

Bastián hubiera dado cualquier cosa por ser como Atreyu. Entonces les hubiera dado a todos una lección.

Suspiró profundamente.

Atreyu cabalgó hacia el norte, siempre hacia el norte. Sólo se permitía y permitía a su caballo las pausas más estrictamente necesarias para dormir y comer. Cabalgó día y noche, con el ardor del sol y bajo la lluvia, a través de tormentas y tempestades. No vio nada ni consultó con nadie más.

Cuanto más avanzaba hacia el norte, tanto más oscuro se hacía. Un crepúsculo gris de plomo, siempre igual, llenaba los días. Por las noches, las auroras boreales iluminaban el cielo.

Una mañana, en cuya turbia luz el tiempo parecía haberse detenido, vio por fin, desde una colina, el Pantano de la Tristeza. Vapores de niebla flotaban sobre él y de ellos surgían bosquecillos de árboles cuyos troncos se abrían por abajo en cuatro, cinco o más zancos retorcidos, de forma que parecían grandes cangrejos, sostenidos sobre muchas patas en el agua negra. Del follaje pardo colgaban por doquier raíces aéreas, como





tentáculos inmóviles. Era casi imposible saber dónde era firme el suelo entre las charcas y dónde consistía sólo en una alfombra de plantas acuáticas.

Ártax resopló suavemente de espanto.

-Sí -respondió Atreyu-, hemos de encontrar la Montaña de Cuerno que está en medio de ese pantano.

Espoleó a Ártax y el caballito obedeció. Paso a paso, iba comprobando la firmeza del suelo y, de ese modo, avanzaban lentamente. Finalmente, Atreyu desmontó y llevó a Ártax de las riendas. El caballo se hundió unas cuantas veces pero consiguió siempre salir. No obstante, cuanto más profundamente se adentraban en el Pantano de la Tristeza, tanto más torpes se hacían sus movimientos. Dejaba colgar la cabeza y se limitaba a arrastrarse hacia adelante.

-Artax -dijo Atreyu-: ¿qué te pasa?

-No lo sé, señor -respondió el animal-, creo que deberíamos volver. No tiene ningún sentido. Corremos tras algo que sólo has soñado. Pero no lo encontraremos. Quizá sea de todas formas demasiado tarde. Quizá haya muerto ya la Emperatriz Infantil y todo lo que hacemos sea absurdo. Vamos a volver, señor.

-Nunca me has hablado así, Ártax -dijo asombrado Atreyu-. ¿Qué te pasa? ¿Estás enfermo?

-Es posible -contestó Ártax-. A cada paso que damos, la tristeza de mi corazón aumenta. Ya no tengo esperanzas, señor. Y me siento cansado, tan cansado... Creo que no puedo más.

-¡Pero tenemos que seguir! -exclamó Atreyu-. ¡Vamos, Ártax!

Le tiró de las riendas, pero Ártax se quedó inmóvil. Se había hundido ya hasta el vientre. Y no hacía nada por librarse.

-¡Ártax! -gritó Atreyu-. ¡No puedes abandonar ahora! ¡Vamos! ¡Sal de ahí o te hundirás!

-¡Déjame,-señor! -respondió el caballito-. No puedo soportar más esta tristeza. Voy a morir.

Atreyu tiró desesperadamente de las riendas, pero el caballito se hundía cada vez más. Atreyu no podía hacer nada. Cuando, finalmente, sólo la cabeza del animal sobresalía ya del agua negra, Atreyu la cogió entre sus brazos.

-Yo te sostendré, Ártax -le dijo al oído-, no dejaré que te hundas.

El caballito relinchó una vez más suavemente.

-No puedes ayudarme, señor. Estoy acabado. Ninguno de los dos sabíamos lo que nos esperaba. Ahora sabemos por qué el Pantano de la Tristeza se llama así. La tristeza me ha hecho tan pesado que me hundo. No hay escapatoria.





-¡Pero si yo también estoy aquí -dijo Atreyu- y no me pasa nada!

-Llevas el Esplendor, señor -respondió Ártax-, y te protege.

-Entonces te colgaré el Signo -balbuceó Atreyu-. Quizá te proteja también.

Quiso ponerle la cadena alrededor del cuello.

-No -resopló el caballito-, no debes hacerlo, señor. El Pentáculo te lo han dado a ti, y no tienes derecho a dárselo a nadie aunque quieras. Tendrás que seguir buscando sin mí.

Atreyu apretó su cara contra la quijada del caballo.

-Ártax... -susurró estranguladamente-. ¡Mi Ártax!

-¿Quieres hacer algo por mí todavía, señor? -preguntó el animal.

Atreyu asintió en silencio.

-Entonces márchate, por favor. No me gustaría que me vieras cuando llegue el último momento. ¿Me harás ese favor?

Atreyu se puso lentamente en pie. La cabeza de su caballo estaba ahora medio sumergida en el agua negra.

-¡Adiós, Atreyu, mi señor! -dijo Ártax-. ¡...Y gracias!

Atreyu apretó los labios. No podía decir nada. Saludó una vez más a Artax con la cabeza y luego se dio media vuelta y se fue.

Bastián sollozó. No pudo evitarlo. Tenía los ojos llenos de lágrimas y no podía seguir leyendo. Tuvo que sacar el pañuelo y sonarse la nariz antes de poder continuar.

Cuánto tiempo siguió vadeando, vadeando simplemente, no lo supo nunca Atreyu. Estaba ciego y sordo. La niebla se hacía cada vez más espesa y tenía la sensación de caminar en redondo desde hacía horas. No prestaba atención a donde ponía el pie y, sin embargo, nunca se hundía más arriba de la rodilla. De una forma incomprensible, el signo de la Emperatriz Infantil le mostraba el verdadero camino.

Entonces se encontró de pronto ante la falda de una montaña alta y bastante empinada. Subió por las agrietadas rocas y trepó hasta su cumbre redonda. Al principio no se dio cuenta de qué estaban hechas aquellas rocas. Sólo cuando llegó arriba del todo y echó una ojeada alrededor vio que eran enormes placas de cuerno, en cuyas grietas y hendiduras crecía el musgo.

¡Había encontrado la Montaña de Cuerno!





Sin embargo, no sintió ninguna satisfacción por aquel descubrimiento. El fin de su fiel caballito hacía que aquello lo dejara casi indiferente. Ahora tenía que descubrir quién era y dónde estaba aquella Vetusta Morla que vivía allí.

Mientras estaba aún pensando, sintió de pronto que un ligero estremecimiento recorría la montaña, y luego oyó un tremendo resoplar y chasquear y una voz que parecía venir de las entrañas más profundas de la tierra:

-Mira, vieja, algo bulle por ahí sobre nosotras.

Atreyu se apresuró a dirigirse al final de la cresta de la montaña, de donde venía la voz. Sin embargo, resbaló en una alfombra de musgo y empezó a patinar. No pudo agarrarse a nada, se deslizó cada vez más aprisa y finalmente se despeñó. Por suerte, cayó en uno de los árboles que había abajo. Sus ramas lo sostuvieron.

Atreyu vio ante sí una gigantesca caverna en la montaña, en la que el agua negra salpicaba y chapoteaba, porque algo se movía allí dentro, saliendo lentamente. Sólo cuando hubo salido del todo se dio cuenta Atreyu de que era una cabeza unida a un cuello largo y arrugado: la cabeza de una tortuga.

Sus ojos eran grandes como charcos negros. Su hocico chorrea-ba fango y algas. Toda aquella Montaña de Cuerno -Atreyu lo comprendió de pronto- era un único y monstruoso animal, una formidable tortuga de pantano: ¡la Vetusta Morla!

Entonces se oyó aquella voz jadeante y gorgoteante:

-¿Qué haces ahí, pequeño?

Atreyu cogió el amuleto de su pecho y lo sostuvo de forma que los ojos grandes como charcos de la tortuga pudieran verlo.

-¿Sabes qué es esto, Morla?

Pasó un rato antes de que ella respondiera:

-Mira, vieja... ÁURYN... Hacía tiempo que no lo veíamos, el Signo de la Emperatriz Infantil... Hacía tiempo.

-La Emperatriz Infantil está enferma -repuso Atreyu-. ¿Lo sabías?

-Nos da lo mismo, ¿no es cierto, vieja? -respondió la Morla. Parecía hablar consigo misma de aquella forma peculiar, quizá porque no tenía a nadie con quien hablar, quién sabe desde hacía cuánto tiempo.

-Si no la salvamos morirá -añadió Atreyu más apremiantemente.

-Bueno -respondió la Morla.

-Y con ella se hundirá Fantasía -exclamó Atreyu-. La aniquilación llega ya a todas partes. Yo mismo la he visto.





La Morla lo miró fijamente con sus ojos enormes y vacíos.

-No tenemos nada en contra, ¿verdad, vieja? -gorgoteó.

-¡Moriremos todos! -gritó Atreyu-. ¡Todos!

-Mira, pequeño -respondió la Morla-, ¿qué nos importa? Nada tiene importancia ya para nosotras. Todo da lo mismo, exactamente lo mismo.

-¡También tú serás aniquilada, Morla! -gritó Atreyu furioso-. ¡También tú! ¿O es que crees que, por ser tan vieja, sobrevivirás a Fantasia?

-Mira -gorgoteó la Morla-: somos viejas, pequeño, demasiado viejas y hemos vivido bastante. Hemos vivido demasiado. Para quien sabe tanto como nosotras nada es importante ya. Todo se repite eternamente: el día y la noche, el verano y el invierno..., el mundo está vacío y no tiene sentido. Todo se mueve en círculos. Lo que aparece debe desaparecer, y lo que nace debe morir. Todo pasa: el bien y el mal, la estupidez y la sabiduría, la belleza y la fealdad. Todo está vacío. Nada es verdad. Nada es importante.

Atreyu no supo qué responder. La mirada gigantesca, oscura y vacía de la Vetusta Morla paralizaba su mente. Al cabo de un rato la oyó hablar de nuevo:

-Eres muy joven, pequeño. Nosotras somos viejas. Si fueras tan viejo como nosotras sabrías que no hay nada más que tristeza. Mira: ¿por qué no hemos de morir tú, yo, la Emperatriz Infantil, todos, todos? Todo es sólo una apariencia, un juego en la Nada. Todo da exactamente lo mismo. Déjanos en paz, pequeño, y vete.

Atreyu recurrió a toda su fuerza de voluntad para contrarrestar el entumecimiento que le producía la mirada de la Vetusta Morla.

-Si tanto sabes -dijo-, también sabrás en qué consiste la enfermedad de la Emperatriz Infantil y si hay para ella remedio.

-Lo sabemos, ¿verdad, vieja? Lo sabemos -resolló la Morla-, pero da lo mismo que ella se salve o no. Por lo tanto, ¿por qué tendríamos que decírtelo?

-Si realmente te da lo mismo -la apremió Atreyu-, también podrías decírmelo.

-Podríamos también, vieja, ¿verdad? -gruñó la Morla-. Pero no tenemos ganas.

-Entonces -exclamó Atreyu- no es verdad que todo te dé lo mismo. ¡Ni siquiera tú crees lo que dices!

Durante mucho tiempo reinó el silencio, y luego Atreyu oyó unos gorgoteos y regüeldos profundos. Debían de ser una especie de risa, si es que la Vetusta Morla podía reír todavía. En cualquier caso, dijo:

-Eres astuto, pequeño. ¡Vaya! Eres listo. Hacía tiempo que no nos divertíamos tanto, ¿verdad, vieja? ¡Vaya! También podríamos decírtelo. No hay ninguna diferencia. ¿Se lo





decimos, vieja?

Hubo un largo silencio. Atreyu esperaba impaciente la respuesta de la Morla, sin interrumpir con sus preguntas los lentos y desesperantes pensamientos de ella. Por fin, la tortuga siguió hablando:

-Tú vives poco, pequeño. Nosotras vivimos mucho. Demasiado. Pero los dos vivimos en el tiempo. Tú poco. Nosotras mucho. La Emperatriz Infantil existía ya antes que nosotras. Pero no es vieja. Ella es siempre joven. Mira: su existencia no se mide por tiempo, sino por nombres. Necesita un nombre nuevo, siempre un nombre nuevo. ¿Sabes sus nombres, pequeño?

-No -reconoció Atreyu-. Nunca los he oído.

-Es que no puedes haberlos oído -respondió la Morla-. Ni siquiera nosotras podemos recordarlos. Y, sin embargo, ha tenido muchos. Pero todos se han olvidado. Todos han pasado. No obstante, sin nombre no puede vivir. La Emperatriz Infantil sólo necesita tener un nuevo nombre para ponerse bien. Sin embargo, no importa si se pone bien o no...

Cerró sus ojos grandes como charcos y empezó a recoger lentamente la cabeza.

-¡Espera! -gritó Atreyu-. ¿De quién recibe los nombres? ¿Quién puede darle un nombre? ¿Dónde puedo encontrar ese nombre?

-Ninguno de nosotros -oyó gorgotear a la Morla-, ningún ser de Fantasia puede darle un nuevo nombre. Por eso todo es inútil. No te preocupes, pequeño. Nada importa.

-Entonces, ¿quién? -gritó Atreyu fuera de sí-. ¿Quién puede darle un nombre que la salve y nos salve a todos?

-¡No hagas tanto ruido! -dijo la Morla-. Déjanos en paz y márchate. Tampoco nosotras sabemos quién puede hacerlo.

-Si no lo sabes -gritó Atreyu más fuerte aún-, ¿quién puede saberlo?

Ella abrió de nuevo los ojos.

-Si no llevases el Esplendor -resopló-, te comeríamos, sólo para estar tranquilas. ¡Vaya!

-¿Quién? -insistió Atreyu-. ¡Dime quién lo sabe y te dejaré en paz para siempre!

-Al fin y al cabo da lo mismo -respondió ella-, quizá Uyulala, en el Oráculo del Sur. Quizá ella lo sepa. ¿Qué nos importa?

-¿Y cómo puedo llegar hasta allí?

-No puedes llegar de ninguna forma, pequeño. ¡Vaya! Ni en diez mil días de viaje. Vives demasiado poco. Morirías antes. Está demasiado lejos. En el sur. Demasiado





lejos. Por eso todo es inútil. Se lo habíamos dicho desde el principio, ¿verdad, vieja? Déjalo estar y renuncia, pequeño. Y, sobre todo, ¡déjanos en paz!

Diciendo esto, cerró definitivamente sus ojos de mirada vacía y metió otra vez la cabeza en la cueva. Atreyu supo que no podría sacar nada más de ella.

Al mismo tiempo, el ser de las sombras que se había formado de la oscuridad del páramo nocturno encontró el rastro de Atreyu y se dirigió al Pantano de la Tristeza. Nada ni nadie en Fantasia podría apartarlo de aquel rastro.

Bastián había apoyado la cabeza en la mano y miraba ante sí pensativamente.

-Es muy extraño -dijo en voz alta- que ningún ser de Fantasia pueda dar a la Emperatriz Infantil un nuevo nombre.

Si sólo se tratara de encontrar un nombre, él hubiera podido ayudarlos fácilmente. Eso se le daba bien. Pero por desgracia no estaba en Fantasia, donde sus habilidades hubieran podido ser útiles y le hubieran reportado quizá simpatía u honores. Por otro lado, se alegraba también mucho de estar allí porque en una región como el Pantano de la Tristeza no se hubiera atrevido a entrar por nada del mundo. ¡Y aquel siniestro ser de las sombras que perseguía a Atreyu sin que lo supiera! A Bastián le hubiera gustado avisarlo, pero no podía ser. No se podía hacer otra cosa que confiar en la suerte y seguir leyendo.





Ygrámul El Múltiple



os tormentos empezaba a sufrir Atreyu: hambre y sed. Hacía dos días que había dejado el Pantano de la Tristeza y, desde entonces, vagaba por un desierto de piedra en el que no había un ser vivo. Lo poco que le quedaba aún de sus provisiones se había hundido con Ártax en el agua negra. Inútilmente escarbó con las manos entre las piedras para encontrar alguna raíz; allí no crecía nada, ni siquiera musgos o líquenes.

Al principio se había alegrado de sentir al menos suelo firme bajo los pies, pero poco a poco tuvo que confesarse que su situación más bien había empeorado. Se había perdido. Ni siquiera podía determinar ya por el cielo el rumbo que seguía, porque aquella media luz era igual por todas partes y no le ofrecía ningún punto de referencia. Un viento frío soplaba incesantemente en torno a las agujas de piedra que se alzaban a su alrededor.

Escaló crestas y cumbres rocosas, subió y bajó, pero nunca se le ofreció otra vista que la de más y más montañas, detrás de las cuales había otras cadenas montañosas, y así hasta el horizonte, en todas direcciones. Y nada vivo, ningún bichito ni hormiga, ni siquiera los buitres que suelen seguir a los caminantes perdidos hasta que se desploman.

No había ya duda: la región en que se había extraviado era las Montañas Muertas. Pocos las habían visto nunca y casi ninguno había regresado de ellas. Pero en las leyendas que contaba el pueblo de Atreyu se hablaba de esas montañas. Recordó una estrofa de una vieja canción:

Más valiera al cazador
sucumbir en los pantanos
porque en las Montañas Muertas,
en el Abismo Profundo,
habita Ygrámul el Múltiple,
el horror de los horrores...

Aunque Atreyu hubiera sabido en qué dirección ir para regresar, no le hubiera sido posible hacerlo. Se había adentrado ya demasiado. Si se hubiera tratado sólo de él, quizá se hubiera dejado caer simplemente en alguna oquedad de la roca para esperar la muerte, como solían hacer los cazadores de su pueblo en esos casos. Sin embargo, estaba en la Gran Búsqueda y se encontraba en juego la vida de la Emperatriz Infantil y de toda Fantasia. No podía darse por vencido.





Por eso siguió subiendo y bajando montañas, dándose cuenta a veces de que, desde hacía mucho rato, caminaba como un sonámbulo mientras su mente vagaba por otros lugares y regresaba sólo de mala gana.

Bastián se estremeció. El reloj de la torre dio la una. Por hoy, las clases habían terminado.

Escuchó el ruido y los gritos de los niños que, abajo, salían de las aulas y corrían por los pasillos. Se oyó en las escaleras el estrépito de muchos pies. Luego, durante un rato, subieron aún desde la calle gritos diversos. Y finalmente el silencio se extendió por todo el colegio.

Aquel silencio cubrió el ánimo de Bastián como un manto pesado y sofocante que amenazaba asfixiarlo. Desde ahora estaría solito en el gran colegio... Todo el día, la noche siguiente..., quién sabe cuánto tiempo. A partir de ahora, la cosa iba en serio.

Los otros se iban a casa para comer. También Bastián tenía hambre y sentía frío, a pesar de las mantas militares que se había echado por los hombros. De pronto perdió del todo el valor, y todo su plan le pareció completamente disparatado y absurdo. Quería irse a casa, ahora, ¡enseguida! Todavía era tiempo. Su padre no podía haber notado nada aún.

Bastián no necesitaba decirle siquiera que se había fumado el colegio. Naturalmente, alguna vez lo sabría, pero hasta entonces pasaría tiempo. ¿El asunto del libro robado? Sí, también tendría que confesarlo alguna vez. Su padre lo encajaría en fin de cuentas lo mismo que había encajado todas las decepciones que Bastián le había causado. No había razón para tenerle miedo. Probablemente, iría a ver al señor Koreander sin decir nada y lo arreglaría todo.

Bastián cogía ya el libro de color cobre para meterlo en la cartera, pero se detuvo.

-No -dijo de pronto en voz alta, en el silencio del desván-. Atreyu no renunciaría tan rápidamente, sólo porque las cosas fueran un poco difíciles. Lo que he empezado tengo que acabarlo. He ido ya demasiado lejos para volverme atrás. Sólo puedo seguir adelante, pase lo que pase.

Se sintió muy solo y, sin embargo, en ese sentimiento había también algo así como orgullo: orgullo de haber sido fuerte y no haber renunciado a su intento.

¡Después de todo, se parecía un poquitín a Atreyu!

Había llegado el momento en que Atreyu no podía realmente seguir adelante. Ante él se abría el Abismo Profundo.

El espanto grandioso de aquella vista no puede describirse con palabras. A través de la región de las Montañas Muertas, la tierra se abría en una brecha que tendría quizá media milla de anchura. Su profundidad no podía determinarse.





Atreyu estaba al borde de un saliente rocoso y miró hacia abajo, a las tinieblas, que parecían llegar hasta el fondo mismo de la tierra. Cogió una piedra del tamaño de su cabeza que había cerca y la lanzó tan lejos como pudo. La piedra cayó, cayó y cayó hasta que se la tragó la oscuridad. Atreyu escuchó pero, aunque esperó largo tiempo, el ruido del impacto no llegó a sus oídos.

Y entonces hizo lo único que podía hacer: comenzó a andar por el borde del Abismo Profundo. Sin embargo, estaba preparado para hacer frente en cualquier momento a aquel «horror de los horrores» del que hablaba la vieja canción. No sabía de qué clase de criatura podía tratarse; sólo sabía que se llamaba Ygrámul.

El Abismo Profundo discurría en línea quebrada a través del desierto de montañas y, naturalmente, en su borde no había ningún camino, sino que también allí se alzaban torres de piedra que Atreyu tenía que escalar y que, a veces, vacilaban peligrosamente bajo sus pies, se atravesaban en su camino gigantescos peñascos que tenía que rodear trabajosamente, o había pendientes de piedras sueltas que se precipitaban hacia la brecha, poniéndose en movimiento cuando él atravesaba. Más de una vez estuvo apunto de despeñarse.

Si hubiera sabido que un perseguidor seguía sus huellas aproximándose de hora en hora, quizá se hubiera dejado arrastrar a hacer algo irreflexivo que, en aquel camino difícil, hubiera podido costarle caro. Se trataba de aquel ser de las tinieblas que lo perseguía desde que salió. Entretanto, la figura del ser se había espesado tanto que podían distinguirse claramente sus contornos. Era un lobo, negro como la pez y grande como un buey. Con el hocico pegado al suelo, trotaba sobre la pista de Atreyu a través del desierto de piedra de las Montañas Muertas. Le sobresalía mucho la lengua de la boca y llevaba los belfos retraídos, de forma que podían verse sus terribles dientes. El olor fresco le decía que sólo unas millas lo separaban de su víctima. Y esa distancia disminuía sin cesar.

Pero Atreyu nada sabía de su perseguidor y buscaba su camino cauta y lentamente.

Cuando estaba en una estrecha caverna que atravesaba un macizo de roca como si fuera una especie de tubo curvado, oyó de pronto un estruendo que no se parecía a ningún ruido que hubiera oído jamás. Era un rugir y un bramar y un resonar y, al mismo tiempo, Atreyu sintió que toda la roca en que estaba se movía y oyó los bloques de piedra que, fuera, caían con estrépito por las laderas de la montaña. Esperó un poco para ver si cedía el terremoto -¡o lo que fuera!- y cuando por fin cesó, continuó arrastrándose, llegó por fin a la salida y asomó con precaución la cabeza.

Y entonces vio esto: sobre las tinieblas del Abismo Profundo, de un borde a otro colgaba una monstruosa tela de araña. Y en los pegajosos hilos de aquella red, gruesos como maromas, se retorcía un gran dragón blanco de la suerte, sacudiendo la cola y las garras y enredándose, sin embargo, cada vez más desesperadamente.

Los dragones de la suerte son de los animales más raros de Fantasia. No se parecen en nada a los dragones corrientes ni a los célebres que, como serpientes enormes y asquerosas, viven en las profundas entrañas de la tierra, apestan y vigilan algún tesoro real o imaginario. Estos engendros del caos son casi siempre perversos o huraños, tienen alas parecidas a las de los murciélagos, con las que pueden remontarse en el aire ruidosa

y pesadamente, y escupen fuego y humo. En cambio, los dragones de la suerte son criaturas del aire y del buen tiempo, de una alegría desenfrenada y, a pesar de su colosal tamaño, ligeros como una nubecilla de verano. Por eso no necesitan alas para volar. Nadan por los aires del cielo lo mismo que los peces en el agua. Desde tierra, parecen relámpagos lentos. Y lo más maravilloso en ellos es su canto. Su voz es como el repicar de una gran campana y, cuando hablan en voz baja, es como si se oyera el sonido de esa campana en la distancia. Quien escucha alguna vez su canto, no lo olvida en la vida y sigue hablando de él a sus nietos.

Pero el dragón de la suerte que Atreyu veía ahora no se encontraba en una situación en que tuviera ganas de cantar. Su cuerpo largo y flexible, cuyas escamas de color madreperla brillaban rosadas y blancas, colgaba retorcido y preso en la enorme tela de araña. Las largas barbas del hocico del animal, su abundante melena y los flecos de su cola y de sus miembros estaban enredados en las cuerdas pegajosas, de forma que apenas podía moverse. Sólo sus globos oculares de color rubí en medio de su cabeza parecida a la de un león, brillaban indicando que aún estaba vivo.

Aquel soberbio animal sangraba por muchas heridas, porque había algo más, algo gigantesco que, una vez y otra, se precipitaba con la velocidad del rayo sobre el cuerpo del blanco dragón, como una nube negra que cambiara de forma sin cesar. Tan pronto parecía una araña gigante de grandes patas, muchos ojos ardientes y un grueso cuerpo cubierto por una maleza enmarañada de pelos negros como se convertía en una gran mano de largas garras, que intentaba aplastar al dragón de la suerte, y al momento siguiente se transformaba en un gigantesco escorpión negro que, con su aguijón venenoso, atacaba a su pobre víctima.

La pelea entre aquellos dos seres formidables era espantosa. El dragón de la suerte se defendía aún, escupiendo un fuego azul que chamuscaba las cerdas de aquella criatura en forma de nube. El humo brotaba y formaba remolinos de vapor en la brecha rocosa. El hedor casi impedía a Atreyu respirar. Una vez, el dragón de la suerte logró incluso morder una de las largas patas de su adversario. Sin embargo, el miembro seccionado no cayó en las profundidades del abismo, sino que se movió un momento en el aire por sí solo y volvió luego a su lugar original, uniéndose otra vez al oscuro cuerpo de forma de nube. Y así ocurría siempre: cada vez que el dragón agarraba uno de los miembros entre sus dientes, parecía morder en el vacío.

Sólo entonces se dio cuenta Atreyu de algo que antes no había notado: aquella criatura horripilante no era un solo cuerpo sólido, sino que se componía de innumerables insectos de un azul acerado, que zumbaban como avispones furiosos y, en enjambre espeso, adoptando siempre nuevas formas. Era Ygrámul, y ahora sabía Atreyu por qué lo llamaban «el Múltiple».

Atreyu salió de un salto de su escondite, cogió la Alhaja que llevaba al pecho y gritó, tan fuerte como pudo:

-¡Alto! ¡En nombre de la Emperatriz Infantil! ¡Alto!

Sin embargo, en medio del rugir y jadear de aquellas criaturas que luchaban, su voz se perdió. Apenas pudo oírla él mismo.





Sin pensarlo, corrió por las pegajosas maromas de la red hacia los combatientes. La red vibraba bajo sus pies. Perdió el equilibrio, cayó entre las mallas, se quedó colgando sólo de las manos sobre la profundidad tenebrosa, logró subirse de nuevo, se quedó pegado, se libró otra vez y siguió adelante.

Ygrámul se dio cuenta de pronto de que algo se le acercaba. Se dio la vuelta con la rapidez de un relámpago, y su aspecto era horrible: ahora era sólo un rostro gigantesco de color azul acerado, con un único ojo sobre la base de la nariz que, con su pupila vertical de una malignidad inimaginable, miraba fijamente a Atreyu.

Bastián lanzó una pequeña exclamación de horror.

Un grito de horror resonó en la garganta, rebotando de un lado a otro como un eco.

Ygrámul movió su ojo hacia la izquierda y la derecha para ver si llegaba algún otro, porque el muchacho que estaba ante él, como paralizado de espanto, no podía haber sido. Pero no había nadie más.

«¿Habrá sido mi grito lo que ha oído?», pensó Bastián profundamente preocupado. «No es posible.»

Y entonces oyó Atreyu la voz de Ygrámul. Era una voz muy aguda y un tanto ronca, que no concordaba en absoluto con su rostro gigantesco. Además, su boca no se movía al hablar. Era el zumbido de un enorme enjambre de avispones que formaba palabras.

-¡Un bípedo! -le oyó decir Atreyu-. Después de tanto pasar hambre, ¡dos bocados exquisitos! ¡Hoy es un día de suerte para Ygrámul!

Atreyu tuvo que hacer acopio de todas sus fuerzas. Sostuvo el Esplendor ante el único ojo del monstruo y le preguntó:

-¿Conocéis este signo?

-Acércate, bípedo -zumbó el coro de muchas voces-. Ygrámul no ve muy bien.

Atreyu dio otro paso hacia el rostro. Ygrámul abría ahora la boca. En lugar de lengua, tenía innumerables antenas, pinzas y tentáculos.

-¡Más cerca! -zumbó el enjambre.

Atreyu dio otro paso adelante, quedando tan cerca del rostro que ahora podía ver claramente los incontables seres distintos de color azul acerado que revoloteaban en confusión. Y, sin embargo, aquel horrible rostro permanecía totalmente inmóvil.

-Soy Atreyu -dijo-, y cumplo una misión de la Emperatriz Infantil.





-En mal momento llegas -respondió el colérico zumbido tras una pausa-. ¿Qué quieres de Ygrámul? Como ves, está muy ocupado.

-Quiero ese dragón de la suerte -respondió Atreyu-. ¡Dámelo!

-¿Para qué lo quieres, bípedo Atreyu?

-He perdido mi caballo en el Pantano de la Tristeza. Tengo que ir al Oráculo del Sur, porque sólo Uyulala puede decirme quién es capaz de dar un nuevo nombre a la Emperatriz Infantil. Si no recibe ese nombre, morirá y, con ella, toda Fantasia... También vosotros, Ygrámul, a quienes llaman el Múltiple.

-¡Ah! -llegó desde el rostro como un sonido prolongado-. ¿Ésa es la razón de que haya esos lugares donde no queda nada?

-Sí -replicó Atreyu-. Así que también vosotros lo sabéis, Ygrámul... Sin embargo, el Oráculo del Sur está demasiado lejos para que yo pueda llegar a él en el tiempo que dure mi vida. Por eso os pido el dragón de la suerte. Si me lleva por los aires, quizá pueda llegar aún a mi destino.

En el enjambre revoloteante que formaba el rostro se pudo oír algo que podía ser una risa ahogada de muchas voces.

-Te equivocas, bípedo Atreyu. Nada sabemos del Oráculo del Sur ni de Uyulala, pero sabemos que ese dragón no puede llevarte ya. E incluso aunque no estuviera herido, vuestro viaje duraría tanto que, entretanto, la Emperatriz Infantil moriría de su enfermedad. No puedes medir tu búsqueda teniendo en cuenta tu vida, bípedo Atreyu, sino la suya.

La mirada del ojo de pupila vertical era difícilmente soportable y Atreyu bajó la cabeza.

-Eso es cierto -dijo en voz baja.

-Además -siguió diciendo el rostro sin moverse-, el dragón tiene ya en el cuerpo el veneno de Ygrámul. Como mucho, le queda una horita de vida.

-Entonces no hay esperanza -murmuró Atreyu-; ni para él, ni para mí, ni tampoco pata vosotros, Ygrámul.

-Bueno -zumbó la voz-, al menos Ygrámul habrá comido bien otra vez. Pero no es nada seguro que se trate realmente de la última comida de Ygrámul. Él conoce un medio que te llevaría en un santiamén hasta el Oráculo del Sur. Que te guste o no, bípedo Atreyu, es otra cuestión.

-¿Qué quieres decir?

-Es el secreto de Ygrámul. Pero también las criaturas del abismo tienen sus secretos, bípedo Atreyu. Ygrámul no lo ha revelado nunca hasta ahora. Y también tú debes jurar que nunca lo revelarás. Porque le perjudicaría a Ygrámul, le perjudicaría mucho a Ygrámul que se supiera.





-Lo juro. ¡Habla!

El enorme rostro azul acerado se inclinó un poco hacia adelante y zumbó de una forma casi inaudible:

-Debes dejar que Ygrámul te muerda.

Atreyu retrocedió asustado.

-El veneno de Ygrámul -siguió diciendo la voz- mata en el plazo de una hora, pero da también a quien lo recibe la facultad de trasladarse al lugar de Fantasia que desee. ¡Piensa en lo que ocurriría si eso se supiera! ¡A Ygrámul se le escaparían todas sus víctimas!

-¿Una hora? -exclamó Atreyu-. Pero, ¿qué puedo hacer en una hora?

-Bueno... -susurró el enjambre-, en cualquier caso es más que todas las horas que aún te quedan aquí. ¡Decídete!

Atreyu luchaba consigo mismo.

-¿Dejaréis en libertad al dragón de la suerte si os lo pido en nombre de la Emperatriz Infantil? -preguntó por fin.

-No -respondió el rostro-, no tienes ningún derecho a pedirle eso a Ygrámul, aunque lleves a ÁURYN, el Esplendor. La Emperatriz Infantil permite que todos seamos como somos. Por eso también Ygrámul se inclina ante su signo. Y tú lo sabes muy bien.

Atreyu seguía teniendo la cabeza baja. Lo que Ygrámul decía era verdad. Así pues, no podía salvar al dragón de la suerte. Sus propios deseos no contaban.

Se irguió y dijo:

-¡Haz lo que me has propuesto!

Con la rapidez del relámpago, la nube azul acerada cayó sobre él, rodeándolo por todas partes. Atreyu sintió un furioso dolor en el hombro izquierdo y sólo pensó: «¡Al Oráculo del Sur!».

Luego la vista se le nubló.

Cuando, poco después, el lobo llegó a aquel lugar, vio la enorme tela de araña... pero a nadie más. El rastro que había seguido hasta entonces se interrumpía bruscamente y, a pesar de todos sus esfuerzos, no pudo volver a encontrarlo.

Bastián se interrumpió. Se sentía mal, como si él mismo tuviera el veneno de Ygrámul en el cuerpo.





-Gracias a Dios -dijo para sí en voz baja- que no estoy en Fantasia. Esos monstruos, por suerte, no existen en la realidad. Al fin y al cabo, se trata sólo de una historia.

Pero, ¿de verdad era sólo una historia? ¿Cómo era posible entonces que Ygrámul -y probablemente también Atreyu- hubiera oído el grito de espanto de Bastián?

Poco a poco, aquel libro empezaba a resultarle siniestro.





Los Dos Colonos



n cuanto volvió en sí, Atreyu, por un horrible segundo, tuvo la idea de que Ygrámul lo había engañado y estaba todavía en el desierto de piedra.

Se incorporó con dificultad. Y entonces vio que, efectivamente, estaba en una montaña desierta, pero en otra muy distinta. El terreno parecía componerse totalmente de grandes
losas de piedra del color de la herrumbre, apiladas y amontonadas unas sobre otras, de modo que formaban toda clase de torres y pirámides. Entre ellas, pequeños arbustos y hierbas cubrían el suelo. Hacía un calor abrasador. El paisaje estaba envuelto en la luz de un sol deslumbrante, cegador.

Atreyu se hizo sombra con la mano y vio a una distancia de una milla una puerta de piedra, de forma irregular, cuyo arco estaba formado por losas colocadas horizontalmente y que podría tener unos cien pies de altura.

¿Sería aquélla la entrada del Oráculo del Sur? Hasta donde podía ver, detrás de la puerta no había más que una llanura infinita; no había edificios, ni templos, ni bosques... nada que pareciera la sede de un oráculo.

Mientras estaba pensando aún en lo que debía hacer, oyó de pronto una profunda voz de bronce:

-¡Atreyu! -y luego otra vez-: ¡Atreyu!

Se volvió y vio venir, por detrás de una de las torres de piedra de color herrumbre, al dragón blanco de la suerte. Le manaba sangre de las heridas y estaba tan debilitado que sólo con esfuerzo pudo arrastrarse hasta Atreyu. Sin embargo, guiñó alegremente uno de sus ojos de color rubí y dijo:

-No te extrañes demasiado de que esté aquí también, Atreyu. Es verdad que estaba paralizado cuando colgaba de la tela de araña, pero oí todo lo que te dijo Ygrámul. Y entonces pensé que también a mí me había mordido: ¿por qué no hacer uso igualmente del secreto que te había confiado? Y así fue como me escapé.

Atreyu estaba radiante.





-Me resultó muy difícil dejarte con Ygrámul -dijo- pero, ¿qué podía hacer?

-Nada -respondió el dragón de la suerte-. Sin embargo, me has salvado la vida... aunque sea con algo de colaboración por mi parte.

Y otra vez hizo un guiño, ahora con el otro ojo.

-Te he salvado la vida... -repitió Atreyu- por una hora, porque más no nos queda a ninguno de los dos. Siento el veneno de Ygrámul cada vez con más fuerza.

-No hay veneno sin contraveneno -respondió el dragón blanco-. Ya verás como todo sale bien.

-No sé cómo -dijo Atreyu.

-Ni yo -contestó el dragón-, pero eso es precisamente lo bueno. A partir de ahora todo te saldrá bien. Al fin y al cabo, soy un dragón de la suerte. Ni siquiera cuando colgaba de la red había perdido la esperanza... y tenía razón, ya ves.

Atreyu sonrió.

-Dime por qué has venido aquí... y no has ido a otro lugar, a otro lugar donde quizá podrías curarte mejor.

-Mi vida, si la quieres, te pertenece -dijo el dragón-. Pensé que necesitarías una cabalgadura en tu Gran Búsqueda. Y ya verás: es muy distinto arrastrarse por ahí sobre dos piernas o, incluso, galopar sobre un buen caballo, y surcar los aires sobre las espaldas de un dragón de la suerte. ¿De acuerdo?

-¡De acuerdo! -respondió Atreyu.

-Por cierto -añadió el dragón-, me llamo Fújur.

-Está bien, Fújur -dijo Atreyu-, pero mientras hablamos pasa el poco tiempo de que disponemos. Tengo que hacer algo, pero ¿qué?

-Tener suerte -respondió Fújur-, ¿qué otra cosa si no?

Sin embargo, Atreyu no lo oía ya. Se había desplomado y yacía inmóvil, envuelto en las blandas curvas del cuerpo del dragón.

El veneno de Ygrámul hacía su efecto.

Cuando Atreyu -quién sabe cuánto tiempo des-pués- abrió de nuevo los ojos, no vio al principio más que un rostro muy extraño inclinado sobre el suyo. Era el rostro más apergaminado y arrugado que había visto nunca, pero sólo tenía aproximadamente el tamaño de un puño. Era de color pardo oscuro como una manzana asada y los ojillos que había en él brillaban como estrellas. En la frente llevaba algo así como una cofia de hojas marchitas.





Atreyu notó entonces que le ponían en los labios una pequeña copa.

-¡Medicina bonita, medicina buena! -murmuraron los pequeños y arrugados labios de aquel rostro fruncido-. Bebe, hijo, bebe. ¡Te hará bien!

Atreyu tomó un sorbo. Sabía raro, un poco dulce y, sin embargo, amargo.

-¿Qué ha sido del dragón blanco? -dijo con esfuerzo.

-Todo está arreglado -respondió la voz cuchicheante-, no te preocupes, muchachito. Os pondréis bien. Os pondréis bien los dos. Ya ha pasado lo peor. ¡Bebe, bebe!

Atreyu bebió otro trago y se durmió enseguida, pero esta vez con el sueño profundo y reparador de la convalecencia.

El reloj de la torre dio las dos.

Bastián no podía aguantar más: tenía que ir urgentemente al retrete. Hacía ya rato que tenía ganas pero, sencillamente, no había podido dejar de leer. Y además, le daba un poco de miedo bajar. Se dijo a sí mismo que no había razón para ello: el colegio estaba vacío y nadie lo vería. Y, sin embargo, tenía miedo, como si el propio colegio fuera un ser vivo que lo observase.

Pero aquello no servía de nada: ¡tenía que ir!

Colocó el libro abierto sobre la colchoneta, se puso en pie y se dirigió a la puerta del desván. Con el corazón palpitante, escuchó un rato. Todo estaba en silencio. Descorrió el pestillo e hizo girar lentamente la gran llave en la cerradura. Cuando hizo presión sobre el picaporte, la puerta se abrió con un fuerte chirrido.

Se deslizó en calcetines dejando detrás la puerta abierta, para no tener que hacer otra vez ruidos innecesarios. Luego bajó de puntillas por la escalera hasta la primera planta. Delante de él tenía el pasillo, con las puertas de las clases pintadas de verde espinaca. El aseo de los alumnos estaba al extremo opuesto. Era más que tiempo y Bastián corrió cuanto pudo. Llegó al lugar salvador literalmente en el último momento.

Mientras estaba sentado en el retrete, pensó en por qué los héroes de historias como aquéllas no tenían nunca problemas de esa clase. Una vez -cuando todavía era mucho más pequeño- había preguntado en clase de religión si Jesucristo tenía que hacer esas cosas como un hombre corriente, ya que, como hombre corriente, comía y bebía. La clase se había partido de risa y el profesor de religión le había puesto en el cuaderno de notas una amonestación por «mal comportamiento». Pero Bastián no había recibido ninguna respuesta. Y la verdad era que no había pretendido portarse mal. «Probablemente», se dijo ahora, «esas cosas son secundarias y poco importantes, y por eso no hay que mencionarlas en las historias».

Aunque para él, muchas veces, podían ser de una importancia desesperada y humillante.





Había terminado; tiró de la cadena y se disponía a salir, cuando de pronto oyó pasos en el pasillo. Las puertas de las aulas se abrían y cerraban una tras otra, y los pasos se iban acercando cada vez más.

El corazón de Bastián latía con tanta fuerza que parecía querer salírsele del pecho. ¿Dónde podía esconderse? Se quedó como paralizado donde estaba.

La puerta del retrete se abrió, pero por fortuna de forma que Bastián quedó tapado por ella. Entró el portero del colegio. Miró, uno tras otro, en los distintos retretes. Cuando llegó a aquel en que el agua corría todavía y se columpiaba la cadena, se quedó un momento desconcertado. Refunfuñó algo entre dientes pero, cuando vio que el agua dejaba de correr, se encogió de hombros y salió. Sus pasos se perdieron en la escalera.

Bastián no se había atrevido a respirar durante todo el tiempo y ahora lo hizo profundamente. Cuando quiso salir se dio cuenta de que las rodillas le temblaban.

Con precaución y tan deprisa como pudo, se deslizó por el pasillo de puertas pintadas de verde espinaca, subió la escalera y volvió al desván. Sólo cuando la puerta estuvo otra vez cerrada y atrancada se relajó.

Con un profundo suspiro, se dejó caer otra vez en su lecho de colchonetas, se envolvió en las mantas militares y cogió el libro.

Cuando Atreyu despertó de nuevo, se sintió totalmente descansado y fuerte. Se incorporó.

Era de noche, la luna brillaba luminosa y vio que se encontraba en el mismo lugar en que se había desplomado junto al dragón blanco. También Fújur seguía allí, pero respiraba de una forma tranquila y profunda y parecía totalmente dormido. Todas sus heridas habían sido vendadas.

Atreyu observó que también su propio hombro había sido curado del mismo modo, no con vendas sino con hierbas y fibras vegetales.

A unos pasos sólo había en la roca una pequeña gruta, por cuya entrada salía un resplandor amortiguado.

Sin mover el brazo izquierdo, Atreyu se puso en pie con cuidado y se dirigió a la baja entrada de la cueva. Se inclinó y vio en el interior una estancia que parecía la cocina de un alquimista en miniatura. En segundo plano chisporroteaba en la chimenea una alegre hoguera. Por todas partes había crisoles, cacharros y botellas de formas extrañas. En una estantería había almacenados manojos de plantas secas de distintas especies. La mesita del centro y los demás muebles parecían hechos de raíces. En conjunto, la vivienda producía una impresión agradable.

Sólo al oír una tosecilla se dio cuenta Atreyu de que, en una butaca, delante de la chimenea, había un tipejo pequeñito. Llevaba en la cabeza una especie de gorro de madera de raíz, que parecía la cazoleta invertida de una pipa. Su rostro era del mismo color pardo oscuro y tan arrugado como el que Atreyu había visto inclinado sobre él la





primera vez que se despertó. Sin embargo, tenía sobre la nariz unas gafas grandes y sus rasgos eran más duros y preocupados. El tipejo leía en un gran libro que tenía sobre las rodillas.

Entonces apareció bamboleándose, procedente de otra habitación que había más atrás, una segunda figurita en la que Atreyu reconoció enseguida al ser que antes se le había aparecido. Únicamente entonces vio que se trataba de una mujercita. Además del gorro de hojas, llevaba -lo mismo que el hombrecillo del sillón situado junto a la chimenea- una especie de hábito de monje, que parecía hecho también de hojas marchitas. Tarareando contenta para sí, se frotó las manos y se ocupó luego de un caldero que colgaba sobre el hogar. Aquellos dos personajes eran apenas más altos que una pierna de Atreyu, medida de la planta del pie a la rodilla. Era evidente que los dos eran miembros de la muy ramificada familia de los gnomos, aunque de una clase poco frecuente.

-Mujer -rezongó el hombrecillo-, ¡quítate de la luz! No me dejas estudiar.

-¡Tú y tus estudios! -respondió la mujercita-. ¿A quién le interesan? Lo que importa ahora es que se cueza mi elixir mágico. Esos dos de ahí afuera lo necesitan.

-Esos dos de ahí afuera -repuso el hombrecillo irritado- necesitarán mucho más de mi ayuda y mis consejos.

-Por mí... -replicó la mujercita-, pero sólo cuando estén bien. ¡Déjame sitio, viejo!

El hombre, refunfuñando, se apartó un poco del fuego.

Atreyu carraspeó para llamar la atención. La pareja de gnomos se volvió para mirarlo.

-Ya está bien -dijo el hombrecillo-. ¡Ahora me toca a mí!

-¡Nada de eso! -lo regañó la mujercita-. Si está bien o no lo decido yo. Te tocará a ti cuando yo diga que te toca.

Luego se volvió hacia Atreyu.

-Nos gustaría invitarte a entrar. Sin embargo, es un poco estrecho para ti. ¡Un segundo! Enseguida estoy contigo.

Trituró algo en un pequeño mortero y lo echó al caldero. Después se lavó las manos y se las secó en el hábito, diciéndole al hombrecillo:

-Tú te quedas aquí, Énguivuck, hasta que yo te llame, ¿entendido?

-¡Está bien, Urgl! -refunfuñó el hombrecillo.

La mujercita gnomo salió de la gruta al aire libre. Miró atentamente a Atreyu desde abajo, contrayendo los ojos.

-¿Qué tal? Parece que ya estamos bien, ¿no?





Atreyu asintió.

La mujercita trepó a un saliente rocoso que quedaba a la misma altura que el rostro de Atreyu y se sentó.

-¿No te duele ya? -quiso saber.

-Apenas -respondió Atreyu.

-¿En qué quedamos? -lo apremió la mujercita con ojillos centelleantes-. ¿Te duele o no te duele?

-Todavía me duele -explicó Atreyu-, pero no me importa...

-¡Pero a mí sí! -resopló Urgl-. ¡Muy bonito, eso de que el paciente le diga al médico lo que importa y lo que no importa! ¿Qué sabes tú de eso, pipiolo? Tiene que doler para curarse. Si no te doliera, tendrías el brazo muerto.

-¡Perdón! -dijo Atreyu, que se sentía como un niño regañado-. Sólo quería decir... Bueno, quería darle las gracias.

-¡Bah! -le tapó la boca la malhumorada Urgl-.Después de todo, soy curandera. Sólo he cumplido con mi deber. Y Énguivuck, mi viejo, vio el Pentáculo que llevas colgado del cuello. Para nosotros no había duda.

-¿Y Fújur? -preguntó Atreyu-. ¿Cómo está?

-¿Quién es ése?

-El dragón blanco de la suerte.

-¡Ah! Todavía no lo sé. Recibió un poco más de veneno que tú. De todas formas, también aguanta un poco más que tú. Realmente, debería salir del paso. Estoy casi segura de que se pondrá bien otra vez. Sólo necesita un poco de descanso. ¿Dónde habéis recibido todo ese veneno, eh? ¿Y cómo habéis llegado aquí tan repentinamente? ¿Y qué buscáis aquí? ¿Y quiénes sois?

Énguivuck había salido a la entrada de la gruta y oyó las respuestas que dio Atreyu a las preguntas de la vieja Urgl. Luego se adelantó unos pasos y dijo:

-¡Calla, mujer, ahora me toca a mí!

Se volvió a Atreyu, se quitó el gorro de forma de cazoleta de pipa, se rascó la calva cabecita y dijo:

-No se lo tomes a mal, Atreyu. La vieja Urgl es a menudo un poco bruta, pero no lo hace con mala intención. Me llamo Énguivuck. También nos llaman los Dos Colonos. ¿Has oído hablar de nosotros?





-No -reconoció Atreyu.

Énguivuck pareció un poco ofendido.

-Bueno -dijo-, seguramente no te mueves en los medios científicos porque, de otro modo, te hubieran dicho sin duda que no podrías encontrar mejor consejero que yo si quieres ver a Uyulala en el Oráculo del Sur. Has venido al sitio adecuado, muchacho.

-¡No te des tanta importancia! -se entrometió la vieja Urgl-. Luego bajó de su asiento y desapareció refunfuñando en la gruta.

Énguivuck hizo deliberadamente caso omiso de la interrupción.

-Te lo puedo explicar todo -siguió diciendo-: he estudiado el asunto por dentro y por fuera durante toda mi, vida. En realidad, para eso he montado mi observatorio. En breve publicaré una gran obra científica sobre el Oráculo. Su título será: «El enigma de Uyulala, resuelto por el profesor Énguivuck». No suena mal, ¿eh? Por desgracia, todavía me faltan algunos detalles. Tú podrías ayudarme, muchacho.

-¿Un observatorio? -preguntó Atreyu, que no conocía la palabra.

Énguivuck asintió con los ojos chispeantes de orgullo. Con un gesto de la mano, invitó a Atreyu a seguirlo.

Entre las enormes losas de piedra subía un pequeño sendero que daba muchas vueltas. En varios lugares, donde el sendero era especialmente empinado, había diminutos escalones tallados que, naturalmente, eran demasiado pequeños para los pies de Atreyu. Simplemente, se los subía de un salto. Sin embargo, tenía que esforzarse para seguir al gnomo, que trotaba ágilmente delante de él.

-Una clara noche de luna -le oyó decir a Énguivuck-. Podrás verla.

-¿A quién? -quiso saber Atreyu-. ¿A Uyulala?

Pero Énguivuck negó con la cabeza enfadado y siguió adelante bamboleándose.

Por fin llegaron a lo alto de la torre de rocas. El suelo era plano y sólo en un costado se alzaba una especie de parapeto natural: una barandilla de losas de piedra. En el centro de esas losas había un agujero, evidentemente hecho con herramientas. Delante del agujero había un pequeño catalejo, sobre un trípode de madera de raíz.

Énguivuck miró por él, lo ajustó ligeramente haciendo girar unos tornillos y luego hizo con la cabeza un gesto de satisfacción, invitando a Atreyu a echar una ojeada a su vez. Atreyu obedeció la indicación, aunque tuvo que echarse en el suelo y apoyarse en los codos para poder mirar por el tubo. El catalejo estaba orientado hacia la gran puerta de piedra, de forma que se veía la parte inferior de la pilastra derecha. Y Atreyu vio que, junto a esa pilastra, erguida y totalmente inmóvil a la luz de la luna, había una imponente esfinge. Sus patas delanteras, en las que se apoyaba, eran de león, la parte trasera de su cuerpo de toro, en la espalda tenía unas poderosas alas de águila y su rostro era el de un ser humano... por lo menos en cuanto a la forma, porque su expresión no era





humana. Era difícil saber si aquel rostro sonreía, o reflejaba una tristeza inmensa o una indiferencia total. A Atreyu, después de haberlo contemplado durante un rato, le pareció lleno de una maldad y una crueldad abismales, pero enseguida tuvo que corregir su impresión al no encontrar en él más que serenidad.

-¡Déjalo ya! -oyó la voz del gnomo en su oído-.No lo averiguarás. A todo el mundo le pasa igual. También a mí. Durante toda mi vida la he observado y no he podido lograrlo. ¡Y ahora, la otra!

Hizo girar uno de los tornillos, la imagen se desplazó, pasando por la abertura del arco, detrás del cual sólo se extendía una llanura vacía, y apareció a la vista de Atreyu la pilastra de la izquierda donde, en la misma posición, había una segunda esfinge. Su cuerpo imponente relucía, extrañamente pálido y como de plata líquida, a la luz de la luna. Parecía mirar fijamente a la primera esfinge, de igual modo que la primera miraba inmóvil en su dirección.

-¿Son estatuas? -preguntó Atreyu en voz baja, sin poder apartar la vista.

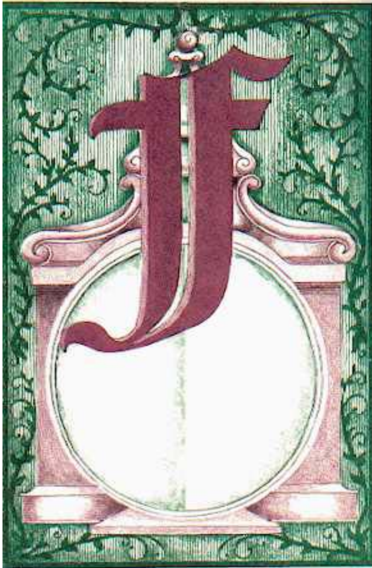
-¡Oh no! -respondió Énguivuck con una risita-. Son dos esfinges de verdad, vivas... ¡y muy vivas! Pero para ser la primera vez, ya has visto bastante. Ven, vamos abajo. Te lo explicaré todo.

Y tapó con la mano el catalejo, de forma que Atreyu no pudo ver más. En silencio, regresaron por el mismo camino.





Las Tres Puertas Mágicas



újur seguía durmiendo profundamente cuando Énguivuck, con Atreyu, volvió a la cueva de los gnomos. La vieja Urgl había preparado entretanto una mesita al aire libre, cubriéndola con toda clase de cosas dulces y espesos jugos de bayas y plantas.

Había además pequeños cuencos para beber y una jarrita llena de una tisana caliente y aromática. Dos diminutas antorchas, alimentadas con aceite, completaban la escena.

-¡Sentaos! -ordenó la mujercita-. Atreyu tiene que comer y beber algo antes para recuperar las fuerzas. La medicina sola no basta.

-Gracias -dijo Atreyu-, pero me siento ya muy bien.

-¡No me lleves la contraria! -resopló Utgl-. Mientras estés aquí harás lo que se te diga, ¿entendido? El veneno de tu cuerpo ha sido neutralizado. Por lo tanto, no hace falta que te apresures, muchacho. Tienes todo el tiempo que quieras, de manera que tómatelo con calma.

-No se trata sólo de mí -objetó Atreyu-: la Emperatriz Infantil se está muriendo. Quizá importe cada hora.

-¡Sandeces! -refunfuñó la viejecita-. Con prisas no se hace nada. ¡Siéntate! ¡Come! ¡Bebe! ¡Vamos! ¿A qué esperas?

-Según mi experiencia con esa mujer -susurró Enguivuck-, lo mejor es seguirle la corriente. Cuando se le mete algo en la cabeza no hay nada que hacer. Además, nosotros dos tenemos que hablar.

Atreyu se sentó con las piernas cruzadas ante la diminuta mesa y se sirvió. A cada trago y cada bocado le parecía realmente como si una nueva vida cálida y dorada afluyera a sus venas y músculos. Sólo entonces se dio cuenta de lo débil que había estado.

A Bastián se le hacía la boca agua. De repente le pareció oler la comida de los gnomos. Husmeó el aire pero, naturalmente, era sólo imaginación.





Su estómago se hacía oír. Bastián no pudo aguantar más. Cogió lo que le quedaba del bocadillo y la manzana de su cartera y se los comió. Luego se sintió mejor, aunque distaba mucho de estar lleno.

Entonces comprendió que aquélla había sido su última comida. Esas palabras lo asustaron. Intentó no pensar más en ello.

-¡De dónde sacas tantas cosas ricas? -le preguntó Atreyu a Urgl.

-Ay, hijito -dijo ella-, hay que ir muy lejos, lejísimos, para encontrar las hierbas y las plantas adecuadas. Pero él, ese cabezota de Énguivuck, quiere vivir precisamente aquí... ¡a causa de sus importantes estudios! De dónde pueda venir la comida no le preocupa.

-Mujer -respondió dignamente Énguivuck-, ¡qué sabes tú lo que es importante y lo que no lo es! ¡Vete y déjanos hablar!

Urgl se metió lloriqueando en la pequeña cueva, donde se puso a armar mucho ruido con toda clase de cacharros.

-¡Déjala! -cuchicheó Énguivuck-. Es una buenaza, pero a veces tiene que desahogarse. ¡Escucha, Atreyu! Ahora te explicaré algo que debes saber sobre el Oráculo del Sur. No es tan fácil llegar hasta Uyulala. Incluso resulta bastante difícil. Sin embargo, no quiero darte una conferencia científica. Quizá sea mejor que me hagas preguntas tú. Yo tengo tendencia a perderme en los detalles. De manera que ¡pregunta!

-Está bien -dijo Atreyu-: ¿quién o qué es Uyulala?

-¡Maldita sea! -rezongó Énguivuck fulminándolo indignado con la mirada-. Haces preguntas tan directas como las de mi vieja. ¿No puedes empezar por otra cosa?

Atreyu reflexionó y preguntó luego:

-Esa gran puerta de piedra que me has enseñado con las esfinges... ¿Es la entrada?

-¡Eso está mejor! -respondió Énguivuck-. Así haremos progresos. La puerta de piedra es la entrada, pero después hay otras dos puertas y sólo detrás de la tercera vive Uyulala... Si es que puede decirse de ella que vive.

-¿Tú has estado alguna vez con ella?

-¡Pero qué te imaginas! -contestó Énguivuck, un poco contrariado otra vez-. Yo trabajo científicamente. He reunido los informes de todos los que estuvieron dentro. Siempre que han vuelto, claro. ¡Es un trabajo importantísimo! No puedo permitirme correr riesgos personales. Eso podría afectar a mi obra.

-Comprendo -dijo Atreyu-, ¿y qué pasa con las tres puertas?

Énguivuck se puso en pie, cruzó los brazos a la espalda y empezó a andar de un lado a otro, mientras explicaba:





-La primera se llama la Puerta del Gran Enigma. La segunda la Puerta del Espejo Mágico. Y la tercera la Puerta sin llave...

-Es extraño -le interrumpió Atreyu-. Por lo que pude ver, detrás de la puerta de piedra no había más que una llanura desnuda. ¿Dónde están las otras puertas?

-¡Calma! -dijo Énguivuck imperiosamente-. Si me interrumpes siempre no podré explicarte nada. ¡Todo es muy difícil! Lo que pasa es que la segunda puerta aparece sola mente cuando se ha atravesado la primera. Y la tercera sólo cuando se ha dejado atrás la segunda. Y Uyulala únicamente cuando se ha entrado por la tercera. Antes no hay nada de todo eso. Sencillamente, no están allí, ¿comprendes?

Atreyu movió afirmativamente la cabeza, pero prefirió callarse para no irritar más al gnomo.

-La primera, la Puerta del Gran Enigma, es la que has visto con mi catalejo. Con las dos esfinges. Esa puerta está siempre abierta... como es lógico. No tiene batientes. Sin embargo, nadie puede pasar por ella, salvo si... -Énguivuck levantó en el aire un minúsculo dedo índice-, salvo si las esfinges cierran los ojos. La mirada de una esfinge es algo totalmente distinto de la mirada de cualquier otro ser. Nosotros y todos los demás seres percibimos algo con la mirada. Vemos el mundo. Pero una esfinge no ve nada; en cierto sentido, es ciega. En cambio, sus ojos transmiten algo. ¿Y qué transmiten sus ojos? Todos los enigmas del mundo. Por eso las dos esfinges se miran mutuamente. Porque la mirada de una esfinge sólo puede soportarla otra esfinge. ¡Y puedes figurarte lo que le ocurre a quien se atreve a interferir el intercambio de miradas entre las dos! Se queda petrificado en el sitio y no puede moverse hasta haber resuelto todos los enigmas del mundo. Bueno, encontrarás los restos de esos pobres diablos cuando llegues.

-¿Pero no dijiste -objetó Atreyu- que a veces cierran los ojos? ¿No duermen las esfinges de vez en cuando?

-¿Dormir? -Énguivuck se estremeció de risa-. Válgame el cielo, dormir una esfinge.' No, claro que no. No tienes ni idea. Sin embargo, tu pregunta no es totalmente disparatada. Hasta coincide con la dirección en que se orientan mis investigaciones. Ante algunos visitantes, las esfinges cierran los ojos y los dejan pasar. La cuestión que hasta ahora nadie ha podido aclarar es: ¿por qué precisamente a unos sí y a otros no? No se trata, en modo alguno, de que dejen entrar a los sabios, los valientes y los buenos, y cierren el paso a los tontos, los cobardes y los malos. ¡Ni soñarlo! He visto con mis propios ojos, y más de una vez, cómo han dejado entrar precisamente a algún estúpido mentecato o un infame bribón, mientras las personas más decentes y sensatas esperaban a menudo inútilmente durante meses y tenían que volverse por último con las manos vacías. Tampoco el que alguien quiera ver al Oráculo por estar en un aprieto o sólo para distraerse parece desempeñar ningún papel.

-¿Y tus investigaciones -preguntó Atreyu- no te han dado ningún indicio?

A Énguivuck se le puso otra vez la mirada centelleante de cólera.





-¿Es que no me escuchas? Ya te he dicho que, hasta hoy, nadie ha aclarado la cuestión. Naturalmente, he elaborado algunas teorías con el paso de los años. Al principio pensé que el aspecto decisivo por el que se guiaban las esfinges eran determinadas características físicas: estatura, belleza, fuerza o algo así. Sin embargo, pronto tuve que desechar esa idea. Luego intenté determinar alguna relación numérica; por ejemplo, si de cada cinco tres se quedaban siempre fuera o si sólo entraban los números primos. Resultaba bastante exacto en lo que al pasado se refería, pero en las predicciones fracasó totalmente. Ahora pienso que la decisión de las esfinges es totalmente casual y no tiene lógica alguna. Pero mi mujer opina que eso sería una tesis calumniosa y antifantásica y no tendría nada que ver con la ciencia.

-¿Otra vez con esas tonterías? -se oyó regañar a la mujercita desde la caverna-. ¡Qué vergüenza! Sólo porque tu cerebrín se te ha secado dentro de la cabeza crees que puedes rechazar los grandes misterios, ¡viejo zoquete!

-¡Ya la oyes! -dijo suspirando Énguivuck-. Y lo peor es que tiene razón.

-¿Y el amuleto de la Emperatriz Infantil? -preguntó Atreyu-. ¿No crees que las esfinges lo respetarán? Al fin y al cabo, son también criaturas de Fantasía.

-Desde luego -opinó Énguivuck rascándose su cabecita del tamaño de una manzana-, pero para eso tendrían que verlo. Y no ven. Sin embargo, su mirada te alcanzará a ti. Tampoco estoy seguro de que las esfinges obedezcan a la Emperatriz Infantil. Quizá sean más importantes que ella. No sé, no sé. En cualquier caso, es dudoso.

-Entonces, ¿qué me aconsejas? -quiso saber Atreyu.

-Debes hacer lo que tengas que hacer -respondió el gnomo-. Esperar a que ellas decidan... sin saber por qué.

Atreyu asintió pensativo.

La pequeña Urgl salió de la cueva. Arrastraba un cubito con un líquido humeante y llevaba, bajo el otro brazo, un manojo de plantas secas. Mascullando para sí se dirigió hacia el dragón de la suerte, que seguía durmiendo inmóvil. Comenzó a trepar por él para cambiarle las compresas de las heridas. El gigantesco paciente sólo suspiró una vez satisfecho y se estiró, pero por lo demás no pareció haber notado la cura.

-Sería mejor que hicieras también algo útil -le dijo Urgl a Énguivuck al volver a la cocina-, en lugar de estar ahí diciendo bobadas.

-¡Estoy haciendo algo muy útil! -le gritó su marido-. Seguramente mucho más útil que tú, pero eso no puedes comprenderlo, ¡so boba!

Y, volviéndose a Atreyu, continuó:

-Sólo sabe pensar en cosas prácticas. Para los grandes conceptos no está dotada.

El reloj de la torre dio las tres.





Si es que lo había notado, su padre debía de haber notado ahora, como muy tarde, que Bastián no había vuelto a casa. ¿Se estaría preocupando? Quizá saldría a buscarlo. Quizá habría avisado ya a la policía. Quizá transmitirían avisos por radio. Bastián sintió una punzada en la boca del estómago.

Y, si era así, ¿dónde lo buscarían? ¿En el colegio? ¿Quizá incluso en el desván?

¿Había cerrado la puerta al volver del retrete? No podía acordarse. Se puso en pie para verlo. Sí, la puerta estaba cerrada y el cerrojo puesto.

Fuera empezaba a oscurecer lentamente. La claridad que entraba por el tragaluz se iba haciendo imperceptiblemente más débil.

Para tranquilizarse, Bastián anduvo un rato de un lado a otro del desván. Al hacerlo, descubrió un montón de cosas que, en realidad, nada tenían que ver con el material escolar que allí había. Por ejemplo, un viejo y abollado gramófono de embudo... ¿Quién sabe cuándo y por quién había sido llevado allí? En un rincón había varios cuadros de marcos dorados, con arabescos, en los que casi no se veía más que algún rostro pálido y de mirada severa que se destacaba aquí o allá sobre un fondo oscuro. También había un candelabro de siete brazos, corroído por la herrumbre, en el que todavía quedaban restos de gruesas velas que habían formado largas lágrimas de cera.

Entonces Bastián se asustó, porque en un rincón oscuro se agitaba algo. Sólo al echar una segunda ojeada se dio cuenta de que había allí un gran espejo de medio cuerpo, en el que se había visto borrosamente reflejado a sí mismo. Se acercó más y se miró un rato. Realmente, no resultaba muy guapo con aquel cuerpo gordo, las piernas torcidas y la cara pálida. Movió la cabeza lentamente y dijo en voz alta:

-¡No!

Luego volvió a su lecho de colchonetas. Ahora tenía que acercarse el libro a los ojos para poder leer.

-¿Dónde estábamos? -preguntó Énguivuck.

-En la Puerta del Gran Enigma -le recordó Atreyu.

-¡Exacto! Supongamos que has conseguido atravesarla. Entonces -y sólo entonces- aparecerá ante ti la segunda puerta. La Puerta del Espejo Mágico. Como ya te he dicho, no te puedo decir nada sobre ella que haya visto yo personalmente, sino lo que he podido sacar en limpio de los informes. Esa puerta está tanto abierta como cerrada. ¿Parece un disparate, no? Quizá sería mejor decir que no está cerrada ni abierta. Aunque resulta igual de disparatado. En pocas palabras: se trata de un gran espejo o de algo así, aunque no está hecho de cristal ni de metal. De qué, nadie ha podido decírmelo. En cualquier caso, cuando se está ante él, se ve uno a sí mismo... pero no como en un espejo corriente, desde luego. No se ve el exterior, sino el verdadero interior de uno, tal como en realidad es. Quien quiera atravesarlo tiene que -por decirlo así- penetrar en sí mismo.





-De todas formas -opinó Atreyu-, esa Puerta del Espejo Mágico me parece más fácil de atravesar que la primera.

-¡Error! -exclamó Énguivuck, empezando a andar otra vez excitado de un lado a otro-. ¡Craso error, amigo! He comprobado que precisamente los visitantes que se consideran especialmente intachables huyen gritando del monstruo que los mira irónicamente desde el espejo. A algunos tuvimos que tratarlos durante semanas antes de que estuvieran siquiera en condiciones de emprender el viaje de regreso.

-¡Tuvimos! -gruñó Urgl, que pasaba precisamente por delante con otro cubito-. Siempre nosotros. ¿A quién has tratado tú?

Énguivuck se limitó a apartarla con un gesto.

-Otros -siguió exponiendo- no habían visto al parecer nada más horrible, pero tuvieron el valor de pasar sin embargo. Para otros fue menos espantoso, pero todos tuvieron que vencerse a sí mismos. No se puede decir nada que valga para todos los casos. Para cada uno es diferente.

-Bueno -dijo Atreyu-, pero ¿por lo menos se puede atravesar ese espejo mágico?

-Se puede -confirmó el gnomo-, naturalmente que se puede. Si no, no habría puerta. Lógico, ¿no?

-También se la podría rodear -opinó Atreyu-. ¿O no?

-También -repitió Énguivuck-. ¡Evidentemente, se puede! Lo que pasa es que entonces no hay nada detrás. La tercera puerta sólo aparece cuando se ha atravesado la segunda. ¡Cuántas veces tengo que decírtelo!

-¿Y qué pasa con la tercera puerta?

-¡Ahí las cosas se ponen realmente difíciles! La Puerta sin Llave, efectivamente, está cerrada. Simplemente cerrada. ¡Y eso es todo! No tiene picaporte, ni pomo, ni ojo de cerradura, ¡nada! Mi teoría es que la única hoja de esa puerta, que cierra sin junturas, está hecha de selén fantásico. Seguramente sabes que no hay nada que pueda destruir, doblar o disolver el selén de Fantasia. Es absolutamente indestructible.

-Entonces, ¿no se puede entrar por esa puerta?

-¡Poco a poco, muchacho! Ha habido personas que han entrado y han hablado con Uyulala, ¿no? Por lo tanto, se puede abrir la puerta.

-Pero ¿cómo?

-Escucha: el selén de Fantasía reacciona a nuestra voluntad. Es precisamente nuestra voluntad la que lo hace tan resistente. Cuanto más se quiere entrar, tanto más se cierra la puerta. Pero cuando alguien logra olvidar sus intenciones y no querer nada... La puerta se abre sola ante él.





Atreyu bajó la mirada y dijo en voz baja:

-Si eso es verdad... ¿cómo podré entrar yo? ¿Cómo podría no quererlo?

Enguivuck asintió suspirando.

-Ya te lo dije: la Puerta sin llave es la más dificil.

-Y si a pesar de todo lo lograse -prosiguió Atreyu-, ¿llegaría al Oráculo del Sur?

-Sí -dijo el gnomo.

-¿Y podría hablar con Uyulala?

-Sí -dijo el gnomo.

-¿Y quién o qué es Uyulala?

-Ni idea -dijo el gnomo, y sus ojos centellearon furiosos-. Ninguno de los que estuvieron con ella me lo ha querido decir. ¿Cómo puede uno acabar su obra científica si todos se rodean de un silencio misterioso, eh? Es para tirarse de los pelos... si se tienen. Si llegas hasta ella, Atreyu, ¿me lo dirás por fin? ¿Lo harás? Me muero de ganas de saberlo y nadie, nadie quiere ayudarme. Por favor, ¡prométeme que tú me lo dirás!

Atreyu se puso en pie y miró a la Puerta del Gran Enigma, que se alzaba a la clara luz de la luna.

-No puedo prometértelo, Énguivuck -dijo suavemente-, aunque me gustaría demostrarte mi agradecimiento. Pero si nadie te ha dicho quién o qué es Uyulala, debe de haber alguna razón para ello. Y antes de conocerla no puedo decidir si debe saberlo alguien que no haya estado allí personalmente.

-¡Entonces vete! -gritó el gnomo, despidiendo literalmente chispas por los ojos-. ¡Lo único que se cosecha es ingratitud! Uno dedica su vida entera a investigar un secreto de interés general. Pero nadie lo ayuda. ¡No hubiera debido ocuparme de ti!

Diciendo esto, se metió corriendo en la pequeña cueva, en cuyo interior se oyó el fuerte portazo de una puertecitá.

Urgl pasó junto a Atreyu, se rió sofocadamente y dijo:

-No habla en serio, ese cabeza de chorlito. Lo que le pasa es que está otra vez terriblemente decepcionado por sus ridículas investigaciones. Le gustaría mucho ser quien resolviera el Gran Enigma. El famoso gnomo Énguivuck. ¡No se lo tomes a mal!

-No -dijo Atreyu-, dile por favor que le agradezco de todo corazón lo que ha hecho por mí. Y también a ti te doy las gracias. Si puedo le diré el secreto... en el caso de que vuelva.





-Entonces, ¿vas a dejarnos? -preguntó la vieja Urgi.

-Tengo que hacerlo -respondió Atreyu-, no puedo perder más tiempo. Iré ahora al Oráculo. ¡Adiós! Y, entretanto, ¡cuida de Fújur, el dragón de la suerte!

Se volvió y se dirigió a la Puerta del Gran Enigma.

Urgl vio su figura erguida, con el manto ondulante, desaparecer entre las rocas. Corrió tras él y gritó:

-¡Mucha suerte, Atreyu!

Pero no supo si él la había oído. Mientras volvía a su pequeña caverna, con sus andares de pato, refunfuñó para sí:

-La va a necesitar... Realmente, va a necesitar mucha suerte.

Atreyu se había acercado hasta unos cincuenta pasos de la puerta de roca. Era mucho más enorme de lo que se había imaginado desde lejos. Detrás estaba la llanura totalmente yerma, que no ofrecía a la vista ningún apoyo, de forma que la mirada se precipitaba como en el vacío. Delante de la puerta y entre las dos pilastras, Atreyu vio innumerables calaveras y esqueletos. Restos de los más diversos habitantes de Fantasia que habían intentado atravesar la puerta y se habían quedado petrificados para siempre por la mirada de las esfinges.

Pero no fue eso lo que hizo que Atreyu se inmovilizara. Lo que lo detuvo fue el aspecto de las esfinges.

Atreyu había vivido mucho en su Gran Búsqueda, y había visto cosas magníficas y espantosas, pero hasta aquel momento no había sabido que ambas clases de cosas pueden unirse, que la belleza puede ser horrible.

La luz de la luna bañaba a aquellos dos seres colosales que, mientras Atreyu se dirigía lentamente hacia ellos, parecieron crecer hasta el infinito. Le parecía como si sus cabezas llegaran hasta la luna, y la expresión con que se miraban mutuamente parecía cambiar con cada paso que él daba. A través de sus altos cuerpos y, sobre todo, a través de sus rostros de rasgos humanos, corrían y palpitaban corrientes de una fuerza terrible y desconocida como si las esfinges no estuvieran simplemente allí, como está el mármol, sino que, a cada momento, estuvieran a punto de desaparecer y, al mismo tiempo, se crearan de nuevo a sí mismas. Y era como si, precisamente por eso, fueran mucho más reales que cualquier roca. Atreyu tuvo miedo.

No era tanto miedo al peligro que lo amenazaba; era un miedo que procedía de sí mismo. Apenas pensaba en que -en el caso de que lo alcanzase la mirada de las esfinges- se quedaría para siempre hechizado y paralizado. No, era el miedo a lo incomprensible, a lo desmesuradamente grandioso, a la realidad de lo prepotente lo que hacía sus piernas cada vez más pesadas, hasta que le pareció tenerlas de plomo frío y gris.





Sin embargo, siguió adelante. No miró más hacia arriba. Mantuvo la cabeza baja y anduvo muy lentamente, paso a paso, hacia la puerta de roca. Y el peso del miedo que quería clavarlo al suelo fue cada vez más poderoso. Sin embargo, Atreyu siguió adelante. No sabía si las esfinges tenían los ojos cerrados o no. No podía perder tiempo. Tenía que arriesgarse a que le permitieran la entrada o aquel fuera el fin de su Gran Búsqueda.

Y precisamente en el instante en que creía que toda su fuerza de voluntad no bastaría para impulsarlo a dar otro paso más, oyó el eco de ese paso en el interior de la puerta de roca. Y al mismo tiempo todo su miedo lo abandonó, tan total y absolutamente que se dio cuenta de que, a partir de entonces, nunca más tendría miedo, pasase lo que pasase.

Levantó la cabeza y vio que tenía la Puerta del Gran Enigma a sus espaldas. Las esfinges lo habían dejado pasar. Delante de él, a una distancia de unos veinte pasos, estaba ahora, donde antes sólo se había visto la llanura vacía y sin fin, la Puerta del Espejo Mágico. Era grande y redonda como una segunda media luna (porque la verdadera seguía estando alta en el cielo) y brillaba como plata pulida. Resultaba difícil creer que pudiera pasarse precisamente a través de aquella superficie de metal, pero Atreyu no titubeó un segundo. Contaba con que, como había descrito Énguivuck, se le aparecería en el espejo alguna imagen espantosa de sí mismo, pero aquello -al haber dejado atrás todo miedo- le parecía sin importancia.

No obstante, en lugar de una imagen aterradora vio algo con lo que no había contado en absoluto y que tampoco pudo comprender. Vio a un muchacho gordo de pálido rostro -aproximadamente de la misma edad que él- que, con laspiernas cruzadas, se sentaba en un lecho de colchonetas y leía un libro. Estaba envuelto en unas mantas grises y desgarradas. Los ojos del muchacho eran grandes y parecían muy tristes. Detrás de él se divisaban algunos animales inmóviles a la luz del crepúsculo -un águila, una lechuza y un zorro- y un poco más lejos relucía algo que parecía un esqueleto blanco. No podía saberse con exactitud.

Bastián tuvo un sobresalto al comprender lo que acababa de leer. ¡Era él! La descripción coincidía en todos los detalles. El libro empezó a temblarle en las manos. ¡Decididamente, la cosa estaba yendo demasiado lejos! No era posible que en un libro impreso pudiera decirse algo que sólo se refería a aquel momento y a él. Cualquier otro leería lo mismo al llegar a ese lugar del libro. No podía ser más que una casualidad increíble. Aunque, sin duda, era una casualidad extrañísima.

-Bastián -se dijo a sí mismo en voz alta-, estás como una cabra. ¡Haz el favor de dominarte!

Había intentado hablar en el tono más firme posible, pero su voz temblaba un poco, porque no estaba totalmente convencido de que fuera sólo casualidad.

«Imagínate», pensó, «lo que ocurriría si en Fantasia supieran realmente algo de ti. Sería fabuloso.»

Pero no se atrevió a decirlo en voz alta.





Sólo una pequeña sonrisa de asombro se dibujó en los labios de Atreyu al entrar en la imagen del espejo... Estaba un poco asombrado de que le resultara tan fácil lo que a otros les había parecido insuperable. Sin embargo, mientras entraba sintió un extraño y cosquilleante estremecimiento. Y no sospechó lo que en realidad le había ocurrido.

En efecto, cuando estuvo al otro lado de la Puerta del Espejo Mágico, había perdido todo recuerdo de sí mismo, de su vida anterior, de sus objetivos y sus intenciones. No sabía ya nada de la Gran Búsqueda que lo había llevado hasta allí y ni siquiera recordaba su propio nombre. Era como un niño recién nacido.

Delante de él, a una distancia de unos pasos, vio la Puerta sin Llave, pero Atreyu no se acordaba de ese nombre ni de que había tenido la intención de atravesarla para llegar al Oráculo del Sur. No sabía en absoluto lo que quería o tenía que hacer, ni por qué estaba allí. Se sentía ligero y muy alegre, y se reía sin motivo, de simple contento.

La puerta que vio ante sí era pequeña y baja como un portillo, y se alzaba aislada -sin muros que la rodeasen- sobre la superficie yerma. Y la hoja de aquella puerta estaba cerrada.

Atreyu la contempló durante un buen rato. Parecía estar hecha de un material que brillaba como el cobre. Era bonita, pero Atreyu perdió el interés al cabo de un tiempo. Rodeó la puerta y la contempló por detrás, pero su aspecto no se diferenciaba del que tenía por delante. Tampoco tenía picaporte, ni pomo, ni agujero de cerradura. Evidentemente, la puerta no estaba hecha para ser abierta, ni tenía sentido hacerio, ya que no conducía a ninguna parte y se limitaba a estar allí. Porque detrás de la puerta sólo estaba la llanura extensa, pelada y totalmente vacía.

Atreyu tuvo ganas de irse. Se volvió, fue hacia la redonda Puerta del Espejo Mágico y contempló su parte trasera durante algún tiempo, sin comprender lo que significaba. Decidió marcharse.

-¡No, no! ¡No te marches! -dijo Bastián en voz alta-. Vuelve, Atreyu. ¡Tienes que atravesar la Puerta sin Llave!

Sin embargo, luego se volvió otra vez hacia la Puerta sin Llave. Quería mirar otra vez aquel resplandor cobrizo. De manera que se situó ante la puerta, se inclinó a izquierda y derecha y disfrutó. Acarició suavemente el extraño material. Parecía caliente y hasta vivo al tacto. Y la puerta se abrió parcialmente.

Atreyu metió la cabeza y vio algo que antes, al rodear la puerta, no había visto al otro lado. Sacó la cabeza y miró al otro lado de la puerta: sólo la llanura desnuda. Miró otra vez por la abertura y vio un largo corredor, formado por innumerables columnas poderosas. Y detrás había escalones y otras columnas y terrazas, y más escaleras y todo un bosque de columnas. Sin embargo, ninguna de aquellas columnas soportaba nada. Porque encima podía verse el cielo nocturno.





Atreyu atravesó la puerta y miró a su alrededor extrañado. Detrás de él, la puerta se cerró.

El reloj de la torre dio las cuatro.

La turbia luz del día que entraba por el tragaluz había ido desapareciendo. Sencillamente, estaba demasiado oscuro para seguir leyendo. Bastián sólo había podido descifrar la última página con esfuerzo. Dejó el libro a un lado.

¿Qué podía hacer ahora?

Sin embargo, era seguro que en el desván había luz eléctrica. Bastián se dirigió a tientas hacia la puerta, en la semioscuridad, y tanteó la pared. No pudo encontrar ningún interruptor. Tampoco al otro lado había ninguno.

Bastián sacó una caja de cerillas del bolsillo del pantalón (siempre llevaba, porque le gustaba hacer pequeñas hogueras), pero estaban húmedas y sólo la cuarta encendió. Al débil resplandor de la llamita, buscó un interruptor, pero no lo había.

Con aquello no había contado. Ante la idea de que tendría que estar allí toda la tarde y toda la noche en una oscuridad total, sintió frío del susto. Ya no era un niño pequeño y, en su casa o en cualquier otro lugar conocido, no tenía miedo de la oscuridad, pero allí arriba, en aquel enorme desván con todas aquellas cosas extrañas, era muy distinto.

La cerilla le quemó los dedos y la tiró.

Durante un rato se quedó así, escuchando. La lluvia había cesado y sólo tamborileaba aún, muy suavemente, en el gran tejado de chapa.

Entonces recordó el oxidado candelabro de siete brazos que había descubierto entre los trastos. Se dirigió tanteando hacia aquel lugar, lo encontró y lo arrastró hasta sus colchonetas.

Encendió las mechas de los gruesos pedazos de vela -los siete- e inmediatamente se difundió una luz dorada. Las llamas chisporroteaban suavemente y temblaban a veces en la corriente de aire.

Bastián respiró otra vez y volvió a coger el libro.





La Voz Del Silencio



ozosamente se adentró Atreyu en el bosque de columnas que, a la clara luz de la luna, arrojaban sus sombras negras. Un silencio profundo lo rodeó y apenas oía el sonido de sus propios pies descalzos. Ya no sabía quién era ni cómo se llamaba, cómo había llegado hasta allí ni qué buscaba. Estaba lleno de asombro, pero no sentía preocupación alguna.

El suelo estaba cubierto por todas partes de mosaicos, con adornos enigmáticamente intrincados o misteriosas escenas y dibujos. Atreyu anduvo por él, subió anchas escaleras, llegó a amplias terrazas, bajó otra vez escaleras y recorrió una larga avenida de columnas de piedra. Las contempló una tras otra y le gustó que cada una estuviera decorada de una forma distinta y cubierta de distintos signos. De esa forma se fue alejando cada vez más de la Puerta sin Llave.

Después de haber andado así quién sabe cuánto tiempo, percibió finalmente a lo lejos un sonido flotante y se quedó inmóvil escuchándolo. El sonido se acercó: era una voz que cantaba, muy bella y argentina y alta como la de un niño, pero que sonaba infinitamente triste e incluso parecía a veces sollozar. Aquella canción lastimera corría entre las columnas, veloz como una ráfaga de viento, se inmovilizaba luego en cualquier lugar, subía y bajaba, se aproximaba y se iba, y a Atreyu le parecía como si describiera amplios círculos. No se movió y aguardó.

Poco a poco, los círculos que la voz trazaba en torno a Atreyu se hicieron más pequeños y él pudo comprender las palabras de la canción:

«Todo una vez solamente acontece
y una vez sí deberá suceder.
Lejos, allí donde el campo florece,
debo morir y desaparecer...»

Atreyu se volvió, siguiendo a la voz que se agitaba inquieta entre columnas, pero no pudo ver a nadie.

-¿Quién eres? -gritó.

Y, como un eco, la voz volvió:

-¿Quién eres?





Atreyu reflexionó.

-¿Quién soy? -murmuró-. No podría decirlo. Me parece que alguna vez sí que lo he sabido. Pero, ¿es tan importante?

La voz cantarina respondió:

«Si quieres hablarme en secreto,
recita un poema completo.
Aquello que no escucho en verso
lo entiendo de un modo diverso...»

Atreyu no estaba muy acostumbrado a hacer rimas ni versos, y le pareció que la conversación iba a resultar un tanto difícil si la voz sólo podía entender lo que rimaba. Tuvo que cavilar un rato antes de producir esto:

«En verso, si lo prefieres,
quisiera saber quién eres.»

E inmediatamente la voz respondió:

«¿Quieres saber quién es quien?
Yo te comprendo muy bien.»

Y luego cantó, desde otra dirección distinta:

«Gracias amigo, cuyo esfuerzo presencio.
Bienvenido seas del modo más serio.
Yo soy Uyulala, la voz del silencio,
voz del Palacio del Profundo Misterio.»

Atreyu se dio cuenta de que la voz sonaba unas veces más fuerte y otras más débil, pero sin cesar nunca por completo. Hasta cuando no cantaba o cuando hablaba él, flotaba siempre a su alrededor, en un tono constante.

Como el sonido se iba alejando lentamente, Atreyu corrió detrás y preguntó:

«Dime, Uyulala, ¿me oyes todavía?
No puedo verte y bien me gustaría.»

La voz le susurró al oído al pasar:

«Nunca ha ocurrido
que alguien me viera.
Soy un latido
siempre a la espera.»

-Entonces, ¿eres invisible? -preguntó Atreyu. Sin embargo, al no recibir respuesta, recordó que tenía que preguntar en verso y dijo:





«¿Así que eres invisible?
¿O eres también insensible?»

Se oyó un pequeño tintineo, que podía ser una risa o un sollozo, y la voz cantó:

«Sí y no y cara y cruz,
según y cómo se mire.
Nunca aparezco a la luz
para que nadie se admire.
Mi cuerpo es acento y tono
pero solamente audible,
y esta voz con que razono
es mi único ser posible.»

Atreyu se maravilló y avanzó cada vez más por el bosque de columnas, siguiendo a la voz. Al cabo de un rato tenía preparada otra pregunta:

«No sé si te entiendo bien.
Tu figura, ¿es sólo ruido?
Y, cuando cesa el sonido,
¿entonces ya no eres quién?»

Y oyó la respuesta, otra vez muy cercana:

«Cuando la canción acabe,
a mí me sucederá
lo que todo el mundo sabe
que un día le pasará.
Así son las cosas, hijo,
aquí acaba el acertijo.
¡Muy pronto me ocurrirá!»

Otra vez se oyó aquel sollozo y Atreyu, que no entendía por qué lloraba Uyulala, se apresuró a preguntar:

«¿Por qué estás tan triste? Te tengo cariño.
Eres aún muy joven. Tienes voz de niño.»

Y otra vez resonó como un eco:

«Pronto me iré con el viento.
Soy sólo una voz que gime.
El tiempo dura un momento,
de modo que dime, dime:
quiero saber qué te optime.»

La voz se había extinguido en algún lugar entre las columnas y Atreyu, que no podía oírla ya, volvió la cabeza hacia todos los lados. Durante corto tiempo reinó el silencio y luego la voz se acercó otra vez rápidamente desde lejos, sonando casi impaciente:





«Uyulala es respuesta. ¡Debes preguntarle!
Si no se lo preguntas, ¿cómo reprocharle?»

Atreyu gritó:

«Uyulala, escucha, quisiera entenderlo:
¿Por qué tienes pronto que dejar de serlo?»

Y la voz cantó:

«La Emperatriz está enferma
y con ella el reino fantásico.
La noche traga al que duerma
y también lo que me es más básico.
Iremos a Nuncajamás
como nunca hubiéramos ido.
Ella tiene otro nombre más
y con él volverá su sentido.»

Atreyu respondió:

«Responde, Uyulala: ¿cómo salvaré su vida?
¿Cómo daré un nombre a la Emperatriz dormida?»

Y la voz continuó:

«Oye atento la palabra mía
aunque tú no la entiendas ahora.
Guárdala a partir de este día
y prosigue tu ruta en buen hora.
Al llegar el momento adecuado,
búscala por el mar olvidado,
muéstrala como es, como suena,
otra vez a la luz y a los vientos.
Sólo tú, con palabra serena,
lograrás aliviar sus tormentos.»

Durante un rato sólo se oyó un lastimoso sonido sin palabras y luego, de pronto, la voz sonó muy cerca de como si le hablase al oído:

«¿Quién os dará nuevo nombre
Emperatriz Infantil?
Ni tú, ni yo, aunque te asombre,
ni los elfos, ni otros mil.
Nadie os librará del mal
y nadie podrá sanaros.
Somos un cuento trivial,
personajes poco claros.
Sueños de amor y cariño,





hemos de ser siempre iguales,
sabio o rey, o viejo o niño,
no nos valdrán como tales.
Pero, lejos de esta tierra,
existe un mundo exterior,
y allí, casi siempre en guerra,
habita un ser superior.
Los hijos de Adán se llaman
los habitantes terrestres,
las hijas de Eva reclaman
que lo que sabes demuestres.
Todos tienen desde antiguo
la facultad de nombrar,
y a la reina, lo atestiguo,
siempre lograron curar.
Le dieron nombres magníficos,
pero eso fue en otra era.
Los hombres son muy científicos,
pero se han quedado fuera.
Hoy día se han olvidado
de que somos realidad,
mas ¡si hubiera un esforzado
que quisiera de verdad!
¡Si creyera sólo uno
y escuchara el llamamiento!
Si no podemos, ninguno,
ellos pueden al momento.
Pero ese mundo es su mundo
y allí no podemos ir...
¿Recordarás, muy profundo,
lo que acabo de decir?»

-Sí, sí -dijo Atreyu confuso. Se esforzaba cuanto podía por grabar en su memoria lo que escuchaba, pero no sabía para qué y, por eso, no comprendía de qué hablaba la voz. Sólo se daba cuenta de que era importante, muy importante, pero el canturreo y el esfuerzo por oír y decirlo todo en verso le daban sueño. Murmuró:

«¡Quiero hacerlo! Y lo diré sin tropiezo,
pero contesta, Uyulala, ¿cuándo empiezo?»

Y la voz respondió:

«Eso debes resolverlo,
puesto que ahora ya sabes.
Y por eso, para hacerlo,
lo mejor será que acabes.»

Medio dormido ya, preguntó Atreyu:

«¿A dónde vas?

¿No volverás?»

Ahora había otra vez aquella especie de sollozo en la voz, que se alejaba cada vez más mientras cantaba:

«La Nada llegando está
y los oráculos callan.
La voz enmudece ya
y sus sonidos estallan.
De todos los que vinieron
hasta este bosque de piedra
y esos sonidos oyeron,
serás tú el que no se arredra.
Quizá puedas conseguir
lo que nadie ha conseguido
pero, si quieres seguir,
¡recuerda el canto dormido!»

Y luego, desde una distancia cada vez mayor, Atreyu escuchó otra vez las palabras:

«Todo una vez solamente acontece
y una vez sí deberá suceder.
Lejos, allí donde el campo florece,
debo morir y desaparecer.»

Y eso fue lo último que oyó.

Se sentó junto a una columna, apoyó la espalda en ella, miró al cielo nocturno e intentó comprender lo que había oído. El silencio lo rodeó como un manto blanco y pesado, y Atreyu se durmió.

Al despertar, estaba envuelto en el crepúsculo matutino. Yacía de espaldas mirando al cielo. Las últimas estrellas palidecían. La voz de Uyulala resonaba en su recuerdo. Y, al mismo tiempo, recordó todo lo que hasta entonces le había pasado y cuál era la finalidad de la Gran Búsqueda.

Así pues, ahora sabía lo que había que hacer. Sólo una criatura humana del mundo situado más allá de las fronteras de Fantasia podría dar un nuevo nombre a la Emperatriz Infantil. ¡Tenía que encontrar a una criatura humana y llevarla hasta la Emperatriz!

Se puso en pie de un salto.

«Huy», pensó Bastián, «con cuánto gusto los ayudaría... A ella y también a Atreyu. Me inventaría algún nombre especialmente bonito. ¡Si supiera cómo llegar hasta Atreyu! Iría enseguida. ¡Qué cara pondría si yo apareciera de pronto! Sin embargo, no puede ser... ¿O quizá sí?»

Y entonces dijo en voz baja:





-Si hay alguna forma de llegar hasta vosotros, decídmelo. ¡Iré sin dudarlo, Atreyu! Ya verás.

Cuando Atreyu miró a su alrededor, vio que el bosque de columnas, con todas sus escaleras y terrazas, había desaparecido. A su alrededor sólo estaba aquella llanura totalmente pelada que había visto detrás de las tres puertas mágicas, antes de atravesarlas. Pero ahora no estaba allí, ni tampoco la Puerta sin Llave ni la Puerta del Espejo Mágico.

Se puso en pie y miró en todas direcciones. Y entonces descubrió que, en medio de la llanura, no muy lejos de él, se había formado un lugar como el que había tenido una vez ante los ojos en el Bosque de Haule. Esta vez, sin embargo, estaba mucho más cerca de él. Atreyu se volvió y comenzó a correr en dirección contraria, tan aprisa como pudo.

Sólo después de una larga huida descubrió a lo lejos, en el horizonte, una diminuta elevación que podía ser quizá el terreno montañoso formado por losas de piedra de color herrumbre, en donde se encontraba la Puerta del Gran Enigma.

Se dirigió hacia allí, pero tuvo que andar mucho hasta acercarse lo suficiente para poder distinguir detalles. Y entonces tuvo muchas dudas. Era verdad que había algo que se parecía al paisaje de losas de piedra, pero no pudo descubrir puerta alguna. Y las losas de piedra no eran ya rojizas, sino grises y descoloridas.

Sólo cuando hubo andado otra vez mucho tiempo vio que, entre las rocas, había efectivamente una hendidura que parecía la parte inferior de una puerta, pero sobre ella no había ya ningún arco. ¿Qué había pasado?

La respuesta sólo la tuvo muchas horas después, cuando llegó por fin al lugar. El gigantesco arco de piedra se había derrumbado... ¡y las esfinges habían desaparecido!

Atreyu se abrió camino entre los escombros y trepó luego a una pirámide de roca, buscando el lugar donde debían de estar los dos colonos y el dragón de la suerte. ¿O quizá habían huido entretanto de la Nada?

Entonces vio que, detrás del parapeto de roca del observatorio de Énguivuck, se agitaba una diminuta bandera. Atreyu hizo señales con ambos brazos y gritó, haciendo bocina con las manos:

-¡Eh! ¿Estáis ahí?

Apenas se había apagado su voz, se levantó de la quebrada donde estaba la cueva de los Dos Colonos un dragón de la suerte blanco con brillos de madreperla: Fújur.

Con movimientos sinuosos, elegantes y pausados, vino por los aires, volando traviesamente alguna vez de espaldas y describiendo virajes con la velocidad del relámpago, de forma que parecía una ondulante llama blanca, y luego aterrizó ante la pirámide de piedra sobre la que estaba Atreyu. Se apoyó en las patas delanteras y era tan alto que su cabeza, sobre el levantado cuello, quedaba por encima de Atreyu. El dragón





hizo girar sus globos oculares de color rubí, sacó complacido la lengua de sus fauces totalmente abiertas y retumbó con su voz de bronce:

-¡Atreyu, mi amigo y señor! ¡Qué bien que hayas vuelto por fin! Casi habíamos perdido la esperanza... Es decir, los Dos Colonos, ¡yo no!

-Yo también me alegro de verte -respondió Atreyu- pero, ¿qué ha pasado esta noche?

-¿Esta noche? -exclamó Fújur-. ¿Crees que sólo ha sido una noche? ¡Te vas a asombrar! ¡Sube, te llevaré!

Atreyu se subió a las espaldas del poderoso animal. Era la primera vez que cabalgaba sobre un dragón de la suerte. Y aunque había montado ya caballos salvajes y no era miedoso, en los primeros momentos de aquella breve cabalgada por los aires casi perdió la vista y el oído. Se aferró a la revoloteante melena de Fújur, hasta que éste se rió atronadoramente y gritó:

-¡Desde ahora tendrás que acostumbrarte, Atreyu!

-¡En cualquier caso -gritó Atreyu intentando respirar-, me da la impresión de que otra vez estás completamente bien!

-Casi -respondió el dragón-, ¡no del todo aún!

Y aterrizaron delante de la caverna de los Dos Colonos. Énguivuck y Urgl estaban uno junto a otro a la entrada y los esperaban.

-¿Qué te ha ocurrido? -parloteó inmediatamente Énguivuck-. ¡Tienes que contármelo todo! ¿Qué pasa con las puertas? ¿Quién o qué es Uyulala?

-¡De eso nada! -lo hizo callar Urgl-. Ante todo tiene que comer y beber. No he estado cocinando y amasando para divertirme. ¡Ya habrá tiempo de sobra para tu tonta curiosidad!

Atreyu había bajado de las espaldas del dragón y saludó a la pareja de gnomos. Los tres se sentaron a la mesa, que otra vez estaba cubierta con toda clase de alimentos sabrosos y una pequeña jarrita de tisana humeante.

El reloj de la torre dio las cinco. Bastián pensó melancólicamente en las dos tabletas de chocolate con nueces que guardaba en casa en la mesilla de noche por si alguna vez tenía hambre. Si hubiera sospechado que nunca volvería, se las hubiera traído como última reserva. Pero ahora no había nada que hacer. ¡Mejor era no pensar en ello!

Fújur se echó en el pequeño valle de rocas, de forma que su poderosa cabeza quedaba junto a Atreyu y podía escucharlo todo.

-¡Figuraos! -exclamó-. ¡Mi amigo y señor cree que sólo ha estado fuera una noche!





-¿Y no es así? -preguntó Atreyu.

-¡Han sido siete días y siete noches! -dijo Fújur-. ¡Mira! Mis heridas están ya casi cerradas.

Sólo entonces se dio cuenta Atreyu de que también su propia herida estaba curada. La compresa de hierbas se había caído. Se asombró:

-¿Cómo es posible? He atravesado las tres puertas mágicas, he hablado con Uyulala y me he dormido... pero no es posible que haya dormido tanto tiempo.

-El tiempo y el espacio -dijo Énguivuck- deben de ser ahí dentro un poco distintos. Sin embargo, nadie ha estado nunca con el Oráculo tanto tiempo como tú. ¿Qué ha pasado? ¡Habla de una vez!

-Primero me gustaría saber qué ha pasado aquí -respondió Atreyu.

-Ya lo ves -dijo Énguivuck-: todos los colores han desaparecido, todo se vuelve cada vez más irreal y la Puerta del Gran Enigma ya no está ahí. Parece como si también aquí hubiera comenzado la aniquilación.

-¿Y las esfinges? -quiso saber Atreyu-. ¿A dónde han ido? ¿Se han escapado? ¿Las habéis visto?

-No hemos visto nada -refunfuñó Énguivuck-. Tenía la esperanza de que tú pudieras decirnos algo sobre eso. El arco de piedra se derrumbó de pronto, pero ninguno de nosotros oyó ni vio nada. Hasta fui allí y busqué entre los escombros. ¿Y sabes lo que descubrí? Los trozos rotos son viejísimos y están cubiertos de musgo gris, como si estuvieran así desde hace cien años, como si nunca hubiera existido esa Puerta del Gran Enigma.

-Y, sin embargo, estaba ahí -dijo Atreyu en voz baja-, porque yo la atravesé, y también la Puerta del Espejo Mágico y, por último, la Puerta sin Llave.

Y entonces contó lo que le había ocurrido. Se acordaba sin esfuerzo de todos los detalles.

Énguivuck, que al principio pedía siempre datos más concretos con preguntas insistentes, se fue quedando cada vez más callado durante el relato. Y cuando Atreyu, finalmente, repitió casi palabra por palabra lo que le había revelado Uyulala, Énguivuck guardó un silencio total. Su rostro arrugado y diminuto tenía una expresión de profunda tristeza.

-Ahora ya conoces el secreto -terminó Atreyu-. ¿Querías saberlo sin falta, no? Uyulala es un ser que consiste sólo en una voz. Su figura es sólo audible. Está donde se le oye.

Énguivuck, se quedó callado un rato y luego exclamó con voz ronca:

-Estaba, quieres decir.





-Es verdad -respondió Atreyu-. Según sus propias palabras, soy el último a quien hablará.

Por las mejillas arrugadas de Énguivuck corrieron dos lagrimitas.

-¡Todo inútil! -graznó-. El trabajo de toda mi vida, mis investigaciones, mis observaciones de años... ¡Todo inútil! Por fin me traen la última piedra para mi edificio científico, podría acabarlo por fin, podría escribir por fin su último capítulo... y precisamente ahora no sirve ya para nada, es totalmente superfluo, no vale un pimiento, no importa un pepino y no le interesa a nadie, porque el tema de que trata no existe ya. ¡Adiós muy buenas, apaga y vámonos!

Lo estremeció un sollozo, que sonó como un ataque de tos. La vieja Urgl lo miró compadeciéndolo, le acarició la calva cabecita y refunfuñó:

-¡Pobrecito Énguivuck! ¡Pobrecito Énguivuck! ¡No te desanimes! Ya encontraremos otra cosa.

-¡Mujer! -resopló Énguivuck con ojos centelleantes-. ¡Lo que tienes ante ti no es ningún pobrecito Énguivuck, sino un personaje trágico!

Y, lo mismo que en otra ocasión, se metió corriendo en la cueva y se oyó el portazo de una puertecita. Urgl movió la cabeza suspirando y murmuró:

-No lo dice con mala intención. Es buena persona pero, por desgracia, está completamente chiflado.

Cuando terminó la comida, Urgl se puso en pie y dijo:

-Voy a empaquetar nuestras cuatro cosas. No es mucho lo que nos podemos llevar, pero un poco de aquí y otro de allá... Sí, tengo que hacerlo ahora.

-¿Vais a marcharos de aquí? -preguntó Atreyu.

Urgl asintió con tristeza:

-No podemos hacer otra cosa. Donde la aniquilación se extiende no crece ya nada. Y, a nuestra edad, no hay razón para quedarse. Tenemos que ver qué pasa. En algún lugar podremos vivir. ¿Y vosotros? ¿Qué vais a hacer?

-Yo tengo que hacer lo que ha dicho Uyulala -respondió Atreyu-. Tengo que tratar de encontrar a una criatura humana y llevársela a la Emperatriz Infantil, para que ella reciba un nuevo nombre.

-¿Y dónde vas a encontrar a esa criatura humana? -preguntó Urgl.

-Yo mismo no lo sé -dijo Atreyu-. Desde luego, más allá de las fronteras de Fantasia.

-La encontraremos -se oyó decir a la voz de campana de Fújur-. Yo te llevaré. Ya verás: ¡tendremos suerte!





-Bueno -refunfuñó Urgl-, entonces, ¡marchaos!

-Podríamos llevaros un trecho... -propuso Atreyu.

-¡Sólo me faltaba eso! -respondió Urgl-. Nunca iré a zascandilear por los aires. Los gnomos como es debido se quedan en tierra. Además, no debéis entreteneros con nosotros: tenéis algo que hacer que es más importante... para todos.

-Sin embargo, me gustaría poder demostraros mi agradecimiento -dijo Atreyu.

-Para eso -rezongó Urgl-, ¡lo mejor que puedes hacer es no perder más tiempo en pamplinas y marcharte enseguida!

-Tiene razón -opinó Fújur-. ¡Vamos, Atreyu!

Atreyu se subió a las espaldas del dragón de la suerte. Se volvió una vez más hacia la pequeña y vieja Urg1 y gritó:

-¡Adiós!

Pero ella estaba ya en la caverna empaquetando cosas. Cuando volvió a aparecer unas horas más tarde con. Énguivuck, cada uno de ellos llevaba a la espalda un cesto lleno, y los dos estaban otra vez peleándose con ahínco. Así se fueron, tambaleándose sobre sus piernecitas torcidas, sin volver la cabeza ni una sola vez.

Por lo demás, Énguivuck se hizo luego muy famoso, incluso el más famoso de los gnomos de su familia, pero no por sus investigaciones científicas. Sin embargo, ésa es otra historia y debe ser contada en otra ocasión.

Al mismo tiempo que los Dos Colonos se ponían en camino, Atreyu, sobre las espaldas de Fújur, surcaba ya los aires lejos, muy lejos, por los cielos de Fantasia.

Bastián miró involuntariamente a la claraboya y se imaginó lo que ocurriría si allí arriba en el cielo, ya casi completamente oscuro, viera de repente al dragón de la suerte acercarse como una llama blanca y ondulante... ¡Si los dos vinieran a buscarlo!

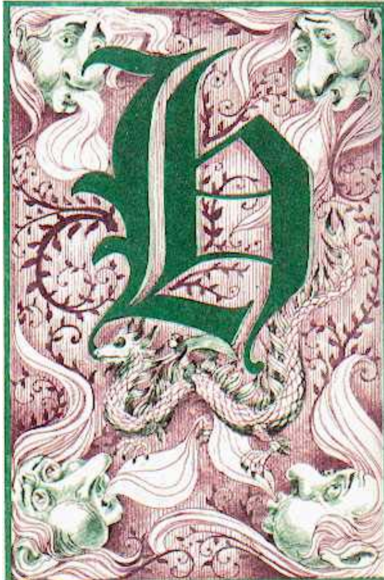
-¡Eso -suspiró- no estaría nada mal!

El podría ayudarlos... Y ellos a él. Sería la salvación de todos.





En El País De La Gentuza



acia el cielo volaba Atreyu. Su manto rojo se agitaba tras él, ondulando fuertemente. Su trenza de pelo negro azulado, anudada con una cinta de cuero, flotaba al viento. Fújur, el dragón blanco de la suerte, se deslizaba con movimientos sinuosos, lentos y regulares, entre la niebla y los jirones de nubes.

Arriba y abajo, arriba y abajo, arriba y abajo... ¿Cuánto tiempo llevaban ya viajando? Días y noches, y más días... Atreyu ya no sabía cuánto tiempo. El dragón podía volar también dormido, lejos, cada vez mas lejos, y Atreyu dormitaba de cuando en cuando, agarrado a su blanca melena. Pero era sólo un sueño ligero e inquieto. Y por eso su vela se convertía también, poco a poco, en un sueño en el que nada era definido.

Abajo, en lo profundo, pasaban montañas vagas, países y mares, islas y ríos... Atreyu no les prestaba ya atención y tampoco acicateaba a su cabalgadura como había hecho en los primeros tiempos, cuando se marcharon del Oráculo del Sur. Al principio se había sentido impaciente porque había creído que, sobre las espaldas de un dragón de la suerte, no sería demasiado difícil llegar a las fronteras de Fantasía y, más allá de esas fronteras, al Mundo Exterior, donde viven las criaturas humanas.

No sabía lo grande que era Fantasía.

Ahora luchaba contra aquel cansancio de piedra que quería dominarlo. Sus ojos oscuros, normalmente tan agudos como los de un aguilucho, no miraban ya a lo lejos. De vez en cuando hacía acopio de toda su voluntad, se enderezaba en su asiento y oteaba en derredor, pero pronto se ensimismaba otra vez, mirando sólo, ante sí, el cuerpo largo y flexible del dragón, cuyas escamas de color madreperla brillaban rosadas y blancas. También Fújur estaba agotado. Hasta sus fuerzas, que habían parecido inmensas, se iban acabando poco a poco.

Más de una vez, en aquel largo vuelo, habían visto debajo, en el paisaje, aquellos lugares en que la Nada se extendía y que no se podían mirar sin tener la sensación de haberse quedado ciego. Muchos de esos lugares, vistos desde tanta altura, parecían aún relativamente pequeños, pero había ya otros que eran tan grandes como países enteros y se extendían hasta el lejano horizonte. El espanto se había apoderado del dragón de la suene y de su jinete, y se habían desviado, volando en otra dirección, para no tener que contemplar aquel horror. Sin embargo, una cosa rara es que el horror pierde su espanto cuando se repite mucho. Y, como los lugares de aniquilación no disminuían sino que eran cada vez más numerosos, Fújur y Atreyu se habían acostumbrado poco a poco a





ellos... o, más bien, les había entrado una especie de indiferencia. Apenas les prestaban ya atención.

Llevaban sin hablar mucho tiempo, cuando Fújur hizo resonar de pronto su voz de bronce:

-Atreyu, mi pequeño señor, ¿estás dormido?

-No -dijo Atreyu, aunque realmente había estado sumido en un sueño intranquilo-, ¿qué pasa, Fújur?

-Me pregunto si no sería mas sensato volver.

-¿Volver? ¿A dónde?

-A la Torre de Marfil. A la Emperatriz Infantil.

-¿Quiéres decir volver con las manos vacías?

-Bueno, yo no lo llamaría así, Atreyu. ¿Cuál era tu misión?

-Tenía que descubrir la causa de la enfermedad que sufre la Emperatriz Infantil y el remedio para ella.

-Pero no tenías la misión -replicó Fújur- de llevar tú ese remedio.

-¿Qué quieres decir?

-Que quizá estemos cometiendo un gran error al intentar trasponer las fronteras de Fantasía para encontrar a una criatura humana.

-No entiendo a dónde quieres ir a parar, Fújur. Explícate mejor.

-La Emperatriz Infantil está mortalmente enferma -dijo el dragón-, porque necesita un nuevo nombre. Eso fue lo que te reveló la Vetusta Morla. Pero ese nombre sólo se lo pueden dar las criaturas humanas del Mundo Exterior. Eso fue lo que te dijo Uyulala. Con eso has cumplido tu misión y me parece que tendrías que comunicárselo rápidamente a la Emperatriz Infantil.

-Pero, ¿de qué le servirá que le diga todo eso -exclamó Atreyu- si no le llevo al mismo tiempo a una criatura humana que la pueda salvar?

-Eso no puedes saberlo -repondió Fújur-. Ella es mucho más poderosa que tú y que yo. Quizá le sería más fácil llamar a una criatura humana. Quizá tenga medios y caminos totalmente desconocidos para ti y para mí, y para todos los seres de Fantasía. Pero, para eso, tendría que saber precisamente lo que tú sabes. Suponte que fuera así. Entonces no sólo sería totalmente absurdo que intentáramos buscar por nuestra cuenta a una criatura humana para llevársela, sino que podría ocurrir incluso que, entretanto, la Emperatriz muriera, por no volver nosotros a tiempo.





Atreyu guardó silencio. Lo que había dicho el dragón era cierto sin duda. Podía ser que fuera así, y también podía ser que no. Era muy posible que, si volvía ahora con su mensaje, ella le dijera: -¿Y de qué me sirve todo eso? Si me hubieras traído a un salvador, me hubiera puesto buena. Pero ahora es demasiado tarde para enviarte otra vez.

Atreyu no sabía qué hacer. Y estaba cansado, demasiado cansado para tomar decisiones.

-¿Sabes Fújur? -dijo en voz baja, pero el dragón lo oyó muy bien-. Quizá tengas razón y quizá no. Vamos a volar un poco más. Si no encontramos ninguna frontera, volveremos.

-¿A qué llamas tú un poco más? -preguntó el dragón.

-A unas horas... -murmuró Atreyu-. Bueno, a una hora más.

Pero aquella hora fue una hora de más.

Ninguno de los dos se había dado cuenta de que, en el norte, el cielo se había ennegrecido de nubes. Al oeste, donde estaba el sol, se había puesto incandescente y unas líneas de mal agüero cubrían el horizonte como algas sanguinolentas. Al este se estaba formando, como un manto de plomo gris, una tormenta ante la que los jirones de nubes parecían de tinta azul descolorida. Y desde el sur venía una polvareda de color azufre, que se estremecía y centelleaba de relámpagos.

-Parece -dijo Fújur- que vamos a tener mal tiempo.

Atreyu miró a todos lados.

-Sí -dijo-, es preocupante. Pero de todas formas tenemos que seguir.

-Sería más sensato que buscáramos refugio -contestó Fújur-. Si es lo que me figuro, no a va ser ninguna broma.

-¿Y qué es lo que te figuras?

-Que son los cuatro gigantes de los vientos que otra vez quieren pelea -explicó Fújur-. Casi siempre disputan entre sí sobre cuál es el más fuerte y debe reinar sobre los otros. Para ellos es una especie de juego, porque no les pasa nada. Pero, ¡ay del que se ve mezclado en el encuentro! Por lo general no queda mucho de él.

-¿No puedes volar por encima? -preguntó Atreyu.

-¿Lejos de su alcance, quieres decir? No, tan alto no puedo llegar. Y debajo de nosotros, hasta donde puedo ver, sólo hay agua, algún mar gigantesco. No veo ningún sitio donde nos podamos meter.

-Entonces no queda más remedio que esperarlos -decidió Atreyu-. De todas :formas, quisiera preguntarles algo.

-¿Qué quieres hacer? -exclamó el dragón, dando un salto de susto en el aire.





-Si son los cuatro gigantes de los vientos -explicó Atreyu- conocerán todos los puntos cardinales de Fantasia. Nadie podría decirnos mejor dónde están sus fronteras.

-¡Santo cielo! -gritó el dragón-. ¿Te crees que se puede charlar tranquilamente con ellos?

-¿Cómo se llaman? -quiso saber Atreyu.

-El del norte se llama Lirr, el del este Baureo, el del sur Schirk y el del oeste Mayestril -respondió Fújur-. Pero oye, Atreyu, ¿qué clase de persona eres? ¿Un niño o un pedazo de hierro que no sabe lo que es el miedo?

-Al atravesar la puerta de las esfinges -respondió Atreyu- perdí todo miedo. Además, llevo el signo de la Emperatriz. Todas las criaturas de Fantasía lo respetan. ¿Por qué no habrían de hacerlo los gigantes de los vientos?

-¡Oh, lo harán! -exclamó Fújur-. Pero son estúpidos y no podrás impedir que se peleen entre sí. ¡Y ya verás lo que eso quiere decir!

Entretanto, las nubes de tormenta se habían acercado tanto por todas partes que Atreyu vio a su alrededor algo que parecía un embudo de proporciones monstruosas, un cráter de volcán, cuyas paredes empezaban a dar vueltas cada vez más aprisa, de forma que el amarilllo de azufre, el gris de plomo, el rojo de sangre y el negro profundo se mezclaban. Y también él se vio arrastrado en círculos sobre su dragón blanco, como una cerilla de madera en medio de un furioso remolino. Y entonces vio a los gigantes de la tormenta.

En realidad sólo se componían de rostros, porque sus miembros eran tan cambiantes y múltiples -tan pronto largos como cortos, centenares o ninguno, precisos o nebulosos-, y estaban enzarzados en una pelea tan monstruosa, que era imposible distinguir su verdadero aspecto. También los rostros cambiaban continuamente, haciéndose gruesos o hinchados y estirándose luego a lo largo o a lo ancho, aunque seguían siendo siempre rostros que podían distinguirse entre sí. Abrían bruscamente la boca y gritaban y bramaban y aullaban y se reían unos de otros. Al dragón y su jinete no parecieron siquiera haberlos visto, porque, en comparación con ellos, eran diminutos como un mosquito.

Atreyu se enderezó. Cogió con la mano derecha el amuleto de oro de su pecho y gritó, tan fuerte como pudo:

-¡En nombre de la Emperatriz Infantil, callaos y escuchad!

¡Y entonces ocurrió lo increíble!

Como si de repente se hubieran quedado mudos, los vientos se callaron. Sus bocas se cerraron y ocho gigantescos ojos saltones miraron a ÁURYN. También el remolino cesó. De pronto reinó una calma absoluta.

-¡Decidme! -gritó Atreyu-. ¿Dónde están las fronteras de Fantasia? ¿Lo sabes tú, Lirr?





-Al norte, no -respondió el rostro de nubes negras.

-¿Y tú, Baureo?

-Tampoco al este -contestó el rostro de nubes grises.

-¡Habla tú, Schirk!

-Al sur no hay fronteras -dijo el rostro de nubes amarillas como el azufre.

-Mayestril, ¿lo sabes tú?

-No hay fronteras al oeste -replicó el rostro de nubes rojas como el fuego.

. Y entonces dijeron todos a una:

-¿Quién eres tú, que llevas el signo de la Emperatriz Infantil y no sabes que Fantasia no tiene fronteras?

Atreyu calló. Se sentía como si hubiera recibido un golpe en la cabeza. En eso no había pensado realmente: en que no hubiera ninguna clase de fronteras. Todo había sido inútil.

Apenas se dio cuenta de que los gigantes de los vientos reanudaban su lucha. Le daba lo mismo lo que ocurriera ahora. Se aferró a la melena del dragón cuando éste, súbitamente, se vio lanzado hacia arriba por un torbellino. Envueltos entre relámpagos, giraron a toda velocidad y luego se ahogaron casi en estruendosos aguaceros horizontales. De pronto se vieron arrastrados por un soplo abrasador, en el que casi ardieron, y ya estaban entrando en un granizo que no estaba hecho de granos sino de agujas de hielo, largas como lanzas, que caían hacia el abismo. Y otra vez se vieron absorbidos hacia arriba y arrojados de un lado a otro. Los vientos luchaban entre sí, disputándose la supremacía.

-¡Agárrate bien! -gritó Fújur cuando una ráfaga de viento lo tumbó de espaldas.

Pero era ya demasiado tarde. Atreyu había perdido su asidero y se precipitaba en el vacío. Cayó y cayó, y luego no supo nada más.

Cuando recobró el sentido, estaba sobre la blanda arena. Oyó el ruido de las olas y, al levantar la cabeza, vio que había sido arrojado a una playa. Era un día gris y brumoso, pero sin viento. La mar estaba en calma y nada indicaba que, hacía poco, se hubiera desencadenado allí un combate entre los gigantes de los vientos. ¿O había ocurrido quizá en otro lugar lejano y muy distinto? La playa era plana; por ninguna parte se veían rocas ni elevaciones y sólo algunos árboles torcidos y retorcidos se alzaban en el polvo como grandes garras.

Atreyu se incorporó. A unos pasos vio su manto rojo de pelo de búfalo. Se arrastró hasta él y se lo echó por los hombros. Con asombro pudo comprobar que el manto estaba apenas húmedo. Así pues, llevaba mucho tiempo allí.





¿Cómo había llegado? ¿Y por qué no se había ahogado? Le vino algún recuerdo oscuro de unos brazos que lo llevaban y de unas voces extrañas que cantaban: «¡Pobre chico, guapo chico! ¡Sostenedlo! ¡No dejéis que se hunda! «

Quizá había sido sólo el murmullo de las olas.

¿O eran sirenas y genios acuáticos? Probablemente habrían visto el Pentáculo y, por eso, le habían salvado. Involuntariamente se llevó la mano al amuleto... ¡Y no estaba allí! La cadena que llevaba al cuello había desaparecido. Había perdido el medallón.

-¡Fújur! -gritó Atreyu tan alto como pudo. Se puso en pie de un salto, corrió de un lado a otro y llamó por todas partes: -¡Fújur! ¡Fújur! ¿Dónde estás?

No hubo respuesta. Sólo el murmullo regular y lento de las olas que bañaban la arena.

¡Quién sabe a dónde habrían empujado los gigantes de los vientos al dragón blanco! Quizá Fújur estaba buscando a su pequeño señor en algún lugar totalmente distinto, muy lejos de allí. Quizá no vivía ya.

Atreyu no era ya un jinete de dragón ni un enviado de la Emperatriz Infantil... Era sólo un niño. Y muy solo.

El reloj de la torre dio las seis.

Fuera estaba ya oscuro. La lluvia había cesado. Reinaba un silencio total. Bastián contempló fijamente las llamas de las velas.

Entonces se sobresaltó, porque el entarimado había crujido.

Le pareció que oía respirar a alguien. Contuvo el aliento y escuchó. Salvo el pequeño círculo luminoso que arrojaban las velas, el enorme desván estaba ahora envuelto en tinieblas.

¿No se oían unos pasos suaves en la escalera? ¿No se había movido lentamente el picaporte de la puerta del desván? El entarimado crujió de nuevo.

¿Y si hubiera fantasmas en aquel desván... ?

-¡Qué va! -dijo Bastián a media voz-. No hay fantasmas. Todo el mundo lo dice.

Pero entonces, ¿por qué había tantas historias de fantasmas?

Quizá los que decían que no había fantasmas sólo tenían miedo de reconocerlo.

Atreyu se envolvió bien en su manto rojo, porque tenía frío, y se puso a andar tierra adentro. El paisaje, por lo que podía ver a pesar de la niebla, apenas variaba. Era llano y uniforme, aunque, poco a poco, entre los retorcidos árboles se veían cada vez más





matorrales, unos arbustos que parecían hechos de hojalata oxidada y eran casi tan duros. Era fácil herirse :con ellos si no se ponía cuidado.

Aproximadamente al cabo de una hora, Atreyu llegó a un camino empedrado con piedras salientes de formas irregulares. Se decidió a seguirlo, pensando que tendría que llevar a algún sitio, pero encontró más cómodo andar por el polvo junto al camino que sobre el desigual empedrado. El camino seguía un curso sinuoso, y torcía a la derecha o a la izquierda sin que pudiera descubrirse razón para ello, porque tampoco allí había colinas ni ríos. En aquella región todo parecía torcido.

Atreyu no había andado mucho rato aún de aquella forma, cuando oyó en la lejanía un ruido extraño y retumbante que se acercaba. Era como el sordo redoble de un gran tambor, y mezclado con él se oían sonidos agudos, como de pequeñas flautas y campanillas. Se escondió tras un arbusto al borde del camino y esperó.

La extraña música se acercó despacio y, finalmente, surgieron de la niebla las primeras figuras. Evidentemente bailaban, pero no con un baile alegre o gracioso, sino que daban saltos con movimientos sumamente extravagantes, se revolcaban por el suelo, se arrastraban a cuatro patas y se comportaban como locos. Lo único que se oía entretanto era el sordo y lento golpear del tambor, los agudos pitidos y un gemir y jadear de muchas, gargantas.

Cada vez eran más: una comitiva que parecía no tener fin. Atreyu observó los rostros de los danzantes, que eran grises como la ceniza y estaban inundados de sudor, aunque sus ojos ardían con un brillo salvaje y febril. Muchos se azotaban con látigos.

«Son dementes», pensó Atreyu, y un escalofrío recorrió su espalda.

Por lo demás, pudo comprobar que la mayor parte de la procesión se componía de silfos nocturnos, duendes y fantasmas. También había vampiros y muchas brujas, viejas con grandes jorobas y pelos de chivo en la barbilla pero también jóvenes, que parecían bellas y malvadas. Evidentemente, Atreyu había llegado a uno de los países de Fantasía poblados de criaturas de las tinieblas. Si hubiera tenido aún a ÁURYN, se hubiera dirigido a ellas sin titubear para preguntarles qué pasaba. Así, sin embargo, prefirió esperar en su escondite a que la estrafalaria procesión hubiera pasado y el último rezagado se hubiera perdido, saltando y cojeando, entre la niebla.

Sólo entonces se atrevió a volver al camino y mirar a la fantasmal comitiva. ¿Debía seguirla o no? No podía decidirse. En realidad, ya no sabía qué debía o podía hacer.

Por primera vez sintió claramente cuánto necesitaba el amuleto de la Emperatriz Infantil y qué desvalido estaba sin él. No era realmente por la protección que le había dado -todos los esfuerzos y privaciones, todos los miedos y soledades había tenido que soportarlos con sus propias fuerzas-, pero, mientras había llevado el Signo, nunca se había sentido inseguro sobre lo que tenía que hacer. Como una brújula misteriosa, el Signo había dirigido su voluntad y sus decisiones en la dirección adecuada. Ahora en cambio era distinto: ya no había ninguna fuerza secreta que lo guiara.

Sólo para no quedarse paralizado, se obligó a sí mismo a seguir a la comitiva de espectros, cuyo sordo tamborileo podía oírse aún en la lejanía.





Mientras avanzaba ligero por la niebla -teniendo cuidado siempre de mantener una distancia prudente con el último rezagado- intentó ver clara su situación.

¿Por qué, ay, por qué no habría escuchado a Fújur cuando le aconsejó que volviesen inmediatamente a la Emperatriz Infantil? Le hubiera transmitido el mensaje de Uyulala y le hubiera devuelto el Esplendor. Sin ÁURYN y sin Fújur no podría llegar ya hasta ella, la Emperatriz Infantil lo esperaría hasta el último instante de su vida, confiando en que llegara, creyendo que traería la salvación para ella y para Fantasia... ¡Pero sería en vano!

Eso sólo era ya suficientemente malo, pero peor era lo que había sabido por los gigantes de los vientos: que no había fronteras. Si era imposible salir de Fantasia, era imposible también pedir ayuda a una criatura humana de más allá de sus fronteras. ¡Precisamente porque Fantasía era infinita, su fin era inevitable!

Mientras seguía andando a traspiés por el desigual empedrado, a través de los jirones de niebla, oyó mentalmente la suave voz de Uyulala y una minúscula chispa de esperanza se encendió en su corazón.

En otro tiempo habían llegado seres humanos a Fantasía para dar a la Emperatriz Infantil nombres siempre nuevos y magníficos, había cantado Uyulala. Por lo tanto, ¡había un camino para pasar de un mundo a otro!

«Si no podemos, ninguno,
ellos pueden al momento.»

Sí, ésas habían sido las palabras de Uyulala. Lo que pasaba era que los seres humanos habían olvidado ese camino. Pero, ¿no podría ser que uno, sólo uno, lo recordase otra vez?

El que para sí mismo no hubiera esperanza no le preocupaba nada a Atreyu. Lo único importante era que una criatura humana oyese el llamamiento de Fantasía y viniera como había ocurrido en todos los tiempos. Y quizá, ¡quizá alguno se había puesto ya en marcha y estaba en camino!

- Sí, sí, -gritó Bastián. Se asustó de su propia voz y añadió más bajo:- ¡Yo iría a ayudaros si supiera cómo! No sé el camino, Atreyu. De veras que no lo sé.

El sordo redoble del tambor y los estridentes pitidos habían callado y, sin darse cuenta, Atreyu se había acercado tanto a la procesión que casi tropezó con las últimas figuras. Como estaba descalzo, sus pasos no hacían ningún ruido... pero no fue eso lo que hizo que aquellas gentes no le hicieran caso. Hubiera podido saltar también con botas de suela de hierro y dar gritos, y nadie se hubiera preocupado.

Ya no formaban una comitiva, sino que estaban, muy dispersos, en un campo de hierba gris y lodo. Muchos se tambaleaban ligeramente de un lado a otro, otros estaban de pie





o se acurrucaban inmóviles, pero todos los ojos, en los que había un empañado brillo calenturiento, miraban en la misma dirección.

Y entonces vio Atreyu lo que miraban en una especie de éxtasis horrible: al otro lado del campo estaba la Nada.

Era tal como Atreyu la había visto ya antes con los trolls de la corteza desde la copa del árbol o en la llanura donde habían estado las puertas mágicas del Oráculo del Sur, o a gran altura, desde las, espaldas de Fújur,.pero hasta entonces sólo la había visto de lejos. Ahora, sin embargo, estaba de improviso muy cerca de ella; la Nada llenaba el paisaje entero, era gigantesca y se acercaba lenta, muy lentamente, pero sin pausa.

Atreyu vio que las figuras espectrales del campo que había ante él comenzaban a estremecerse, retorcían sus miembros, como acometidas por calambres, y tenían la boca abierta, como si quisieran gritar o reír, aunque reinaba un silencio de muerte. Y entonces -como si fueran hojas secas arrastradas por un golpe de viento- todas se precipitaron al mismo tiempo hacia la Nada y cayeron, se desplomaron o saltaron dentro de ella.

Apenas había desaparecido el último de aquel tropel espectral, en silencio y sin dejar rastro, Atreyu vio con espanto que también su cuerpo comenzaba a moverse, con pequeñas sacudidas, hacia la Nada. Un deseo irresistible de precipitarse igualmente en ella quiso apoderarse de él. Atreyu puso en juego toda su fuerza de voluntad y resistió. Se forzó a permanecer inmóvil. Lenta, muy lentamente, consiguió volverse y abrirse camino hacia adelante, paso a paso, como si-luchara contra una poderosa corriente invisible. La resaca se hizo más débil y Atreyu corrió, corrió tan deprisa como pudo sobre el irregular empedrado del camino. Se resbaló, cayó, se levantó otra vez y siguió corriendo, sin pensar a dónde lo llevaría aquel camino entre la niebla.

Siempre corriendo, siguió sus vueltas absurdas y sólo se detuvo cuando ante él surgieron de la niebla los altos muros de una ciudad, negros como la pez. Detrás se alzaban algunas torres torcidas contra el cielo gris. Las gruesas hojas de madera de la puerta de la ciudad estaban podridas y descompuestas, y colgaban oblicuamente de sus oxidadas bisagras.

Atreyu entró.

Cada vez hacía más frío en el desván. Bastián comenzó a helarse y a tiritar.

Y si se pusiera enfermo ahora... ¿qué sería de él? Por ejemplo, podía coger una pulmonía como Willi, el más joven de su clase. Entonces tendría que morirse en el desván completamente solo. No habría nadie para ayudarlo.

Le hubiera alegrado mucho en ese momento que su padre lo encontrara y lo salvara.

Pero volver a casa... No, eso no podía hacerlo. ¡Antes la muerte!

Cogió el resto de las mantas militares y se envolvió con ellas cuidadosamente por todos lados.



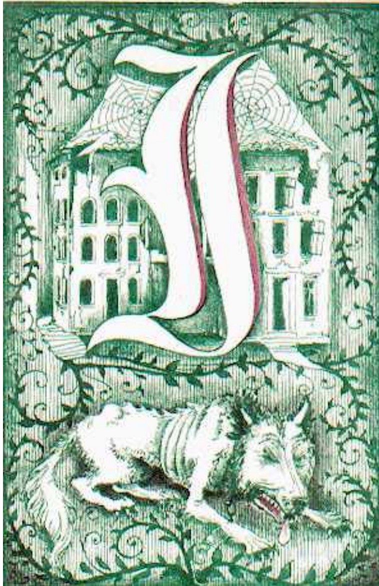


Poco a poco, fue entrando en calor.





La **Ciudad De Los Espectros**



mponente resonaba la voz de Fújur, como una campana de bronce, en algún lugar situado sobre las espumosas olas.

-¡Atreyu! ¿Dónde estás, Atreyu?

Hacía tiempo que los gigantes de los vientos habían terminado su lucha y se habían separado. Se encontrarían otra vez, en un sitio u otro, para dirimir una vez más su contienda, como habían hecho siempre desde tiempos inmemoriales. Lo que acababa de suceder lo habían olvidado ya, porque no retenían nada ni conocían nada, salvo su propia fuerza indomable. Y por eso el dragón blanco y su pequeño jinete habían desaparecido hacía tiempo de su memoria.

Cuando Atreyu se precipitó en el abismo, Fújur trató al principio de seguirlo, con todas sus fuerzas, para cogerlo en el aire. Sin embargo, un viento huracanado había levantado al dragón y lo había arrastrado lejos, muy lejos. Cuando Fújur volvió, los gigantes de los vientos vociferaban ya sobre otro punto del mar. Fújur se esforzó desesperadamente por encontrar otra vez el lugar en que Atreyu debía de haber caído al agua, pero hasta para un dragón blanco de la suerte es imposible descubrir en la espuma hirviente de un mar revuelto el puntito diminuto de un cuerpo que flota... o el de un ahogado en su fondo.

Sin embargo, Fújur no quiso renunciar. Subió muy alto en el aire, para poder ver mejor, voló luego a poca distancia de las olas, y describió círculos, cada vez más amplios. Mientras tanto, no cesaba de llamar a Atreyu, con la esperanza de divisarlo aún entre la espuma.

Era un dragón de la suerte y nada podía quebrantar su convicción de que, a pesar de todo, la cosa acabaría bien. Pasase lo que pasase, Fújur no se daría nunca por vencido.

-¡Atreyu! -retumbaba su voz poderosa en medio del rugido de las olas-. ¡Atreyu! ¿Dónde estas?

Atreyu vagaba por las calles de una ciudad abandonada, en medio de un silencio sepulcral. El espectáculo era agobiante y siniestro. No parecía haber ningún edificio que, simplemente por su aspecto exterior, no produjera una impresión amenazadora y maldita, como si la ciudad entera se compusiera sólo de castillos de fantasmas y casas embrujadas. Sobre las calles y callejas, tan tortuosas y torcidas como todo en aquel país,

colgaban monstruosas telas de araña, y un olor nauseabundo subía de los ventanucos de los sótanos y de los pozos secos.

Atreyu se había deslizado al principio de esquina en esquina para no ser descubierto, pero pronto no se esforzó ya por ocultarse. Plazas y calles estaban vacías y tampoco en los edificios había movimiento. Entró en algunos, pero sólo encontró muebles volcados, cortinas rasgadas, vajilla y cristal hechos añicos... todos los signos de la desolación, pero ningún habitante. Sobre una mesa había aún comida a medio comer: unos platos con sopa negra y unos restos pegajosos que quizá fueran pan. Comió de ambas cosas. Sabían repulsivamente, pero él tenía mucha hambre. En cierto sentido, le pareció muy justo haber ido a parar precisamente allí. Aquello era lo adecuado para alguien a quien no quedaba ya esperanza.

Bastián se sentía muy debilitado por el hambre.

El cielo sabe por qué, precisamente entonces, de forma muy poco oportuna, recordó la tarta de manzana de la señorita Anna. La mejor tarta de manzana del mundo.

La señorita Anna venía tres veces por semana, escribía a máquina para su padre y ponía orden en la casa. La mayoría de las veces cocinaba o hacía algún pastel. Era una persona robusta, que hablaba y se reía despreocupadamente. El padre de Bastián era cortés con ella pero, por lo demás, apenas parecía darse cuenta de su presencia. Muy rara vez conseguía la señorita Anna que en el rostro preocupado de él apareciese fugazmente una sonrisa. Cuando eso ocurría, la casa se volvía un poco más luminosa.

La señorita Anna tenía una hijita, aunque no estaba casada. La niña se llamaba Christa, tenía tres años menos que Bastián y un pelo rubio precioso. Antes, la señorita Anna había traído casi siempre con ella a su hijita. Christa era muy tímida. Cuando Bastián le contaba cuentos durante horas, se quedaba muy quieta y lo escuchaba con ojos muy abiertos. Admiraba a Bastián y a él ella le caía muy bien.

Sin embargo, hacía un año la señorita Anna había llevado a su hijita a un hogar escolar en el campo. Y ahora no se veían casi nunca.

Bastián se lo había tomado bastante a mal a la señorita Anna, y todas las explicaciones de ella de por qué era mejor así para Christa no lo habían convencido.

Con todo, nunca podía resistirse a su tarta de manzana.

Bastián se preguntó cuánto tiempo podía aguantar un hombre sin comer. ¿Tres días? ¿Dos? ¿Se sentían alucinaciones ya al cabo de veinticuatro horas? Bastián contó con los dedos el tiempo que llevaba allí. Diez horas o incluso algo más. ¡Si se hubiera guardado el bocadillo del colegio o, por lo menos, la manzana!

Al tembloroso resplandor de las velas, los ojos de cristal del zorro, la lechuza y la enorme águila real parecían casi vivos. Las sombras de los animales se agitaban enormes en la pared del desván.

El reloj de la torre dio siete campanadas.





Atreyu salió otra vez a la calle y vagó sin rumbo por la ciudad. Ésta parecía muy grande. Atravesó barrios en donde todas las casas eran pequeñas y bajas, de forma que, de pie, llegaba al alero de los tejados, y otros barrios en donde se alzaban palacios de muchas plantas y fachadas decoradas con estatuas. Sin embargo, todas esas estatuas representaban esqueletos o figuras demoníacas que, con sus rostros grotescos, miraban fijamente al solitario vagabundo.

Y entonces se quedó de pronto clavado en el suelo.

En algún sitio, muy cerca, sonó un aullido ronco y gutural que parecía tan desesperado, tan inconsolable, que a Atreyu se le partió el corazón. Todo el abandono, toda la maldición de las criaturas de las tinieblas estaban en aquel lamento, que parecía no querer acabar nunca y era devuelto como un eco por los muros de edificios cada vez más lejanos, hasta que finalmente sonó como una manada dispersa de gigantescos lobos.

Atreyu se dirigió hacia aquel sonido, que se hizo cada vez más suave y se extinguió por fin en un ronco sollozo. Pero tuvo que buscar algún tiempo. Atravesó una entrada, llegó a un patio estrecho y sin luz, cruzó un arco y llegó por fin a un patio interior, húmedo y sucio. Y allí, encadenado ante un hueco del muro, había un enorme hombre-lobo, medio muerto de hambre. Se le podían contar las costillas bajo la sarnosa piel, las vértebras de su espina dorsal sobresalían como dientes de sierra y la lengua le colgaba de las fauces semiabiertas.

Atreyu se acercó a él sin hacer ruido. Cuando el hombre-lobo lo vio, levantó con una sacudida su formidable cabeza. En sus ojos se encendió una luz verde.

Durante un rato, se miraron fijamente sin decir palabra ni hacer ruido alguno. Por fin, el hombre-lobo dejó oír un rugido suave, sumamente peligroso:

-¡Vete! ¡Déjame morir tranquilo!

Atreyu no se movió. Igual de suave, respondió:

-He oído tu llamada y por eso he venido.

El lobo echó hacia atrás la cabeza.,

-No he llamado a nadie -gruñó-: era mi lamento fúnebre.

-¿Quién eres? -preguntó Atreyu, dando otro paso adelante.

-Soy Gmork, el hombre-lóbo.

-¿Por qué estás aquí encadenado?

-Se olvidaron de mí al marcharse.





-¿Quiénes?

-Los que me pusieron estas cadenas.

-¿Y a dónde fueron?

Gmork no respondió. Miró a Atreyu expectante, con los ojos semicerrados. Tras un largo silencio dijo:

-Tú no eres de aquí, pequeño extranjero, ni de esta ciudad ni de este país. ¿Qué buscas?

Atreyu bajó la cabeza.

-No sé cómo he llegado hasta aquí. ¿Cómo se llama esta ciudad?

-Es la capital del más famoso país de Fantasía -dijo Gmork-. Sobre ningún otro país o ciudad corren tantas historias. Estoy seguro de que también tú habrás oído hablar de la Ciudad de los Espectros, en el País de la Gentuza, ¿no?

Atreyu asintió lentamente.

Gmork no había perdido de vista al muchacho. Le extrañaba que aquel chico de piel verde pudiese mirarlo tan tranquilo con sus grandes ojos negros sin mostrar ningún miedo.

-¿Y tú... quién eres tú? -preguntó.

Atreyu pensó un poco antes de responder:

-Soy Nadie.

-¿Qué quiere decir eso?

-Quiere decir que en otro tiempo tenía un nombre. Ese nombre no debe ser ya pronunciado. Por eso soy Nadie.

El hombre-lobo descubrió un poco los labios, dejando ver su tremenda dentadura, lo que sin duda equivalía a una sonrisa. Conocía tinieblas del alma de todas clases y sentía que, de algún modo, estaba ante un igual.

-Si eso es así -dijo con voz ronca-, Nadie me ha oído, Nadie ha venido hasta aquí y Nadie ha hablado conmigo en mi última hora.

Otra vez asintió Atreyu. Luego preguntó:

-¿Y no podría Nadie quitarte esa cadena?

La luz verde de los ojos del hombre-lobo tembló. Él empezó a jadear y a relamerse los labios.





-¿Lo harías de veras? -balbuceó-. ¿Soltarías a un hombre-lobo hambriento? ¿No sabes lo que eso significa? ¡Nadie estaría seguro de mí!

-Sí -dijo Atreyu-, pero yo soy Nadie. ¿Por qué habría de tenerte miedo?

Quiso acercarse a Gmork, pero él lanzó una vez más su rugido profundo y terrible. El muchacho retrocedió.

-¿No quieres que te ponga en libertad? -preguntó.

EL hombre-lobo pareció de pronto muy cansado.

-No puedes hacerlo. Pero, si te pones a mi alcance, tendré que hacerte pedazos, hijito. Eso sólo retrasaría mi fin un poco, una o dos horas. De manera que apártate y déjame reventar tranquilo.

Atreyu reflexionó.

-Quizá -dijo finalmente- pueda encontrar algo de comer para ti. Podría buscar en la ciudad.

Gmork abrió lentamente los ojos de nuevo y miró al muchacho. El fuego verde de su mirada se había apagado.

-¡Vete al diablo, pequeño necio! ¿Quieres conservarme la vida hasta que llegue la Nada?

-Pensé -tartamudeó Atreyu- que cuando te hubiera traído comida y estuvieras satisfecho, podría acercarme a ti y quitarte la cadena...

Gmork rechinó los dientes.

-Si fuera una cadena corriente la que me retuviera, ¿crees que no la habría roto yo mismo con los dientes hace tiempo?

Para demostrarlo cogió la cadena y su terrible dentadura se cerró sobre ella con un crujido. La sacudió y la soltó luego.

-Es una cadena mágica. Sólo puede soltarla la misma persona que me la puso. Y ésa no volverá.

-¿Quién te la puso?

Gmork empezó a gemir como un perro apaleado. Sólo al cabo de un rato se tranquilizó lo suficiente para poder responder:

-Fue Gaya, la Princesa Tenebrosa.

-¿Y a dónde ha ido?





-Se ha precipitado en la Nada... como todos los otros.

Atreyu pensó en los locos danzantes que había visto fuera de la ciudad, entre la niebla.

-¿Por qué? -murmuró-. ¿Por qué no huyeron?

-Habían perdido la esperanza. Eso a vosotros os debilita. La Nada os atrae poderosamente y ninguno de vosotros podrá resistirla ya mucho tiempo.

Al decir eso, Gmork soltó una risita profunda y maligna.

-¿Y tú? -siguió preguntando Atreyu-. Hablas como si no fueras uno de nosotros.

-No soy uno de vosotros.

-¿De dónde vienes entonces?

-¿No sabes qué es un hombre-lobo?

Atreyu negó en silencio con la cabeza.

-Tú sólo conoces Fantasia -dijo Gmork-, pero hay otros mundos. Por ejemplo, el de las criaturas humanas, y hay también seres que no tienen mundo propio. En cambio, pueden entrar y salir muchos mundos. Yo soy de ésos. En el mundo de los hombres paso por hombre, pero no lo soy. Y en Fantasia tengo figura fantásica sin ser uno de vosotros.

Atreyu se sentó lentamente en el suelo y miró con sus ojos grandes y negros al hombre-lobo agonizante.

-¿Tú has estado en el mundo de las criaturas humanas?

-He ido y venido a menudo entre su mundo y el vuestro.

-Gmork -tartamudeó Atreyu sin poder evitar que le temblaran los labios-, ¿puedes enseñarme el camino de ese mundo?

En los ojos de Gmork brilló una chispita verde. Era como si se riera por dentro.

-Para ti y tus iguales el camino de ida es muy fácil. La cosa no tiene más que un inconveniente: que no podéis volver. Tenéis que quedaros allí para siempre. ¿Es eso lo que quieres?

-¿Qué tengo que hacer? -preguntó Atreyu decidido.

-Lo que han hecho antes que tú todos los de esta ciudad, hijito. Sólo tienes que saltar a la Nada. Pero eso no corre prisa porque, tarde o temprano, lo harás de todas formas, cuando desaparezcan las últimas partes de Fantasia.

Atreyu se puso en pie.





Gmork se dio cuenta de que el muchacho temblaba con todo el cuerpo. Como no conocía la verdadera razón, dijo tranquilizadoramente:

-No tengas miedo: no hace daño.

-No tengo miedo -respondió Atreyu-. Nunca hubiera pensado que precisamente gracias a ti recobraría todas mis esperanzas.

Los ojos de Gmork centellearon como dos lunitas verdes.

-No tienes ningún motivo para ello, hijito... cualquiera que sea el que tengas. Cuando aparezcas en el mundo de los hombres no serás ya lo que eres aquí. Ése es precisamente el secreto que nadie puede saber en Fantasia.

Atreyu seguía de pie, con los brazos colgantes.

-¿Qué seré allí? -preguntó-, ¡Dime el secreto!

Gmork calló largo tiempo, sin moverse. Atreyu temía ya no obtener respuesta cuando finalmente, un pesado suspiro hinchó el pecho del hombre-lobo, que comenzó a hablar con voz ronca:

-¿Por quién me tomas, hijito? ¿Por amigo tuyo? ¡Ten cuidado! Sólo estoy pasando el tiempo contigo. Y ahora ni siquiera te puedes marchar ya. Te he retenido aprovechando tu esperanza. Pero, mientras hablo, la Nada cerca por todos lados la Ciudad de los Espectros y pronto no habrá ya salida. Entonces estarás perdido. Si me escuchas, será que te has decidido ya. Pero todavía puedes huir.

El gesto cruel de la boca de Gmork se acentuó. Atreyu titubeó una décima de segundo y luego susurró:

-¡Dime el secreto! ¿Qué seré allí?

Otra vez tardó Gmork mucho tiempo en responder. Su respiración era ahora ronca y estertorosa. Sin embargo, de pronto se incorporó, de forma que quedó apoyado en las zarpas delanteras y Atreyú tuvo que mirarlo. Sólo entonces se dio cuenta de todo su tamaño y todo su horror. Cuando el hombre-lobo habló de nuevo, su voz sonó áspera.

-¿Has visto la Nada, hijito?

-Sí, muchas veces.

-¿Qué te parece?

-Como si uno estuviera ciego.

-Bueno... pues cuando entráis en ella se apodera de vosotros, quiero decir la Nada. Sois como una enfermedad contagiosa que hace ciegos a los hombres, de forma que no pueden distinguir ya entre apariencia y realidad. ¿Sabéis cómo os llaman allí?





-No -susurró Atreyu.

-¡Mentiras! -ladró Gmork.

Atreyu sacudió la cabeza. Sus labios se habían quedado exangües.

-¿Cómo puede ser eso?

Gmork se ensañó al ver el espanto de Atreyu. La conversación lo animaba visiblemente. Tras una pequeña pausa siguió diciendo:

-¿Me preguntas qué serás allí? ¿Y qué eres aquí? ¿Qué sois los seres de Fantasía? ¡Sueños, invenciones del reino de la poesía, personajes de una Historia Interminable! ¿Crees que eres real, hijito? Bueno, aquí, en tu mundo, lo eres. Pero, si atraviesas la Nada, no existirás ya. Habrás quedado desfigurado. Estarás en otro mundo. Allí no tenéis ningún parecido con vosotros mismos. Lleváis la ilusión y la ofuscación al mundo de los hombres. ¿Sabes, hijito, lo que pasará con todos los habitantes de la Ciudad de los Espectros que han saltado a la Nada?

-No -tartamudeó Atreyu.

-Se convertirán en desvaríos de la mente humana, imágenes del miedo cuando, en realidad, no hay nada que temer, deseos de cosas que enferman a los hombres, imágenes de la desesperación donde no hay razón para desesperar...

-¿Todos seremos así? -preguntó Atreyu espantado.

-No -replicó Gmork-, hay muchas clases de locura y ofuscación; según lo que sois aquí, hermosos o feos, tontos o listos, seréis allí mentiras hermosas o feas, tontas o inteligentes.

-Y yo -quiso saber Atreyu-, ¿qué seré yo?

Gmork sonrió irónicamente.

-Eso no te lo digo, hijito. Ya lo verás. O, mejor, no lo verás, porque ya no serás tú.

Atreyu calló, mirando al hombre-lobo con ojos muy abiertos.

Gmork continuó:

-Por eso los seres humanos odian y temen a Fantasía y a todo lo que procede de aquí. La quieren aniquilar. Y no saben que, precisamente así, aumentarán la oleada de mentiras que cae ininterrumpidamente en su mundo... esa corriente de seres desfigurados que tienen que llevar allí una existencia ficticia de cadáveres vivientes y envenenan el alma de los hombres con su olor a podrido. Los hombres no lo saben. ¿No es gracioso?

-¿Y no hay nadie -preguntó Atreyu en voz baja- que no nos odie ni nos tema?





-Yo, al menos, no conozco a nadie -dijo Gmork-, y tampoco es de extrañar, porque vosotros mismos tenéis que resignaros allí a hacer creer a los hombres que Fantasia no existe.

-¿Que no existe Fantasía? -repitió Atreyu desconcertado.

-Claro, hijito -respondió Gmork-, eso es precisamente lo más importante. ¿No puedes imaginártelo? Sólo si creen que no existe Fantasía no se les ocurrirá visitaros. Y de eso depende todo, porque únicamente cuando no os conocen en vuestro verdadero aspecto puede hacerse con ellos cualquier cosa.

-Hacer con ellos... ¿qué?

-Todo lo que se quiere. Se tiene poder sobre ellos. Y nada da un poder mayor sobre los hombres que las mentiras. Porque esos hombres, hijito, viven de ideas. Y éstas se pueden dirigir. Ese poder es el único que cuenta. Por eso yo también he estado al lado del poder y lo he servido, para poder participar de él... aunque de una forma distinta que tú y tus iguales.

-¡Yo no quiero participar de él! -balbuceó Atreyu.

-Calma, pequeño necio -gruñó el hombre-lobo-. En cuanto te llegue el turno de saltar a la Nada, serás también un servidor del poder, desfigurado y sin voluntad. Quién sabe para qué les servirás. Quizá, con tu ayuda, harán que los hombres compren lo que no necesitan, odien lo que no conocen, crean lo que los hace sumisos o duden de lo que podría salvarlos. Con vosotros, pequeños fantasios, se harán grandes negocios en el mundo de los hombres, se declararán guerras, se fundarán imperios mundiales...

Gmork contempló al muchacho un rato con los ojos semicerrados, y luego añadió:

-También hay una multitud de pobres zoquetes, los cuales, naturalmente, se consideran a sí mismos muy inteligentes y creen estar al servicio de la verdad, que nada hacen con más celo que intentar disuadir hasta a los niños de que existe Fantasía. Quizá tú les seas útil precisamente a ellos.

Atreyu conservó la cabeza baja.

Ahora sabía por qué no venían ya seres humanos a Fantasía y por qué no vendrían nunca para dar nuevos nombres a la Emperatriz Infantil. Cuanto más se extendiera la aniquilación de Fantasía, tanto mayor sería el raudal de mentiras en el mundo de los hombres y, precisamente por ello, cada segundo disminuía la posibilidad de que viniera aún un ser humano. Era un círculo vicioso del que no había escapatoria. Atreyu lo sabía ahora.

Y había otro que lo sabía también: Bastián Baltasar Bux. Comprendía ahora que no sólo Fantasía estaba enferma, sino también el mundo de los seres humanos. Una cosa tenía que ver con la otra. En realidad, siempre lo había sentido así, sin poder explicarse por qué. Nunca había querido aceptar que la vida fuera tan gris e indiferente, tan sin secretos ni maravillas como pretendían las personas que decían: ¡la vida es así!





Pero ahora sabía también que tenía que ir a Fantasía para sanar otra vez a ambos mundos.

Y el que ningún hombre conociera el camino se debía precisamente a las mentiras e ideas falsas que llegaban a su mundo como consecuencia de la destrucción de Fantasía, dejándolo a uno ciego.

Con espanto y vergüenza, Bastián pensó en sus propias mentiras. Las historias inventadas que contaba no eran mentiras. Eran otra cosa. Pero en algunas ocasiones había mentido de forma totalmente consciente y deliberada... A veces por miedo, a veces para conseguir algo que quería tener sin falta, a veces también sólo para darse importancia. ¿Qué criaturas de Fantasia había aniquilado, desfigurado y maltratado con ello? Intentó imaginarse cómo podía haber sido antes su verdadera figura... pero no pudo. Quizá, precisamente, porque había mentido.

En cualquier caso, una cosa era segura: también él había contribuido a que las cosas fueran tan mal en Fantasía. Y quería hacer algo por arreglarlas. Le debía eso a Atreyu, que estaba dispuesto a cualquier cosa sólo para buscarlo. No podía ni quería defraudarlo. ¡Tenía que encontrar el camino!

El reloj de la torre dio las ocho.

El hombre-lobo había observado atentamente a Atreyu.

-Ahora ya sabes cómo puedes ir al mundo de los hombres -dijo-. ¿Sigues queriéndolo, hijito?

Atreyu negó con la cabeza.

-No quiero convertirme en mentira -murmuró.

-Te convertirás, quieras o no -respondió Gmork, casi alegremente.

-¿Y tú? -preguntó Atreyu-. ¿Por qué estás aquí?

-Tenía una misión -dijo Gmork de mala gana.

-¿Tú también?

Atreyu miró al hombre-lobo con atención y casi con simpatía:

-¿Y la has cumplido?

-No -gruñó Gmork-; si no, desde luego, no estaría encadenado. Las cosas no fueron demasiado mal al principio, hasta que llegué a esta ciudad. La Princesa Tenebrosa, que reinaba aquí, me recibió con todos los honores. Me invitó a su palacio, me trató magníficamente y habló conmigo y se portó en todo como si estuviera de mi parte. Bueno, las criaturas del País de la Gentuza me eran naturalmente bastante simpáticas y





me sentía, por así decirlo, como en mi casa. Y la Princesa Tenebrosa, a su estilo; era una mujer muy hermosa... al menos para mi gusto. Me acariciaba y rascaba, y yo me dejaba hacer, porque era muy agradable. Nadie me había acariciado ni rascado así. En pocas palabras, perdí la cabeza y empecé a hablar demasiado, y ella hizo como si me admirase de qué manera hasta que, finalmente, le dije cuál era mi misión. Seguramente me narcotizó, porque por lo general tengo el sueño ligero. Y cuando me desperté estaba cargado de cadenas. La Princesa Tenebrosa estaba ante mí y me dijo: «Has olvidado, Gmork, que también yo soy una de las criaturas de Fantasía. Y si luchas contra Fantasía luchas contra mí. Por lo tanto, eres mi enemigo, pero yo he sido más lista. Esa cadena sólo la puedo abrir yo. Sin embargo, ahora me iré a la Nada con mis sirvientes y no volveré jamás.» Y dando media vuelta, se fue. Pero no todos siguieron su ejemplo. Sólo cuando la Nada se acercó cada vez más y más, los habitantes de la ciudad se sintieron atraídos con tanta fuerza que no pudieron resistir. Y precisamente hoy, si no me equivoco, han cedido también los últimos. Pero tú, hijito, has caído en la misma trampa: me has escuchado demasiado tiempo. En este momento, la Nada se ha cerrado en torno a la ciudad como un dogal, estás atrapado y no puedes huir ya.

-Entonces moriremos juntos -dijo Atreyu.

-Eso, desde luego -respondió Gmork-, pero de forma muy distinta, pequeño necio. Porque yo moriré antes de que la Nada llegue aquí, pero tú serás tragado por ella. Es una gran diferencia. La historia de quien muere antes termina, pero la tuya continuará sin fin, en calidad de mentira.

-¿Por qué eres tan malo? -preguntó Atreyu.

-Vosotros teníais un mundo -respondió sombríamente Gmork-, pero yo no.

-¿Cuál era tu misión?

Gmork, que hasta entonces había permanecido aún erguido, se dejó resbalar hasta el suelo. Sus fuerzas se acababan visiblemente. Su ronca voz sonaba otra vez jadeante.

-Aquellos a quienes sirvo y que decidieron la aniquilación de Fantasia vieron su plan en peligro... Supieron que la Emperatriz Infantil había enviado a un emisario, a un gran héroe, y parecía que él podría lograr aún llevar a una criatura humana a Fantasia... Era absolutamente necesario matarlo antes... Para eso me enviaron a mí, porque había viajado mucho por Fantasia... Encontré enseguida su rastro... Lo seguí día y noche... Le di poco a poco alcance... A través del País de los Azafranios... Muamaz, el templo de la selva... El Bosque de Haule... El Pantano de la Tristeza... Las Montañas Muertas... Y entonces, en el Abismo Profundo, junto a la red de Ygrámul... perdí su rastro... como si se hubiera volatilizado... Seguí buscando, en algún sitio debía estar... pero nunca más encontré sus huellas... Y así llegué finalmente hasta aquí... No lo he logrado... Pero él tampoco, porque ¡Fantasia se hunde! Su nombre, por cierto, era Atreyu.

Gmork levantó la cabeza. El muchacho había dado un paso atrás y se había erguido.

-Soy yo -dijo-. Yo soy Atreyu.





Un estremecimiento recorrió el cuerpo extenuado del hombre-lobo. El estremecimiento se repitió, haciéndose más intenso. Entonces de la garganta de Gmork brotó un sonido. que parecía una tos jadeante, se hizo cada vez más fuerte y áspero y se convirtió en un aullido que retumbó en todas las paredes. ¡El hombre-lobo se reía!

Era el sonido más espantoso que Atreyu había oído nunca y jamás volverá a oír nada parecido.

Luego el sonido cesó súbitamente. Gmork había muerto.

Atreyu se quedó largo rato inmóvil. Finalmente se acercó al hombre-lobo muerto -él mismo no sabía por qué-, se inclinó sobre su cabeza y acarició con la mano su piel velluda y negra. Y en ese mismo instante, más rápidos que el pensamiento, los dientes de Gmork se cerraron, mordiendo la pierna de Atreyu. Hasta más allá de la muerte, la maldad de Gmork era inmensa.

Desesperado, Atreyu intentó abrir la presa. Fue en vano. Los enormes dientes se hundían en su carne, como sujetos con tornillos de acero. Atreyu se dejó caer junto al cadáver del hombre-lobo, sobre el suelo sucio.

Paso a paso, irresistible y silenciosa, la Nada iba penetrando por todas partes, a través de los altos muros negros que rodeaban la ciudad.





El Vuelo A La Torre De Marfil



usto en el momento en que Atreyu había atravesado la tétrica puerta de la Ciudad de los Espectros y comenzado el vagabundeo por las retorcidas callejas que terminaría, de forma tan funesta, en el sucio patio interior, Fújur, el blanco dragón de la suerte, había hecho un descubrimiento muy sorprendente.

Buscando siempre infatigablemente a su pequeño señor y amigo, se había remontado muy alto entre las nubes y jirones de niebla del cielo, mirando en derredor. Por todas partes se extendía el mar, que se movía ahora suavemente, después de la poderosa tormenta que lo había revuelto hasta el fondo. Y, de pronto, Fújur vio en la lejanía algo que no pudo explicarse. Era como un rayo de luz dorado que, a intervalos regulares, se encendía y apagaba, se encendía y apagaba otra vez. Y aquel rayo de luz parecía estar orientado precisamente hacia él.

Tan aprisa como pudo se aproximó al lugar y, cuando por fin estuvo encima, pudo comprobar que aquella señal intermitente salía de lo profundo de las aguas, quizá incluso del fondo del mar.

Los dragones de la suerte -como ya se ha dicho- son criaturas de aire y de fuego. El elemento líquido no sólo les resulta extraño, sigo también sumamente peligroso. Pueden apagarse realmente en el agua como una llama... si es que antes no se ahogan, porque respiran aire ininterrumpidamente por todo el cuerpo, a través de sus cien mil escamas de color madreperla. Se alimentan por igual de aire y de calor y no precisan otro alimento, pero sin luz y calor sólo pueden vivir poco tiempo.

Fújur no sabía qué hacer. Ni siquiera sabía qué era aquel extraño parpadeo en las profundidades del mar, ni si tenía algo que ver con Atreyu.

Sin embargo, no lo pensó mucho. Subió muy alto en el aire y luego dio la vuelta, orientó la cabeza hacia abajo, apretó las garras contra el cuerpo, se puso rígido y derecho como un palo, y se precipitó en el abismo. Con un violento ¡plaf! que hizo saltar el agua como una fuente gigantesca, se zambulló en el mar. Al principio, casi perdió el conocimiento por el choque, pero luego se forzó a abrir sus ojos de color rubí. Entonces vio los destellos muy cerca, a una distancia de sólo unos cuerpos más abajo. El agua lo rodeaba y empezó a formar burbujas, como en una cacerola antes de empezar a hervir. Al mismo tiempo, Fújur sintió cómo él se enfriaba y debilitaba cada vez más. Con las últimas fuerzas que le quedaban se obligó a bucear más hondo. y entonces vio la fuente de la luz al alcance de la mano. ¡Era ÁURYN, el Esplendor! Por suerte, el





amuleto había quedado enganchado por la cadena en una rama de coral que sobresalía de la pared de un barranco rocoso... De otro modo, la Alhaja se hubiera hundido en un abismo sin fondo.

Fújur la cogió, la desenredó y se puso la cadena al cuello para no perderla porque se dio cuenta de que iba a desmayarse.

Cuando recobró el sentido, al principio no podía entenderlo, porque, con gran asombro por su parte, volaba otra vez sobre el mar a través del aire. Iba a gran velocidad y en una dirección muy determinada, mucho más aprisa de lo que le permitían sus agotadas fuerzas. Intentó volar algo más lentamente, pero pudo comprobar que su cuerpo no le obedecía. Otra voluntad, mucho más fuerte, se había apoderado de él y lo dirigía. Y esa voluntad procedía de AURYN, que llevaba colgado al cuello por la cadena.

El día declinaba ya y se hizo de noche cuando, finalmente, Fújur divisó a lo lejos una playa. De la tierra que había detrás no se podía ver mucho, porque parecía envuelta en niebla. Cuando se acercó más, descubrió que la mayor parte del país había sido tragada ya por aquella Nada que tanto daño hacía a los ojos porque se tenía la sensación de haberse quedado ciego.

Allí, Fújur, si hubiera podido decidir por su propia voluntad, se hubiera dado la vuelta. Pero la fuerza secreta de la Alhaja lo obligó a seguir volando en línea recta. Y pronto supo por qué, porque en medio de aquella noche sin fin descubrió de pronto una pequeña isla que resistía aún, una isla de casas de tejados puntiagudos y torcidas torres. Fújur sospechó a quién encontraría allí y entonces no fue ya la poderosa voluntad que influía en él desde el amuleto sino su propia voluntad la que lo hizo volar hacia su objetivo. El patio sin luz en que yacía Atreyu junto al hombre-lobo muerto estaba ahora casi en la oscuridad. La luz grisácea del crepúsculo que se filtraba en el estrecho pozo entre las casas bastaba apenas para distinguir el cuerpo claro del muchacho de la negra piel del monstruo. Y cuanto más oscurecía tanto más se parecían los dos.

Atreyu había abandonado hacía tiempo todo intento de librarse de la presa de acero de las mandíbulas del hombre-lobo. Estaba en un estado de semiinconsciencia, en el que veía otra vez al búfalo purpúreo del Mar de Hierba que no había cazado. A veces, Atreyu llamaba a los otros niños, sus compañeros de caza, que ahora serían ya, sin duda, auténticos cazadores. Pero nadie le respondía. Sólo el enorme búfalo, inmóvil, seguía allí, mirándolo. Atreyu llamó a Ártax, su caballito. Pero no vino, y tampoco se oyó en parte alguna su claro relincho. Llamó a la Emperatriz infantil, pero inútilmente. Ya no podía decirle a ella nada. No había sido cazador, no era ya emisario, no era nadie.

Atreyu se había rendido.

Pero entonces notó además otra cosa: ¡la Nada! Debía de estar muy cerca ya. Sintió de nuevo aquella horrible atracción que era como un vértigo. Se incorporó y tiró de su pierna, desgarrándosela. Pero los dientes no se aflojaron.

Y, en aquella ocasión, fue una suerte. Porque si los dientes de Gmork no lo hubieran retenido, Fújur habría llegado tarde a pesar de todo.





Así, sin embargo, Atreyu oyó de pronto arriba, en el cielo, la voz de bronce del dragón de la suerte:

-¡Atreyu! ¿Estás ahí? ¡Atreyu!

-¡Fújur! -esclamó Atreyu. Entonces puso las manos ante su boca, haciendo bocina, y gritó hacia el cielo:- ¡Aquí estoy, Fújur! ¡Fújur! ¡Ayúdame! ¡Estoy aquí!

Y gritó lo mismo una y otra vez.

Vio el cuerpo blanco y llameante de Fújur, como un relámpago vivo, atravesar el pedacito de cielo que se iba apagando, primero muy lejos, muy alto allá arriba, y luego, la segunda vez, mucho más cerca. Atreyu gritó y gritó, y el dragón de la suerte le respondió con su voz de campana. Y finalmente, el de arriba divisó al de abajo, pequeño como un pobre escarabajo caído en un agujero profundo.

Fújur se dispuso a aterrizar, pero el patio interior era estrecho, era casi de noche y, al descender, el dragón derribó uno de los puntiagudos tejados. Las vigas del entramado se rompieron con estruendo. Fújur sintió un dolor punzante: se había hecho una grave herida en el vientre con la aguda arista del tejado. No fue uno de sus elegantes aterrizajes habituales sino que cayó en el patio dando fuertemente contra el suelo húmedo y sucio, junto a Atreyu y el muerto Gmork.

Se sacudió, estornudó como un perro que sale del agua y dijo:

-¡Por fin! ¿Dónde te habías metido? Parece que he llegado justamente a tiempo.

Atreyu no dijo nada. Había rodeado con sus brazos el cuello de Fújur y enterrado la cara en su plateada melena.

-¡Ven! -lo apremió Fújur-. ¡Súbete a mi espalda! No hay tiempo que perder.

Atreyu se limitó a sacudir la cabeza. Sólo entonces vio Fújur que tenía la pierna entre las fauces del hombre-lobo.

-Eso lo vamos a arreglar enseguida -dijo revolviendo sus globos oculares de color rubí-. ¡No te preocupes!

Utilizando ambas garras, intentó abrir las mandíbulas de Gmork. Sin embargo, los dientes no se separaron ni un milímetro.

Fújur jadeaba y bufaba por el esfuerzo, pero no servía de nada. Y sin duda no hubiera logrado librar a su pequeño amigo si la suerte no hubiera venido en su ayuda. Pero los dragones de la suerte tienen precisamente eso, suerte, y con ellos la tienen los que con ellos se portan bien. Efectivamente, cuando Fújur, agotado, se detuvo y se inclinó sobre la cabeza de Gmork para ver mejor en la oscuridad qué se podía hacer, el amuleto de la Emperatriz Infantil, que colgaba del cuello del dragón, vino a reposar sobre la frente del hombre-lobo muerto. Y en ese mismo instante se abrieron las mandíbulas y la pierna de Atreyu quedó libre.

-¡Eh! -gritó a Atreyu-. ¿Has visto?

Atreyu no respondió.

-¿Qué pasa? -preguntó Fújur-. ¿Dónde estás, Atreyu?

Tanteó en la oscuridad buscando a su amigo, pero éste no estaba ya allí. Y, mientras intentaba atravesar con sus ojos candentes la oscuridad de la noche, empezó a sentir él mismo lo que había arrebatado a Atreyu de su lado apenas había quedado en libertad: la Nada, que cada vez se acercaba más. Sin embargo, AURYN lo protegía contra aquella resaca.

Atreyu se defendía inútilmente. Aquello era más fuerte que su propia y pequeña voluntad. Dio puñetazos, luchó y pataleó, pero sus miembros no lo obedecían a él, sino a aquella resaca irresistible. Sólo unos pasos lo separaban de la aniquilación definitiva.

Y en aquel momento, Fújur, como un relámpago blanco y llameante, se situó encima y lo agarró por la trenza negroazulada y larga, tiró hacia arriba y se elevó con él en el negro cielo de la noche.

El reloj de la torre dio las nueve.

Ninguno de los dos, ni Fújur ni Atreyu, pudo decir luego cuánto duró aquel vuelo en medio de una oscuridad total, ni si fue realmente una noche. Quizá todo tiempo había cesado también para ellos y se mantuvieron inmóviles en una oscuridad sin fronteras. No sólo fue para Atreyu la noche más larga de su vida, sino también para Fújur, que era mucho, muchísimo más viejo.

Pero también la noche más larga y negra acaba alguna vez. Y cuando amaneció una mañana pálida, los dos vieron a lo lejos, en el horizonte, la Torre de Marfil.

Aquí resulta indispensable detenerse por un momento para explicar algunas peculiaridades de la geografía de Fantasia. Tierras y mares, montañas y ríos no están allí de la misma forma que en el mundo de los seres humanos. Por eso, por ejemplo, sería completamente imposible dibujar un mapa de Fantasia. Allí no se puede prever nunca con seguridad qué país limita con cuál. Hasta los puntos cardinales cambian según la región en que se encuentra uno en cada momento. Verano e invierno, días y noches, obedecen en cada región a leyes distintas. Se puede salir de un desierto abrasado por el sol y llegar sin transición a árticas llanuras nevadas. En ese mundo no hay ninguna distancia exterior conmensurable, y por eso palabras como «cerca» o «lejos» tienen otro sentido. Todas esas cosas dependen del estado de ánimo y de la voluntad con que uno recorre un camino determinado. Como Fantasía no tiene fronteras, su centro puede estar en todas partes o, mejor dicho, está al mismo tiempo cerca y lejos de todas partes. Depende por completo del que quiere llegar a ese centro. Y el centro mismo de Fantasía es, precisamente, la Torre de Marfil.

Atreyu se encontró, con gran asombro por su parte, sobre las espaldas del dragón de la suerte, sin poder acordarse de cómo había llegado hasta allí. Sólo sabía que Fújur se lo





había llevado por los aires de la trenza. Cuando, tiritando, se envolvió en su manto, que revoloteaba tras él, se dio cuenta de que éste había perdido su color y se había vuelto gris. Lo mismo había pasado con su propia piel y con su cabello. Y entonces vio también, a la luz creciente de la mañana, que lo mismo le pasaba a Fújur. El dragón parecía ahora sólo una estría de niebla gris y era casi tan irreal. Los dos se habían acercado demasiado a la Nada.

-Atreyu, mi pequeño señor -oyó decir al dragón suavemente-, ¿te duele mucho la herida?

-No -respondió Atreyu-, ya no la siento.

-¿Tienes fiebre?

-No, Fújur, creo que no. ¿Por qué me lo preguntas?

-Me he dado cuenta de que estabas temblando -replicó el dragón-. ¿Qué cosa hay en el mundo que pueda hacer temblar a Atreyu?

Atreyu se quedó un rato callado antes de responder:

-Pronto habremos llegado. Entonces tendré que decirle a la Emperatriz Infantil que no hay salvación. De todo lo que he tenido que hacer, eso será lo más difícil.

-Sí -dijo Fújur más suavemente aún-, eso es cierto.

Siguieron volando en silencio, siempre hacia la Torre de Marfil.

Al cabo de un rato, el dragón comenzó otra vez:

-¿La has visto alguna vez, Atreyu?

-¿A quién?

-A la Emperatriz Infantil... o, mejor dicho, a la Señora de los Deseos, la de los Ojos Dorados. Porque así es como tienes que llamarla cuando estés con ella.

-No, no la he visto nunca.

-Yo sí. Hace ya mucho tiempo. Tu bisabuelo debía de ser entonces un bebé. También yo era un joven atolondrado que no tenía en la cabeza más que serrín. Una noche intenté coger la luna del cielo, que alumbraba allá arriba, grande y redonda. Como te decía, yo no tenía ni idea de nada. Cuando finalmente me dejé caer desilusionado a la tierra, llegué muy cerca de la Torre de Marfil. El Pabellón de la Magnolia tenía esa noche sus pétalos abiertos y en medio estaba sentada la Emperatriz Infantil. Me miró un segundo pero -no sé cómo explicártelo- desde aquella noche fui otro.

-¿Qué aspecto tiene?





-Es como una niña. Pero es mucho más vieja que los seres más viejos de Fantasia. Sería mejor decir que no tiene edad.

-Pero ahora está enferma de muerte -dijo Atreyu-, ¿tengo que prepararla con prudencia antes de anunciarle que no hay esperanza?

Fújur negó con la cabeza.

-No, se daría cuenta enseguida de cualquier intento de tranquilizarla. Tienes que decirle la verdad.

-¿Y si eso la mata? -preguntó Atreyu.

-No creo que eso pueda ocurrir -dijo Fújur.

-Lo sé -respondió Atreyu-: eres un dragón de la suerte.

Y siguieron volando largo tiempo en silencio.

Finalmente hablaron de nuevo los dos una tercera vez. Ahora fue Atreyu quien rompió el silencio:

-Quisiera preguntarte otra cosa, Fújur.

-Pregunta.

-¿Quién es ella?

-¿Qué quieres decir?

-AURYN tiene poder sobre todos los seres de Fantasia, tanto si son criaturas de la luz como de las tinieblas. También sobre ti y sobre mí. Y, sin embargo, la Emperatriz Infantil nunca utiliza su poder. Es como si no estuviera ahí y, sin embargo, está en todas las cosas. ¿Es como nosotros?

-No -dijo Fújur-, no es lo que somos nosotros. No es una criatura de Fantasia. Todos existimos porque existe ella. Pero ella es de otra especie.

-Entonces... -Atreyu titubeó al hacer la pregunta-, ¿es algo así como una criatura humana?

-No -dijo Fújur-, no es lo que son las criaturas humanas.

-Entonces -repitió Atreyu-, ¿quién es?

Sólo tras un largo silencio respondió Fújur:

-Nadie lo sabe en Fantasia, nadie puede saberlo. Es el misterio más profundo de nuestro mundo. Una vez oí decir a un sabio que quien lo pudiera comprender del todo apagaría





de esa forma su propia existencia. No sé lo que quiso decir con ello. No puedo decirte más.

-Y ahora -dijo Atreyu- su existencia y la de todos nosotros acabarán sin que hayamos comprendido su secreto.

Esta vez Fújur se quedó callado, pero en torno a su boca de león se dibujó una sonrisa, como si quisiera decir: eso no ocurrirá.

A partir de entonces no hablaron más.

Poco tiempo después sobrevolaban el límite exterior del Laberinto, la planicie de arriates de flores, setos y caminos entrecruzados que rodeaba, en un amplio círculo, a la Torre de Marfil. Con espanto comprobaron que también allí estaba actuando la Nada. Era verdad que, de momento, sólo eran pequeños lugares salpicados por el Laberinto, pero esos lugares estaban en todas partes. Los arriates de flores multicolores y los florecidos arbustos que había entre aquellos lugares estaban grises y secos. Los delicados arbolitos levantaban sus ramas desnudas y deformadas hacia el dragón y su jinete, como si quisieran implorar su ayuda. Los prados antes verdes y coloridos eran ahora pálidos, y un ligero olor a putrefacción y podredumbre subía hasta los que llegaban. Los únicos colores que aún había eran los de gigantescas setas hinchadas y los de conjuntos de flores de aspecto venenoso, degeneradas y de colores chillones, que parecían más bien engendros de la locura y la perversidad. La última vida interior de Fantasia se defendía aún, espasmódica y débilmente, contra la aniquilación definitiva que, por todas partes, la asediaba y corroía.

Sin embargo, todavía relucía en el centro de un modo maravilloso, inmaculada e incólume, la Torre de Marfil.

Fújur no aterrizó con Atreyu en la terraza inferior destinada a los mensajeros que llegaban por vía aérea. Se daba cuenta de que ni él ni Atreyu tendrían las fuerzas necesarias para subir desde allí la larga calle principal que llevaba, en espiral, hasta la punta de la Torre. Le pareció además que la situación justificaba plenamente el hacer caso omiso de toda regla y cuestión de etiqueta. Se decidió a hacer un aterrizaje forzoso. Pasó zumbando sobre los miradores, puentes y balaustradas de marfil, encontró en el último segundo el tramo más alto de la calle principal, allí donde ésta terminaba ante el verdadero recinto del palacio, se dejó caer, patinó por la calle cuesta arriba, dio unas cuantas vueltas de campana y se detuvo por fin, con la cola por delante.

Atreyu, que se había aferrado con los brazos al cuello de Fújur, se puso en pie y miró hacia todos lados. Había esperado alguna especie de recibimiento o, por lo menos, a un tropel de guardianes del palacio que le preguntasen quién era y qué quería... pero no se veía a nadie por ninguna parte. Los blancos edificios resplandecientes que había alrededor parecían muertos.

«¡Todos han huido! -fue la idea que atravesó su cabeza-. Han abandonado a la Emperatriz Infantil. O quizá esté ya...»

-Atreyu -susurró Fújur-, tienes que devolverle la Alhaja.





Se quitó del cuello la cadena de oro. El amuleto se deslizó hasta el suelo.

Atreyu saltó de las espaldas de Fújur y rodó por tierra. No se acordaba ya de su herida. Echado, cogió el Pentáculo y se lo puso. Entonces se levantó con esfuerzo, apoyándose en el dragón.

-Fújur -dijo-, ¿a dónde tengo que ir?

Pero el dragón de la suerte no le respondió ya. Estaba echado como muerto.

La calle principal terminaba en una alta y blanca muralla circular, ante una gran puerta, maravillosamente tallada, cuyas hojas estaban abiertas.

Atreyu cojeó hacia ella, se apoyó en el portal y vio que, detrás de la puerta, había una escalinata blanca, ancha y brillante, que parecía llegar hasta el cielo. Comenzó a subir. A veces se detenía para reunir nuevas fuerzas. En los blancos escalones iba dejando un reguero de gotas de sangre.

Por fin llegó arriba y vio ante sí una larga galería. Siguió adelante tambaleándose, agarrándose a las columnas. Entonces llegó a un patio lleno de fuentes y otros juegos de agua, pero apenas podía darse cuenta de lo que veía. Como en un sueño, luchaba por avanzar. Encontró una segunda puerta pequeña. Luego tuvo que trepar por una escalera muy empinada, pero esta vez estrecha, llegó a un jardín donde todo, árboles, flores y animales, estaba tallado en marfil, y atravesó a gatas varios puentes de arco sin barandillas que conducían a una tercera puerta, la más pequeña de todas. Echado sobre el estómago, siguió arrastrándose, luego levantó lentamente la vista y vio un picacho de marfil, pulido como un espejo, y en su cúspide el blanco y deslumbrante Pabellón de la Magnolia. No había ningún camino que llevara hasta él, ninguna escalera.

Atreyu escondió la cabeza entre los brazos.

Nadie que haya llegado o llegue alguna vez hasta allí podría decir cómo recorrió la última parte del camino. Es algo que a uno se le regala.

Atreyu se encontró de pronto ante la puerta que daba paso al pabellón. Entró y se encontró cara a cara con la Señora de los Deseos, la de los Ojos Dorados.

Estaba sentada, apoyada en muchos cojines, sobre un diván blanco y redondo, en el centro de la copa de la flor, y lo miraba a él. Atreyu pudo darse cuenta de lo enferma que estaba por la palidez de su rostro, que parecía casi transparente. Sus ojos almendrados tenían el color del oro viejo. No mostraba ninguna preocupación o inquietud. Sonreía. Su figura delgada y pequeña estaba envuelta en una amplia túnica de seda, que resplandecía con tanta blancura que hasta las hojas de la magnolia parecían oscuras por contraste. Tenía el aspecto de una niña de indescriptible belleza, de unos diez años como máximo, pero su largo cabello que, peinado lisamente, le caía por los hombros y la espalda hasta el diván era blanco como la nieve.

Bastián se sobresaltó.

En aquel momento le había ocurrido algo que nunca le había pasado antes. Hasta entonces había podido imaginarse muy claramente todo lo que se contaba en la Historia Interminable. Con todo, durante la lectura del libro habían sucedido algunas cosas extrañas, eso no se podía negar, pero que podían explicarse de algún modo. Se había imaginado a Atreyu mientras cabalgaba en el dragón de la suerte, y el Laberinto y la Torre de Marfil, tan claramente como pudiera pensarse. Pero, hasta aquel momento, habían sido sólo sus propias imaginaciones.

Sin embargo, cuando llegó al lugar en que se hablaba de la Emperatriz Infantil, durante una fracción de segundo -sólo el tiempo del parpadeo de un relámpago- vio el rostro de ella ante sí. ¡Y no sólo con la imaginación, sino con sus propios ojos! No había sido una ilusión, de eso estaba Bastián totalmente seguro. Había observado incluso detalles que no aparecían siquiera en la descripción, como por ejemplo, sus cejas, que se curvaban sobre los ojos de color de oro como dos delgados arcos pintados con tinta china... o sus lóbulos auriculares extrañamente alargados... o la peculir inclinación de su cabeza sobre el delicado cuello... Bastián estaba seguro de que no había visto en su vida nada más hermoso que aquel rostro. Y en aquel mismo momento supo también cómo se llamaba ella: Hija de la Luna. No había la menor duda de que ése era su nombre.

¡Y la Hija de la Luna lo había mirado a él... a él, Bastián Baltasar Bux!

Lo había mirado con una expresión que no podía explicarse. ¿Se había sentido también sorprendida? ¿Había ruego en aquella mirada? ¿0 nostalgia? ¿0... qué?

Intentó recordar los ojos de la Hija de la Luna, pero no lo consiguió ya.

Sólo estaba seguro de una cosa: aquella mirada, atravesando sus ojos y bajándole por el cuello, le había llegado al corazón. Ahora sentía el rastro ardiente que había dejado en su camino. Y sentía también que esa mirada se encontraba ahora en su corazón y relucía allí como un misterioso tesoro. Y eso hacía daño de una forma que era a la vez extraña y maravillosa.

Aunque Bastián hubiera querido, no hubiera podido defenderse ya contra lo que había pasado. Pero no quería, ¡de ningún modo! Al contrario, por nada del mundo hubiera devuelto aquel tesoro. Sólo quería una cosa: seguir leyendo para estar otra vez con la Hija de la Luna, para verla otra vez.

No sospechaba que, con ello, se metía de forma irrevocable en la más insólita y también la más peligrosa de las aventuras. Pero aunque lo hubiera sospechado... Eso no hubiera sido para él, con toda seguridad, una razón para cerrar el libro, dejarlo a un lado y no volver a cogerlo.

Con dedos temblorosos buscó el sitio en que había interrumpido la lectura y siguió leyendo.

El reloj de la torre dio las diez.





La **Emperatriz Infantil**



ilómetros y kilómetros había recorrido Atreyu, y ahora estaba allí, mirando a la Emperatriz Infantil sin poder decir una sola palabra. A menudo había intentado imaginarse el momento, había preparado lo que le diría, pero de repente todo aquello se había borrado de su mente.

Por fin ella le sonrió y dijo con una voz que sonaba tan suave y delicada como la de un pajarito que cantase en un sueño:

-Has vuelto de la Gran Búsqueda, Atreyu.

-Sí -pudo decir Atreyu, bajando la cabeza.

-Tu manto se ha vuelto gris -siguió diciendo ella tras una breve pausa-, tus cabellos son también grises y tu piel es de piedra. Pero todo volverá a ser como antes o mejor aún. Ya verás.

Atreyu tenía un nudo en la garganta. Sacudió la cabeza de forma casi imperceptible. Entonces oyó decir a la voz delicada:

-Has cumplido mi misión...

Atreyu no sabía si aquellas palabras eran una pregunta. No se atrevía a levantar los ojos y leerlo en la expresión de ella. Lentamente, cogió la cadena con el amuleto de oro y se lo quitó del cuello. Extendiendo la mano, se lo ofreció a la Emperatriz Infantil, con la vista siempre en el suelo. Trató de hincar una rodilla en tierra, como hacían los emisarios en los relatos y canciones que había escuchado en los campamentos de su país, pero la pierna herida le falló y cayó a los pies de la Emperatriz Infantil, quedándose con el rostro contra el suelo.

Ella se inclinó, recogió a AURYN y, mientras hacía resbalar la cadena entre sus blancos dedos, dijo:

-Has cumplido bien tu cometido. Estoy muy contenta de ti.

-¡No! -balbuceó Atreyu casi fuera de sí-. Todo ha sido en vano. No hay salvación.

Se hizo un largo silencio. Atreyu había enterrado la cara en el hueco de sus brazos y un estremecimiento recorrió su cuerpo. Temía escuchar un grito de desesperación de los labios de la Emperatriz Infantil, un lamento de dolor, quizá reproches amargos o incluso





un estallido de cólera. Él mismo no sabía qué esperaba... pero desde luego no era lo que oyó: ella se reía. Se reía suave y alegremente. Los pensamientos de Atreyu se arremolinaron y, por un momento, pensó que la Emperatriz se había vuelto loca. Pero aquella risa no era una risa de locura. Entonces oyó que su voz decía

-¡Pero si lo has traído!

Atreyu levantó la cabeza.

-¿A quién?

-A nuestro Salvador.

Él la miró inquisitivamente a los ojos y no pudo ver en ellos más que franqueza y serenidad. Ella se rió otra vez.

-Has cumplido tu misión. Te agradezco todo lo que has hecho y todo lo que has sufrido.

Él negó con la cabeza.

-Señora de los Deseos, la de los Ojos Dorados -tartamudeó, utilizando por primera vez la fórmula oficial que Fújur le había recomendado-, yo... realmente no entiendo lo que quieres decir.

-Eso se ve -dijo ella-, pero, lo entiendas o no, lo has hecho. Y eso es lo que importa, ¿no?

Atreyu calló. Ni siquiera se le ocurría otra pregunta. Miraba a la Emperatriz con la boca abierta.

-Lo he visto -siguió diciendo ella- y también él me ha mirado.

-¿Cuándo ha sido eso? -quiso saber Atreyu.

-Ahora mismo, cuando has entrado. Tú lo has traído.

Atreyu miró involuntariamente a su alrededor.

-¿Dónde está entonces? No veo a nadie más que a ti y a mí.

-Oh, todavía hay muchas cosas que para ti son invisibles -respondió ella-, pero puedes creerme. Él no está todavía en nuestro mundo. Pero nuestros mundos están ya tan próximos que pudimos vernos, porque, por el tiempo de una exhalación, el delgado muro que aún nos separa se hizo transparente. Pronto estará realmente con nosotros y me llamará por mi nuevo nombre, que sólo él puede darme. Entonces me pondré bien y, conmigo, toda Fantasia.

Durante las palabras de la Emperatriz Infantil, Atreyu se había levantado con esfuerzo. Miró a la Emperatriz Infantil, que se sentaba un poco más alta en su diván, y su voz sonó velada al preguntar:





-Entonces hace mucho tiempo que conoces el mensaje que yo debía traerte. Lo que reveló la Vetusta Morla en el Pantano de la Tristeza, lo que me dio a conocer la voz misteriosa de Uyulala en el Oráculo del Sur... ¿Sabes ya todo eso?

-Sí -dijo ella-, y lo sabía antes de enviarte a la Gran Búsqueda.

Atreyu tragó saliva unas cuantas veces.

-Entonces -pudo decir finalmente-, ¿por qué me enviaste? ¿Qué esperabas de mí?

-Nada más que lo que has hecho -respondió ella.

-Lo que he hecho... -repitió Atreyu lentamente. Entre sus cejas se formó un pliegue vertical de enojo-. Si las cosas son como dices, todo era innecesario. Era superfluo que me enviaras a la Gran Búsqueda. He oído decir que tus decisiones son para nosotros a menudo incomprensibles. Puede ser. Sin embargo, después de todo lo que he vivido, me resulta difícil aceptar con paciencia que sólo hayas estado divirtiéndote conmigo.

Los ojos de la Emperatriz Infantil se pusieron muy serios.

-No me he divertido contigo, Atreyu -dijo-, y sé muy bien lo que te debo. Todo lo que tuviste que soportar era necesario. Te envié a la Gran Búsqueda... no por el mensaje que debías traerme, sino porque era el único medio de llamar a nuestro salvador. Porque él ha participado en todo lo que tú has vivido y ha ido contigo en tu largo viaje. Tú oíste su grito de horror en el Abismo Profundo cuando hablabas con Ygrámul, y viste su figura cuando estabas ante la Puerta del Espejo Mágico. Entraste en su imagen y la llevaste contigo, y por eso te ha acompañado, porque él se ha visto a sí mismo con tus ojos. Y también ahora escucha cada palabra que pronunciamos. Y sabe que hablamos de él y que en él esperamos y confiamos. Y ahora quizá comprenda que todos los trabajos que tú, Atreyu, has realizado, fueron por él: ¡que toda Fantasía lo llama!

Atreyu seguía mirando sombríamente ante sí, pero poco a poco la arruga de enojo se borró de su frente.

-¿Cómo puedes saber todo eso -preguntó al cabo de un rato-: el grito en el Abismo Profundo y la imagen del espejo mágico...? ¿O es que lo habías previsto todo?

La Emperatriz Infantil levantó a AURYN y, mientras se lo ponía al cuello, respondió:

-¿No has llevado siempre al Esplendor? ¿No has sabido que, por medio de él, yo estaba siempre contigo?

-No siempre -contestó Atreyu-. Lo perdí.

-Sí -dijo ella-, entonces estuviste realmente solo. ¡Cuéntame lo que ocurrió durante ese tiempo!

Atreyu le contó lo que le había pasado.





-Ahora sé por qué te has vuelto gris -dijo la Emperatriz Infantil-. Has estado demasiado cerca de la Nada.

-Entonces, ¿es verdad -quiso saber Atreyu- lo que dijo Gmork, el hombre-lobo, sobre las criaturas aniquiladas de Fantasía que se convierten en mentiras en el mundo de los seres humanos?

-Sí, es cierto -contestó la Emperatriz Infantil, y sus ojos dorados se oscurecieron-, todas las mentiras fueron en otro tiempo criaturas de Fantasía. Son de la misma naturaleza... pero se han deformado y han perdido su verdadera esencia. Sin embargo, lo que te dijo Gmork era sólo una verdad a medias, como cabe esperar de un medio ser. Hay dos caminos para atravesar las fronteras entre Fantasía y el mundo de los hombres: uno acertado y otro erróneo. Cuando los seres de Fantasía se ven arrastrados de esa forma horrible, siguen el camino falso. Sin embargo, cuando las criaturas humanas vienen a nuestro mundo, toman el verdadero. Todos los que estuvieron con nosotros aprendieron algo que sólo aquí podían aprender y que los hizo volver cambiados a su mundo. Se les abrieron los ojos, porque pudieron veros con vuestra verdadera figura. Por eso pudieron ver también su mundo y a sus congéneres con otros ojos. Donde antes sólo habían encontrado lo trivial, descubrieron de pronto secretos y maravillas. Por eso venían de buena gana a Fantasía. Y, cuanto más rico v floreciente se hacía nuestro mundo de esta forma, tanto menos mentiras había en el suyo y tanto más perfecto era también. De la misma forma que nuestros dos mundos pueden destruirse mutuamente, pueden también mutuamente salvarse.

Atreyu pensó un rato y preguntó luego.

-¿Cómo empezó todo entonces?

-La desgracia que ha caído sobre ambos mundos -respondió la Emperatriz Infantil- tiene un doble origen. Ahora todo se ha convertido en su contrario: lo que abre los ojos, ciega; lo que puede crear algo nuevo se convierte en aniquilación. La salvación está en las criaturas humanas. Una, solo una debe venir y darme un nuevo nombre. Y vendrá.

Atreyu calló.

-¿Comprendes ahora, Atreyu -preguntó la Emperatriz Infantil-, por qué tuve que exigir tanto de ti? Sólo mediante una larga historia llena de aventuras, prodigios y peligros podías traer hasta mí a nuestro salvador. Y esa historia fue la tuya.

Atreyu estaba sumido en profundas reflexiones. Por fin hizo un gesto de asentimiento.

-Ahora entiendo, Señora de los Deseos, la de los Ojos Dorados. Te agradezco que me eligieras. Y perdona mi enfado.

-No podías saber todo eso -respondió ella dulcemente- y también eso era necesario.

Atreyu asintió de nuevo. Tras un corto silencio, dijo:

-Estoy muy cansado.





-Ya has hecho bastante, Atreyu -contestó ella-, ¿quieres descansar?

-Todavía no. Antes quisiera ver el final feliz de mi historia. Si es como tú dices y he cumplido mi misión... ¿por qué el Salvador no está aún aquí? ¿A qué espera?

-Sí -dijo suavemente la Emperatriz Infantil-, ¿a qué espera?

Bastián sintió que las manos se le humedecían de excitación.

-No puedo -dijo-, no sé lo que tengo que hacer. Y además, a lo mejor el nombre que se me ha ocurrido no es el bueno.

-¿Puedo preguntarte otra cosa más? -dijo Atreyu, reanudando la conversación.

Ella asintió sonriendo.

-¿Por qué sólo puedes ponerte bien si recibes un nuevo nombre?

-Sólo su verdadero nombre hace reales a todos los seres y todas las cosas -dijo ella-. Un nombre falso lo convierte todo en irreal. Eso es lo que hace la mentira.

-Quizá el Salvador no sepa el nombre que debe darte.

-Sí que lo sabe -respondió ella.

Los dos se quedaron otra vez silenciosos.

Sí -dijo Bastián-, lo sé. Lo supe enseguida en cuanto te vi. Pero no sé lo que tengo que hacer.

Atreyu levantó la vista.

-Quizá quiere venir y no sabe cómo arreglárselas.

-No tiene que hacer nada más -respondió la Emperatriz Infantil- que llamarme por mi nuevo nombre que sólo él conoce. Eso bastará.

El corazón de Bastián comenzó a latir desordenadamente. ¿Debía probarlo? ¿Y si no tenía éxito? ¿Y si se estaba engañando? ¿Y si los dos no estaban hablando de él sino de un salvador totalmente distinto? ¿Cómo podía saber si realmente se referían a él?

-Me pregunto -comenzó a decir Atreyu otra vez- si es posible que todavía no comprenda que se trata de él y de nadie más.





-No -dijo la Emperatriz Infantil- tan tonto no puede ser, después de todas las señales que se le han dado.

-¡Lo voy a probar! -dijo Bastián. Pero sus labios no pronunciaron las palabras.

¿Qué ocurriría si realmente tuviera éxito? Llegaría de algún modo a Fantasía. ¿Pero cómo? Quizá tendría que sufrir también una transformación. ¿Qué sería entonces de él? ¿Le dolería o perdería el conocimiento? Bastián quería ver a Atreyu y a la Emperatriz Infantil, pero de ningún modo a todos los monstruos que pululaban por allí.

-Quizá -opinó Atreyu- le falte valor...

-¿Valor? -preguntó la Emperatriz Infantil-. ¿Hace falta valor para pronunciar mi nombre?

-Entonces -dijo Atreyu- sólo conozco un motivo que pueda retenerlo.

-¿Cuál?

Atreyu titubeó antes de decirlo:

-Sencillamente, que no quiere venir. No le importáis nada ni tú ni Fantasía. Le somos indiferentes.

La Emperatriz Infantil miró a Atreyu con ojos muy abiertos.

-¡No! ¡No! -gritó Bastián-. ¡No debéis pensar eso! ¡Desde luego, no es así! Por favor, por favor, ¡no penséis eso de mí! ¿Me oís? ¡No es eso, Atreyu!

-Me ha prometido venir -dijo la Emperatriz Infantil-. Lo he leído en sus ojos.

-Sí, eso es verdad -exclamó Bastián-, e iré enseguida, sólo que tengo que pensármelo otra vez a fondo. No es tan fácil.

Atreyu bajó la cabeza y los dos esperaron otra vez largo tiempo en silencio. Pero el Salvador no apareció y ni el más pequeño signo indicó que, al menos, intentara llamar su atención.

Bastián se imaginaba lo que ocurriría si, de pronto, estuviera ante ellos con toda su gordura, sus piernas torcidas y su cara de queso. Podía ver claramente el desencanto pintado en el rostro de la Emperatriz Infantil, que le diría:

«¿Qué buscas tú aquí?».





Y Atreyu hasta se reiría probablemente de él.

Ante esa idea, Bastián se ruborizó.

Naturalmente, ellos esperaban a una especie de héroe, un príncipe o algo así. No podía mostrarse ante ellos. Era imposible. Prefería quedarse donde estaba... ¡Pero no!

Cuando la Emperatriz Infantil levantó por fin los ojos, la expresión de su rostro había cambiado. Atreyu casi se asustó ante la grandeza y la severidad de su mirada. Y supo también dónde había visto antes aquella expresión: ¡las esfinges!

-Sólo me queda un recurso -dijo ella-, pero no me gusta utilizarlo. Me gustaría que no me obligara a ello.

-¿Qué recurso? -preguntó Atreyu cuchicheando.

-Lo sepa o no... pertenece ya a la Historia Interminable. Ahora no puede ni debe retroceder. Me ha hecho una promesa y debe cumplirla. Sin embargo, yo sola no puedo hacerlo todo.

-¿Quién hay en toda Fantasía -exclamó Atreyu- que pueda hacer algo que tú no puedes?

-Sólo uno -respondió ella-, cuando quiere. El Viejo de la Montaña Errante.

Atreyu miró a la Emperatriz Infantil con el mayor asombro.

-¿El Viejo de la Montaña Errante? -repitió subrayando cada palabra-. ¿Quieres decir que existe?

-¿Lo dudabas?

-Los ancianos de nuestros campamentos hablan de él a los niños muy pequeños cuando éstos son desobedientes o malos. Dicen que escribe en su libro todo lo que se hace y lo que no se hace, incluso lo que se piensa y se siente, y que entonces queda allí escrito para siempre como una historia hermosa o fea, según. Cuando yo era pequeño, también creía en eso, pero luego pensé que era sólo un cuento de viejas para asustar a los niños.

-¿Quién sabe -dijo ella sonriendo- si no tiene que ver con los cuentos de viejas?

-Entonces, ¿lo conoces? -quiso averiguar Atreyu-. ¿Lo has visto?

Ella negó con la cabeza.

-Si lo veo, será la primera vez que nos encontremos.

-Nuestros ancianos cuentan también -siguió diciendo Atreyu- que nunca puede saberse dónde se encuentra la montaña del Viejo, que éste aparece siempre inesperadamente,





unas veces aquí y otras allá, y que sólo por casualidad o por un capricho del Destino se le puede encontrar.

-Sí -respondió la Emperatriz Infantil-. Al Viejo de la Montaña Errante no se le puede buscar. Sólo se le encuentra.

-¿También tú? -preguntó Atreyu.

-También yo -dijo ella.

-¿Y si no lo encuentras?

-Si existe, lo encontraré -repuso ella con una sonrisa enigmática- y si lo encuentro, existirá.

Atreyu no entendió la respuesta. Titubeando, preguntó

-¿Él es... como tú?

-Es como yo -contestó ella- porque es en todo mi opuesto.

Atreyu comprendió que de esa forma no averiguaría nada de ella. Además, lo inquietaba otra idea:

-Estás muy enferma, Señora de los Deseos, la de los Ojos Dorados -dijo casi con severidad- y sola no podrás ir muy lejos. Por lo que veo, todos tus sirvientes y leales te han abandonado. Fújur y yo te acompañaremos con gusto hasta donde sea pero, para ser sincero, no sé si las fuerzas de Fújur resistirán. Y mi pierna... bueno, tú misma has visto que no puedo andar con ella.

-Gracias Atreyu -contestó ella-, gracias por tu ofrecimiento valiente y sincero. Pero no tengo intención de llevaros conmigo. Al Viejo de la Montaña Errante tengo que encontrarlo por mí misma. Y Fújur tampoco está ya donde lo dejaste. Se encuentra ahora en un lugar en donde sus heridas se curan y sus fuerzas se renuevan. Y también tú, Atreyu, estarás pronto en ese lugar.

Los dedos de la Emperatriz Infantil jugueteaban con ÁURYN.

-¿Qué lugar es ése?

-No necesitas saberlo ahora. Llegarás allí en sueños. Día vendrá en que podrás saber dónde estuviste.

-Pero, ¿cómo podré dormir -exclamó Atreyu, y su preocupación hizo que olvidara toda forma respetuosa- sabiendo que puedes morir en cualquier momento?

La Emperatriz Infantil se rió otra vez en voz baja.

-No estoy tan desamparada como crees. Ya te digo que hay muchas cosas que para ti son invisibles. Tengo conmigo mis siete poderes, que me pertenecen como a ti tu





memoria, tu valor o tus pensamientos. Tú no puedes verlos ni oírlos y, sin embargo, están conmigo en este momento. A tres de ellos los dejaré con Fújur y contigo, para que os cuiden. A cuatro los llevaré conmigo para que me acompañen. Tú, sin embargo, Atreyu, puedes dormir tranquilo.

Con esas palabras de la Emperatriz Infantil, todo el cansancio que había sentido Atreyu durante la Gran Búsqueda cayó de repente sobre él como un velo oscuro. Pero no era el cansancio de piedra del agotamiento, sino un deseo de dormir, tranquilo y apacible. Hubiera querido preguntar muchas cosas aún a la Señora de los Deseos, la de los Ojos Dorados, pero era como si ella, con sus palabras, hubiera paralizado todos los deseos de su corazón, dejando sólo uno prepotente: dormir. Los ojos se le cerraron y, sentado, sin recostarse, se deslizó hacia la oscuridad.

El reloj de la torre dio las once.

Como muy lejos, Atreyu oyó que la Emperatriz Infantil daba una orden con su voz suave y dulce, y luego se sintió cuidadosamente levantado y transportado por unos brazos poderosos.

Durante mucho tiempo estuvo en la oscuridad, bien abrigado. Mucho, muchísimo después, se despertó a medias cuando un sabroso líquido mojó sus labios resecos y agrietados y pasó por su garganta. Vagamente vio a su alrededor algo así como una gran cueva cuyas paredes parecían hechas sólo de oro. Y vio al blanco dragón de la suerte echado a su lado. Y luego vio o sintió más bien que en el centro de la caverna brotaba una fuente y que alrededor de esa fuente había dos serpientes, una clara y otra oscura, que se mordían mutuamente la cola...

Pero entonces una mano invisible pasó por sus ojos, haciéndole un bien indescriptible, y Atreyu se hundió otra vez en un sueño profundo y sin pesadillas.

Al mismo tiempo, la Emperatriz Infantil salía de la Torre de Marfil. Iba echada sobre blandos cojines de seda, en una litera de cristal, y era transportada por cuatro sirvientes invisibles, de modo que parecía como si la litera se desplazase lentamente por sí sola, flotando en el aire.

Atravesaron el laberinto del jardín o, más bien, lo que quedaba de él, y a menudo tuvieron que dar rodeos, porque muchos senderos desembocaban ya en la Nada.

Cuando finalmente llegaron al borde exterior de la llanura y salieron del Laberinto, los porteadores invisibles se detuvieron. Parecían esperar órdenes.

La Emperatriz Infantil se incorporó en sus cojines y echó una mirada hacia atrás, a la Torre de Marfil.

Y mientras volvía a reclinarse en sus almohadas, dijo:

-¡Adelante! ¡Siempre adelante... a cualquier parte!





Una ráfaga de viento agitó su cabello blanco como la nieve, que tremolaba, largo y pesado como una bandera, tras la litera de cristal.





El Viejo De La Montaña Errante



os aludes se precipitaban atronando por las escarpadas laderas de las montañas. Tempestades de nieve se desencadenaban entre las torres de roca de las acorazadas crestas de hielo, caían aullando por cuevas y quebradas y barrían de nuevo las amplias superficies de los glaciares. En aquella comarca no era un tiempo insólito, porque las Montañas del Destino -que ése era su nombre- eran las mayores y más altas de toda Fantasia, y su cumbre más formidable llegaba literalmente hasta los cielos.

En aquella región de hielos eternos no se atrevían a adentrarse ni los más arriesgados alpinistas. O, dicho más exactamente: hacía ya tantísimo tiempo que alguien había conseguido escalarlas que nadie lo recordaba. Porque ésa era una de las leyes incomprensibles de las que tantas había en el reino fantásico: las Montañas del Destino sólo podían ser vencidas por un escalador cuando el anterior hubiera sido olvidado por completo y no hubiera tampoco inscripción alguna, en piedra o en bronce, que lo recordara. Por eso, todo el que lo lograba era siempre el primero.

Allí arriba no podía existir ningún ser viviente, salvo algunos gigantescos gelidones... si es que éstos podían considerarse como seres vivos, porque se movían con una lentitud tan inconcebible que necesitaban años para dar un solo paso y siglos para un pequeño paseo. Por eso era evidente que sólo podían relacionarse con sus congéneres y no tenían la más mínima idea de la existencia de los restantes seres del mundo fantásico. Se creían los únicos seres vivientes del universo.

Y por eso miraban desconcertados, con ojos saltones, aquel diminuto puntito de allí abajo que, por caminos serpenteantes, por salientes de roca apenas transitables de paredes verticales relucientes de hielo, por crestas agudas como cuchillos y por barrancos y grietas profundos, se iba acercando cada vez más a la cumbre.

Era la litera de cristal en que descansaba la Emperatriz Infantil y que era transportada por sus invisibles poderes. Apenas se destacaba del entorno, porque el cristal de la litera parecía un trozo de hielo claro, y la túnica blanca y los cabellos de la Emperatriz Infantil no podían distinguirse casi de la nieve de alrededor.

Llevaba ya mucho tiempo viajando; muchos días y muchas noches, con lluvia y bajo el ardor del sol, en tinieblas y al claro de luna habían llevado los cuatro poderes su litera, siempre adelante, como ella les había ordenado, siempre adelante, a cualquier parte. Ella





no hacía diferencia alguna entre lo que le era soportable y lo que le podía resultar insoportable, lo mismo que antes, en su reino, había permitido por igual las tinieblas y la luz, lo hermoso y lo feo. Estaba dispuesta a exponerse a todo, porque el Viejo de la Montaña Errante podía estar en todas partes y en ninguna.

Sin embargo, la elección del camino que recorrían los cuatro poderes invisibles no era totalmente casual. Cada vez con mayor frecuencia, la Nada, que se había tragado ya países enteros, les dejaba un solo sendero como única escapatoria. A veces era un puente, una cueva o una puerta, a través de los cuales podían escabullirse; a veces eran incluso las olas de un lago o de un brazo de mar, sobre las que los poderes transportaban la litera con su moribunda, porque para aquellos porteadores no había diferencia entre mar y tierra.

Y así habían subido finalmente al mundo de picachos erizados de hielo de las Montañas del Destino, y seguían subiendo, irresistible e incansablemente. Y mientras la Emperatriz Infantil no les diera otra orden, seguirían subiendo. Pero ella estaba echada en sus cojines, tenía los ojos cerrados y no se movía. Así estaba ya desde hacía tiempo. Y lo último que había dicho era aquel «¡a cualquier parte!» que había ordenado al despedirse de la Torre de Marfil.

La litera se movía ahora a través de una profunda garganta, un paso entre dos paredes de roca que apenas distaban entre sí más que la anchura de la litera. El suelo estaba cubierto de nieve esponjosa, que podría tener un metro de profundidad, pero los porteadores invisibles no se hundían en ella ni dejaban huellas siquiera. El fondo de aquella hendidura entre las rocas estaba muy oscuro, porque la luz del día era sólo una delgada franja allá arriba. El camino ascendía poco a poco y cuanto más alto subía la litera tanto más se aproximaba la franja de luz. Luego, casi de una forma inesperada, las paredes de roca se separaron de pronto por completo, dejando ver una amplia llanura blanca y brillante. Aquel era el punto más alto, porque las Montañas del Destino no acababan en punta, como la mayoría de las otras montañas, sino en aquella meseta, tan extensa como un país.

Ahora, sin embargo, se alzaba en medio de aquella superficie, sorprendentemente, una pequeña montaña de aspecto peculiar. Era bastante estrecha y alta, semejante a la Torre de Marfil, pero de un azul luminoso. Se componía de varios picachos de formas extrañas, que se elevaban hacia el cielo como gigantescos carámbanos de hielo invertidos. Aproximadamente a la mitad de la altura de la montaña, descansando sobre tres de aquellas puntas, había un huevo del tamaño de una casa.

Formando un semicírculo en torno a ese huevo y detrás de él, subían hacia lo alto, como los tubos de un inmenso órgano, unas agujas azules mayores que constituían la verdadera cumbre. El gran huevo tenía una abertura circular que parecía una puerta o una ventana. Y en aquella abertura apareció un rostro que miró a la litera.

Como si la Emperatriz Infantil hubiera sentido aquella mirada, abrió los ojos y miró también.

-¡Alto! -dijo en voz baja.

Los poderes invisibles se detuvieron. La Emperatriz Infantil se incorporó.





-Es él -continuó-. El último trecho del camino tengo que hacerlo sola. Esperadme aquí, suceda lo que suceda.

El rostro de la abertura redonda del huevo había desaparecido.

La Emperatriz Infantil bajó de la litera y se puso a caminar por la extensa llanura de nieve. Era una marcha fatigosa, porque iba descalza y la nieve estaba endurecida. A cada paso, se rompía la costra de hielo y la nieve dura como el cristal hería sus pies delicados. Un viento helado sacudía su pelo blanco y su túnica.

Finalmente llegó a la montaña azul y se detuvo ante los picos lisos como el cristal.

De la abertura redonda y oscura del gran huevo surgió una larga escala, mucho, muchísimo más larga que la que hubiera podido contener realmente el huevo. Por fin la escala llegó hasta el pie de la montaña azul y, cuando la Emperatriz Infantil la cogió, vio que se componía totalmente de letras que colgaban unas de otras, y que cada uno de sus peldaños era una línea. La Emperatriz Infantil comenzó a subir por ella y, mientras trepaba escalón por escalón, iba leyendo al mismo tiempo las palabras:

¡VUELVE ¡VUELVE! ¡VETE! ¡VETE!
ESTO NO ES NINGÚN JUGUETE.
¡NO ME SUBAS! ¡VUELVE ATRÁS!
¡NO PODRÁS LLEGAR JAMÁS!
EL CAMINO ESTÁ CERRADO
Y YO BIEN TE HE ACONSEJADO.
SI TE ENCUENTRAS CON EL VIEJO,
TARDE LLEGARÁ EL CONSEJO.
LOS PRINCIPIOS SON LOS FINES:
¡VUELVE ATRÁS! ¡NO DESATINES!
PUES SI ALCANZAS LA ABERTURA
¡LLEGARÁS A LA LOCURA!

La Emperatriz se detuvo para reunir fuerzas y miró hacia arriba. Todavía faltaba mucho. No había recorrido ni la mitad.

-Viejo de la Montaña Errante -dijo en alta voz-: si no quieres que nos encontremos no hubieras tenido necesidad de enviarme al abismo esta escala. Tu prohibición es la que me lleva a ti.

Y siguió subiendo.

LO QUE HACES Y LO QUE ERES
ESTÁ ESCRITO EN CARACTERES.
SI TE ACERCAS CON AUDACIA,
¡OCURRIRÁ UNA DESGRACIA!
NO TENDRÁ UN FINAL FELIZ
TU CARRERA, EMPERATRIZ.
NUNCA HE SIDO NIÑO YO,
POR ESO TODO ACABÓ.





AL VIVO LE ESTÁ PROHIBIDO
VERSE MUERTO COMO HA SIDO.

Otra vez tuvo que detenerse la Emperatriz para tomar aliento.

Ahora estaba muy alta y la escala se balanceaba en la tormenta de nieve como una rama. La Emperatriz Infantil se aferró a los helados renglones de letras y subió el último tramo de la escalera.

SI NO ESCUCHAS EL AVISO
QUE LA ESCALA DARTE QUISO
Y ESTÁS DISPUESTA A LLEGAR
DONDE NUNCA HAS DE HABITAR,
NO TE DOY OTRO CONSEJO:
¡BIENVENIDA! SOY EL VIEJO.

Cuando la Emperatriz Infantil hubo subido los últimos peldaños, dio un suave suspiro y miró hacia atrás. Su túnica amplia y blanca estaba rasgada: se había quedado enganchada en todos los signos de puntuación, ángulos y puntas de la escala de letras. Aquello no era nuevo para ella, porque las letras no siempre la trataban bien. Era una cuestión de reciprocidad.

Vio ante sí el huevo y la abertura redonda en que terminaba la escala. Entró por ella. La abertura se cerró inmediatamente detrás. Sin moverse, la Emperatriz Infantil esperó en la oscuridad lo que pudiera suceder.

Sin embargo, al principio no pasó nada en mucho tiempo.

-Aquí estoy -dijo ella por fin en la oscuridad, en voz baja. Su voz resonó como en un gran salón vacío... ¿O había sido otra voz, mucho más profunda, la que le había respondido con las mismas palabras?

Poco a poco se pudo ver en las tinieblas un resplandor rojizo y débil. Salía de un libro que, cerrado, flotaba en el aire en el centro de la estancia de forma de huevo. Estaba inclinado, de forma que ella podía ver su encuadernación. Tenía las tapas de color cobre y, lo mismo que en la Alhaja que la Emperatriz Infantil llevaba al cuello, también en el libro se veían dos serpientes que se mordían mutuamente la cola, formando un óvalo. Y en ese óvalo estaba el título:

La historia interminable

La cabeza de Bastián le daba vueltas. ¡Era exactamente el mismo libro que estaba leyendo! Lo miró otra vez. Sí, no había duda: el libro que tenía en las manos era el libro del que se hablaba. Pero, ¿cómo podía aparecer ese libro dentro de sí mismo?

La Emperatriz Infantil se había acercado y miraba, al otro lado del libro flotante, el rostro de un hombre, iluminado desde abajo por las abiertas hojas con un resplandor azulado. Aquel resplandor salía de las letras del libro, que eran de color verdemar.

El rostro del hombre parecía la corteza de un árbol viejísimo, por lo lleno que estaba de surcos. Tenía la barba larga y blanca y sus ojos estaban tan hundidos en cuevas oscuras que no se podían ver. Llevaba una cogulla azul de monje, con capucha, y tenía en la mano una pluma con la que escribía en el libro. No levantó los ojos.

La Emperatriz estuvo largo tiempo en silencio, mirándolo. En realidad, lo que hacía el hombre no era escribir: más bien deslizaba la pluma lentamente sobre las páginas en blanco y las letras de las palabras se formaban por sí solas, como si surgieran del vacío.

La Emperatriz Infantil leyó lo que ponía y era exactamente lo que en aquel momento estaba ocurriendo, es decir:

«La Emperatriz Infantil leyó lo que ponía...».

-Escribes todo lo que ocurre -dijo ella.

-Todo lo que escribo ocurre -fue la respuesta. Y otra vez era aquella voz profunda y oscura, que ella había escuchado como un eco de sus propias palabras.

Lo curioso era que el Viejo de la Montaña Errante no había abierto la boca. Había anotado sus palabras y las de ella, y ella las había oído como si sólo recordase que él acababa de hablar.

-Tú y yo -pregunto- y toda Fantasia... ¿todo está anotado en ese libro?

Él siguió escribiendo y, al mismo tiempo, ella escuchó su respuesta.

-No. Ese libro es toda Fantasía y tú y yo.

-¿Y dónde está el libro?

-En el libro -fue la respuesta que él escribió.

-Entonces, ¿todo es sólo reflejo y contrarreflejo? -preguntó ella.

Y él escribió, mientras ella le oía decir:

-¿Qué se ve en un espejo que se mira en otro espejo? ¿Lo sabes tú, Señora de los Deseos, la de los Ojos Dorados?

La Emperatriz Infantil se quedó un rato callada y el Viejo, al mismo tiempo, escribió que ella callaba.

Entonces ella dijo en voz baja:

-Necesito tu ayuda.





-Lo sé -respondió y escribió él.

-Sí -dijo ella-, así debe ser sin duda. Tú eres la memoria de Fantasía y sabes todo lo que ha sucedido hasta. este momento. Pero, ¿no puedes hojear tu libro y ver lo que sucederá?

-¡Páginas en blanco! -fue la respuesta-. Sólo puedo mirar atrás y ver lo que ha ocurrido. Podía leerlo mientras lo escribía. Y lo sé porque lo leí. Y lo escribí porque sucedió. De esa forma, por mi mano, la Historia Interminable se escribe a sí misma.

-Entonces, ¿no sabes por qué he venido hasta ti?

-No -oyó decir ella a su voz oscura, mientras escribía-, y hubiera querido que no lo hicieras. Por mí todo se hace inalterable y definitivo... también tú, Señora de los Deseos, la de los Ojos Dorados. Este huevo es tu tumba y tu ataúd. Has entrado en la memoria de Fantasia. ¿Cómo quieres salir otra vez de este lugar?

-Todo huevo -respondió ella- es el comienzo de una nueva vida.

-Es verdad -escribió y dijo el Viejo-, pero sólo cuando se rompe su cáscara.

-Tú puedes abrirla -exclamó la Emperatriz Infantil-: me has dejado entrar.

El Viejo negó con la cabeza y lo escribió.

-Fue tu fuerza la que lo hizo. Pero ahora que estás aquí ya no la tienes. Estamos encerrados para siempre. Realmente, ¡no hubieras debido venir! Éste es el fin de tu Historia Interminable.

La Emperatriz Infantil sonrió, sin parecer nada preocupada.

-Tú y yo -dijo- no podemos hacerlo ya. Pero hay alguien que puede.

-Crear un nuevo comienzo -escribió el Viejo- sólo puede hacerlo una criatura humana.

-Sí -contestó ella-, una criatura humana.

El Viejo de la Montaña Errante levantó lentamente los ojos y, por primera vez, miró a la Emperatriz Infantil. Era como si aquella mirada llegase del otro extremo del universo, de tanta distancia y tanta oscuridad venía. Ella le correspondió con sus ojos dorados, sosteniéndole la mirada. Fue como una lucha silenciosa e inmóvil. Por fin, el Viejo se inclinó otra vez sobre su libro y escribió:

-¡Respeta las fronteras, que también valen para ti!

-Lo haré -respondió ella-, pero aquel de quien hablo y al que espero las ha traspasado hace tiempo. Él lee ese libro en que escribes y se entera de cada palabra que pronunciamos. Por lo tanto, está con nosotros.





-Eso es verdad -oyó decir a la voz del Viejo, mientras éste escribía-: también él pertenece irrevocablemente a la Historia Interminable, porque es su propia historia.

-¡Cuéntamela! -ordenó la Emperatriz Infantil-. Tú que eres la memoria de Fantasia, ¡cuéntamela... desde el principio y palabra por palabra, tal como la has escrito!

La mano del Viejo que escribía comenzó a temblar.

-Si hago eso, tendré que escribirlo todo otra vez. Y lo que escribo sucederá de nuevo.

-¡Así debe ser! -dijo la Emperatriz Infantil.

Bastián se inquietó.

¿Qué se proponía ella? Tenía algo que ver con él. Pero si hasta al Viejo de la Montaña Errante empezaba a temblarle la mano...

El Viejo escribió y dijo:

«Si la Historia Interminable
se contase a sí misma,
sería sólo un sofisma
este mundo admirable.»

Y la Emperatriz respondió:

«Pero, si el héroe llega
y a nosotros se entrega,
brotará una nueva vida.
¡De él depende su venida!»

-Eres realmente terrible -dijo y escribió el Viejo-: eso significa el final sin final. Entraremos en el círculo del Eterno Retorno. Y de él no se puede escapar.

-Nosotros no -respondió ella, y su voz no era ya suave sino dura y clara como un diamante-, pero tampoco él... A menos que nos salve a todos.

-¿Realmente quieres dejarlo en manos de una criatura humana?

-Sí, quiero.

Y luego añadió en voz más baja:

-¿O es que tienes una idea mejor?

Durante mucho tiempo reinó el silencio, antes de que la voz oscura del Viejo dijera:

-No.





Estaba profundamente inclinado sobre el libro en que escribía. Su rostro quedaba oculto por la capucha y no podía verse.

-¡Entonces haz lo que te he pedido!

El Viejo de la Montaña Errante se sometió a la voluntad de la Emperatriz Infantil y comenzó a contarle desde el principio la Historia Interminable.

En aquel momento cambió el resplandor que irradiaban las páginas del libro, su color. Se hizo rojizo como los rasgos que ahora surgían bajo la pluma del Viejo. También la cogulla y la capucha de éste tenían ahora el color del cobre. Y mientras escribía sonaba al mismo tiempo su voz profunda.

También Bastián la escuchó muy claramente.

Sin embargo, las primeras palabras que dijo el Viejo no las entendió. Eran algo así como «Noisaco ed sorbil rednaerok darnok Irak oirateiporp».

«Es extraño», pensó Bastián, «¿por qué habla de pronto el Viejo en un idioma extranjero? ¿O será quizá un conjuro?»

La voz del Viejo siguió sonando y Bastián tuvo que escucharla.

«Esta era la inscripción que había en la puerta de cristal de una tiendecita, pero naturalmente sólo se veía así cuando se miraba a la calle, a través del cristal, desde el interior en penumbra.

Fuera hacía una mañana fría y gris de noviembre, y llovía a cántaros. Las gotas correteaban por el cristal y sobre las adornadas letras. Lo único que podía verse por la puerta era una pared manchada de lluvia, al otro lado de la calle.»

«Esa historia no la conozco -pensó Bastián un tanto decepcionado-, no aparece en el libro que he estado leyendo hasta ahora. Bueno, ahora resulta que todo el tiempo me he equivocado. Había creído realmente que el Viejo empezaría a contar la Historia Interminable desde el principio.»

«La puerta se abrió de pronto con tal violencia que un pequeño racimo de campanillas de latón que colgaba sobre ella, asustado, se puso a repiquetear, sin poder tranquilizarse en un buen rato.

El causante del alboroto era un muchacho pequeño y francamente gordo, de unos diez u once años. Su pelo, castaño oscuro, le caía chorreando sobre la cara, tenía el abrigo empapado de lluvia y, colgada de una correa, llevaba a la espalda una cartera de





colegial. Estaba un poco pálido y sin aliento pero, en contraste con la prisa que acababa de darse, se quedó en la puerta abierta como clavado en el suelo...»

Mientras Bastián leía esto, oyendo al mismo tiempo la voz profunda del Viejo de la Montaña Errante, comenzaron a zumbarle los oídos y a írsele la vista.

¡Lo que allí se contaba era su propia historia! Y estaba en la Historia Interminable. Él, Bastián, ¡aparecía como un personaje en el libro cuyo lector se había considerado hasta ahora! ¡Y quién sabe qué otro lector lo leía ahora precisamente, creyendo ser también sólo un lector... y así de forma interminable!

A Bastián le entró miedo. De pronto tuvo la sensación de no poder respirar. Se sentía preso en una prisión invisible. Quiso detenerse, no seguir leyendo.

Pero la voz profunda del Viejo de la Montaña siguió narrando.

y Bastián no pudo hacer nada para resistirse. Se tapó las orejas, pero no sirvió de nada, porque la voz resonaba en su interior. Aunque desde hacía tiempo sabía que no era así, se aferró a la idea de que el parecido con su propia historia era sólo, quizá, una casualidad increíble.

pero la voz seguía hablando inexorablemente.

y entonces oyó cómo decía muy claramente:

«... Desde luego no te sobra, porque, si no, te hubieras presentado por lo menos.

-Me llamo Bastián -dijo el muchacho-. Bastián Baltasar Bux.»

En aquel momento Bastián tuvo una experiencia importante: se puede estar convencido de querer algo -quizá durante años-, si se sabe que el deseo es irrealizable. Pero si de pronto se encuentra uno ante la posibilidad de que ese deseo ideal se convierta en realidad, sólo se desea una cosa: no haberlo deseado.

Al menos así le ocurrió a Bastián.

Ahora, cuando todo se hacía irremisiblemente serio, le hubiera gustado huir. Pero en aquel caso no había ya «huida». Y por eso hizo algo que, evidentemente, no podía servirle de nada. Se quedó como un escarabajo echado de espaldas.

Quería hacer como si él mismo no existiera, estarse quieto y resultar tan imperceptible como fuera posible.





El Viejo de la Montaña Errante siguió contando y, al mismo tiempo, escribiendo de nuevo cómo Bastián había robado el libro y cómo se había refugiado en el desván del colegio y había empezado allí a leer. Y otra vez empezó de nuevo la búsqueda de Atreyu, que llegó hasta la Vetusta Morla y encontró a Fújur en la tela de Ygrámul, en el Abismo Profundo, donde oyó el grito de espanto de Bastián. Una vez más fue curado por la vieja Urgl e instruido por Énguivuck. Atravesó las tres puertas mágicas y entró en la imagen de Bastián y habló con Uyulala. Y luego vinieron los gigantes de los vientos y la Ciudad de los Espectros y Gmork y la salvación de Atreyu y el regreso a la Torre de Marfil. Y entretanto sucedió también todo lo que Bastián había vivido, las velas encendidas y la forma en que había visto a la Emperatriz Infantil y ella había esperado inútilmente que él llegase. Y una vez más ella se puso en camino para buscar al Viejo de la Montaña Errante, una vez más subió la escala de letras y entró en el huevo y otra vez se desarrolló, palabra por palabra, toda la conversación sostenida por los dos, que terminaba cuando el Viejo de la Montaña Errante empezaba a escribir y contar la Historia Interminable.

Y entonces comenzó todo otra vez desde el principio -inalterado e inalterable- y otra vez terminó todo en el encuentro de la Emperatriz Infantil con el Viejo de la Montaña Errante, que una vez más comenzó a escribir y a contar la Historia Interminable...

...y así seguiría durante toda la eternidad, porque era totalmente imposible que algo cambiara en el desarrollo de los acontecimientos. Sólo él, Bastián, podía intervenir. Y tenía que hacerlo si no quería permanecer encerrado también en aquel círculo. Le pareció como si la historia se hubiera repetido ya mil veces; no, como si no hubiera antes ni después, sino que todo sucediera siempre simultáneamente. Entonces comprendió por qué había temblado la mano del Viejo. ¡El círculo del Eterno Retorno era el final sin final!

Bastián no sintió que las lágrimas le corrían por la cara. Casi sin darse cuenta gritó de pronto:

-¡Hija de la Luna! ¡Voy!

En ese mismo momento ocurrieron muchas cosas simultáneamente.

La cáscara del gran huevo fue rota en pedazos por una fuerza tremenda, mientras se oía el oscuro retumbar de un trueno. Comenzó a soplar un viento tempestuoso

que surgió de las páginas del libro que Bastián tenía sobre las rodillas, de forma que esas páginas empezaron a revolotear desordenadamente. Bastián sintió la tormenta en el pelo y el rostro, se quedó casi sin aliento, las llamas de las velas del candelabro de siete brazos danzaron y se pusieron horizontales, y entonces un segundo viento tormentoso, más poderoso aún, agitó el libro y apagó todas las luces.

El reloj de la torre dio las doce.





Perelín, La Selva Nocturna



uy suave dijo otra vez Bastián en la oscuridad: «¡Hija de la Luna! ¡Voy!». Sentía que de ese nombre brotaba una fuerza indescriptiblemente dulce y consoladora, que lo llenaba por completo. Por eso dijo aún para sí unas cuantas veces:

«¡Hija de la Luna! ¡Hija de la Luna! ¡Voy, Hija de la Luna! Enseguida estoy ahí.»

Pero, ¿dónde estaba?

No podía ver el menor resplandor, pero lo que le rodeaba no era ya la helada oscuridad del desván, sino una oscuridad aterciopelada y caliente en la que se sentía feliz y seguro.

Todos sus miedos y congojas lo habían abandonado. Sólo los recordaba como algo que hubiera ocurrido hacía mucho tiempo. Se sentía de un humor tan alegre y ligero que hasta se reía en voz baja.

-Hija de la Luna, ¿dónde estoy? -preguntó.

No sentía ya el peso de su propio cuerpo. Tanteó con las manos a su alrededor y se dio cuenta de que flotaba. No había ya colchonetas ni suelo firme.

Era una sensación maravillosa y desconocida, un sentimiento de ingravidez y de una libertad sin fronteras. Nada de lo que antes lo había oprimido y coaccionado podía afectarlo ahora.

¿Flotaba al final de alguna parte del Universo? Pero en el Universo había estrellas y Bastián no podía ver nada parecido. Sólo aquella oscuridad aterciopelada en que se sentía mejor de lo que se había sentido en su vida. ¿Estaría muerto?

-Hija de la Luna, ¿dónde estás?

Y entonces oyó una voz delicada como la de un pájaro, que le respondía y quizá le había respondido ya varias veces antes sin que se hubiera dado cuenta. Se oía muy cerca y, sin embargo, no hubiera podido decir de dónde venía:

-Aquí estoy, Bastián.

-Hija de la Luna, ¿eres tú?





Ella se rió de una forma curiosamente cantarina.

-¿Quién iba a ser si no? Acabas de darme ese bonito nombre. Gracias. Bienvenido, salvador y héroe mío.

-¿Dónde estamos, Hija de la Luna?

-Yo estoy contigo y tú estás conmigo.

Era como una conversación en sueños y, sin embargo, Bastián estaba totalmente seguro de que estaba despierto y no soñaba.

-Hija de la Luna -susurró-: ¿es esto el final?

-No -respondió ella-, es el principio.

-¿Dónde está Fantasía, Hija de la Luna? ¿Dónde están todos los demás? ¿Dónde están Atreyu y Fújur? ¿Es que ha desaparecido todo? ¿Y el Viejo de la Montaña Errante y su libro? ¿No existen ya?

-Fantasía nacerá de nuevo de tus deseos, Bastián, que se harán realidad a través de mí.

-¿De mis deseos? -repitió Bastián asombrado.

-Ya sabes -oyó decir a la dulce voz- que me llaman la Señora de los Deseos. ¿Qué deseas para ti?

Bastián reflexionó y preguntó luego cautamente:

-¿Cuántos deseos puedo formular?

-Tantos como quieras... cuantos más mejor, Bastián. Tanto más rico y variado será Fantasia.

Bastián estaba sorprendido y emocionado. Pero, precisamente porque de pronto se veía ante una infinidad de posibilidades, no se le ocurría ningún deseo.

-No sé -dijo finalmente.

Durante un rato reinó el silencio y luego oyó la voz delicada como la de un pájaro:

-Mala cosa.

-¿Por qué?

-Porque entonces no habrá Fantasia.

Bastián calló confundido. Su sensación de una libertad sin límites se veía poco a poco disminuida por el hecho de que todo dependiera de él.





-¿Por qué está todo tan oscuro, Hija de la Luna? -preguntó.

-Los comienzos son siempre oscuros, Bastián.

-Quisiera verte otra vez, Hija de la Luna. ¿Sabes? Como en el instante aquel en que me miraste.

Otra vez oyó la risa suave y cantarina.

-¿Por qué te ríes?

-Porque estoy contenta.

-¿Por qué?

-Acabas de formular tu primer deseo.

-¿Y lo cumplirás?

-Sí. ¡Extiende la mano!

Lo hizo y sintió que ella le ponía algo en la palma. Era diminuto pero, extrañamente, pesaba mucho. Daba frío y era duro y muerto al tacto.

-¿Qué es esto, Hija de la Luna?

-Un grano de arena -respondió ella-. Es todo lo que ha quedado de mi reino sin fronteras. Te lo regalo.

-Gracias -dijo Bastián maravillado. Realmente no sabía qué hacer con el regalo. ¡Si por lo menos hubiera sido algo vivo!

Mientras reflexionaba aún en lo que sin duda esperaba de él la Hija de la Luna, sintió de pronto en la mano un delicado cosquilleo. Miró con más atención.

-¡Mira, Hija de la Luna! -susurró-. ¡Empieza a fosforecer y brillar! Y, mira, brota una llamita. No, ¡es un embrión! Hija de la Luna, ¡no es un grano de arena! ¡Es una semilla luminosa que empieza a crecer!

-¡Muy bien, Bastián! -le oyó decir a ella-. ¿Ves? Te resulta muy fácil.

Del puntito de la palma de Bastián salía ahora un resplandor apenas perceptible, que rápidamente aumentó, iluminando en la oscuridad aterciopelada sus dos rostros de niño, tan distintos, inclinados sobre el prodigio.

Bastián retiró lentamente la mano y el punto luminoso quedó flotando entre los dos como una estrellita.





El embrión creció muy aprisa, y se podía verlo crecer. Echó hojas y tallos, y desarrolló capullos que se abrieron en flores maravillosas y de muchos colores que relucían y fosforescían. Se formaron pequeños frutos que, en cuanto estuvieron maduros, explotaron como cohetes en miniatura, esparciendo a su alrededor una lluvia multicolor de chispas de nuevas semillas.

De las nuevas semillas crecieron otra vez plantas, pero de otras formas; parecían helechos o pequeñas palmeras, cactus, colas de caballo o florecillas ordinarias. Cada una de ellas resplandecía y brillaba con un color distinto.

Pronto, alrededor de Bastián y de la Hija de la Luna, por encima y por debajo de ellos y por todos lados, la oscuridad aterciopelada se llenó de plantas luminosas que germinaban y crecían. Una bola incandescente de colores, un nuevo mundo luminoso flotaba en ninguna parte, crecía y crecía, y en su interior más interno estaban sentados Bastián y la Hija de la Luna, mirando con ojos asombrados el maravilloso espectáculo.

Las plantas parecían producir incansablemente nuevas formas y colores. Cada- vez se abrían más capullos de flores, cada vez centelleaban más cuajadas umbelas. Y todo aquel desarrollo se producía en medio de un silencio absoluto.

Al cabo de un rato, muchas plantas habían alcanzado ya la altura de girasoles, y algunas eran incluso tan grandes como árboles frutales. Había plumeros o pinceles de hojas largas de un verde esmeralda, o flores como colas de pavo real, llenas de ojos con los colores del arco iris. Otras plantas parecían pagodas de sombrillas de seda violeta, superpuestas y desplegadas. Algunos troncos gruesos se retorcían como trenzas. Como eran transparentes, parecían de cristal rosa iluminado por dentro. Y había ramilletes de flores como grandes racimos de farolillos azules y amarillos. En muchos sitios colgaban millares y millares de florecitas estrelladas, en cataratas brillantes como la plata, o cortinas de oro viejo hechas de lirios de los valles con largos estambres en forma de borla. Y aquellas plantas nocturnas luminosas crecían cada vez más exuberantes y espesas, entrelazándose poco a poco para formar un magnífico tejido de suave luz.

-¡Tienes que darle un nombre! -susurró la Hija de la Luna.

Bastián asintió.

-Perelín, la Selva Nocturna -dijo.

Miró a la Emperatriz Infantil a los ojos... y le ocurrió otra vez lo que le había ocurrido cuando intercambiaron por primera vez sus miradas. Se quedó como embrujado mirándola, sin poder apartar los ojos de ella. Cuando la vio por primera vez, ella estaba moribunda, pero ahora era mucho, muchísimo más bella. Su túnica rasgada estaba otra vez entera, y en la inmaculada blancura de la seda y en su largo cabello jugueteaba el reflejo de una suave luz multicolor. El deseo de Bastián se había cumplido.

-Hija de la Luna -balbuceó turbado-: ¿estás ya bien otra vez?

Ella sonrió.

-¿Es que no se ve, Bastián?





-Quisiera que siempre fuera así -dijo él.

-Siempre es sólo un momento -respondió ella. Bastián guardó silencio. No comprendía su respuesta, pero no tenía ganas de romperse la cabeza. No quería hacer nada más que sentarse ante ella y mirarla.

En torno a los dos, la creciente espesura de las plantas luminosas había formado un entramado espeso, un tejido ardiente de colores que los encerraba como en una gran tienda redonda de tapices mágicos. Por eso Bastián no se dio cuenta de lo que sucedía fuera. No sabía que Perelín seguía creciendo y creciendo y que cada planta se hacía cada vez mayor. Y seguían lloviendo por todas partes semillas pequeñas como chispitas, de las que brotaban nuevos embriones.

Bastián continuaba sentado, contemplando a la Hija de la Luna.

No hubiera podido decir si había pasado mucho tiempo o poco, cuando la Hija de la Luna le tapó los ojos con la mano.

-¿Por qué me has hecho esperar tanto? -oyó que le preguntaba-. ¿Por qué me has obligado a ir al Viejo de la Montaña Errante? ¿Por qué no viniste cuando te llamé?

Bastián tragó saliva.

-Porque... -pudo decir abochornado-, creí que... por muchas razones, también por miedo... Pero en realidad me daba vergüenza, Hija de la Luna.

Ella retiró la mano y lo miró sorprendida.

-¿Vergüenza? ¿De qué?

-Bueno -titubeó Bastián-, sin duda esperabas a alguien digno de ti.

-¿Y tú? -preguntó ella-. ¿No eres digno de mí?

-Quiero decir -tartamudeó Bastián, notando que enrojecía-, quiero decir alguien valiente y fuerte y bien parecido... un príncipe o algo así... En cualquier caso, no alguien como yo.

Había bajado la vista y oyó como ella se reía de nuevo de aquella forma suave y cantarina.

-Ya ves -dijo él-: también ahora te ríes de mí.

Hubo un silencio muy largo, y cuando Bastián se decidió por fin a levantar los ojos, vio que ella se había inclinado hacia él, acercándosele mucho. Tenía el rostro serio.

-Quiero enseñarte algo, Bastián -dijo-. ¡Mírame a los ojos!

Bastián lo hizo, aunque el corazón le latía y se sentía un poco mareado.





Y entonces vio en el espejo de oro de los ojos de ella, al principio pequeña aún y como muy lejana, una figura que poco a poco se fue haciendo mayor y cada vez más clara. Era un chico, aproximadamente de su edad, pero delgado y de maravillosa hermosura. Tenía el porte gallardo y apuesto, y el rostro noble, delgado y varonil. Parecía un joven príncipe oriental. Llevaba un turbante de seda azul, y también era de seda azul su casaca bordada de plata, que le llegaba hasta las rodillas. Sus piernas estaban enfundadas en altas botas rojas de cuero fino y flexible, cuyas puntas se curvaban hacia arriba. Sobre la espalda le caía desde los hombros un manto que brillaba como la plata, con el alto cuello subido. Lo más hermoso del joven eran sus manos, que parecían finas y distinguidas pero, sin embargo, insólitamente vigorosas.

Pasmado y lleno de admiración, Bastián contempló aquella imagen. No se cansaba de mirarla. Estaba a punto de preguntar quién era aquel hermoso hijo de rey, cuando lo sacudió como un rayo la idea de que era él mismo.

¡Era su propia imagen, reflejada en los ojos dorados de la Hija de la Luna!

Lo que le ocurrió en ese momento resulta difícil de describir con palabras. Fue como un éxtasis que lo sacó de sí mismo igual que un desvanecimiento, llevándolo muy lejos y, cuando volvió a poner el pie en el suelo y hubo vuelto en sí por completo, se vio como aquel hermoso joven cuya imagen había visto.

Se miró, y todo era como en los ojos de la Hija de la Luna: las botas finas y flexibles de cuero rojo, la casaca azul bordada de plata, el turbante, el largo manto resplandeciente, su figura y -en la medida en que podía darse cuenta también su rostro. Asombrado, se miró las manos.

Se volvió hacia la Hija de la Luna.

¡Ya no estaba allí!

Se había quedado solo en el espacio redondo que había formado la resplandeciente espesura de las plantas.

-¡Hija de la Luna! -llamó por todos lados-. ¡Hija de la Luna!

Pero no recibió respuesta.

Se sentó desconcertado. ¿Qué hacer ahora? ¿Por qué lo había dejado ella solo? ¿A dónde iría él... si es que podía ir a alguna parte y no estaba encerrado como en una jaula?

Mientras estaba intentando comprender lo que podía haber inducido a la Hija de la Luna a dejarlo sin una explicación ni una palabra de despedida, sus dedos juguetearon con un amuleto dorado que colgaba de su cuello en una cadena. Lo miró y lanzó una exclamación de sorpresa.

¡Era ÁURYN, la Alhaja, el Esplendor, el Signo de la Emperatriz Infantil que hacía a los que lo llevaban representantes suyos! La Hija de la Luna le había dado poder sobre





todos los seres y las cosas de Fantasia. Y mientras él llevara ese signo, sería como si ella estuviera con él.

Bastián miró largo tiempo las dos serpientes, clara y oscura, que se mordían mutuamente la cola formando un óvalo. Luego volvió el medallón y, con gran sorpresa por su parte, encontró en el reverso una inscripción. Eran cuatro palabras breves, escritas con unas letras peculiarmente entrelazadas:

Haz
Lo Que
Quieras

De aquello no se había hablado hasta entonces en la Historia Interminable. ¿No habría notado Atreyu esa inscripción?

Pero eso no importaba ahora. Lo importante era sólo que esas palabras le daban permiso, no, lo animaban claramente a hacer todo lo que tuviera ganas de hacer.

Bastián se acercó a la espesura ardiente de plantas para ver si podía atravesarla y por dónde, y vio con agrado que se podía apartar sin esfuerzo como una cortina. Salió afuera.

El crecimiento suave y, al mismo tiempo, superpotente de las plantas nocturnas había continuado sin interrupción, y Perelín se había convertido en una selva como nunca habían visto ojos humanos antes que Bastián.

Los grandes troncos tenían ahora la altura y el grosor de torres de iglesia... y sin embargo, seguían creciendo y no dejaban de crecer. En muchos lugares, las gigantescas columnas de un brillo lechoso estaban tan próximas entre sí que era imposible pasar. Y seguían cayendo, como una lluvia de chispas, nuevas semillas.

Mientras Bastián andaba a través de la bóveda luminosa de aquella selva, se esforzaba por no pisar ninguno de los resplandecientes brotes del suelo, pero pronto resultó imposible. Sencillamente, no había un palmo de tierra donde no brotase algo. Por eso acabó por seguir adelante sin preocuparse, por donde los enormes troncos le dejaban paso libre.

A Bastián le gustaba ser bien parecido. El que no hubiera nadie para admirarlo no le molestaba lo más mínimo. Al contrario: se alegraba de disfrutar solo de aquel placer. No le importaba nada la admiración de los que hasta entonces lo habían despreciado. Ya no. Pensó en ellos casi con compasión.

En aquella selva en que no había estaciones del año ni tampoco cambios del día a la noche, la experiencia del tiempo era también muy distinta de la que Bastián había tenido hasta entonces. Y por eso no sabía cuánto tiempo llevaba ya andando por la selva. Sin embargo, poco a poco, la alegría de ser bien parecido cambió: se convirtió en algo natural. No es que lo hiciera menos feliz, sino que le parecía no haber sido nunca distinto.





Aquello tenía un motivo, que Bastián sólo supo mucho, muchísimo tiempo después y que ahora no sospechaba. A cambio de la hermosura que se le había concedido, iba olvidando poco a poco que en otro tiempo había sido gordo y de piernas torcidas.

Aunque hubiese notado algo, sin duda no le hubiera importado mucho ese recuerdo. Sin embargo, el olvido vino por sí solo, de forma totalmente imperceptible. Y cuando el recuerdo hubo desaparecido por completo, le pareció como si él hubiera sido siempre como entonces. Y precisamente por eso su deseo de ser bien parecido se calmó, porque alguien que ha sido siempre bien parecido no lo desea ya.

Apenas había llegado a ese punto cuando sintió cierta intranquilidad y se despertó en él un nuevo deseo. ¡Ser sólo bien parecido no servía de nada! ¡Quería ser también fuerte, más fuerte que nadie! ¡El más fuerte que hubiera!

Mientras seguía andando por Perelín, la Selva Nocturna, comenzó a sentir hambre. Cogió aquí y allá algunos de los frutos luminosos y de extrañas formas y probó cautelosamente si eran comestibles. No sólo lo eran, como comprobó con satisfacción, sino que sabían también extraordinariamente bien, unos agrios, otros dulces, otros un poco amargos, pero todos realmente apetitosos. Sin dejar de andar, se comió uno tras otro, y sintió al hacerlo que una fuerza maravillosa recorría sus miembros.

Entretanto, la resplandeciente maleza de la selva se había espesado tanto a su alrededor que le impedía la vista hacia todos los lados. Y, por añadidura, también las lianas y raíces aéreas empezaban a crecer de arriba abajo y a entretejerse con la espesura, formando una maleza impenetrable. Bastián, dando golpes con el canto de la mano, se abría camino, y la espesura se separaba como si utilizase un machete o un facón. La brecha se cerraba enseguida tras él, tan perfectamente como si nunca hubiera existido.

Siguió adelante, pero una pared de gigantes arbóreos, cuyos troncos no dejaban espacio alguno entre ellos, le cerró el paso.

Bastián extendió ambas manos... ¡y separó dos de los troncos! La abertura se cerró de nuevo sin ruido tras él. Bastián lanzó un salvaje grito de júbilo.

¡Era el Rey de la Selva!

Durante algún tiempo, se contentó con abrirse camino por la jungla, como un elefante que hubiera oído la Gran Llamada. Sus fuerzas no se agotaban, no tenía que detenerse en ningún momento para recuperar el aliento, no tenía punzadas de costado ni palpitaciones; ni siquiera sudaba.

Pero finalmente se hartó de hacer estragos y le entraron ganas de contemplar Perelín, su reino, desde lo alto, para ver hasta dónde se extendía.

Miró hacia arriba calculadoramente, se escupió en las manos, cogió una liana y comenzó a izarse, sencillamente así, mano sobre mano, sin utilizar las piernas, como había visto hacer a los artistas de circo. Como un pálido recuerdo de días muy pretéritos, se vio por un momento a sí mismo, durante la clase de gimnasia, balanceándose como un saco de patatas, con gran regocijo de toda la clase, al extremo inferior de una escala de cuerda. Tuvo que sonreír. Sin duda se habrían quedado con la





boca abierta si hubieran podido verlo ahora. Se hubieran sentido orgullosos de ser sus amigos. Pero él no les hubiera hecho ni caso.

Sin detenerse una sola vez, llegó finalmente a la rama de la que colgaba la liana. Se colocó sobre la rama a horcajadas. La rama era gruesa como un barril y fosforescía por dentro con un resplandor rojizo. Bastián se puso en pie cautelosamente y se balanceó hacia el extremo del tronco. También allí una espesa vegetación trepadora le cerraba el paso, pero él la atravesó sin esfuerzo.

El tronco era allí arriba tan grueso, que cinco hombres no hubieran podido abarcarlo. Otra rama lateral, que sobresalía un poco más alto y en otra dirección del tronco, no quedaba a su alcance desde donde estaba. Por ello, dio un salto para agarrar una raíz aérea y se columpió de un lado a otro hasta que pudo, mediante un nuevo salto arriesgado, alcanzar la rama superior. Desde allí pudo izarse a otra todavía más alta. Ahora estaba muy arriba en el ramaje, por lo menos a cien metros, pero el follaje y las ramas no le dejaban ver el suelo.

Sólo cuando hubo alcanzado aproximadamente el doble de esa altura encontró aquí y allá sitios despejados que le permitieron mirar a su alrededor. Sin embargo, allí empezó a ponerse difícil la cosa, precisamente porque cada vez había menos ramas y ramitas. Y finalmente, cuando estaba ya casi arriba, tuvo que detenerse porque no encontró nada a que agarrarse más que el tronco liso y desnudo, que tenía el espesor de un poste de telégrafos.

Bastián miró hacia lo alto y vio que aquel tronco o tallo terminaba unos veinte metros más arriba en una flor gigantesca, de color rojo oscuro, que relucía. Cómo podría llegar hasta ella no le resultaba nada claro. Pero tenía que subir, porque no quería quedarse donde estaba. Por consiguiente, abrazó el tronco y trepó los últimos veinte metros como un acróbata. El tronco se columpiaba a un lado y a otro y se curvaba como una brizna de hierba en el viento.

Por fin estuvo arriba, inmediatamente debajo de la flor, que se abría hacia lo alto como un tulipán. Consiguió introducir una mano entre sus pétalos. De esa forma encontró un asidero, obligó a la flor a abrirse más y se izó hasta ella. Durante un segundo se quedó echado, porque ahora sí que estaba un tanto sin aliento. Pero enseguida se puso en pie y miró por el borde del gigantesco capullo de rojo resplandor, hacia todos lados, como desde la cofa de un navío.

¡La vista era grandiosa y desafiaba toda descripción! La planta en cuya flor estaba era una de las más altas de toda la jungla y, por eso, podía ver muy lejos. Sobre él seguía estando la oscuridad aterciopelada como un cielo nocturno sin estrellas, pero por debajo se extendía la inmensidad de las copas de los árboles de Perelín, con un juego de colores tal que casi hizo que se le salieran los ojos de las órbitas.

Y Bastián se quedó allí largo tiempo, empapándose de aquella vista. ¡Era su reino! ¡Lo había creado él! Era el Rey de Perelín.

Y, una vez más, su salvaje grito de júbilo resonó sobre la jungla luminosa.





El crecimiento de las plantas nocturnas continuaba sin embargo, en silencio, suave e ininterrumpidamente.





Goab, El Desierto De Colores



unca había dormido Bastián tanto ni tan profundamente como en aquella gigantesca flor de resplandor rojizo. Cuando abrió los ojos vio que el cielo de la noche, de un negro aterciopelado, seguía formando su bóveda sobre él. Se estiró y sintió, satisfecho, la fuerza maravillosa de sus miembros.

Y otra vez, sin que se hubiera dado cuenta de ello, había sufrido una transformación. Su deseo de ser fuerte se había cumplido.

Cuando se puso en pie y miró por el borde de la gigantesca flor, comprobó que Perelín, aparentemente, había dejado poco a poco de crecer. La Selva Nocturna no había cambiado mucho. Bastián no sabía que eso tenía que ver también con el cumplimiento de su deseo ni que, al mismo tiempo, el recuerdo de su debilidad y torpeza se había desvanecido. Ahora era fuerte y bien parecido pero, por alguna razón, no le bastaba. Hasta le parecía un poco afeminado. Ser fuerte y apuesto sólo tenía sentido si se era además duro, resistente y espartano. Como Atreyu. Pero bajo aquellas flores luminosas, donde sólo había que alargar la mano para coger los frutos, no había oportunidad para ello.

En el Este, los primeros tonos delicados del crepúsculo matutino, de color madreperla, comenzaban a aparecer sobre el horizonte de Perelín. Y cuanto más clareaba tanto más palidecía la fosforescencia de las plantas nocturnas.

«Muy bien», se dijo Bastián, «ya pensaba que nunca se haría de día.»

Se sentó en el suelo de la flor y pensó qué podía hacer. ¿Bajar otra vez y seguir dando vueltas? Indudablemente, como Rey de Perelín, podía abrirse camino por donde quisiera. Podía andar por allí durante días y meses, años quizá. La jungla era demasiado grande para salir nunca de ella. Pero por muy hermosas que fueran las plantas nocturnas, a la larga no eran lo que Bastián necesitaba. Muy distinto sería, por ejemplo, atravesar un desierto... el mayor desierto de Fantasia. ¡Sí, eso sería algo de lo que se podría estar realmente orgulloso!

Y en aquel momento sintió que una fuerte sacudida recorría la gigantesca planta. El tronco se inclinó y se oyó un ruido chisporroteante y goteante. Bastián tuvo que agarrarse para no caer de la flor, que seguía inclinándose y estaba ahora horizontal. La vista de Perelín que se le ofreció era espantosa. El sol había salido entretanto e iluminaba una imagen de destrucción. De las enormes plantas nocturnas apenas quedaba





nada. Mucho más deprisa de lo que habían surgido, se desintegraban ahora, bajo la deslumbrante luz del sol, en polvo y arena fina y coloreada. Sólo aquí y allá se alzaban los muñones de algunos árboles gigantescos, que se desmoronaban como las torres de un castillo de arena al secarse. La última de las plantas que parecía resistir era aquella en cuya flor estaba Bastián. Pero cuando Bastián intentó agarrarse a sus pétalos, se le pulverizaron en las manos y fueron arrastrados por el viento como nubes de arena. Ahora que nada le ocultaba la vista hacia abajo, vio también la altura de vértigo a que se encontraba. Si no quería arriesgarse a caer, tenía que intentar bajar tan aprisa como pudiera.

Cuidadosamente, para no provocar ninguna sacudida innecesaria, salió de la flor y se puso a horcajadas sobre el tallo, doblado ahora como una caña de pescar. Apenas lo había hecho, toda la flor cayó también tras él, pulverizándose al caer en una nube roja.

Con la mayor cautela, Bastián siguió avanzando. Muchos no hubieran podido soportar la vista del terrible abismo sobre el que se columpiaba y, acometidos por el pánico, se hubieran precipitado en él, pero Bastián no tenía vértigo y conservaba sus nervios de acero. Sabía que un solo movimiento imprudente podía destrozar la planta. No debía dejar que el peligro lo indujera a hacer ninguna imprudencia. Lentamente siguió moviéndose y llegó por fin al lugar en que el tronco se inclinaba otra vez y, finalmente, se ponía vertical. Bastián lo abrazó y se dejó resbalar hacia abajo centímetro a centímetro. Varias veces fue cubierto por grandes nubes de polvo de colores que caían desde arriba. Ramas laterales no había ya y, cuando todavía quedaba un muñón, se desmoronaba en cuanto Bastián intentaba utilizarlo como apoyo. Hacia abajo, el tronco se hacía cada vez más grueso y Bastián no podía ya abarcarlo. Y todavía estaba a la altura de una torre sobre el suelo. Se detuvo un momento para pensar cómo seguir adelante.

Sin embargo, una nueva sacudida que recorrió el gigantesco tocón lo hizo abandonar toda duda. Lo que quedaba aún del tronco se deshizo, formando una montaña en forma de cono puntiagudo, por la que rodó Bastián en salvaje torbellino dando unas cuantas vueltas de campana hasta encontrarse, por fin, al pie de la montaña. El polvo de colores que cayó después comenzó a sepultarlo, pero él se libró, se sacudió la arena de las orejas y de la ropa, y escupió unas cuantas veces fuertemente. Luego miró a su alrededor.

El espectáculo que vio era increíble: la arena, con movimiento lento y fluctuante, estaba en todas partes. Iba de aquí para allá en extraños remolinos y corrientes, y se amontonaba en colinas y dunas de altura y extensión muy diversas, pero siempre de un color determinado. La arena de color azul pálido se acumulaba para formar un montón azul pálido, la verde uno verde y la violeta uno violeta. Perelín se disolvía, convirtiéndose en un desierto, ¡pero qué desierto!

Bastián había trepado a una duna de color púrpura y no veía a su alrededor más que colina tras colina de todos los colores imaginables. Porque cada colina tenía una tonalidad que no se repetía en ninguna otra. La más próxima era azul cobalto, la siguiente amarillo azafrán, detrás relucían otras de color carmesí, añil, verde manzana, azul celeste, naranja, rosa melocotón, malva, azul turquesa, lila, verde musgo, rojo rubí, tierra de sombra, amarillo índico, rojo cinabrio y lapislázuli. Y así seguían las colinas, de un horizonte a otro, hasta donde los ojos no podían ya ver más. Arroyos de arena dorados y plateados corrían entre esas colinas, separando los colores entre sí.





-¡Esto -dijo en voz alta Bastián- es Goab, el Desierto de Colores!

El sol subía más y más y el calor se hacía sofocante. El aire empezó a vibrar sobre las dunas de arena de colores y Bastián se dio cuenta de que su situación se había hecho realmente difícil. En aquel desierto no podía quedarse, eso era seguro. Si no lograba salir de allí, moriría de sed en poco tiempo.

Involuntariamente, cogió el signo de la Emperatriz In-fantil que llevaba al pecho, con la esperanza de que lo guiase. Luego se puso en camino valientemente.

Trepó una duna tras otra, bajó por ellas, una tras otra,. y durante horas luchó así por avanzar, sin ver más que una colina tras otra. Sólo los colores cambiaban continuamente. Sus fabulosas fuerzas físicas no le servían de nada, porque las distancias de un desierto no pueden vencerse por la fuerza. El aire era un soplo ardiente y estremecido del infierno y apenas se podía respirar. La lengua se le pegaba al paladar y tenía el rostro inundado de sudor.

El sol se había convertido en un remolino de fuego en mitad del cielo. Estaba allí desde hacía mucho tiempo y no parecía moverse ya. El día del desierto duraba tanto como la noche de Perelín.

Bastián siguió adelante, siempre adelante. Los ojos le ardían y tenía la boca como un trozo de cuero. Pero no se rindió. Su cuerpo estaba abrasado y la sangre se volvió tan espesa en sus venas que apenas circulaba ya. Pero Bastián siguió adelante, lentamente, paso a paso, sin apresurarse ni detenerse, como hacen los caminantes del desierto experimentados. No prestaba atención al suplicio de la sed que atormentaba su cuerpo. Se había despertado en él una voluntad tan férrea, que ni el cansancio ni las privaciones podían doblegarla.

Pensó en lo rápidamente que antes se desanimaba. Empezaba cien cosas y, a la menor dificultad, las abandonaba. Siempre se preocupaba de comer y tenía un miedo ridículo a ponerse enfermo o tener que soportar dolores. Pero todo aquello había quedado muy atrás.

Aquel camino que ahora recorría a través de Goab, el Desierto de Colores, nadie se había atrevido a emprenderlo antes, y nadie, después de él, se atrevería a emprenderlo nunca.

Y probablemente nadie lo sabría jamás.

Esa última idea lo llenó de preocupación. Pero no se dejó desanimar. Todo indicaba que Goab era tan inconcebiblemente grande que nunca podría llegar al límite del desierto. La idea de morir de sed más pronto o más tarde a pesar de toda su resistencia no le daba miedo. Soportaría la muerte tranquilo y con dignidad, lo mismo que los cazadores del pueblo de Atreyu. Pero como nadie se atrevía a adentrarse en aquel desierto, nadie llevaría tampoco la noticia del fin de Bastián. Ni a Fantasía ni a su casa. Sencillamente, lo darían por desaparecido y sería como si no hubiera estado nunca en Fantasía ni en el desierto de Goab.





Mientras, sin dejar de andar, pensaba en ello, tuvo de pronto una idea. Toda Fantasía, se dijo, estaba contenida en aquel libro en que escribía el Viejo de la Montaña Errante. Y aquel libro era la Historia Interminable, que él mismo había leído en el desván. Quizá estuviera también en el libro todo lo que le pasaba ahora. Y, por lo tanto, podía ocurrir muy bien que otro lo leyera algún día... y hasta que lo estuviera leyendo ahora, en aquel momento. Por consiguiente, debía de ser posible también dar a ese alguien una señal.

La colina de arena sobre la que estaba Bastián en aquel momento era de color azul ultramar. Separada de ella por un pequeño valle había una duna de un rojo encendido. Bastián fue hasta ella, cogió con las dos manos arena roja y la llevó a la colina azul. Luego trazó con arena en la ladera una larga línea. Volvió atrás, trajo más arena roja y repitió la operación una y otra vez. Al cabo de un rato había trazado tres gigantescas letras rojas sobre fondo azul:

B B B

Contento, contempló su obra. Aquello no podía dejar de verlo nadie que leyera la Historia Interminable. Le pasara a él lo que le pasara, se sabría dónde había quedado.

Se sentó en la cima del monte de color rojo encendido y descansó un poco. Las tres letras brillaban deslumbradoras bajo el sol abrasador del desierto.

Otra vez se había borrado en Bastián una parte de su memoria del mundo de los seres humanos. Ya no sabía que antes había sido sensible, hasta quejica a veces. Su resistencia y su dureza lo llenaban de orgullo. Pero ya se anunciaba en él un nuevo deseo.

«Desde luego, no tengo miedo», dijo para sí como acostumbraba, «peto me falta el verdadero valor. Soportar privaciones y aguantar fatigas es algo grande. ¡Pero la audacia y el valor son otra cosa! Me gustaría correr una verdadera aventura que exigiera un valor temerario. En el desierto no se encuentra a nadie... y sería estupendo encontrar a un ser peligroso... No haría falta que fuera tan horrible como Ygrámul, pero sí mucho más peligroso aún. Debería ser hermoso y, al mismo tiempo, la criatura más peligrosa de toda Fantasía. Y yo me enfrentaría con ella y...»

Bastián no pudo seguir, porque en aquel mismo instante sintió que la arena del desierto vibraba bajo sus pies. Era como un trueno de tal intensidad que se sentía más que se oía.

Bastián se volvió y vio en el lejano horizonte del desierto una aparición que, al principio, no pudo explicarse. Algo se movía como un bólido, a toda velocidad. Con rapidez increíble, describió un amplio círculo en torno al lugar en que estaba Bastián y luego, de pronto, vino directamente hacia él. En el aire vibrante de calor, que hacía que todos los contornos se estremecieran como llamas, aquel ser parecía un demonio de fuego danzante.

El miedo se apoderó de Bastián y, antes de haberlo pensado bien, había corrido al valle que había entre la duna roja y la azul para ocultarse de aquel ser de fuego que se acercaba. Pero apenas estuvo allí se avergonzó de su miedo y se dominó.





Cogió a AURYN de su pecho y sintió cómo todo el valor que acababa de desear se precipitaba en su corazón, llenándolo por completo.

Entonces oyó otra vez aquel trueno profundo que hacía temblar el suelo del desierto, pero esta vez muy cercano. Levantó la vista.

Sobre la cumbre de la duna de color rojo encendido había un león gigantesco. Estaba exactamente delante del sol, de forma que su majestuosa melena le rodeaba el rostro como una corona de llamas. Pero aquella melena, y también el resto de su piel, no era amarilla, como suele ser en los leones, sino de un rojo tan encendido como el de la arena en que se encontraba.

El león parecía no haber visto al chico que, en comparación con él, resultaba diminuto en el valle que separaba las dos colinas; miraba más bien las letras rojas que cubrían la colina de enfrente. Y entonces dejó oír otra vez su voz poderosa y retumbante:

-¿Quién ha hecho eso?

-Yo -dijo Bastián.

-¿Y qué quiere decir?

-Es mi nombre -respondió Bastián-. Me llamo Bastián Baltasar Bux.

Sólo entonces volvió el león hacia él la mirada y Bastián tuvo la sensación de que lo envolvía un manto de llamas, en el que ardería en el acto para convertirse en cenizas. Sin embargo, la impresión desapareció enseguida y sostuvo la mirada del león.

-Yo -dijo el poderoso animal- soy Graógraman, Señor del Desierto de Colores y al que llaman también la Muerte Multicolor.

Los dos seguían mirándose y Bastián notó el poder fatal que se desprendía de aquellos ojos.

Fue como una invisible lucha de fuerzas. Y, finalmente, el león bajó la mirada. Con movimientos lentos y majestuosos descendió de la duna. Cuando pisó la arena azul ultramar, su color cambió también, de forma que piel y melena fueron igualmente azules. El gigantesco animal se quedó un segundo ante Bastián, que tenía que mirarlo como mira un ratón a un gato, y luego, repentinamente, Graógraman se echó, humillando la cabeza ante el chico hasta tocar el suelo.

-Señor -dijo-, soy tu siervo y aguardo tus órdenes.

-Quisiera salir de este desierto -explicó Bastián-. ¿Puedes sacarme de aquí?

Graógraman sacudió la melena.

-Eso, señor, no puedo hacerlo.

-¿Por qué?





-Porque llevo el desierto conmigo.

Bastián no pudo comprender lo que el león quería decir.

-¿No hay otra criatura -preguntó- que pudiera sacarme de aquí?

-¿Cómo podría ser eso, señor? -respondió Graógraman-. Donde yo estoy no puede haber ser viviente a la redonda. Mi sola presencia basta para reducir a cenizas, a una distancia de mil kilómetros, a los seres más poderosos y terribles. Por eso me llaman la Muerte Multicolor y el Rey del Desierto de Colores.

-Te equivocas -dijo Bastián-: no todos los seres arden en tu reino. Yo, por ejemplo, puedo hacerte frente, como ves.

-Porque llevas el Esplendor, señor. ÁURYN te protege... hasta del más mortífero de todos los seres de Fantasia. Te protege hasta de mí.

-¿Quieres decir que si no tuviera la Alhaja ardería también y quedaría reducido a un montoncito de cenizas?

-Así es, señor, y sucedería aunque yo mismo lo lamentase. Porque eres el primero y el único que ha hablado conmigo jamás.

Bastián cogió el Signo.

-¡Gracias, Hija de la Luna! -dijo en voz baja.

Graógraman se enderezó otra vez, en toda su alzada, y contempló a Bastián desde arriba.

-Creo, señor, que tenemos muchas cosas que decirnos. Quizá pueda revelarte secretos que no conoces. Quizá puedas tú también explicarme el enigma de mi existencia, que me está oculto.

Bastián asintió.

-Si fuera posible, quisiera ante todo beber algo. Tengo mucha sed.

-Tu siervo escucha y obedece -respondió Graógraman-. ¿Quieres dignarte subir a mis espaldas? Te llevaré a mi palacio, donde encontrarás cuanto necesites.

Bastián se subió a las espaldas del león. Se agarró con ambas manos a la melena, cuyos mechones lo envolvían como lenguas de fuego. Graógraman volvió hacia él la cabeza.

-Sujétate bien, señor, porque corro mucho. Y otra cosa quisiera pedirte: mientras estés en mi reino o simplemente conmigo... ¡Prométeme que por ningún motivo y en ningún momento abandonarás la Alhaja protectora!

-Te lo prometo -dijo Bastián.





Entonces el león se puso en movimiento, al principio todavía lenta y majestuosamente, y luego cada vez más aprisa. Asombrado, Bastián veía como, en cada nueva colina, la piel y la melena del león cambiaban de color, de acuerdo siempre con el color de la duna. Pero finalmente Graógraman comenzó a dar saltos poderosos de una cima a otra, y corrió a toda velocidad sin que sus poderosas zarpas tocaran apenas el suelo. El cambio de su piel se produjo cada vez más velozmente, hasta que a Bastián comenzó a írsele la vista y vio todos los colores al mismo tiempo, como si el enorme animal fuera un sólo ópalo irisado. Tuvo que cerrar los ojos. El viento, caliente como el mismo infierno, silbaba en sus orejas y le daba tirones del manto, que revoloteaba tras él. Sentía el movimiento de los músculos del cuerpo del león y olía la maraña de su melena, que exhalaba un olor salvaje y excitante. Lanzó un grito de triunfo, que sonó como el de un ave de rapiña, y Graógraman le respondió con un rugido que hizo temblar el desierto. En aquel momento, los dos fueron uno, por grande que pudiera ser la diferencia entre ellos. Bastián estaba como borracho y sólo volvió a recuperar el sentido cuando oyó decir a Graógraman

-Hemos llegado, señor. ¿Quieres dignarte bajar?

De un salto, Bastián bajó al suelo de arena. Delante de él vio una escarpada montaña de roca negra... ¿o eran las ruinas de un edificio? No hubiera podido decirlo, porque las piedras, que yacían alrededor semicubiertas de arena multicolor o formaban arcos, muros y columnas, estaban llenas de profundas grietas y hendiduras, y erosionadas como si, desde tiempos inmemoriales, las tormentas de arena hubiesen pulido sus aristas y desigualdades.

-Éste, señor -oyó decir Bastián al león-, es mi palacio... y mi tumba. Entra y sé bienvenido, como primero y único huésped de Graógraman.

El sol había perdido ya su fuerza abrasadora y estaba, grande y amarillo pálido, sobre el horizonte. Evidentemente, la cabalgada había durado mucho más de lo que le había parecido a Bastián. Los pedazos de columna o agujas de roca, fueran lo que fueran, arrojaban ya sus sombras alargadas. Pronto sería de noche.

Cuando Bastián siguió a Graógraman, a través de un arco oscuro que llevaba al interior del palacio, le pareció que los pasos del león eran menos vigorosos que antes; incluso lentos y pesados.

A través de un pasillo oscuro, por diversas escaleras que subían y bajaban, llegaron a una gran puerta, cuyas hojas parecían hechas igualmente de roca negra. Cuando Graógraman se dirigió a ella, la puerta se abrió por sí sola, y cuando Bastián hubo entrado también, se cerró de nuevo tras él. Estaban ahora en una espaciosa sala o, mejor dicho, en una gruta iluminada por cientos de lámparas. El fuego que ardía en ellas se parecía al jugueteo de las llamas de colores de la piel de Graógraman. En el centro, el suelo, cubierto de mosaicos de colores, se alzaba escalonadamente hasta una plataforma redonda sobre la que descansaba un bloque de piedra negra. Graógraman volvió lentamente hacia Bastián su mirada, que ahora parecía como apagada.





-Mi hora está próxima, señor -dijo, y su voz sonó como un cuchicheo-, y no habrá tiempo para hablar. Sin embargo, no te preocupes y aguarda el día. Lo que siempre ha ocurrido ocurrirá también. Y quizá puedas decirme por qué.

Luego volvió la cabeza hacia una pequeña puerta situada al otro extremo de la caverna.

-Entra ahí, señor, y lo encontrarás todo dispuesto para ti. Ese aposento te espera desde tiempo inmemorial.

Bastián se dirigió hacia la puerta pero, antes de entrar por ella, se volvió otra vez. Graógraman se había echado sobre el bloque de piedra negra y ahora él mismo era negro como la roca. Con una voz que era casi un susurro, el león dijo:

-Escucha, señor: es posible que oigas ruidos que te espanten. ¡Pero no te preocupes! Nada puede ocurrirte mientras lleves el Signo.

Bastián asintió y atravesó la puerta.

Ante él había una estancia, decorada de la forma más espléndida. El suelo estaba cubierto de alfombras suaves y de vivo colorido. Las delgadas columnas, que soportaban una bóveda de muchos arcos, estaban cubiertas de mosaicos dorados que reflejaban en mil pedazos la luz de las lámparas, las cuales brillaban aquí también con todos los colores. En un ángulo había un ancho diván de colchas y cojines blandos de toda clase, cubierto por una tienda de seda azul. En la otra esquina, el suelo de piedra estaba excavado formando una gran piscina, en la que humeaba un líquido luminoso de color dorado. En una mesita baja había cuencos y platos con manjares y también una jarra con una bebida de color rubí y una copa dorada.

Bastián se sentó al estilo árabe junto a la mesita y empezó a servirse. La bebida sabía agria y salvaje, pero apagaba la sed de una forma maravillosa. Los alimentos eran totalmente desconocidos para Bastián. Ni siquiera hubiera podido decir si se trataba de pasteles, grandes guisantes o frutos secos. Algunos parecían calabazas y melones, pero su gusto era totalmente diferente: picante y aromático. Sabían sensacional y sabrosamente. Bastián comió hasta hartarse.

Luego se desnudó -lo único que no se quitó fue el Signo- y se metió en el baño. Durante un rato chapoteó en el raudal de fuego, se lavó, buceó y resopló como una morsa. Entonces descubrió unas botellas de extraño aspecto que había al borde de la piscina. Pensó que serían sales de baño. Despreocupadamente, echó en el agua un poco de cada clase. Algunas produjeron llamas verdes, rojas o amarillas, que borbotearon en la superficie haciendo un poco de humo. Olían a resina y hierbas amargas.

Finalmente Bastián salió del baño, se secó con suaves toallas que había dispuestas y se vistió de nuevo. Al hacerlo le pareció que las lámparas de la habitación ardían de pronto con menos fuerza. Y entonces llegó a sus oídos un ruido que hizo que un escalofrío le recorriera la espalda: un crujido y un chasquido, como si estallara una gran roca de hielo, que se extinguió en un gemido cada vez más suave.

El ruido no se repitió. Pero el silencio era casi más espantoso aún. ¡Tenía que averiguar lo que había sucedido! Abrió la puerta dé la alcoba y miró dentro de la gran caverna. Al





principio no pudo descubrir ningún cambio, salvo que las lámparas ardían más apagadamente y su luz empezaba a pulsar como el latido de un corazón, cada vez más lentamente. El león estaba todavía en la misma posición sobre el bloque de piedra negra y parecía mirar a Bastián.

-Graógraman -llamó Bastián en voz baja-. ¿Qué ha pasado? ¿Qué ruido era ése? ¿Has sido tú?

El león no respondió ni se movió, pero cuando Bastián se dirigió hacia él lo siguió con los ojos.

Bastián extendió titubeando la mano para acariciarle la melena, pero apenas la había tocado retiró la mano asustado. Estaba dura y helada como la piedra negra, y lo mismo pasaba con el rostro y las zarpas de Graógraman.

Bastián no supo qué hacer. Vio que los negros batientes de piedra de la gran puerta se abrían despacio. Sólo cuando estaba ya en el largo pasillo oscuro y subía por la escalera se preguntó qué buscaba allí fuera. No podía haber nadie en aquel desierto capaz de salvar a Graógraman.

¡Pero ya no había desierto!

En la oscuridad de la noche comenzaba a brillar y resplandecer por todas partes. Millones de diminutos brotes de plantas surgían de los granos de arena, que eran otra vez semillas. ¡Perelín, la Selva Nocturna, había empezado otra vez a crecer!

Bastián sospechó de pronto que la congelación de Graógraman, de alguna forma, tenía algo que ver con ello. Volvió otra vez a la caverna. La luz de las lámparas temblaba aún, muy débilmente. Llegó hasta el león, le pasó el brazo por el poderoso cuello y apretó su cara contra el rostro del animal.

Ahora también los ojos del león eran negros y muertos como la piedra. Graógraman estaba petrificado. Hubo un último estremecimiento de las luces, y luego todo se hizo oscuro como una tumba.

Bastián lloró amargamente y el rostro del león de piedra se mojó con sus lágrimas. Por fin se echó, acurrucado entre las poderosas patas delanteras del león, y se durmió.





Graógraman, La Muerte Multicolor



yó la retumbante voz del león que decía:

-¡Señor! ¿Has pasado así toda la noche?

Bastián se incorporó rápidamente, frotándose los ojos. Estaba entre las zarpas delanteras del león, el enorme animal lo miraba y había asombro en la mirada de Graógraman. La piel del león seguía siendo negra como los bloques de piedra sobre los que descansaba, pero sus ojos centelleaban. Las lámparas, en lo alto, ardían de nuevo.

-¡Ay! -balbuceó Bastián-, pensé... pensé que estabas petrificado.

-Lo estaba -respondió el león-. Muero cada día cuando cae la noche, y cada mañana despierto de nuevo.

-Yo creí que era para siempre -explicó Bastián.

-Cada vez es para siempre -repuso Graógraman enigmáticamente.

Se puso en pie, se estiró y desperezó, y anduvo de un lado a otro de la caverna como hacen los leones. Su piel llameante comenzó a arder cada vez más luminosamente con los colores de las abigarradas baldosas. De pronto se detuvo en sus paseos y miró al muchacho.

-¿Has derramado lágrimas por mí?

Bastián asintió en silencio.

-Entonces -dijo el león-, no sólo eres el único que ha dormido entre las zarpas de la Muerte Multicolor, sino también el único que ha llorado su muerte.

Bastián miró al león, que volvía a andar de un lado a otro, y por fin preguntó en voz baja.

-¿Siempre estás solo?

El león se detuvo de nuevo, pero esta vez no miró a Bastián. Mantuvo la cabeza vuelta y repitió, con voz retumbante:

-Solo...

La palabra resonó en la caverna.

-Mi reino es el desierto... y el desierto es también mi obra. A dondequiera que vaya, todo se convierte en desierto a mi alrededor. Lo llevo conmigo. Soy de un fuego destructor. ¿Cómo podría tener otro destino que una perpetua soledad?

Bastián calló confuso.

-Tú, señor -siguió diciendo el león, dirigiéndose hacia el muchacho y mirándolo a la cara con sus ojos ardientes-, que llevas el signo de la Emperatriz Infantil, podrás responderme: ;por qué tengo que morir al caer la noche?

-Para que en el Desierto de Colores pueda crecer Perelín, la Selva Nocturna.

-¿Perelín? -repitió el león-. ¿Qué es eso?

Y entonces Bastián le habló de las maravillas de la jungla hecha de luz viva. Mientras Graógraman escuchaba inmóvil y sorprendido, le describió la diversidad y magnificencia de las plantas brillantes y fosforescentes que se multiplicaban por sí solas, su crecimiento incesante y silencioso, su hermosura y su tamaño indescriptibles. Hablaba con entusiasmo y los ojos de Graógraman resplandecían cada vez más.

-Y todo eso -concluyó Bastián- sólo puede ser mientras estás petrificado. Pero Perelín lo invadiría todo y se sofocaría a sí mismo si no tuviera que morir y deshacerse en el polvo, una y otra vez, en cuanto tú despiertas. Perelín y tú, Graógraman, sois una misma cosa.

Graógraman calló largo rato.

-Señor -dijo luego-, ahora sé que mi muerte da la vida y mi vida la muerte, y que ambas cosas son buenas. Ahora comprendo el sentido de mi existencia. Gracias.

Se dirigió lenta y solemnemente al rincón más oscuro de la caverna. Lo que hizo allí no pudo verlo Bastián, pero oyó un ruido metálico. Cuando Graógraman volvió, llevaba en la boca algo que puso ante los pies de Bastián con una profunda inclinación de cabeza.

Era una espada.

De todas formas, no parecía muy magnífica. La funda de hierro en que se alojaba estaba oxidada y el puño era casi como el de un sable de juguete hecho de algún viejo pedazo de madera.

-¿Puedes darle un nombre? -preguntó Graógraman.

-¡Sikanda! -dijo Bastián.





En aquel mismo instante, la espada salió chirriando de su funda y voló literalmente a sus manos. Bastián vio que la hoja era de una luz resplandeciente que apenas podía mirarse. La espada tenía doble filo y se sentía ligera como una pluma en la mano.

-Esa espada -dijo Graógraman- estuvo siempre aquí para ti. Porque sólo puede tocarla sin peligro quien ha cabalgado sobre mis espaldas, ha comido y bebido de mi fuego y se ha bañado en él como tú. Pero únicamente porque has sabido darle su verdadero nombre te pertenece.

-¡Sikanda! -murmuró Bastián, observando maravillado su luz centelleante mientras hacía girar despacio la espada en el aire-. Es una espada mágica, ¿verdad?

-Sea de acero o de piedra -respondió Graógraman-, nada hay en Fantasía que pueda resistirla. Sin embargo, nunca debes forzarla. Sólo cuando salte por sí misma a tus manos, como ahora, deberás utilizarla... sea cual fuere la amenaza. Sikanda guiará tu mano y hará, por sí sola, lo que haya que hacer. Sin embargo, si la desenvainas por capricho, traerás una gran desgracia sobre ti y sobre Fantasia. ¡No lo olvides nunca!

-No lo olvidaré -prometió Bastián.

La espada regresó a su funda y volvió a parecer vieja y sin valor. Bastián se ató a la cintura las correas de cuero de las que colgaba la vaina.

-Y ahora, señor, si te place -propuso Graógraman-, vamos a cazar juntos en el desierto. ¡Súbete a mis espaldas, porque tengo que salir!

Bastián se subió a él y el león trotó hasta el aire libre. El sol de la mañana ascendía sobre el horizonte del desierto y la Selva Nocturna se había convertido otra vez, hacía tiempo, en arena de colores. Los dos pasaron raudos sobre las dunas como una antorcha danzante o como un viento tempestuoso incandescente. Bastián se sentía como si cabalgara sobre un cometa en llamas a través de luces y colores. Y una vez más sintió una embriaguez salvaje.

Hacia el mediodía, Graógraman se detuvo de pronto.

-Éste es el lugar, señor, en que nos encontramos ayer.

Bastián estaba un poco aturdido aún por la salvaje correría. Miró a su alrededor pero no pudo descubrir ni la colina de arena azul ultramar ni la de color rojo encendido. Tampoco se veían las letras. Las dunas eran ahora de color verde oliva y rosa.

-Todo es muy distinto -dijo.

-Así es, señor -respondió el león-. Eso ocurre cada día... siempre es distinto. Hasta ahora no sabía por qué. Pero ahora que tú me has contado que Perelín nace de la arena puedo comprenderlo también.

-Pero, ¿cómo sabes que es éste el lugar de ayer?





-Lo siento, lo mismo que siento cualquier otro punto de mi cuerpo. El desierto es parte de mí.

Bastián bajó de las espaldas de Graógraman y se sentó en la colina de color verde oliva. El león se echó junto a él; ahora era también verde oliva. Bastián apoyó la barbilla en la mano y miró pensativamente el horizonte.

-¿Puedo preguntarte una cosa, Graógraman? -dijo tras un largo silencio.

-Tu servidor escucha -fue la respuesta del león.

-¿Es verdad que estás aquí desde siempre?

-Desde siempre -aseguró Graógraman.

-Y el desierto de Goab, ¿ha existido también siempre?

-Sí, también el desierto. ¿Por qué lo preguntas?

Bastián pensó un rato.

-No comprendo -reconoció por fin-. Yo hubiera apostado a que sólo estaba aquí desde ayer.

-¿Qué quieres decir, señor?

Y entonces Bastián le contó todo lo que le había pasado desde su encuentro con la Hija de la Luna.

-Todo es muy extraño -dijo para terminar-: se me ocurre cualquier deseo y enseguida sucede algo que concuerda con ese deseo y lo cumple. No es que me lo imagine, ¿sabes? Jamás hubiera podido inventarme todas las plantas nocturnas distintas de Perelín. Ni los colores de Goab... ¡Ni a ti! Todo es mucho más grandioso y real de lo que podría imaginar. Y, sin embargo, todo está ahí cuando lo deseo.

-Eso es porque llevas a ÁURYN, el Esplendor -dijo el león.

-Lo que no entiendo es otra cosa -trató de explicar Bastián-. ¿Todo está ahí sólo cuando yo lo deseo? ¿O estaba ya antes y únicamente lo adivino de algún modo?

-Las dos cosas -dijo Graógraman.

-Pero, ¿cómo puede ser? -exclamó Bastián casi con impaciencia-. Tú llevas ya quién sabe cuánto tiempo aquí, en el Desierto de Colores de Goab. La habitación de tu palacio me esperaba desde siempre. Sikanda, la espada, me estaba destinada desde tiempo inmemorial... ¡Tú mismo lo has dicho!

-Así es, señor.





-Pero yo... ¡yo estoy sólo desde ayer por la noche en Fantasía! ¡Por lo tanto, no es verdad que todo exista sólo desde que estoy aquí!

-Señor -respondió el león serenamente- ¿no sabes que Fantasia es el reino de las historias? Una historia puede ser nueva y, sin embargo, hablar de tiempos remotos. El pasado surge con ella.

-Entonces también Perelín debe de hacer existido siempre -dijo Bastián desconcertado.

-Desde el momento en que le diste su nombre, señor -contestó Graógraman- existió desde siempre.

-¿Quieres decir que yo lo creé?

El león guardó silencio un rato, antes de responder:

-Eso sólo puede decírtelo la Emperatriz Infantil. De ella lo has recibido todo.

Se levantó.

-Ya es hora, señor, de que volvamos a mi palacio. El sol declina y el camino es largo.

Aquella noche Bastián se quedó con Graógraman, que se echó otra vez sobre el negro bloque de piedra. No hablaron más. Bastián se sirvió alimentos y bebidas de la alcoba, donde la mesita baja había sido puesta otra vez por manos fantasmales. Devoró la comida, sentado en los escalones que llevaban al bloque de piedra.

Cuando la luz de las lámparas disminuyó y comenzó a palpitar como un corazón que latiera cada vez más despacio, Bastián se puso en pie y ciñó en silencio con sus brazos el cuello del león. La melena de Graógraman era dura y parecía de lava solidificada. Y entonces volvió a oírse aquel ruido espantoso, pero Bastián no tuvo ya miedo. Lo que, una vez más, hizo que se le llenaran los ojos de lágrimas fue la irrevocabilidad de la desgracia de Graógraman.

Más tarde en la noche, Bastián se dirigió de nuevo a tientas al exterior y contempló largo tiempo el silencioso crecimiento de las luminosas plantas nocturnas. Luego volvió a la caverna y se echó a dormir entre las zarpas del león petrificado.

Muchos días y muchas noches fue Bastián huésped de la Muerte Multicolor y se hicieron amigos. Pasaron muchas horas en el desierto, entregados a juegos salvajes. Bastián se escondía entre las dunas de arena, pero Graógraman lo encontraba siempre. Hicieron apuestas sobre quién corría más, pero el león era mil veces más rápido. Hasta lucharon entre sí para divertirse, se enzarzaron y pelearon... y en eso Bastián lo igualaba. Aunque, naturalmente, sólo se trataba de un juego. Graógraman tenía que emplear todas sus fuerzas para estar a la altura del muchacho. Ninguno de los dos podía vencer al otro.

Un día, después de haber estado alborotando, Bastián se sentó, un poco sin aliento, y preguntó:





-¿No podría quedarme siempre contigo?

El león sacudió la melena.

-No, señor.

-¿Por qué no?

-Aquí sólo hay vida y muerte, sólo Perelín y Goab, pero no hay historias. Y tú tienes que vivir tu propia historia. No debes quedarte aquí.

-Pero, ¡si no puedo marcharme! -dijo Bastián-. El desierto es demasiado grande para que nadie pueda salir de él. Y tú no puedes llevarme, porque llevas el desierto contigo.

-Los caminos de Fantasia -dijo Graógraman- sólo puedes encontrarlos con tus deseos. Y sólo puedes ir de un deseo a otro. Lo que no deseas te resulta inalcanzable. Eso es lo que significan aquí las palabras «cerca» y «lejos». Y tampoco basta con querer marcharse de un lugar. Tienes que querer ir a otro. Tienes que dejarte llevar por tus deseos.

-Pero si yo no deseo marcharme... -respondió Bastián.

-Tendrás que encontrar tu próximo deseo -contestó Graógraman casi serio.

-Y si lo encuentro -preguntó Bastián-, ¿cómo podré marcharme de aquí?

-Escucha, señor -dijo en voz baja Graógraman-: hay en Fantasía un lugar que conduce a todas partes y al que puede llegarse desde todas. Ese lugar se llama el Templo de las Mil Puertas. Nadie lo ha visto nunca por fuera, porque no tiene exterior. Su interior sin embargo, está formado por un laberinto de puertas. El que quiera conocerlo, tiene que atreverse a entrar.

-¿Cómo es posible, si uno no puede acercarse por fuera?

-Cada puerta -prosiguió el león-, cada puerta de Fantasía entera, hasta una puerta completamente corriente de establo o de cocina, incluso la puerta de un armario, puede ser, en un momento determinado, la puerta de entrada al Templo de las Mil Puertas. Si el momento pasa, la puerta vuelve a ser lo que era. Por eso nadie puede entrar una segunda vez por la misma puerta. Y ninguna de las mil puertas conduce otra vez al lugar de dónde se vino. No hay vuelta atrás.

-Pero, cuando se está dentro, ¿se puede salir otra vez a alguna parte?

-Sí -respondió el león-, pero no es tan fácil como en las casas corrientes. Porque a través del laberinto de las mil puertas sólo puede guiarte un deseo auténtico. Quien no lo tiene ha de vagar por el laberinto hasta que sabe lo que desea. Y a veces hace falta mucho tiempo para eso.

-¿Y cómo se puede encontrar la puerta de entrada?

-Hay que desearlo.





Bastián meditó largo tiempo y dijo luego:

-Es extraño que no se pueda desear simplemente lo que se quiere. ¿De dónde vienen realmente los deseos? ¿Y qué es eso, un deseo?

Graógraman miró al muchacho con los ojos muy abiertos, pero no respondió.

Unos días más tarde, tuvieron otra vez una conversación muy importante.

Bastián le enseñó al león la inscripción del reverso de la Alhaja.

-¿Qué significa? -preguntó-. «HAZ LO QUE QUIERAS.» Eso quiere decir que puedo hacer lo que me dé la gana, ¿no crees?

El rostro de Graógraman pareció de pronto terriblemente serio y sus ojos comenzaron a arder.

-No -dijo con voz profunda y retumbante-. Quiere decir que debes hacer tu Verdadera Voluntad. Y no hay nada más difícil.

-¿Mi Verdadera Voluntad? -repitió Bastián impresionado-. ¿Qué es eso?

-Es tu secreto más profundo, que no conoces.

-¿Cómo puedo descubrirlo entonces?

-Siguiendo el camino de los deseos, de uno a otro, hasta llegar al último. Ese camino te conducirá a tu Verdadera Voluntad.

-No me parece muy difícil -opinó Bastián.

-Es el más peligroso de todos los caminos -dijo el león.

-¿Por qué? -preguntó Bastián-. Yo no tengo miedo.

-No se trata de eso -retumbó Graógraman-. Ese camino exige la mayor autenticidad y atención, porque en ningún otro es tan fácil perderse para siempre.

-¿Quieres decir que no siempre son buenos los deseos que se tienen? -trató de averiguar Bastián.

El león azotó con la cola la arena en que estaba echado. Agachó las orejas, frunció el hocico y sus ojos despidieron fuego. Bastián se agachó involuntariamente cuando Graógraman, con una voz que hizo vibrar nuevamente el suelo, dijo:

-¡Qué sabes tú lo que son deseos! ¡Qué sabes tú lo que es o no es bueno!

Bastián pensó mucho al día siguiente en todo lo que la Muerte Multicolor le había dicho. Sin embargo, muchas cosas no se pueden averiguar pensando: hay que vivirlas.





Y por eso sólo mucho más tarde, cuando había vivido mucho, recordó las palabras de Graógraman y empezó a comprenderlas.

En aquella época se produjo otra vez una transformación en Bastián. A todos los dones que había recibido desde su encuentro con la Hija de la Luna se había añadido ahora el valor. Y, como cada vez, también ésta había perdido algo a cambio: concretamente, el recuerdo de su pusilanimidad anterior. Como no temía ya nada, comenzó a tomar forma en él, imperceptiblemente al principio pero con más claridad cada vez, un nuevo deseo. No quería seguir solo. Porque también con la Muerte Multicolor estaba, en cierto sentido, solo. Quería demostrar sus cualidades a otros, quería ser admirado y hacerse famoso.Y una noche, mientras contemplaba otra vez el crecimiento de Perelín, sintió de pronto que era la última vez, que debía despedirse de la magnificencia de la Selva Nocturna. Una voz interior lo llamaba lejos de allí.

Echó una última mirada sobre la ardiente riqueza de colores y bajó luego a la cueva sepulcral de Graógraman y se sentó en las tinieblas sobre los escalones. No hubiera podido decir qué esperaba, pero sabía que aquella noche no debía acostarse.

Sin embargo, mientras estaba sentado se quedó sin duda adormecido, porque de pronto se sobresaltó como si alguien lo hubiera llamado por su nombre.

La puerta que daba a la alcoba se había abierto. Por la rendija entraba una larga franja de luz roja a través de la cueva oscura.

Bastián se levantó. ¿Se habría cambiado la puerta en aquel instante en la entrada del Templo de las Mil Puertas? Indeciso, se dirigió hacia la abertura e intentó mirar por ella. No pudo reconocer nada. Luego, la rendija comenzó a cerrarse de nuevo lentamente. ¡Pronto desaparecería la única oportunidad de pasar al otro lado!

Se volvió una vez más hacia Graógraman que, inmóvil y con muertos ojos de piedra, estaba sobre su pedestal. La rendija de luz de la puerta caía precisamente sobre él.

-¡Adios Graógraman, y gracias por todo! -dijo Bastián en voz baja-. Volveré. Seguro que volveré.

Luego se deslizó por la abertura de la puerta, que inmediatamente se cerró tras él.

Bastián no sabía que no cumpliría su promesa. Mucho, sólo muchísimo tiempo después vendría alguien en su nombre y la cumpliría por él.

Pero ésa es otra historia y debe ser contada en otra ocasión.





Amarganz, La Ciudad De Plata



urpúrea caía la luz, en lentas oleadas, sobre el suelo y las paredes de la estancia. Era una habitación de seis esquinas, parecida a una gran celdilla de abeja. En una pared sí y otra no había puertas, y las tres paredes intermedias estaban cubiertas de extrañas pinturas. Eran paisajes quiméricos y criaturas que parecían medio plantas y medio animales. Por una de las puertas había entrado Bastián y las otras dos quedaba a su derecha y su izquierda. La forma de todas las puertas era idéntica, pero la de la izquierda era negra y la de la derecha blanca.

En la estancia contigua la luz era amarillenta. Las paredes mostraban la misma disposición. Las pinturas representaban toda clase de utensilios que Bastián no lograba identificar. ¿Eran herramientas o armas? Las dos puertas que, a izquierda y derecha, conducían más allá, tenían el mismo color; eran amarillas, pero la de la izquierda era alta y estrecha y la de la derecha, en cambio, baja y ancha. Bastián atravesó la de la izquierda.

La estancia en que penetró era, como las dos anteriores, hexagonal, pero tenía una luz azulada. Las pinturas de las paredes mostraban adornos retorcidos o caracteres de algún alfabeto extraño. Aquí las dos puertas eran de la misma forma pero de distinto material: una de madera y otra metálica. Bastián se decidió por la de madera.

Es imposible describir todas las puertas y estancias que atravesó Bastián vagabundeando por el Templo de las Mil Puertas. Había portones que parecían grandes agujeros de cerradura y otros que semejaban la entrada del infierno; había puertas doradas y oxidadas, acolchadas y claveteadas, delgadas como el papel y gruesas como puertas de caja de caudales. Había una que parecía la boca de un gigante y otra que se abría como un puente levadizo, una que semejaba una gran oreja y otra hecha de pan de especias, una que tenía la forma de una puerta de horno y otra que había que desabrochar. A veces, las dos puertas de salida de una habitación tenían algo en común -forma, material, tamaño o color-, pero había siempre alguna cosa que las diferenciaba esencialmente.

Bastián había pasado ya muchas veces de una estancia hexagonal a otra. Cada decisión que tomaba lo ponía ante una nueva decisión, la cual, a su vez, lo arrastraba a otra nueva. Pero todas aquellas decisiones no cambiaban en nada el hecho de que estaba en el Templo de las Mil Puertas... y seguiría estando en él. Mientras andaba y andaba, comenzó a pensar en cuál podía ser la causa. Su deseo había bastado para llevarlo al laberinto pero, evidentemente, no era suficiente para hacer que encontrara la salida.





Bastián había deseado compañía. Pero se daba cuenta de que, al hacerlo, no se imaginaba nada concreto. Y eso no lo ayudaba en nada a decidir entre una puerta de cristal y otra de mimbre. Hasta entonces había elegido simplemente al buen tuntún, sin pensárselo mucho. En realidad, cada vez hubiera podido elegir igualmente la otra puerta. Pero de esa forma nunca saldría de allí.

Estaba precisamente en una habitación de luz verdosa. En tres de sus seis paredes había pintadas figuras de nubes. La puerta de la izquierda era de madreperla blanca; la de la derecha, de ébano negro. Y Bastián supo de pronto lo que deseaba: ¡Atreyu!

La puerta de madreperla le recordó a Fújur, el dragón de la suerte, cuyas escamas brillaban como la madreperla, de manera que se decidió por ella.

En la habitación siguiente había dos puertas, una de ellas de hierba tejida y la otra consistente en una reja de hierro. Bastián eligió la de hierba, pensando en el Mar de Hierba, el país de Atreyu.

En la nueva habitación se encontró ante dos puertas que sólo se diferenciaban en que una era de cuero y la otra de fieltro. Bastián pasó, naturalmente, por la de cuero.

Otra vez se encontró ante dos puertas, y allí tuvo que reflexionar una vez más. Una era purpúrea y la otra verde oliva. Atreyu era un piel verde y llevaba un manto de piel de búfalo purpúreo. En la puerta verde oliva había pintados unos sencillos signos de color blanco, como los que llevaba Atreyu en la frente y las mejillas cuando el viejo Caíron lo encontró. Sin embargo, los mismos signos aparecían también en la puerta purpúrea, y Bastián no sabía si el manto de Atreyu llevaba esos signos. Así pues, debía de tratarse de un camino que llevaba hasta otro, pero no hasta Atreyu.

Bastián abrió la puerta oliva... ¡y se encontró al aire libre!

Con gran asombro por su parte, no estaba sin embargo en el Mar de Hierba, sino en un claro bosque primaveral. Los rayos de sol se abrían paso a través del follaje joven y sus juegos de luces y sombras centelleaban en el suelo musgoso. Olía a tierra y a setas, y el aire tibio estaba lleno de gorjeos de pájaros. Bastián se volvió y vio que acababa de salir de una pequeña capilla del bosque. En aquel momento, la puerta de la capilla había sido la de salida del Templo de las Mil Puertas. Bastián la abrió otra vez, pero sólo vio ante sí el interior estrecho y pequeño de la capilla. El tejado se componía únicamente de unas vigas carcomidas que se alzaban en el aire del bosque, y las paredes estaban cubiertas de musgo.

Bastián se puso en camino, sin saber al principio hacia dónde. No dudaba de que, antes o después, se tropezaría con Atreyu. Y se alegraba tremendamente pensando en ese encuentro. Les silbó a los pájaros, que le contestaron, y cantó, muy alto y loco de alegría, todo lo que le pasó por la cabeza. Después de andar un poco, vio en un claro a un grupo de personas acampadas. Al acercarse se dio cuenta de que se trataba de muchos hombres con armas magníficas. También había entre ellos una hermosa dama, que se sentaba en la hierba y rasgueaba un laúd. Detrás había algunos caballos, ricamente ensillados y embridados. Delante de los hombres, que estaban echados en la hierba y conversaban, había extendido un mantel blanco y, sobre él, toda clase de alimentos y bebidas.





Bastián se aproximó al grupo, pero antes ocultó el amuleto de la Emperatriz Infantil bajo su camisa, porque quería conocer a aquella gente sin darse él a conocer ni llamar la atención.

Cuando lo vieron llegar, los hombres se pusieron en pie y lo saludaron cortésmente, inclinándose. Evidentemente, lo tomaban por un príncipe oriental o algo parecido. También la hermosa dama inclinó sonriente la cabeza, pero siguió pulsando su instrumento. Uno de los hombres era especialmente alto e iba vestido de forma especialmente lujosa. Todavía era joven y tenía rubios los cabellos, que le caían sobre los hombros.

-Soy Hynreck el Héroe -dijo- y esta dama es la Princesa Oglamar, hija del rey de Lunn. Estos hombres son mis amigos Hykrion, Hysbald y Hydom. ¿Cuál es vuestra gracia, joven amigo?

-No puedo revelar mi nombre... todavía -respondió Bastián.

-¿Un voto? -preguntó la Princesa Oglamar con un poco de ironía-. ¿Tan joven y ya con un voto?

-¿Sin duda venís de lejos? -quiso saber Hynreck el Héroe.

-Sí, de muy lejos -contestó Bastián.

-¿Sois un príncipe? -preguntó la princesa, contemplándolo con agrado.

-Eso no puedo decirlo -replicó Bastián.

-Sea como fuere, ¡sed bienvenido a nuestra Mesa Redonda! -exclamó Hynreck el Héroe-. ¿Nos concederéis el honor de sentaros con nosotros y compartir nuestro yantar, joven señor?

Bastián aceptó agradecido, se sentó y se sirvió.

Por la conversación de la dama y los cuatro caballeros supo que muy cerca estaba la grande y magnífica Amarganz, la Ciudad de Plata. Allí debía celebrarse una especie de torneo. Llegaban de cerca y de lejos los héroes más audaces, los mejores cazadores y los guerreros más valientes, pero también toda clase de aventureros y valentones, para participar en los festejos. Sólo a los tres más valientes y mejores, que vencieran a todos los demás, se les concedería el honor de tomar parte en una especie de expedición de búsqueda. Se trataba de un viaje probablemente muy largo y arriesgado, cuyo objetivo era encontrar a determinado personaje que se hallaba en alguno de los innumerables países de Fantasia y al que solo llamaban «el Salvador». Su nombre no lo sabía nadie. No obstante, a él debía el reino de Fantasía el existir otra vez o el seguir existiendo. En efecto, en otro tiempo había caído sobre Fantasía una terrible catástrofe que había estado a punto de aniquilarla por completo. El citado «Salvador» la había evitado en el último momento, al llegar y darle a la Emperatriz Infantil el nombre de Hija de la Luna, por el que hoy la conocían todos los seres de Fantasía. Sin embargo, desde entonces vagaba de incógnito por el país, y la misión de la expedición de búsqueda sería





encontrarlo y, por decirlo así, darle escolta para que nada le ocurriera. Para ello, sin embargo, había que elegir sólo a los hombres más capaces y valientes, porque podía ser que hubiera que afrontar aventuras inconcebibles.

El torneo en el que debía hacerse la elección había sido organizado por Qüérquobad, el Anciano de Plata -en la ciudad de Amarganz reinaba siempre el hombre más viejo o la mujer más vieja, y Qüérquobad tenía ciento siete años-. Pero no sería él quien elegiría entre los concursantes, sino un joven cazador llamado Atreyu, un muchacho del pueblo de los pieles verdes, que era huésped de Qüérquobad, el Anciano de Plata. Atreyu era el único que podría reconocer al «Salvador», porque lo había visto una vez en un espejo mágico.

Bastián callaba, limitándose a escuchar. No le fue fácil, porque había comprendido enseguida que aquel «Salvador» era él. Y cuando se pronunció incluso el nombre de Atreyu, el corazón le dio saltos en el pecho y le costó un esfuerzo enorme no traicionarse. Pero estaba decidido a conservar de momento su incógnito.

Por lo demás, a Hynreck el Héroe no le interesaba tanto en todo aquel asunto la expedición de búsqueda y su objetivo como ganar el corazón de la Princesa Oglamar. Bastián se dio cuenta enseguida de que Hynreck el Héroe estaba enamorado de la damita hasta los huesos. Suspiraba de cuando en cuando, en momentos en que no había por qué suspirar, y miraba siempre a su adorada con ojos tristes. Ella hacía como si no se diera cuenta. Al parecer, en alguna ocasión había hecho voto de tomar por marido sólo al mayor de todos los héroes, a aquel que pudiera vencer a todos los demás. No se contentaría con menos. Ése era el problema de Hynreck el Héroe, que tenía que demostrar que era el mejor. Al fin y al cabo, no podía matar a alguien que no le hubiera hecho nada. Y guerras no había desde hacía tiempo. Le hubiera encantado luchar contra monstruos y demonios; si de él hubiera dependido, le hubiera puesto a ella cada mañana una sanguinolenta cola de dragón sobre la mesa del desayuno, pero por ninguna parte había monstruos ni dragones. Cuando el emisario de Qüérquobad, el Anciano de Plata había llegado hasta él para invitarlo al torneo, había aceptado enseguida, naturalmente. Sin embargo, la Princesa Oglamar había insistido en ir también, porque quería convencerse por sus propios ojos de lo que él era capaz de hacer.

-Sabido es -le dijo sonriendo a Bastián- que no se puede fiar en los relatos de los héroes. Todos tienen tendencia a adornarse.

-Con adornos o sin ellos -alegó Hynreck el Héroe-, valgo cien veces más que ese legendario Salvador.

-¿Cómo lo sabéis? -preguntó Bastián.

-Bueno -dijo Hynreck el Héroe-, si ese tipo tuviera en los huesos la mitad del tuétano que yo, no necesitaría escolta que lo protegiera y cuidara como a un bebé. Ese Salvador me parece un individuo bastante flojucho.

-¡Cómo podéis decir una cosa así! -exclamó Oglamar escandalizada-. ¡Ha salvado a Fantasía de la catástrofe!





-¡Y aunque así fuera! -contestó desdeñoso Hynreckel Héroe-. Para eso no fue necesario hacer nada especialmente heroico.

Bastián decidió darle un pequeño escarmiento en la primera ocasión propicia.

Los otros tres caballeros habían encontrado casualmente en su viaje a la pareja y se habían unido a ella. Hykrion, que tenía un indómito bigote negro, opinaba que él era el brazo más fuerte y formidable de Fantasia. Hysbald, que era pelirrojo y, en comparación con los otros, parecía delicado, estimaba que nadie era más hábil y diestro con la espada que él. Y Hydorn, por último, estaba convencido de que en la lucha no lo igualaba nadie en tenacidad y resistencia. Su aspecto confirmaba esta afirmación, porque era alto y delgado y parecía estar hecho sólo de tendones y huesos.

Al terminar la comida se pusieron en camino. La vajilla, el mantel y las provisiones fueron guardados en las alforjas de una acémila. La Princesa Oglamar subió a su blanco palafrén y se puso en marcha, sin cuidarse de los demás. Hynreck el Héroe saltó sobre su corcel negro como el carbón y galopó tras ella.. Los otros tres caballeros propusieron a Bastián que fuera sobre la acémila, entre las alforjas de provisiones.

Bastián se subió, los caballeros montaron igualmente en sus caballos magníficamente enjaezados, y todos se pusieron a trotar por el bosque, con Bastián en último lugar. La acémila, una vieja mula, se quedaba cada vez más atrás, y Bastián intentó espolearla. Pero, en lugar de andar más aprisa, la mula se detuvo, volvió la cabeza y dijo:

-No te esfuerces, señor, porque me he quedado atrás con toda intención.

-¿Por qué? -preguntó Bastián.

-Sé quién eres, señor.

-¿Qué es lo que sabes?

-Cuando se es sólo media burra y no burra entera, una se da cuenta de las cosas. Hasta los caballos han notado algo. No necesitas decirme nada, señor. Me gustaría poder contarles a mis hijos y nietos que llevé al Salvador y fui la primera en saludarlo. Por desgracia, las de mi especie no tenemos hijos.

-¿Cómo te llamas? -preguntó Bastián.

-Yicha, señor.

-Oye, Yicha: no lo estropees todo y guárdate para ti lo que sabes. ¿Lo harás?

-Con mucho gusto, señor.

Y la mula se puso al trote para alcanzar a los otros.

El grupo esperaba al borde del bosque. Todos contemplaban admirados la ciudad de Amarganz, que relucía ante ellos a la luz del sol. El lindero del bosque estaba en una altura y desde allí se disfrutaba de una amplia vista sobre un gran lago, de color casi





violeta, rodeado por todos lados de colinas igualmente boscosas. Y en medio de aquel lago estaba Amarganz, la Ciudad de Plata. Todas sus casas estaban situadas sobre pequeñas embarcaciones: los grandes palacios sobre anchas gabarras, los pequeños sobre barcas y botes. Y cada casa y cada embarcación eran de plata, de una plata finamente cincelada y artísticamente decorada. Las puertas y ventanas de los palacios grandes y pequeños, las torrecillas y los balcones eran de filigrana de plata de una clase tan maravillosa que no tenía igual en toda Fantasia. Por todo el lago se veían botes y barcas que llevaban visitantes a la ciudad desde las orillas. Hynreck el Héroe y sus acompañantes se apresuraron a llegar a la playa, en donde aguardaba un transbordador de plata, de curvada proa. Toda la caravana, con caballos y acémilas, encontró sitio en él.

Durante el viaje, Bastián supo por el barquero -quien, por cierto, llevaba un traje tejido de plata- que las aguas color violeta del lago eran tan saladas y amargas que, a la larga, nada podía resistir su poder destructor... nada, salvo la plata. El lago se llamaba Murhu o Lago de las Lágrimas. En tiempos muy remotos se había trasladado a la ciudad de Amarganz al centro del lago para protegerla de invasiones, porque quien había intentado llegar hasta ella en barcos de madera o embarcaciones de hierro se había hundido y había perecido, ya que el agua descomponía en poco tiempo buque y tripulación. Pero ahora había otra razón para que Amarganz estuviera sobre el agua. En efecto, a sus habitantes les gustaba reagrupar de vez en cuando sus viviendas, formando nuevas calles y plazas. Cuando, por ejemplo, dos familias que vivían en extremos opuestos de la ciudad se hacían amigas o emparentaban porque sus miembros jóvenes contraían matrimonio, dejaban su lugar anterior y colocaban próximos sus barcos de plata, haciéndose vecinas. Dicho sea de paso, la plata era de una clase especial y tan única como la incomparable belleza de su trabajo.

A Bastián le hubiera gustado oír más cosas aún, peroel transbordador había llegado a la ciudad y tuvo que bajar con sus compañeros de viaje.

Ante todo buscaron albergue, a fin de alojarse con sus caballerías. No fue muy fácil, porque Amarganz había sido tomada casi por asalto por los viajeros que llegaban, de cerca o de lejos, para el torneo. Pero finalmente encontraron sitio en una posada. Cuando Bastián llevaba a la mula al establo, le cuchicheó al oído:

-No te olvides de lo que me has prometido, Yicha. Hasta pronto.

Yicha se limitó a asentir con la cabeza.

Luego, Bastián dijo a sus compañeros de viaje que no quería seguir importunándolos e iba a visitar la ciudad por su cuenta. Les dio las gracias por su amabilidad y se despidió de ellos. En realidad, ardía en deseos de encontrar a Atreyu.

Las embarcaciones pequeñas estaban unidas entre sí por pasarelas: unas estrechas y frágiles, de forma que sólo podía pasar por ellas una persona, y otras anchas y espléndidas como calles, en las que se apretujaba la multitud. Había también puentes colgantes cubiertos y en los canales, entre los buques-palacio, se movían cientos de canoas de plata. Sin embargo, a dondequiera que se fuera o en dondequiera que se estuviera, se sentía siempre bajo los pies un suave subir y bajar del suelo, que recordaba que la ciudad entera flotaba sobre el agua.





La multitud de visitantes, de los que la ciudad parecía estar realmente rebosante, era tan multicolor y multiforme que haría falta un libro entero para describirla. Los amargancios eran fáciles de reconocer, porque llevaban todos trajes de tejido de plata, casi tan hermosos como el manto de Bastián. También sus cabellos eran plateados, y ellos eran altos y bien parecidos y tenían los ojos de un color tan violeta como Murhu, el Lago de las Lágrimas. La mayoría de los forasteros no eran tan hermosos. Había gigantes llenos de músculos, con cabecitas que, entre sus poderosos hombros, parecían pequeñas como manzanas. Circulaban por allí rufianes de la noche, sombríos y valentones, tipos solitarios con los que se veía que era imposible hacer buenas migas. Había espadachines de ojos rápidos y rápidas manos, y furibundos guerreros que andaban con los brazos en jarras y echando humo por boca y narices. Daban vueltas por el lugar fanfarrones, como peonzas vivas, y sátiros trotaban de un lado a otro sobre sus piernas nudosas, con gruesas cachiporras al hombro. Una vez, Bastián vio incluso un comerrocas,. cuyos dientes sobresalían como cinceles de acero. La pasarela de plata se curvó bajo su peso cuando el comerrocas cruzó pesadamente. Pero antes de que Bastián pudiera preguntarle si, por casualidad, se llamaba Pyernrajzarck, se había perdido entre el gentío.

Bastián llegó por fin al centro de la ciudad. Y allí era donde se celebraban los torneos, que estaban en todo su auge. En una gran plaza redonda, que parecía una enorme pista de circo, cientos de competidores medían sus fuerzas y demostraban lo que sabían hacer. En torno al amplio redondel se apiñaba una multitud de espectadores, que animaban con sus gritos a los combatientes; también las ventanas y los balcones de los buques-palacio de alrededor rebosaban casi de espectadores, y muchos de éstos habían conseguido trepar a los tejados adornados con filigrana de plata.

Sin embargo, Bastián no se interesó tanto al principio por el espectáculo que ofrecían los competidores. Quería encontrar a Atreyu que, sin duda, contemplaba los juegos desde algún sitio. Y entonces observó que la multitud miraba siempre con expectación hacia un palacio determinado, sobre todo cuando uno de los competidores había realizado alguna hazaña especialmente impresionante. Con todo, Bastián tuvo que abrirse paso por uno de los puentes colgantes y trepar luego a una especie de farola antes de poder echar una ojeada a aquel palacio.

En un amplio balcón habían colocado dos altos sillones de plata. En uno de ellos se sentaba un hombre muy viejo, al que barba y cabellos de plata le caían en oleadas hasta el cinto. Debía de ser Qüérquobad, el Anciano de Plata. Junto a él estaba un muchacho, aproximadamente de la edad de Bastián. Llevaba pantalones largos de cuero blando y el torso desnudo, de forma que podía verse que su piel era de color verde oliva. La expresión de su rostro delgado era seria, casi adusta. Llevaba el pelo, largo y negroazulado, recogido en una trenza en la nuca y atado con unas tiras de cuero. Le cubría los hombros un manto de color púrpura. Contemplaba serenamente y, sin embargo, con peculiar intensidad el campo de batalla. Nada parecía escapar a sus ojos oscuros. ¡Atreyu!

En aquel momento apareció en la abierta puerta del balcón que había detrás de Atreyu otro rostro muy grande, parecido al de un león, aunque en lugar de piel tenía escamas de madreperla blanca y le colgaban de la boca unas barbas largas, también blancas. Los ojos eran de color rubí y chispeaban, y cuando levantó la cabeza por encima de Atreyu





se vio que iba unida a un cuello largo, flexible e igualmente cubierto de escamas de madreperla, del que caía una melena como de fuego blanco. Era Fújur, el dragón de la suerte. Pareció decirle algo a Atreyu, porque Atreyu asintió.

Bastián bajó de la farola. Ya había visto bastante. Dedicó su atención a los competidores.

En el fondo, no se trataba tanto de verdaderos y auténticos torneos como de una especie de representación circense en gran escala. Es verdad que, en aquel momento, se desarrollaban precisamente una lucha a brazo partido entre dos gigantes, cuyos cuerpos se retorcían formando un solo nudo que rodaba de un lado a otro; es verdad que aquí y allá había parejas de la misma especie o de especies muy distintas, que demostraban su habilidad en la esgrima o en el manejo de la maza o de la lanza, pero naturalmente no luchaban a vida o muerte. Una de las reglas del juego era incluso demostrar lo caballeresca y limpiamente que uno combatía y cómo sabía dominar su violencia. Un competidor que, llevado por la ira o la ambición, hubiera herido gravemente a su contrincante hubiera sido descalificado inmediatamente. La mayoría trataban de probar su destreza en el manejo del arco, o de exhibir su fuerza levantando enormes pesos; otros mostraban sus habilidades realizando hazañas acrobáticas o con toda clase de pruebas de valor. Los concursantes eran tan diversos como variado lo que hacían.

Continuamente, los que eran vencidos abandonaban el terreno, por lo que, poco a poco, cada vez eran menos los competidores. Bastián vio cómo entraba en liza Hykrion, el fuerte, Hysbald, el ligero y Hydorn, el duro. Hynreck el Héroe y su adorada, la Princesa Oglamar, no estaban con ellos. Quedaban aún sobre el terreno unos cien competidores. Como se trataba ya de una selección de los mejores, a Hykrion, Hysbald y Hydorn no les fue tan fácil vencer a sus contrarios. Hizo falta toda la tarde para que Hykrion demostrase ser el más poderoso de los fuertes, Hysbald el más diestro de los ligeros y Hydorn el más resistente de los duros. El público los vitoreó, aplaudiendo entusiasmado, y los tres se inclinaron mirando al balcón donde se sentaban Qüérquobad, el Anciano de Plata, y Atreyu. Éste se levantaba ya para decir algo, cuando de pronto entró en el palenque otro competidor. Era Hynreck. Se hizo un silencio expectante y Atreyu volvió a sentarse. Como sólo debían acompañarlo tres hombres, ahora había uno de más. Uno de ellos tendría que quedarse.

-Caballeros -dijo Hynreck con voz fuerte, de modo que todos pudieran oírlo-, no creo que la modesta exhibición de vuestras habilidades que acabáis de realizar pueda haber fatigado vuestras fuerzas. Con todo, no sería digno de mí, en esas circunstancias, retaros de uno en uno. Como hasta ahora no he visto entre todos los competidores ningún contrincante capaz de medirse conmigo, no he participado y, por consiguiente, estoy fresco todavía. Si alguno de vosotros se siente demasiado agotado, puede abandonar libremente. De todos modos, yo estaría dispuesto a competir con los tres a la vez. ¿Tenéis alguna objeción?

-No -respondieron los tres como un solo hombre.

Y entonces se entabló un combate en el que saltaron chispas. Los. golpes de Hykrion no habían perdido nada de su violencia, pero Hynreck el Héroe era más fuerte. Hysbald lo atacó por todos lados con la velocidad del relámpago, pero Hynreck el Héroe era más rápido. Hydorn intentó fatigarlo, pero Hynreck el Héroe era más resistente. El combate





había durado apenas diez minutos cuando los tres caballeros estaban ya desarmados y doblaban la rodilla ante Hynreck el Héroe. El miró orgulloso a su alrededor buscando evidentemente la admiración de su dama, quien, sin duda, estaba en algún lugar entre la multitud. El júbilo y los aplausos de los espectadores atronaron como un huracán la plaza. Probablemente pudieron oírse hasta en las más remotas orillas de Murhu, el Lago de las Lágrimas.

Cuando se restableció la calma, Qüérquobad, el Anciano de Plata, se puso en pie y preguntó en voz alta:

-¿Hay alguien que se atreva aún a enfrentarse con Hynreck el Héroe?

-¡Sí, yo!

Era Bastián.

Todos los rostros se volvieron hacia él. La multitud le abrió paso y Bastián entró en la plaza. Se oyeron exclamaciones de asombro y de preocupación.

-¡Qué guapo es!... ¡Qué lástima! ... ¡No lo dejéis!

-¿Quién eres? -preguntó Qüerquobad, el Anciano de Plata.

-Mi nombre -respondió Bastián- sólo lo diré después.

Vio que Atreyu entornaba los ojos y lo miraba inquisitivamente, pero lleno de incertidumbre aún.

-Joven amigo -dijo Hynreck el Héroe-, hemos comido y bebido juntos. ¿Por qué quieres que te abochorne? Te ruego que recojas tu palabra y te vayas.

-No -respondió Bastián-, lo que he dicho lo mantengo.

Hynreck el Héroe titubeó un momento. Luego propuso:

-No sería justo por mi parte medirme contigo en la lucha. Veamos primero cuál de los dos puede disparar una flecha a más altura.

-¡De acuerdo! -contestó Bastián.

Les trajeron a cada uno un arco fuerte y una flecha. Hynreck estiró la cuerda y disparó la saeta hacia el cielo, más alto de lo que los ojos podían seguir. Casi al mismo tiempo, Bastián tensó su arco y disparó su flecha detrás.

Transcurrió un rato antes de que ambas flechas volvieran, cayendo al suelo entre los dos arqueros. Y entonces se vio que la flecha de Bastián, de plumas rojas, debía de haber alcanzado en el punto más alto a la de Hynreck el Héroe, de plumas azules, y con tanta violencia que la había hendido por atrás.





Hynreck miró las flechas encajadas una en otra. Se había puesto un poco pálido y únicamente en sus mejillas había dos manchas rojas.

-Sólo puede ser casualidad -murmuró-. Veamos quién es más diestro con la espada.

Pidió dos espadas y dos barajas. Se las trajeron. Barajó cuidadosamente las cartas.

Lanzó una baraja al aire, desenvainó con la rapidez del rayo su espada y se tiró a fondo. Cuando las otras cartas cayeron al suelo, se vio que Hynreck el Héroe había atravesado el as de corazones, y precisamente por el centro del único corazón del naipe. Otra vez miró Hynreck el Héroe a su alrededor buscando a su dama, mientras levantaba la espada con la carta.

Bastián arrojó al aire la otra baraja e hizo silbar su espada. No cayó al suelo ninguna carta. Había atravesado las treinta y dos cartas de la baraja, exactamente por el centro y además por su orden, aunque Hynreck el Héroe las había barajado bien.

Hynreck el Héroe miró lo que Bastián había hecho. No dijo nada; sólo sus labios temblaron ligeramente.

-Pero en fuerza no me aventajas -exclamó por fin un poco roncamente.

Cogió el más pesado de todos los pesos que había en la plaza y lo levantó lentamente. Sin embargo, antes de que pudiera dejarlo en el suelo, Bastián lo cogió a él, levantándolo en alto juntamente con el peso. Hynreck el Héroe puso una cara de tal desconcierto que algunos espectadores no pudieron contener la risa.

-Hasta ahora -dijo Bastián- habéis determinado vos cómo medir nuestras fuerzas. ¿Estáis de acuerdo en que sea yo quien proponga algo ahora?

Hynreck el Héroe asintió en silencio.

-Es una prueba de valor -continuó Bastián. Hynreck el Héroe hizo un esfuerzo por dominarse.

-¡No hay nada que pueda asustarme!

-Entonces -contestó Bastián- propongo que compitamos atravesando a nado el Lago de las Lágrimas. Ganará quien llegue antes a la orilla.

En toda la plaza reinó un silencio sofocado.

Hynreck el Héroe se puso alternativamente rojo y pálido.

-Eso no es una prueba de valor -balbuceó-. Es un desatino.

-Yo -respondió Bastián- estoy dispuesto a hacerlo. ¡De manera que vamos!

Hynreck el Héroe perdió entonces el dominio de sí mismo.





-¡No! -gritó, dando una patada en el suelo-. Sabéis tan bien como yo que el agua de Murhu lo disuelve todo. Eso equivaldría a ir a una muerte segura.

-Yo no tengo miedo -repuso Bastián tranquilo-He atravesado el Desierto de Colores y he comido y bebido del fuego de la Muerte Multicolor y me he bañado en él. No tengo miedo a esas aguas.

-¡Mentís! -rugió Hynreck el Héroe, rojo de cólera-. Nadie en Fantasía puede sobrevivir a la Muerte Multicolor. ¡Eso lo saben hasta los niños!

-Héroe Hynreck -dijo Bastián lentamente-, en lugar de acusarme de mentiroso haríais mejor en confesar que, sencillamente, tenéis miedo.

Aquello fue demasiado para Hynreck el Héroe. Irreflexivamente, desenvainó su gran espada y atacó a Bastián. Éste dio un paso atrás y quiso pronunciar una palabra de aviso, pero Hynreck el Héroe no le dio tiempo. Trató de golpear a Bastián, y sus intenciones eran homicidas. En aquel mismo instante, la espada Sikanda saltó de su oxidada funda a la mano de Bastián y comenzó a bailar.

Lo que sucedió entonces fue tan inaudito que ninguno de los espectadores pudo olvidarlo en toda su vida. Por suerte, Bastián no podía soltar la empuñadura de la espada y tenía que seguir todos los movimientos que Sikanda ejecutaba por sí sola. Ante todo, la espada partió, pieza por pieza, la magnífica armadura de Hynreck el Héroe. Los pedazos volaron por todas partes, pero él no sufrió en su piel ni un rasguño. Hynreck el Héroe se defendía desesperado, golpeando a su alrededor como un loco, pero los relámpagos de Sikanda lo rodeaban como un torbellino de fuego, cegándolo, de forma que ninguno de sus golpes dio en el blanco. Cuando finalmente estuvo sólo en paños menores, sin dejar de intentar golpear a Bastián, Sikanda cortó literalmente su espada en pequeñas rodajas, y con tanta velocidad que los pedazos se quedaron un momento en el aire, antes de caer al suelo repiqueteando como un puñado de monedas. Hynreck el Héroe miró con los ojos muy abiertos la inútil empuñadura que tenía en la mano. Luego la dejó caer y bajó la cabeza. Sikanda volvió a su roñosa funda y Bastián pudo soltarla.

Un griterío de entusiasmo y admiración se elevó de mil gargantas en la multitud de espectadores. Éstos irrumpieron en la plaza, cogieron a Bastián, lo levantaron en hombros y lo pasearon en triunfo. El júbilo no acababa nunca. Bastián, desde su altura, buscó a Hynreck el Héroe con la mirada. Quería dirigirle unas palabras conciliadoras, porque realmente le daba pena el pobre y no había tenido intención de dejarlo en ridículo de aquella forma. Pero ya no se veía por ningún lado a Hynreck el Héroe.

Entonces se hizo de pronto la calma. La multitud retrocedió, dejando sitio. Allí estaba Atrevu, mirando a Bastián sonriente. Y también Bastián sonreía. Lo dejaron en el suelo y los dos jóvenes quedaron frente a frente, mirándose largo tiempo en silencio. Finalmente, Atreyu empezó a hablar.

-Si necesitara aún un acompañante para buscar al Salvador del reino de Fantasia, me bastaría con éste, porque vale más que cien juntos. Pero ya no necesito acompañante, porque la expedición de búsqueda no se realizará.

Se oyó un murmullo de asombro y desencanto.





-El Salvador de Fantasía no necesita nuestra protección -siguió diciendo Atreyu con voz más alta-, porque puede protegerse a sí mismo mejor de lo que podríamos hacerlo todos nosotros juntos. Y no necesitamos buscarlo ya, porque él nos ha encontrado a nosotros. No lo reconocí enseguida porque cuando lo vi en la Puerta del Espejo Mágico del Oráculo del Sur tenía un aspecto distinto... muy distinto del de ahora. Pero no he olvidado la mirada de sus ojos. Y es la misma que ahora veo. No puedo equivocarme.

Bastián movió sonriendo la cabeza y dijo:

-No te equivocas, Atreyu. Tú fuiste quien me llevaste hasta la Emperatriz Infantil para que pudiera darle un nombre nuevo. Y te doy las gracias por ello.

Un susurro respetuoso atravesó como una ráfaga de viento la multitud de espectadores.

-Nos has prometido -respondió Atreyu- decirnos también tu nombre, porque salvo la Señora de los Deseos, la de los Ojos Dorados, nadie lo sabe aún en Fantasia. ¿Quieres hacerlo?

-Me llamo Bastián Baltasar Bux.

Los espectadores no pudieron contenerse más tiempo. Su júbilo explotó en miles de exclamaciones. Muchos empezaron a bailar de entusiasmo, de forma que las pasarelas y los puentes, la plaza entera, comenzaron a balancearse.

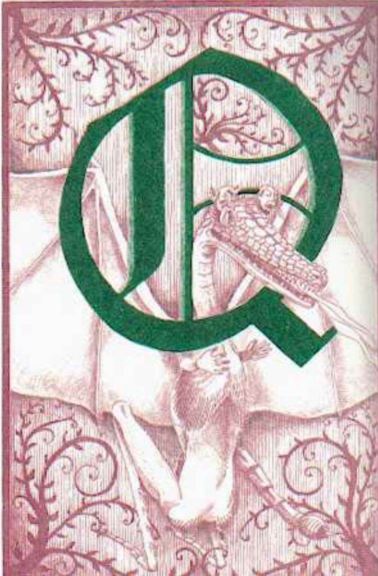
Atreyu tendió sonriendo la mano a Bastián y Bastián se la dio, y así -de la mano- entraron en el palacio, en cuya escalera de entrada los aguardaban Qüérquobad, el Anciano de Plata, y Fújur, el dragón de la suerte.

Aquella noche, la ciudad de Amarganz celebró la más hermosa fiesta que había celebrado nunca. Todo el que tenía piernas, cortas o largas, torcidas o derechas, bailaba y todo el que tenía voz, bonita o fea, profunda o alta, cantaba y reía. Cuando llegó la noche, los amargancios encendieron miles de luces de colores en sus barcos y palacios de plata. Y a la media noche se quemaron unos fuegos artificiales como nunca se habían visto, ni siquiera en Fantasia. Bastián estaba con Atreyu en el balcón, y a su izquierda y su derecha se sentaban Fújur y Qüérquobad, el Anciano de Plata, viendo cómo los penachos de colores del cielo y los miles de luces de la Ciudad de Plata se reflejaban en las aguas de Murhu, el Lago de las Lágrimas.





Un Dragón Para Hynreck El Héroe



üérquobad, el Anciano de Plata, se había quedado dormido en su sillón porque era ya noche avanzada. De esa forma se perdió la experiencia más importante y hermosa que hubiera podido tener en sus ciento siete años de existencia. Lo mismo les pasó a otros muchos en Amarganz, ciudadanos y forasteros que, agotados por la fiesta, se habían entregado al descanso. Sólo unos pocos estaban aún despiertos, y esos pocos oyeron algo que superaba en belleza a todo lo que habían oído o podrían oír nunca.

Fújur, el dragón blanco de la suerte, cantaba.

Muy alto, en el cielo de la noche, describía círculos sobre la Ciudad de Plata y el Lago de las Lágrimas, haciendo resonar su voz de campana. Era una canción sin palabras, la melodía grande y sencilla de la felicidad pura. Y a quien la oía el corazón se le abría de par en par.

Eso les pasó a Bastián y a Atreyu que, juntos se sentaban en el amplio balcón del palacio de Qüérquobad. Era la primera vez que oían cantar a un dragón de la suerte. Sin darse cuenta, se habían dado la mano y escuchaban encantados en silencio. Cada uno de los dos sabía que el otro sentía lo mismo que él: la alegría de haber encontrado un amigo. Y evitaban estorbarla con palabras.

La gran hora pasó, y el canto de Fújur se hizo poco a poco más suave, hasta que finalmente cesó.

Cuando reinó un silencio total, Qüérquobad se despertó, se incorporó y dijo disculpándose:

-Los ancianos de plata como yo necesitan dormir. Los jóvenes sois distintos. No me lo toméis a mal, pero me voy a la cama.

Le dieron las buenas noches y Qüérquobad se fue.

Otra vez se quedaron los dos amigos largo tiempo en silencio mirando al cielo de la noche, donde el dragón de la suerte seguía trazando sus círculos con movimientos ondulantes; lentos y pausados. De vez en cuando atravesaba, como una nube blanca, la luna llena.

-¿No duerme Fújur? -preguntó finalmente Bastián.





-Está durmiendo ya -dijo Atreyu en voz baja.

-¿Sin dejar de volar?

-Sí. No le gusta estar dentro de las casas, ni siquiera cuando son grandes como el palacio de Qüérquobad. Se siente oprimido y encerrado e intenta moverse con todo el cuidado que puede para no derribar ni romper nada. Sencillamente, es demasiado grande. Por eso, casi siempre duerme en el aire.

-¿Crees que me dejará también montar sobre él?

-Claro que sí -dijo Atreyu-, pero de todas formas no es muy fácil. Hay que acostumbrarse.

-Yo he montado en Graógraman -adujo Bastián. Atreyu asintió, mirándolo con admiración.

-Eso dijiste cuando la prueba de valor con Hynreck el Héroe. ¿Cómo venciste a la Muerte Multicolor?

-Tengo a AURYN -dijo Bastián.

-¿A sí? -exclamó Atreyu. Pareció muy sorprendido, pero no dijo más.

Bastián sacó de debajo de su camisa el signo de la Emperatriz Infantil y se lo enseñó a Atreyu. Éste lo contempló un rato y murmuró luego:

-Así que ahora eres tú quien lleva el Esplendor.

Su rostro le pareció a Bastián un poco reservado y por eso se apresuró a decir:

-¿Quieres llevarlo tú otra vez?

Se dispuso a quitarse la cadena.

-¡No!

La voz de Atreyu había sonado casi áspera y Bastián se detuvo perplejo. Atreyu sonrió disculpándose y repitió con suavidad:

-No, Bastián, yo lo he llevado ya tiempo suficiente.

-Como quieras -dijo Bastián. Luego le dio la vuelta al Signo.

-¡Mira! ¿Has visto esta inscripción?

-Sí que la he visto -respondió Atreyu-, pero no sé lo que dice.

-¿Por qué?





-Los pieles verdes sabemos leer rastros pero no letras.

Esta vez fue Bastián quien dijo «¿Ah sí?».

-¿Qué dice la inscripción? -quiso saber Atreyu.

-«HAZ LO QUE QUIERAS» -leyó Bastián.

Atreyu miró el Signo fijamente.

-¿De modo que es eso? -murmuró. Su rostro no expresaba emoción alguna y Bastián no podía adivinar lo que pensaba. Por eso preguntó- -Si lo hubieras sabido, ¿habrías actuado de otra forma?

-No -dijo Atreyu-, hice lo que quise.

-Eso es verdad -dijo Bastián asintiendo.

Otra vez se quedaron callados un rato.

-Tengo que preguntarte una cosa, Atreyu -dijo Bastián tomando por fin la palabra de nuevo-. Dijiste que yo tenía un aspecto distinto cuando me viste en la Puerta del Espejo Mágico.

-Sí, muy distinto.

-¿En qué sentido?

-Estabas muy gordo y pálido e ibas vestido de forma totalmente diferente.

-¿Gordo y pálido? -dijo Bastián sonriendo con incredulidad-. ¿Estás seguro de que era yo?

-¿No lo eras?

Bastián reflexionó.

-Tú me viste, eso lo sé. Pero yo he sido siempre como soy ahora.

-¿De veras?

-¡Si no fuera así, me acordaría! -exclamó Bastián.

-Sí -dijo Atreyu mirándolo pensativo-, te acordarías.

-¿No sería un espejo deformante?

Atreyu movió la cabeza.





-No lo creo.

-¿Cómo te explicas entonces que me vieras así?

-No lo sé -confesó Atreyu-. Sólo sé que no me equivoco.

Luego se quedaron otra vez en silencio largo tiempo y por fin se fueron a dormir.

Cuando Bastián estaba echado en su cama, cuyos pies y cabecera eran, naturalmente, de la más fina filigrana de plata, no podía dejar de pensar en su conversación con Atreyu. De algún modo le parecía que su victoria sobre Hynreck el Héroe y hasta su estancia con Graógraman le impresionaban menos a Atreyu desde que sabía que él tenía el Esplendor. Quizá pensaba que, en esas circunstancias, no habían tenido nada de particular. Sin embargo, Bastián quería que Atreyu lo estimase sin reservas.

Pensó mucho tiempo. Tenía que ser algo que nadie pudiera hacer en Fantasía, ni siquiera con el Signo. Algo que sólo pudiera hacer él, Bastián.

Y finalmente se le ocurrió: ¡inventar historias!

Siempre se había dicho que en Fantasía nadie podíacrear algo nuevo. Hasta la voz de Uyulala había hablado de ello. Y precisamente eso era lo que él sabía hacer especialmente bien.

¡Atreyu vería que el, Bastián, era un gran autor!

Deseó que, tan pronto como fuera posible, se presentara la ocasión de demostrárselo a su amigo. Quizá mañana mismo. Por ejemplo, podría celebrarse un concurso de historias en Amarganz, en el que Bastián eclipsaría a todos con su imaginación.

¡Mejor sería aún que todo lo que contase resultase cierto! ¿No había dicho Graógraman que Fantasía era el país de las historias y, por eso, hasta lo que había ocurrido hacía mucho tiempo podía ocurrir otra vez si aparecía en una historia?

¡Atreyu se quedaría estupefacto!

Y, mientras se imaginaba la admiración asombrada de Atreyu, Bastián se quedó dormido.

Cuando a la mañana siguiente se sentaban en el salón de gala ante un opulento desayuno, Qüérquobad, el Anciano de Plata, dijo:

-Hemos decidido organizar hoy para nuestro huésped, el Salvador de Fantasía, y para su amigo, que nos lo trajo, una fiesta muy especial. Quizá no sepas, Bastián Baltasar Bux, que los amargancios, por una viejísima tradición, somos los cantores v cuentistas de Fantasía. Nuestros niños son iniciados muy pronto en ese arte. Cuando se hacen mayores, deben viajar muchos años por todos los países y ejercer esa profesión para utilidad y provecho de todos. Por eso se nos acoge en todas partes con respeto y alegría. Sin embargo, nos preocupa una cosa: nuestro repertorio de canciones e historias -para decir la verdad- no es muy grande. Y tenemos que repartinos ese poco entre muchos. No





obstante, se dice -no sé si con razón- que en tu mundo eras conocido por tu capacidad para inventar historias. ¿Es cierto?

-Sí -dijo Bastián-. Hasta se han reído de mí poreso.

Qüérquobad, el Anciano de Plata, enarcó asombrado las cejas.

-¿Se han reído de ti porque sabías contar historias que nadie había oído nunca? ¡Cómo es posible! Ninguno de nosotros es capaz de hacerlo y todos nosotros, yo y mis con ciudadanos, te quedaríamos indeciblemente agradecidos si quisieras ofrecernos algunas historias nuevas. ¿Nos ayudarás con tu talento?

-¡Con mucho gusto! -respondió Bastián.

Después del desayuno salieron a la escalera del palacio de Qüérquobad, donde aguardaba ya Fújur.

Entretanto, en la plaza se había congregado una gran multitud, pero esta vez había pocos de los forasteros que habían venido a la ciudad para el torneo. En su mayor parte, la multitud se componía de amargancios, hombres, mujeres y niños, todos ellos bien parecidos y de ojos azules y todos con elegante vestimenta de plata. La mayoría tenía instrumentos de cuerda hechos de plata, arpas, liras, guitarras o laúdes, con los que pensaban acompañar su representación, porque todos ellos tenían la esperanza de poder exhibir su arte ante Bastián y Atreyu.

Otra vez habían colocado sillones; Bastián tomó asiento en el centro entre Qüérquobad y Atreyu. Fújur se colocó detrás. Entonces Qüérquobad dio una palmada y dijo en el silencio que se hizo:

-El gran autor va a complacer nuestros deseos. Nos va a contar historias nuevas. Por lo tanto, amigos, ¡haced cuanto podáis para animarlo!

Todos los amargancios de la plaza se inclinaron profundamente en silencio. Luego se adelantó el primero y comenzó a recitar. Después de él vinieron otros y otros. Todos tenían voces hermosas y sonoras y lo hacían muy bien.

Las historias, poesías y canciones que presentaron eran emocionantes, alegres o también tristes, pero exigirían aquí demasiado espacio. Deben ser contadas en otra ocasión. En total fueron unas cien diferentes. Después comenzaron a repetirse. Los amargancios que intervenían no podían ofrecer más que lo que sus predecesores habían hecho ya oír.

Sin embargo, Bastián estaba cada vez más excitado, porque aguardaba el momento en que le tocaría a él. Su deseo de la noche anterior se había cumplido al pie de la letra. Apenas podía soportar su propia impaciencia por que también todos sus demás deseos se cumplieran. Miró a Atreyu de soslayo, pero éste se sentaba con expresión impasible y escuchaba. No podía apreciarse en él ninguna emoción.

Finalmente, Qüérquobad, el Anciano de Plata, pidió a sus conciudadanos que se interrumpieran. Se volvió suspirando hacia Bastián y habló:

-Como ya te dije, Bastián Baltasar Bux, nuestro repertorio, por desgracia, es muy pequeño. No es culpa nuestra que no tenga más historias. Ya ves que hacemos lo que podemos. ¿Nos ofrecerás alguna de las tuyas?

-Os regalaré todas las historias que he inventado -dijo Bastián generosamente- porque puedo inventarme las que quiera. Muchas de ellas se las conté a una niña llamada Kris Ta, pero la mayoría sólo me las he contado a mí mismo. Por lo tanto, nadie las conoce aún. Sin embargo, harían falta semanas y meses para contarlas todas y no puedo quedarme tanto tiempo con vosotros. Por eso os voy a contar una historia en la que están contenidas todas las demás. Se llama «La historia de la Biblioteca de Amarganz» y es muy corta.

Reflexionó un poco y comenzó al azar:

-«En tiempos muy remotos vivía en Amarganz una Anciana de Plata llamada Quana, que reinaba en la ciudad. En aquellos tiempos antiquísimos no existía Murhu, el Lago de las Lágrimas, ni estaba hecha Amarganz de la plata especial que resiste a sus aguas. Todavía era una ciudad completamente corriente, con casas de piedra y madera. Y estaba en un valle, entre colinas de bosques.

Quana tenía un hijo llamado Qüin, que era un gran cazador. Un día, Qüin vio en los bosques un unicornio que tenía una piedra luminosa en la punta de su cuerno. Mató al animal y se llevó la piedra a casa. Sin embargo, con ello atrajo una gran desgracia sobre la ciudad de Amarganz. Sus habitantes tuvieron cada vez menos hijos. Si no encontraban la salvación, estaban condenados a extinguirse. Pero no era posible volver a la vida al unicornio y nadie sabía qué hacer.

Quana, la Anciana de Plata, envió mensajeros al Oráculo del Sur, que entonces existía todavía, a fin de que Uyulala le dijera lo que se debía hacer. No obstante, el Oráculo del Sur estaba muy lejos. El mensajero había sido un joven al salir y cuando volvió era muy anciano. Quana, la Anciana de Plata, había muerto hacía mucho tiempo y, entretanto, la había sucedido su hijo Qüin. También él, naturalmente, era viejísimo, lo mismo que todos los demás amargancios. Sólo había una pareja de niños, un chico y una chica. Él se llamaba Aqüil y ella Muqua.

El mensajero hizo saber lo que le había manifestado la voz de Uyulala: Amarganz sólo podría subsistir si se convertía en la ciudad más hermosa de toda Fantasía. Únicamente de esa forma quedaría reparado el crimen de Qüin. No obstante, los amargancios sólo podrían lograrlo con ayuda de los ayayai, que son los seres más feos de Fantasía. Se les llama también «los que siempre lloran» porque, por el pesar que les causa su propia fealdad, derraman lágrimas continuamente. Sin embargo, precisamente con esos torrentes de lágrimas lavan esa plata especial de las profundidades de la tierra y hacen con ella la más maravillosa de las filigranas.

Entonces todos los amargancios fueron a buscar a los ayayai, pero no pudieron encontrar a ninguno porque viven en las profundidades de la tierra. Finalmente sólo quedaron Aqüil y Muqua. Todos los demás habían muerto y, entretanto, lo dos habían crecido. Y los dos juntos lograron encontrar a los ayayai y convencerlos para que hicieran de Amarganz la ciudad más hermosa de toda Fantasía.





Así construyeron los ayayai la primera embarcación de plata y, sobre ella, un pequeño palacio de filigrana, y pusieron la embarcación en la plaza del mercado de la despoblada ciudad. Luego orientaron bajo tierra sus torrentes de lágrimas de forma que, como fuentes, afloraran en el valle que había entre las colinas pobladas de bosques. El valle se llenó de aguas amargas y se convirtió en Murhu, el Lago de las Lágrimas, en el que flotaba el primer palacio de plata. Y allí vivieron Aqüil y Muqua.

Los ayayai habían puesto una condición a la joven pareja: que ésta y todos sus descendientes se dedicasen a cantar canciones y contar cuentos. Y mientras lo hicieran, los ayayai los ayudarían, porque de esa forma participarían también y su fealdad contribuiría a hacer algo bello.

Por eso Aqüil y Muqua fundaron una biblioteca -la famosa Biblioteca de Amarganz- en la que reunieron todas mis historias. Comenzaron por ésta que acabáis de oír, pero poco a poco fueron añadiendo todas las que he contado alguna vez, y finalmente fueron tantas que ni aquellos dos ni sus numerosos descendientes que hoy pueblan la ciudad podrían agotarlas nunca.

El que Amarganz, la más hermosa ciudad de Fantasía, siga existiendo hoy se debe a que los ayayai y los amargancios han cumplido su mutua promesa... aunque ninguno de los dos sabe ya nada de los otros. Sólo el nombre de Murhu, el Lago de las Lágrimas, recuerda todavía lo que ocurrió en tiempos remotos.»

Cuando Bastián hubo terminado, Qüérquobad, el Anciano de Plata, se levantó de su sillón. En su rostro se dibujaba una sonrisa transfigurada.

-Bastián Baltasar Bux -dijo-, nos has dado algo más que una historia y algo más que todas las historias. Ahora sabemos cuál es el origen de Murhu y de nuestros barcos y palacios de plata que flotan en el lago. Ahora sabemos por qué, desde los tiempos antiguos, somos un pueblo de cantores de canciones y narradores de historias. Y, sobre todo, sabemos lo que contiene el edificio grande y redondo que hay en nuestra ciudad y en el que ninguno de nosotros ha entrado porque, desde tiempos inmemoriales, permanece cerrado. Contiene nuestro mayor tesoro y hasta ahora no lo sabíamos. ¡La Biblioteca de Amarganz!

El propio Bastián estaba impresionado por el hecho de que lo que acababa de contar se hubiera hecho realidad (¿o lo hubiera sido siempre? Graógraman, probablemente, habría dicho: ¡las dos cosas!). De todas formas, quiso convencerse por sus propios ojos.

-¿Dónde está ese edificio? -preguntó.

-Te lo enseñaré -dijo Qüérquobad y, volviéndose a la multitud, gritó: -¡Venid todos! ¡Quizá presenciemos hoy otras maravillas aún!

Una larga comitiva, a cuya cabeza iba el Anciano de Plata con Atreyu y Bastián, se puso en movimiento por las pasarelas que unían los barcos de plata y, finalmente, se detuvo ante un gran edificio que se alzaba sobre un barco redondo y tenía la forma de una enorme caja de plata. Sus paredes exteriores eran lisas y sin adornos, y tampoco tenía ventanas. Sólo había una gran puerta, pero estaba cerrada.





En el centro de la hoja de la puerta, lisa y de plata, había una piedra en un engarce circular, que parecía un pedazo de cristal. Encima estaba la siguiente inscripción:

«Arrancado al cuerno del unicornio, me he apagado.
Mantengo el portón cerrado hasta que mi luz despierte
quien por mi nombre me llame.
Cien años lo alumbraré
guiándolo en las tinieblas profundas
del Minroud de Yor.
Mas si dijera mi nombre otra vez
desde el final al principio,
despediría en un solo instante
la luz de cien años.»

-Ninguno de nosotros -dijo Qüérquobad- ha podido interpretar esa inscripción. Ninguno de nosotros sabe lo que significan las palabras el Minroud de Yor. Ninguno ha descubierto hasta ahora el nombre de la piedra, aunque todos lo hemos intentado una y otra vez. Pero todos nosotros podemos utilizar únicamente nombres que ya existen en Fantasía. Y como son los nombres de otras cosas, nadie ha podido hacer lucir la piedra, abriendo así la puerta. ¿Podrías encontrar tú ese nombre, Bastián Baltasar Bux?

Se hizo un silencio profundo y expectante. Todos, amargancios y no amargancios, contuvieron el aliento.

-¡Al-Tsahir! -gritó Bastián.

En el mismo instante, la piedra se encendió de pronto, saltando directamente de su engarce a la mano de Bastián. La puerta se abrió.

Un «¡ah!» de asombro salió de mil gargantas. Bastián, con la piedra luminosa en la mano, atravesó la puerta, seguido de Atreyu y de Qüérquobad. Tras ellos se abrió paso la multitud.

La gran sala redonda estaba oscura y Bastián levantó en alto la piedra. Su luz era, desde luego, más clara que la de una vela, pero no bastaba para iluminar la estancia. Sólo se veía que, a lo largo de las paredes y hasta una altura de muchas plantas, había libros y más libros.

Se trajeron lámparas y pronto estuvo iluminada la estancia entera. Entonces se vio que las estanterías de alrededor estaban divididas en diversos departamentos con rótulos indicadores. «Historias divertidas», por ejemplo, o «Historias emocionantes» o «Historias serias» o «Historias cortas», y así sucesivamente.

En el centro de la redonda sala había en el suelo una gran inscripción que no podía pasar inadvertida:

BIBLIOTECA
DE LAS OBRAS COMPLETAS
DE BASTIÁN BALTASAR BUX





Atreyu lo miraba todo con los ojos muy abiertos. Estaba tan dominado por el asombro y la admiración que podían leerse sus emociones de una forma más que clara. Y Bastián se alegró de ello.

-¿Todo esto -preguntó Atreyu señalando con el dedo a su alrededor-, todo esto son historias que tú has inventado?

-Sí -dijo Bastián metiéndose a Al-Tsahir en el bolsillo.

Atreyu lo miró desconcertado.

-Eso -reconoció- no lo puedo entender.

Los amargancios, naturalmente, se habían lanzado hacía tiempo ansiosamente sobre los libros, los hojeaban, se los leían mutuamente, y muchos se sentaban simplemente en el suelo y empezaban a aprenderse ya algunos pasajes de memoria.

La noticia del gran acontecimiento, desde luego, se había extendido por toda la Ciudad de Plata como un reguero de pólvora, tanto entre los nativos como entre los forasteros.

Bastián y Atreyu salían precisamente de la biblioteca al aire libre, cuando vinieron a su encuentro los caballeros Hykrion, Hysbald y Hydorn.

-Mi señor Bastián -dijo el pelirrojo Hysbald que, evidentemente, no era sólo el más ágil con la espada, sino también con la lengua-, hemos sabido de las incomparables facultades que habéis mostrado en este día. Por eso queremos rogaros que nos toméis a vuestro servicio y nos dejéis acompañaros en vuestros futuros viajes. Cada uno de nosotros aspira a tener su propia historia. Y aunque, indudablemente, no necesitáis nuestra protección, podría seros útil tener a vuestro servicio tres caballeros diestros y capaces. ¿Lo permitís?

-De buena gana -respondió Bastián-. Cualquiera se sentiría orgulloso de semejante compañía.

Entonces los tres caballeros quisieron, sin falta y allí mismo, prestar juramento de fidelidad sobre la espada de Bastián, pero él los rechazó.

-Sikanda -les explicó- es una espada mágica. Nadie que no haya comido y bebido del fuego de la Muerte Multicolor y se haya bañado en él puede tocarla sin peligro para su vida o su integridad física.

De modo que los caballeros tuvieron que contentarse con un amistoso apretón de manos.

-¿Y qué pasa con Hynreck el Héroe? -preguntó Bastián .

-Está totalmente hundido -dijo Hykrion.

-Es a causa de su dama -añadió Hydorn.





-Tendríais que ocuparos de él -concluyó Hysbald.

De forma que -los cinco- se pusieron en camino hacia la posada en que al principio se habían alojado y en donde Bastián había dejado a la vieja Yicha en el establo.

Cuando entraron en la sala de la posada, sólo se sentaba en ella un hombre. Estaba echado sobre la mesa y enterraba las manos en sus cabellos rubios. Era Hynreck el Héroe.

Evidentemente, había llevado con él en su equipaje una armadura de repuesto, porque ahora vestía un atavío algo mas sencillo que el que el día anterior había quedado despedazado en el combate con Bastián.

Cuando Bastián lo saludó, Hynreck se incorporó y miró fijamente a los dos jóvenes. Tenía los ojos enrojecidos. Bastián le preguntó si podía sentarse con él; Hynreck se encogió de hombros, asintió y se hundió otra vez en su banco. Ante él, sobre la mesa, había una hoja de papel que parecía haber sido arrugada y alisada varias veces.

-Quería informarme de vuestro estado -comenzó a decir Bastián-. Siento haberos causado molestias.

Hynreck el Héroe movió la cabeza.

-Estoy acabado -profirió con voz ronca-. ¡Tomad, leed vos mismo!

Empujó hacia Bastián la hoja:

«Sólo quiero al mejor», ponía en ella, «y vos no lo sois. Así pues, ¡adiós!»

-¿De la Princesa Oglamar? -preguntó Bastián.

Hynreck el Héroe asintió.

-Inmediatamente después de nuestro combate se hizo llevar a la orilla con su palafrén. ¿Quién sabe dónde estará ahora? Nunca la volveré a ver. ¡Qué voy a hacer en el mundo!

-¿No podéis buscarla?

-¿Para qué?

-Para hacerla cambiar de opinión tal vez.

Hynreck el Héroe soltó una risa amarga.

-No conocéis a la Princesa Oglamar. Me he entrenado durante más de diez años para aprender cuanto sé. He renunciado a todo lo que hubiera podido perjudicar mi forma física. Con disciplina de hierro, he aprendido esgrima con los mejores maestros y toda clase de luchas con los luchadores más fuertes, hasta vencerlos a todos. Puedo correr más aprisa que un caballo, saltar más alto que un ciervo, soy el mejor en todo o, mejor dicho... lo era hasta ayer. Al principio, ella no se dignaba dirigirme la mirada, pero

luego, poco a poco, se despertó su interés por mis habilidades. Podía esperar ya ser elegido... pero ahora todo es inútil. ¿Cómo podré vivir sin esperanza?

-Quizá -dijo Bastián- no deberíais dar tanta importancia a la Princesa Oglamar. Sin duda hay otras que os gustarían tanto como ella.

-No -respondió Hynreck el Héroe-, me gusta la Princesa Oglamar precisamente porque sólo se contenta con el mejor.

-Entonces -dijo Bastián perplejo-, la cosa, desde luego, es difícil. ¿Qué podemos hacer? ¿Y si probarais a impresionarla de otra forma? ¿Como cantor, por ejemplo, o como poeta?

-Soy un héroe -contestó Hynreck un tanto irritado- y no conozco ni quiero tener otra profesión. Yo soy como soy.

-Ya veo -dijo Bastián.

Todos callaron. Los tres caballeros miraban a Hynreck el Héroe compasivamente. Podían comprender lo que le pasaba. Finalmente, Hysbald carraspeó y dijo en voz baja, dirigiéndose a Bastián:

-Para vos, señor Bastián, no sería muy difícil ayudarlo.

Bastián miro a Atreyu, pero éste tenía otra vez el rostro impenetrable.

-Alguien como Hynreck el Héroe -añadió Hydorn-no tiene nada que hacer si no hay monstruos a la vista. ¿Comprendéis?

Bastián seguía sin comprender.

-Los monstruos -dijo Hyknon atusándose el enorme bigote negro- son necesarios para que un héroe pueda ser héroe. -Y al decirlo le guiñó un ojo a Bastián.

Bastián comprendió por fin.

-Oíd, Héroe Hynreck -dijo-: al proponer que ofrecierais vuestro corazón a otra dama, sólo quería poner a prueba vuestra constancia. La realidad es que la Princesa Oglamar necesita vuestra ayuda y que nadie más que vos puede salvarla.

Hynreck el Héroe era todo oídos.

-¿Habláis en serio, mi señor Bastián?

-Totalmente en serio: enseguida os convenceréis. En efecto, la Princesa Oglamar ha sido asaltada y raptada hace pocos minutos.

-¿Por quién?





-Por uno de los monstruos más horribles que hay en Fantasia: el dragón Smerg. La Princesa iba cabalgando por un claro del bosque cuando el espantajo la vio, se precipitó desde el aire sobre ella, la arrancó de su palafrén y se la llevó.

Hynreck se puso en pie de un salto. Sus ojos comenzaron a brillar y sus mejillas a arder. Batió palmas de alegría. Sin embargo, el resplandor de sus ojos se apagó luego y volvió a sentarse.

-Desgraciadamente, no puede ser -dijo afligido-. Ya no hay dragones en ninguna parte.

-Olvidáis, Héroe Hynreck -explicó Bastián- que vengo de muy lejos... de mucho más lejos de donde vos habéis estado nunca.

-Eso es cierto -corroboró Atreyu, mezclándose por primera vez.

-¿Y realmente ha sido raptada por ese monstruo? -exclamó Hynreck el Héroe. Luego apretó ambas manos contra su corazón y suspiró: -Oh mi adorada Oglamar, cuánto debes sufrir. Pero no temas: tu caballero se acerca, ¡está ya en camino! Decidme, ¿qué debo hacer? ¿A dónde debo dirigirme? ¿De qué se trata?

-Muy lejos de aquí -comenzó Bastián- hay un país llamado Mórgul o el País del Fuego Frío, porque en él las llamas son más frías que el hielo. Cómo podéis encontrar ese país no os lo puedo decir: debéis hallarlo vos mismo. En el centro del país hay un bosque petrificado llamado Wodgabay. Y a su vez, en el centro del bosque petrificado se encuentra Rágar, el castillo de plomo. Está rodeado de tres fosos. Por el primero corre un veneno verde, por el segundo ácido nítrico humeante, y en el tercero pululan escorpiones tan grandes como vuestros pies. No hay puentes ni pasarelas para cruzar los fosos, porque el señor que reina en el castillo de plomo de Rágar es ese monstruo alado llamado Smerg. Tiene las alas membranosas y de una envergadura de treinta y dos metros. Cuando no vuela, se sostiene derecho como un gigantesco canguro. Su cuerpo parece el de una rata sarnosa, pero tiene cola de escorpión. Hasta el más ligero roce de su aguijón venenoso es absolutamente mortal. Sus patas traseras son las de un saltamontes gigantesco, pero las delanteras, que parecen diminutas y atrofiadas, se asemejan a las manos de un niño. Sin embargo, no hay que dejarse engañar por ello, porque precisamente en esas manos tiene una fuerza terrible. Puede recoger su largo cuello como un caracol sus tentáculos, y sobre él tiene tres cabezas. Una es grande y parece de cocodrilo. Por su boca puede escupir fuego helado. Pero donde el cocodrilo tiene los ojos él tiene dos protuberancias que, a su vez, son otras dos cabezas. La derecha parece la de un anciano. Con ella puede oír y escuchar. Sin embargo, para hablar tiene la de la izquierda, que parece el rostro arrugado de una anciana.

Durante esa descripción, Hynreck el Héroe se había puesto un poco pálido.

-¿Cómo decíais que se llamaba? -preguntó.

-Smerg -repitió Bastián-. Hace de las suyas desde hace mil años ya, pues ésa es su edad. Siempre roba a una hermosa doncella, que tiene que ocuparse de llevarle la casa hasta el fin de sus días. Cuando la doncella muere, el dragón roba otra.

-¿Cómo es que no he oído hablar nunca de él?





-Smerg puede volar increíblemente lejos y aprisa. Hasta ahora ha elegido siempre otros países de Fantasia para sus correrías. Y además, sólo aparece cada medio siglo.

-¿Y nadie ha liberado hasta ahora a una cautiva?

-No, para eso haría falta un héroe excepcional.

Al oír esas palabras, las mejillas de Hynreck el Héroe enrojecieron de nuevo.

-¿Tiene Smerg algún punto vulnerable? -preguntó con interés profesional.

-¡Ah! -respondió Bastián-. Se me había olvidado casi lo más importante. En el sótano más profundo del castillo de Rágar hay un hacha de plomo. Podéis imaginaros muy bien que Smerg vigila ese hacha como a las niñas de sus ojos, si os digo que es la única arma con la que se le puede matar. Hay que cortarle con ella las dos cabezas pe-
queñas.

-¿Cómo sabéis todo eso? -preguntó Hynreck el Héroe.

Bastián no tuvo necesidad de responder, porque en aquel momento sonaron gritos de espanto en la calle:

-¡Un dragón!... ¡Un monstruo!... ¡Ahí, en elcielo!... ¡Qué horror! ¡Se aproxima a la ciudad!... ¡Sálvese quien pueda!... ¡No, no, ya tiene una víctima!

Hynreck el Héroe se precipitó a la calle y los demás lo siguieron; los últimos fueron Atreyu y Bastián.

En el cielo aleteaba algo que parecía un gigantesco murciélago. Cuando se acercó, fue como si, por un momento, una sombra fría hubiera cubierto la Ciudad de Plata. Era Smerg, y tenía exactamente el aspecto que Bastián acababa de inventarse. Con sus dos manitas atrofiadas pero terribles, sostenía a una damisela que, con todas sus fuerzas, gritaba y pataleaba.

-¡Hynreck! -se oyó en la lejanía-. ¡Socorro, Hynreck! ¡Sálvame, mi héroe!

Y un momento después había desaparecido.

Hynreck había sacado ya su corcel negro del establo y estaba sobre una de las balsas de plata que llevaban a tierra firme.

-¡Más aprisa! -se le oyó gritar al barquero-. ¡Te daré lo que quieras, pero apresúrate!

Bastián lo siguió con la mirada y murmuró:

-Espero no habérselo puesto demasiado difícil.

Atreyu lo miró de soslayo. Luego dijo en voz baja:





-Quizá fuera mejor que nos marchásemos también.

-¿A dónde?

-Por mí llegaste a Fantasía -dijo Atreyu-. Creo que debería ayudarte también a encontrar el camino de vuelta. Sin duda, alguna vez querrás volver a tu mundo, ¿no?

-¡Oh! -dijo Bastián-. En eso no he pensado todavía. Pero tienes razón, Atreyu. Naturalmente, tienes toda la razón.

-Has salvado a Fantasía -siguió diciendo Atreyu-, y me parece que a cambio has recibido mucho. Podría imaginarme que quisieras regresar ahora para devolverle la salud a tu mundo. ¿O es que hay algo que te retenga?

Y Bastián, que había olvidado que no siempre había sido fuerte, bien parecido, valiente y poderoso, respondió:

-No, no se me ocurre nada.

Atreyu miró otra vez pensativo a su amigo y añadió:

-Quizá sea un viaje largo y difícil, ¿quién sabe?

-Sí, ¿quién sabe? -convino Bastián-. Si quieres, vámonos enseguida.

Entonces se produjo una disputa breve y amistosaentre los tres caballeros, que no podían ponerse de acuerdo sobre cuál de los tres debía dejar su caballo a Bastián. Pero Bastián puso fin a la discusión, rogándoles que le regalasen a Yicha, la mula. Desde luego, ellos opinaron que una acémila así estaba por debajo de la dignidad de su señor Bastián, pero, como él insistió, finalmente cedieron.

Mientras los tres caballeros lo preparaban todo para la partida, Bastián y Atreyu volvieron al Palacio de Qüérquobad para dar las gracias al Anciano de Plata por su hospitalidad y despedirse de él. Fújur, el dragón de la suerte, aguardaba a Atreyu ante el palacio. Se puso muy contento cuando supo que iban a marcharse. Las ciudades no le caían bien, aunque fueran tan hermosas como Amarganz.

Qüérquobad, el Anciano de Plata, estaba sumido en la lectura de un libro que había sacado de la biblioteca de Bastián Baltasar Bux.

-Me hubiera gustado teneros más tiempo como huéspedes -dijo un tanto distraído-. No todos los días puede uno albergar a un autor tan importante. Pero ahora tenemos tus obras para consolarnos.

Se despidieron y salieron afuera.

Cuando Atreyu se sentó en las espaldas del dragón, le preguntó a Bastián:

-¿No querías cabalgar también sobre Fújur?





-Pronto -respondió Bastián-. Ahora me espera Yicha, y se lo he prometido.

-Entonces os aguardamos en tierra -gritó Atreyu. El dragón de la suerte se elevó por los aires y, en un momento, se perdió de vista.

Cuando Bastián volvió al albergue, los tres caballeros lo esperaban ya con los caballos y la mula, en una de las balsas, dispuestos para el viaje. Le habían quitado a Yicha las albardas, sustituyéndolas por una silla de montar ricamente adornada. La razón, sin embargo, no la supo ella hasta que Bastián se acercó y le susurró al oído:

-Ahora me perteneces, Yicha.

Y mientras la barcaza se soltaba, alejándose de la Ciudad de Plata, todavía resonó largo tiempo sobre las amargas aguas de Murhu, el Lago de las Lágrimas, el grito de alegría de la vieja mula.

Por lo demás, en lo que se refiere a Hynreck el Héroe, consiguió realmente llegar a Mórgul, el País del Fuego Frío. Penetró también en el bosque petrificado de Wodgabay y superó los tres fosos que rodeaban el castillo de Rágar. Encontró el hacha de plomo y venció a Smerg, el dragón. Luego devolvió a Oglamar a su padre, aunque ella estaba ya dispuesta a casarse con él. Pero entonces fue él quien no quiso. Sin embargo, ésa es otra historia y debe ser contada en otra ocasión.





Los Ayayai



ecia y pesadamente caía la lluvia desde unas nubes oscuras que volaban casi a la altura de las cabezas de los jinetes. Luego empezó a nevar unos copos grandes y pegajosos, y finalmente nevó y llovió a la vez. El viento tormentoso era tan fuerte que hasta los caballos tenían que inclinarse para hacerle frente. Los mantos de los jinetes pesaban húmedos, golpeando fuertemente en los lomos de las bestias.

Llevaban ya muchos días de camino y los tres últimos cabalgando por aquella meseta. El tiempo había empeorado de día en día y el suelo se había convertido en una mezcla de fango y piedras de agudos cantos que hacía la marcha cada vez más penosa. Aquí y allá había grupos de arbustos o bosquecillos doblegados por el viento, pero por lo demás no se ofrecía a los ojos variación alguna.

Bastián, que cabalgaba delante sobre la mula Yicha, iba relativamente bien, envuelto en su reluciente manto plateado. Resultó que, aunque ligero y delgado, el manto abrigaba espléndidamente y el agua formaba perlas sobre él. Hykrion, el de la figura fuerte y corpulenta, desaparecía casi dentro de un espeso manto de lana azul. Hysbald, el de los miembros finos, se había echado la gran capucha de su hábito pardo sobre los rojos cabellos. Y el capote de lona gris de Hydorn se adhería a sus miembros enjutos.

Sin embargo, los tres caballeros, a su estilo un tanto rudo, estaban de buen humor. No habían esperado que su viaje de aventuras con su señor Bastián fuera una especie de paseó dominical. De vez en cuando cantaban con fuertes voces en medio de la tormenta, con más entusiasmo que afinación, unas veces solos y otras a coro. Su canción favorita era, evidentemente, una que empezaba con las palabras:

«Cuando yo era pequeñito,
tralará con viento y lluvia...»

Según explicaron, procedía de un viajero de Fantasia de tiempos muy remotos, llamado Chéxpir o algo así.

El único del grupo al que ni la humedad ni el frío parecían hacer mella era Atreyu. Como casi siempre desde el comienzo del viaje, se adelantaba volando sobre las espaldas de Fújur, entre los jirones de nubes y por encima de ellas, para reconocer el terreno, y volvía luego para informar.





Todos ellos, incluido el dragón de la suerte, creían que estaban buscando el camino que devolvería a Bastián a su mundo. También Bastián lo creía. No sabía que, en realidad, había accedido a la propuesta de Atreyu únicamente por amistad y buena voluntad, pero que en el fondo no lo deseaba. Sin embargo, la geografía de Fantasía está determinada por los deseos, sean conscientes o no. Y como era Bastián quien tenía que decidir en qué dirección debían ir, ocurría que su camino los llevaba cada vez más profundamente hacia el interior de Fantasia... es decir, hacia el centro constituido por la Torre de Marfil. Lo que eso significaba para Bastián sólo lo sabría luego. De momento, ni él ni sus compañeros de viaje sospechaban nada.

Los pensamientos de Bastián estaban en otra parte. Ya al segundo día después de salir de Amarganz, habían encontrado en los bosque que rodeaban a Murhu el claro rastro del dragón Smerg. Una parte de los árboles estaban petrificados. Evidentemente, el monstruo se había posado allí, echando sobre los árboles el fuego helado de su garganta. Las huellas de sus enormes patas de saltamontes eran fáciles de reconocer. Y Atreyu, que sabía de eso, había encontrado también otras huellas: las del caballo de Hynreck el Héroe. Así pues, Hynreck le iba pisando los talones al dragón.

-La verdad es que no me hace ninguna gracia -había dicho Fújur medio en broma, haciendo girar sus ojos de color rubí-, porque, sea Smerg o no un espantajo, de todas formas, aunque lejano, es pariente mío.

No habían seguido el rastro de Hynreck, sino que habían tomado otra dirección, porque su objetivo era buscar el camino de regreso para Bastián.

Bastián había pensado luego en lo que había hecho realmente al inventarse un dragón para Hynreck el Héroe. Sin duda, Hynreck necesitaba algo a lo que poder enfrentarse y contra lo que poder luchar. Sin embargo, no era nada seguro que venciera. ¿Qué pasaría si Smerg lo mataba? Y, además, la Princesa Oglamar se encontraba en una situación horrible. Era verdad que siempre había sido bastante altanera, pero ¿tenía derecho por eso Bastián a ponerla en una situación tan comprometida? Y, prescindiendo de todo aquello, ¡cualquiera sabía lo que haría Smerg en Fantasia! Bastián, sin pensarlo mucho, había creado un peligro incalculable que, aun sin él, seguiría existiendo y traería quizá desgracias indescriptibles sobre muchos inocentes. La Hija de la Luna, eso lo sabía Bastián, no hacía en su reino diferencias entre malos y buenos ni entre lo hermoso y lo feo. Para ella, todas las criaturas de Fantasía eran igualmente importantes y tenían los mismos derechos. Pero él, Bastián... ¿tenía que comportarse como ella? Y, sobre todo, ¿quería hacerlo?

No, se dijo Bastián, no quería pasar a la historia de Fantasía como creador de monstruos y espantajos. Sería mucho más bonito ser conocido por su bondad y desinterés, ser para todos un modelo preclaro, ser llamado «hombre bueno» o reverenciado como «gran benefactor». Sí, eso era lo que quería.

Entretanto, el terreno se había vuelto rocoso y Atreyu, que volvió sobre Fújur de un vuelo de reconocimiento, informó de que, a pocas millas, había divisado un pequeño valle encajonado que ofrecía un abrigo relativamente satisfactorio contra el viento. Si había visto bien, había en el valle incluso varias cavernas, en las que podrían encontrar refugio contra la lluvia y la nieve.





Era ya tarde avanzada y más que hora de buscar un lugar apropiado para pasar la noche. Por ello, todos se alegraron de las noticias de Atreyu y espolearon a sus cabalgaduras. El camino discurría por el fondo de un valle cerrado por peñascos cada vez más altos, que quizá fuera el lecho seco de un río. Al cabo de unas dos horas llegaron a la parte más baja del valle y encontraron realmente varias cavernas en las paredes que lo rodeaban. Eligieron la más espaciosa y se instalaron en ella tan cómodamente como les fue posible. Los tres caballeros buscaron por los alrededores leña seca y ramas desgajadas por la tempestad, y pronto una hermosa hoguera ardió en la caverna. Los mantos húmedos fueron extendidos para que se secaran, se entró a los caballos y a la mula y se los desensilló, y hasta Fújur, que normalmente prefería pasar la noche a la intemperie, se hizo un ovillo en la parte de atrás de la caverna. En el fondo, el lugar no era nada incómodo.

Mientras Hydorn, el duro, intentaba asar sobre el fuego con su larga espada un gran pedazo de carne de sus provisiones y todos, a su alrededor, lo miraban impacientes, Atreyu se volvió a Bastián y le pidió:

-¡Háblanos de Kris Ta!

-¿De quién? -preguntó Bastián sin comprender.

-De tu amiga Kris Ta, la niña a la que contabas tus historias.

-No conozco a ninguna niña que se llame así -respondió Bastián-, ¿y de dónde sacas tú que yo le contara historias?

Atreyu lo miró otra vez con aquella mirada pensativa.

-En tu mundo -dijo lentamente- contabas muchas historias... A ella y a ti mismo.

-¿Cómo lo sabes, Atreyu?

-Lo dijiste tú. En Amarganz. Y dijiste también que, por eso, se reían de ti.

Bastián miró fijamente el fuego.

-Es verdad -murmuró-, lo dije. Pero no sé por qué. No puedo recordarlo.

A él mismo le resultaba extraño.

Atreyu cambió una mirada con Fújur y asintió gravemente, como si los dos hubiesen comentado algo que ahora se confirmase. Pero no dijo nada más. Evidentemente, no quería hablar de ello delante de los tres caballeros.

-La carne está hecha -anunció Hydorn.

Cortó con el cuchillo un pedazo para cada uno y todos comieron. No se podía decir, ni con la mejor voluntad, que la carne estuviera hecha -por fuera estaba un tanto quemada y por dentro todavía cruda- pero, dadas las circunstancias, no hubiera sido oportuno mostrarse melindroso.





Durante algún tiempo todos masticaron y luego Atreyu rogó una vez más:

-¡Cuéntanos cómo llegaste hasta nosotros!

-Lo sabes -respondió Bastián-: tú me trajiste hasta la Emperatriz Infantil.

-Quiero decir antes -dijo Atreyu-. En tu mundo, ¿dónde estabas y cómo pasó todo?

Y entonces Bastián contó cómo le había robado el libro al señor Koreander y cómo se había refugiado con él en el desván del colegio y había empezado a leerlo allí. Cuando quiso empezar a contar la Gran Búsqueda de Atreyu, éste hizo un gesto negativo. No parecía interesarle lo que Bastián había leído sobre él. En lugar de ello, le interesaba muchísimo saber más detalles sobre el cómo y el por qué de la visita de Bastián a la tienda del señor Koreander y de su huida al desván del colegio.

Bastián pensó intensamente, pero no encontró ningún dato más en su memoria. Todo lo que se relacionaba con aquello -que había tenido miedo, que era gordo y débil y delicado- lo había olvidado. Sus recuerdos eran fragmentarios y esos fragmentos le parecían tan lejanos y vagos como si no se tratase de él sino de algún otro.

Atreyu le preguntó por otros recuerdos y Bastián habló de los tiempos en que su madre vivía aún, de su padre, de su casa, de su colegio y su ciudad... De todo lo que recordaba todavía.

Los tres caballeros se habían dormido ya y Bastián seguía hablando. Le extrañaba que Atreyu mostrase tanto interés precisamente por lo más corriente. Quizá dependiera de la forma en que Atreyu lo escuchaba el que también a él las cosas más corrientes y cotidianas no le parecieran poco a poco tan corrientes, sino como si encerraran un secreto del que nunca se hubiera dado cuenta.

Finalmente no supo más, no se le ocurrió nada más que contar. Era ya noche avanzada y el fuego se había consumido. Los tres caballeros roncaban suavemente. Atreyu se sentaba con el rostro impasible y parecía sumido en sus reflexiones.

Bastián se estiró, se envolvió en su manto de plata y estaba a punto de dormirse cuando Atreyu dijo suavemente:

-Se debe a AURYN.

Bastián apoyó la cabeza en una mano y miró soñoliento a su amigo:

-¿Qué quieres decir?

-El Esplendor -siguió diciendo Atreyu como si hablara consigo mismo- nos produce a nosotros un efecto distinto que a los seres humanos.

-¿De qué lo deduces?





-El Signo te da un gran poder y cumple todos tus deseos, pero al mismo tiempo te quita algo: el recuerdo de tu mundo.

Bastián reflexionó. No notaba que le faltase nada.

-Graógraman me dijo que debía seguir el camino de los deseos si quería encontrar mi Verdadera Voluntad. Y eso es lo que quiere decir la inscripción que hay en AURYN. Pero para ello tengo que ir de un deseo a otro. No puedo saltarme ninguno. De otro modo no se puede avanzar en Fantasia, dijo él. Y para eso necesito la Alhaja.

-Sí -dijo Atreyu-, la Alhaja te da el camino pero, al mismo tiempo, te quita la meta.

-Bueno -dijo Bastián despreocupado-. La Hija dela Luna debía de saber lo que se hacía cuando me dio el Signo. Te preocupas sin necesidad, Atreyu. No hay duda de que AURYN no es ninguna trampa.

-No -murmuró Atreyu-, tampoco yo lo creo.

Y al cabo de un rato añadió:

-De todas formas, es buena cosa que estemos buscando ya el camino de tu mundo. Porque lo estamos buscando, ¿verdad?

-Claro, claro -respondió Bastián medio dormido ya.

En mitad de la noche se despertó a causa de un ruido extraño. No podía explicarse qué era. El fuego se había apagado y lo rodeaba una oscuridad total. Entonces sintió la mano de Atreyu en el hombro y lo oyó susurrar:

-¿Qué es eso?

-Tampoco yo lo sé -susurró a su vez.

Se arrastraron hasta la entrada de la caverna, de donde venía el ruido, y escucharon con más atención.

Sonaba como un sollozo o llanto sofocado salido de innumerables gargantas. Sin embargo, no tenía nada de humano ni tampoco parecido alguno con los gritos de dolor de los animales. Era como un murmullo general que, a veces, crecía hasta convertirse en un suspiro, como una ola espumeante, y luego disminuía otra vez para volver a crecer al cabo de algún tiempo. Era el sonido más lastimero que Bastián había escuchado jamás.

-¡Si por lo menos se viera algo! -susurró Atreyu.

-¡Espera! -respondió Bastián-. Tengo a Al-Tsahir.

Sacó del bolsillo la piedra luminosa y la.levantó. Su luz era suave como la de una vela e iluminaba sólo débilmente la hondonada, pero el resplandor bastó para mostrar a los dos amigos un espectáculo que hizo que, por el horror, se les pusiera carne de gallina.





El valle entero estaba lleno de unos gusanos deformes, de un brazo de largo, cuya piel parecía como si estuvieran envueltos en andrajos y harapos sucios y desgarrados. Entre las arrugas podían sacar algo así como unas extremidades viscosas, semejantes a tentáculos de pulpo. Al extremo del cuerpo de cada uno de aquellos gusanos aparecían entre los harapos dos ojos, unos ojos sin párpados de los que continuamente manaban lágrimas. Ellos mismos y el valle entero estaban húmedos por tal causa.

En el momento en que la luz de Al-Tsahir los iluminó, se inmovilizaron, y entonces se pudo ver lo que hacían. En medio de ellos se levantaba una torre de la más fina filigrana de plata, más preciosa que todos los edificios que Bastián había visto en Amarganz. Muchos de aquellos seres verniculares estaban precisamente trepando a esa torre, para completarla con partes diversas. Ahora, sin embargo, todos se habían quedado inmóviles, mirando la luz de Al-Tsahir.

-¡Ay dolor, dolor! -se oyó como un susurro consternado por el valle-. ¡Nuestra fealdad se ha hecho pública! ¡Ay dolor, dolor! ¿Qué ojos son los que nos han visto? ¡Ay dolor, dolor que nosotros mismos nos hayamos visto! Seas quien fueres, instruso cruel, sé compasivo, ten piedad, ¡y aparta esa luz de nosotros!

Bastián se levantó.

-Soy Bastián Baltasar Bux -dijo-. ¿Quiénes sois vosotros?

-Somos los ayayai -fue el sonido que le llegó-¡Los ayayai! ¡Los ayayai! ¡Las criaturas más infelices de Fantasia, eso es lo que somos!

Bastián calló, mirando pasmado a Atreyu, que se puso en pie igualmente y se situó junto a él.

-Entonces -preguntó-, ¿sois vosotros los que habéis construido Amarganz, la ciudad más bella de Fantasia?

-Así es, ay -exclamaron aquellos seres-, pero aparta esa luz de nosotros y no nos mires. ¡Ten compasión!

-¿Y sois vosotros los que habéis llorado Murhu, el Lago de las Lágrimas?

-Señor -gimieron los ayayai-, es tal como tú lo dices. Sin embargo, moriremos de vergüenza y horror de nosotros mismos si nos sigues obligando a permanecer bajo tu luz. ¿Por qué aumentas nuestros padecimientos de una forma tan cruel? Nada te hemos hecho y nunca hemos ofendido a nadie con nuestra vista.

Bastián volvió a meterse en el bolsillo la piedra Al-Tsahir y se hizo una oscuridad total.

-¡Gracias! -exclamaron las voces sollozantes-. ¡Gracias por tu compasión y misericordia, señor!

-Quisiera hablar con vosotros -dijo Bastián-. Quiero ayudaros.





Casi se sentía enfermo de asco y lástima de aquellas criaturas de la desesperación. Le resultaba claro que se trataba de los seres de los que había hablado en su historia sobre el origen de Amarganz pero, como siempre, tampoco esta vez estaba seguro de si habían existido siempre o habían surgido por su causa. En este último caso, él sería, de algún modo, responsable de todo aquel sufrimiento.

Sin embargo, fuera como fuese, estaba decidido a remediar aquella cosa horrible.

-Ay -lloriquearon las voces lastimeras-, ¿quién puede ayudarnos?

-Yo -exclamó Bastián-. Tengo a ÁURYN.

Se hizo de pronto el silencio. El llanto cesó por completo.

-¿De dónde habéis salido tan repentinamente? -preguntó Bastián en la oscuridad.

-Vivimos en las profundidades sin luz de la Tierra -le llegó el murmullo de un coro de muchas voces-, para ocultar nuestro aspecto del sol. Allí lloramos continuamente nuestra existencia y lavamos con nuestras lágrimas la plata indestructible de la roca primitiva, con la que fabricamos la filigrana que has visto. Sólo en las noches más oscuras nos atrevemos a salir a la superficie y esas cavernas son nuestra salida. Aquí arriba montamos lo que hemos preparado abajo. Y precisamente esta noche era suficientemente oscura para evitarnos nuestra propia vista. Por eso estamos aquí. Con nuestro trabajo intentamos desagraviar al mundo por nuestra fealdad y encontramos en ello algún consuelo.

-¡Pero vosotros no podéis evitar ser como sois! -dijo Bastián.

-Hay muchas clases de culpa, ay -respondieron los ayayai-: por acción, por pensamiento... La nuestra es por existir.

-¿Cómo puedo ayudaros? -preguntó Bastián casi llorando de lástima.

-Ay, poderoso benefactor -exclamaron los ayayai-, que llevas a AURYN y tienes poder para salvarnos... Sólo te pedimos una cosa: ¡danos otro aspecto!

-¡Lo haré, estad tranquilos, pobres gusanos! -dijo Bastián-. Ahora deseo que durmáis y que, cuando despertéis mañana, salgáis de vuestra envoltura y os convirtáis en mariposas. ¡Seréis de muchos colores y alegres, y podréis reír y divertiros! ¡Desde mañana no os llamaréis ya ayayai, los que siempre lloran, sino schlabuffos, los que ríen siempre.

Bastián escuchó en la oscuridad, pero no se oyó nadamás.

-Se han dormido ya -cuchicheó Atreyu.

Los dos amigos volvieron a la caverna. Los caballeros Hysbald, Hydorn y Hykrion seguían roncando suavemente sin haber notado nada.

Bastián se echó a dormir.





Se sentía contentísimo de sí mismo. Pronto, Fantasia entera sabría la buena acción que acababa de realizar. Y realmente había sido desinteresada, porque nadie podría decir que había deseado algo para sí mismo. La fama de su bondad resplandecería con enorme brillo.

-¿Qué dices a eso, Atreyu? -susurró.

Atreyu calló un momento antes de responder:

-¿Qué te ha costado?

Sólo algo más tarde, cuando Atreyu dormía ya, comprendió Bastián que su amigo había aludido a sus olvidos y no a su abnegación. Pero no pensó más en ello y se durmió con un alegre presentimiento.

A la mañana siguiente lo despertaron las ruidosas exclamaciones de asombro de los tres caballeros:

-¡Mirad!... ¡Por mi vida! ¡Hasta mi jamelgo se ríe!

Bastián vio que estaban a la entrada de la caverna y que Atreyu estaba con ellos. Era el único que no se reía. Bastián se levantó y se les unió.

Por todo el valle gateaban, daban volteretas y revoloteaban las figuritas más extrañas que había visto nunca. Todas tenían en la espalda alas de polilla coloreadas e iban vestidas con toda clase de trapos a cuadros, a rayas, con círculos o de lunares, pero cada traje parecía ser demasiado estrecho o demasiado ancho, demasiado grande o demasiado pequeño y, por decirlo así, haber sido cosido al azar. Nada hacía juego con nada y por todas partes, hasta en las alas, tenían parches. Ninguno de aquellos seres se parecía a los otros, sus rostros eran de colores como los de los payasos, tenían narices redondas y coloradas o narizotas ridículas y bocas exageradas. Algunos llevaban sombreros de copa de todos los colores, otros gorros puntiagudos, unos sólo tenían tres moños de color tomate en lo alto de la cabeza y otros lucían calvas relucientes. La mayor parte de ellos se sentaban en la delicada torre de preciosa filigrana de plata o colgaban de ella, daban volteretas encima, brincaban sobre ella e intentaban destrozarla.

Bastián corrió afuera:

-¡Eh, vosotros! -gritó-. ¡Parad inmediatamente! ¡No podéis hacer eso!

Los seres se detuvieron y lo miraron desde lo alto. Uno, que estaba arriba del todo, preguntó:

-¿Qué ha dicho?

Y otro le gritó desde abajo:

-El sujeto dice que no podemos hacer eso.





-¿Por qué dice que no podemos hacerlo? -preguntó un tercero.

-¡Porque no! -gritó Bastián-. ¡No podéis romperlotodo!

-El sujeto dice que no podemos romperlo todo -comunicó la primera polilla-payaso a las otras.

-Claro que podemos -respondió otra, rompiendo un gran pedazo de la torre.

La primera volvió a gritarle a Bastián desde arriba, dando saltos al mismo tiempo como una loca:

-¡Claro que podemos!

La torre se balanceó y comenzó a crujir peligrosamente.

-¡Pero qué hacéis! -gritó Bastián. Estaba furioso y asustado, pero no sabía cómo actuar, porque aquellos seres eran realmente extraños.

-El sujeto -dijo la primera polilla volviéndose otra vez a sus compañeras- pregunta que qué hacemos.

-Es verdad, ¿qué hacemos? -quiso saber otra.

-Nos divertimos -declaró una tercera.

Entonces, todas las que había por los alrededores prorrumpieron en enormes risas y resoplidos.

-¡Nos divertimos! -le gritó desde arriba a Bastián la primera polilla, atragantándose casi de risa.

-¡Pero la torre se derrumbará si no paráis! -gritó Bastián.

-El sujeto -comunicó la primera polilla a las otras- cree que la torre se derrumbará.

-¿Y qué? -dijo otra.

Y la primera gritó desde arriba:

-¿Y qué?

Bastián estaba sin habla y, antes de que hubiera podido encontrar algo apropiado que decir, todas las polillas-payaso que colgaban de la torre comenzaron de pronto a formar en el aire una especie de corro, pero no agarrándose de la mano, sino unas de las piernas y otras del cuello; muchas daban vueltas de cabeza y todas gritaban y reían.

Lo que aquellos tipejos alados hacían era tan cómico y divertido que en contra de su voluntad, Bastián tuvo que reírse también.





-¡No podéis hacer eso! -exclamó-. ¡Es obra de los ayayai!

-El sujeto -dijo otra vez la primera polilla-payaso volviéndose a sus compinches- dice que no podemos hacer eso.

-Podemos hacerlo todo -gritó otra dando una zapateta en el aire-, todo lo que no nos está prohibido. ¿Y quién nos prohíbe nada? Somos los schlabuffos.

-¿Quién nos prohíbe nada? -exclamaron a coro todas las polillas-payaso- ¡Somos los schlabuffos!

-¡Yo! -respondió Bastián.

-El sujeto -dijo la primera polilla a las otras- dice que yo.

-¿Cómo que tú? -preguntaron las otras-. Tú no eres quién para decirnos nada.

-¡Yo no! -explicó la primera-. El sujeto dice que él.

-¿Por qué dice el sujeto que él? -quisieron saber las otras-. ¿Y quién es ese él?

-¿Quién es ese él? -gritó desde arriba la primera polilla.

-Yo no he dicho él -grito Bastián medio enfadado y medio riéndose-. He dicho que os prohíbo echar abajo la torre.

-Nos prohíbe echar abajo la torre -explicó la primera polilla a las otras.

-¿Quién? -preguntó una recién llegada.

-El sujeto -contestaron las otras.

Y la recién llegada dijo:

-Yo no conozco al sujeto. ¿Quién es?

La primera gritó:

-¡Eh, sujeto! ¿Quién eres?

-¡No soy ningún sujeto! -gritó Bastián, bastante furioso ahora-. Soy Bastián Baltasar Bux y he hecho schlabuffos de vosotras para que no lloréis ni os lamentéis más. Esta noche erais todavía unos infelices ayayai. ¡Podríais tratar a vuestro benefactor con un poco más de respeto!

Todas las polillas-payaso dejaron al mismo tiempo de saltar y bailar y volvieron sus miradas hacia Bastián. Reinó de pronto un silencio sofocado.





-¿Qué ha dicho el sujeto? -susurró una polilla que estaba más lejos, pero la que estaba a su lado le dio un golpe en el gorro, que se le hundió hasta las orejas. Todas las demás hicieron-: ¡Pst!

-¿Quieres repetir eso lenta y detenidamente? -pidió la primera polilla de forma marcadamente cortés.

-¡Soy vuestro benefactor! -exclamó Bastián.

Entonces se produjo una excitación realmente ridícula entre las polillas-payaso; cada una se lo decía a otra y finalmente todas las innumerables figuras que hasta entonces estaban repartidas por el valle bulleron y revolotearon aglomerándose en torno a Bastián, mientras se gritaban mutuamente:

-¿Habéis oído? ¿Habéis comprendido? ¡Es nuestro fenebactor! ¡Nastibán Baltibux! ¡No, Buxián Fanebector! ¡Qué va! ¡Sarafac Buxibén! ¡No, Baldrián Fix! ¡Tux! ¡Babeltrán Bacfenetor! ¡Nix! ¡Flax! ¡Trix!

Todas parecían fuera de sí de entusiasmo. Se daban mutuamente la mano, se saludaban con el sombrero y se golpeaban las espaldas y los estómagos, levantando grandes nubes de polvo.

-¡Qué potra tenemos! -gritaban-. ¡Viva Buxfactor Sanidad Baxtibén!

Y sin dejar de gritar y reír, todo el enorme enjambre se dispersó en las alturas formando remolinos. El ruido se perdió a lo lejos.

Bastián se quedó allí, sin saber casi cómo se llamaba de verdad.

No estaba tan seguro ya de haber hecho una buena obra.





Compañeros De Viaje



esgadamente caían los rayos del sol a través de la oscura cubierta de nubes cuando partieron aquella mañana. La lluvia y el viento había cesado por fin; dos o tres veces atravesaron aún los caballeros durante la mañana aguaceros cortos y violentos, pero luego el tiempo mejoró a ojos vistas, haciéndose marcadamente más caluroso.

Los tres caballeros estaban de humor muy expansivo, bromeaban y reían y se gastaban mutuamente toda clase de chanzas. Sin embargo, Bastián, ensimismado, cabalgaba en silencio sobre su mula. Y los tres caballeros, naturalmente, lo respetaban demasiado para distraerlo de sus pensamientos. La región que atravesaban seguía siendo aquella meseta rocosa que parecía no tener fin. Sólo el arbolado se hacía poco a poco más espeso y más alto.

Atreyu, que siguiendo su costumbre los precedía volando sobre Fújur e informaba también sobre lo que pasaba en otros puntos de la comarca, había notado ya al salir el talante meditabundo de Bastián. Le preguntó al dragón de la suerte qué podía hacer para animar a su amigo. Fújur revolvió sus ojos de color rubí y dijo:

-Es muy fácil: ¿no quería montar sobre mis espaldas?

Cuando la pequeña comitiva, poco tiempo después, dobló una arista rocosa, Atreyu y el dragón de la suerte la esperaban. Los dos se habían echado cómodamente al sol y parpadearon al ver a los que llegaban.

Bastían se detuvo y los contempló:

-¿Estáis cansados? -preguntó.

-En absoluto -respondió Atreyu-. Sólo quería preguntarte si me dejarías montar en Yicha un rato. Nunca he cabalgado sobre una mula. Debe de ser estupendo porque tú no te cansas. Dame ese gusto, Bastián. Entretanto te presto al viejo Fújur.

Las mejillas de Bastián enrojecieron de contento.

-¿Es verdad eso, Fújur? -preguntó-. ¿Me llevarás?





-¡Con mucho gusto, muy poderoso sultán! -retumbó el dragón de la suerte guiñándole un ojo-. ¡Sube y agárrate bien!

Bastián se acordaba todavía de la cabalgada sobre Graógraman a través del Desierto de Colores. Pero cabalgar sobre un dragón de la suerte blanco era distinto. Si correr a toda velocidad sobre el poderoso león de fuego había sido como una embriaguez y un grito, el suave subir y bajar del flexible dragón era como una canción, tan pronto tierna y delicada como poderosa y radiante. En especial, cuando Fújur rizaba el rizo con la velocidad del rayo mientras su melena, las barbas de su boca y los largos flecos de sus miembros ondulaban como llamas blancas, su vuelo parecía el canto de los aires del cielo. El manto de plata de Bastián tremolaba en el viento, resplandeciendo al sol como una estela de mil chispas.

Hacia el mediodía aterrizaron junto a los otros, que entretanto habían acampado en una altiplanicie iluminada por el sol por la que corría un arroyuelo. Sobre el fuego humeaba ya un caldero de sopa, y para acompañarla había pan de maíz. Los caballos y la mula, apartados, pastaban en un prado.

Después de la cena, los tres caballeros decidieron ir de caza. Las provisiones de viaje se estaban acabando, sobre todo la carne. Durante el camino habían oído a los faisanes gritar entre los árboles. Y también parecía haber liebres. Le preguntaron a Atreyu si no quería ir con ellos, ya que, como piel verde, debía de ser un cazador apasionado. Pero Atreyu, dándoles las gracias, declinó la invitación. De forma que los tres caballeros cogieron sus fuertes arcos, se ataron a la espalda las aljabas de flechas y se dirigieron al cercano bosquecillo. Atreyu, Fújur y Bastián se quedaron solos.

Tras un corto silencio, Atreyu propuso:

-Bastián, ¿por qué no nos hablas otra vez un poco de tu mundo?

-¿Qué os interesaría saber? -preguntó Bastián.

-¿Qué opinas tú, Fújur? -dijo Atreyu dirigiéndose al dragón de la suerte.

-Me gustaría oír algo sobre los niños de tu colegio -respondió el dragón.

-¿Qué niños? -Bastián estaba asombrado.

-Los que se burlaban de ti -explicó Fújur.

-¿Los niños que se burlaban de mí? -repitió Bastián más asombrado todavía-... No sé de qué niños me hablas... y, desde luego, nadie se hubiera atrevido a burlarse de mí.

-Pero que ibas al colegio -objetó Atreyu- lo recuerdas, ¿no?

-Sí -dijo Bastián pensativamente-, me acuerdo de un colegio, es verdad.

Atreyu y Fújur cambiaron una mirada.

-Me lo temía -murmuró Atreyu.





-¿Qué?

-Has perdido otra vez una parte de tus recuerdos -respondió Atreyu seriamente-. Esta vez tiene que ver con la transformación de los ayayai en schlabuffos. No hubieras debido hacerlo.

-Bastián Baltasar Bux -se oyó decir al dragón de la suerte, y su voz casi sonaba solemne-, si das algún valor a mi consejo, no utilices a partir de ahora el poder que AURYN te da. De otro modo, correrás el peligro de olvidar hasta tus últimos recuerdos... ¿y cómo podrás entonces volver al sitio de donde viniste?

-En realidad -confesó Bastián después de pensar un poco-, no tengo ninguna gana de volver allí.

-¡Pero tienes que hacerlo! -exclamó Atreyu horrorizado-. Tienes que volver e intentar poner orden en tu mundo, a fin de que otra vez vengan los hombres a Fantasia. Si no, más pronto o más tarde Fantasia se hundirá de nuevo, ¡y todo habrá sido inútil!

-Al fin y al cabo, todavía estoy aquí -dijo Bastián un poco molesto-. No hace tanto que le he dado a la Hija de la Luna su nuevo nombre.

Atreyu calló.

-En cualquier caso -dijo Fújur mezclándose otra vez en la conversación-, ahora está claro por qué no hemos encontrado el menor indicio de cómo podrá regresar Bastián. ¡Si no lo desea... !

-Bastián -dijo Atreyu casi implorante-, ¿no hay nada que te impulse a volver? ¿No hay allí algo que quieras? ¿No piensas en tu padre, que sin duda te espera y se preocupa por ti?

Bastián movió la cabeza.

-No lo creo. Hasta es posible que se alegre de haberse librado de mí.

Atreyu miró a su amigo estupefacto.

-Al oíros hablar así -dijo Bastián resentido-, casi podría pensar que queréis libraros de mí también.

-¿Qué quieres decir? -preguntó Atreyu con voz opaca.

-Bueno -respondió Bastián-, al parecer sólo tenéis una preocupación: hacer que yo desaparezca de Fantasia, a ser posible pronto.

Atreyu miró a Bastián y movió lentamente la cabeza.

Durante mucho tiempo, ninguno de los tres dijo palabra. Bastián empezaba ya a lamentar el haberles hecho reproches. Sabía que no eran fundados.





-Creía -dijo en voz baja Atreyu al cabo de un rato- que éramos amigos.

-Sí -exclamó Bastián-, lo somos y lo seremos siempre. Perdonadme: he dicho una tontería.

Atreyu sonrió:

-Tú también tienes que perdonarnos si te hemos irritado. No era nuestra intención.

-En cualquier caso -dijo Bastián conciliadoramente-, seguiré vuestro consejo.

Más tarde volvieron los tres caballeros. Habían cazado una perdiz, un faisán y una liebre. Todos levantaron el campo y continuaron el viaje. Bastián cabalgaba otra vez sobre Yicha.

Por la tarde llegaron a un bosque, formado sólo por troncos derechos y muy altos. Eran de coníferas, y formaban a gran altura una cubierta verde tan espesa que apenas llegaba algún rayo de sol al suelo. Quizá por ello no había maleza. Era agradable cabalgar por aquel suelo blando y liso. Fújur se había resignado a andar con la comitiva, porque si hubiera volado con Atreyu sobre las copas de los árboles habrían perdido inevitablemente a los otros.

Durante toda la tarde anduvieron entre los altos troncos, en la luz crepuscular de color verde oscuro. Hacia la noche encontraron en una colina las ruinas de un castillo y descubrieron, entre todas las torres y muros, puentes y aposentos destruidos, una bóveda bastante bien conservada aún. Allí se instalaron para pasar la noche. Esta vez le tocó cocinar al pelirrojo Hysbald y resultó que lo hacía mucho mejor. El faisán que asó sobre el fuego sabía estupendamente.

A la mañana siguiente continuaron el camino. Durante todo el día atravesaron el bosque, que parecía ser igual por todas partes. Sólo cuando se hizo de noche observaron que, al parecer, habían descrito un gran círculo, porque otra vez se tropezaron con las ruinas del castillo del que habían salido. Sólo que esta vez se habían acercado a ellas por otro lado.

-¡Esto no me había ocurrido nunca! -dijo Hykrion retorciéndose el negro mostacho.

-¡No doy crédito a mis ojos! -opinó Hysbald, sacudiendo su roja cabeza.

-¡No puede ser! -gruñó Hydorn, entrando en las ruinas del castillo con sus piernas largas y descarnadas. Pero era así: los restos de la comida del día anterior lo demostraban.

Tampoco Atreyu y Fújur podían explicarse cómo podían haberse extraviado. Pero los dos guardaron silencio. Durante la cena -esta vez hubo asado de liebre, preparado por Hykrion de forma bastante comestible-, los tres caballeros le preguntaron a Bastián si no tenía ganas de contarles algo de sus recuerdos del mundo de donde venía. Pero Bastián se disculpó diciendo que le dolía la garganta. Como durante todo el día había permanecido silencioso, los caballeros aceptaron la disculpa. Le dieron buenos consejos sobre lo que tenía que hacer para curarse y se echaron a dormir.





Sólo Atreyu y Fújur sospecharon lo que le pasaba a Bastián.

Otra vez salieron muy de mañana, anduvieron durante todo el día por el bosque poniendo especial cuidado en seguir siempre la misma dirección... y cuando llegó la noche estaban otra vez ante las ruinas del castillo.

-¡Que el diablo me lleve! .-vociferó Hykrion.

-¡Me estoy volviendo loco! -suspiró Hysbald.

-Amigos -dijo Hydom secamente-, debemos dedicarnos a otra cosa. No servimos para caballeros andantes.

Ya la primera noche, Bastián había buscado un rincón especial para Yicha, porque a la mula le gustaba estar de vez en cuando sola sumida en sus pensamientos. La compañía de los caballos, que no hablaban entre ellos más que de sus respectivos orígenes distinguidos y de sus nobles árboles genealógicos, le molestaba. Cuando Bastián, esa noche, llevó a la mula a su sitio, ella le dijo:

-Señor, yo sé por qué no adelantamos.

-¿Cómo vas a saberlo, Yicha?

-Porque te llevo, señor. Cuando sólo se es burra a medias, una se da cuenta de todo lo imaginable.

-¿Y cuál es el motivo, según tú?

-Que no deseas continuar, señor. Has dejado de desear algo.

Bastián la miró sorprendido.

-Realmente eres un animal muy sabio, Yicha.

La mula balanceó confundida sus largas orejas.

-Sabes en qué dirección nos hemos movido realmente?

-No -dijo Bastián-, ¿lo sabes tú?

Yicha asintió.

-Hasta ahora nos hemos dirigido siempre hacia el

centro de Fantasía. Esa era nuestra dirección.

-¿Hacia la Torre de Marfil?

-Sí, señor. Y mientras mantuvimos esa dirección avanzamos mucho.





-No puede ser -dijo Bastián dudoso-, Atreyu lo hubiera notado y Fújur con mayor razón. Y ninguno de los dos lo sabe.

-Las mulas -dijo Yicha- somos criaturas sencillas y, desde luego, no podemos compararnos con los dragones de la suerte. Pero hay algunas cosas que sí sabemos hacer, señor. Y una de ellas es orientarnos. Es algo innato en nosotras. Nunca nos equivocamos. Por eso estoy segura de que querías dirigirte hacia la Emperatriz Infantil.

-Hacia la Hija de la Luna... -murmuró Bastián-. Sí, me gustaría verla otra vez. Ella me dirá lo que debo hacer.

Luego acarició el morro blanco de la mula y susurró:

-Gracias, Yicha, ¡gracias!

A la mañana siguiente, Atreyu se llevó aparte a Bastián.

-Escucha, Bastián: Fújur y yo tenemos que disculparnos contigo. El consejo que te dimos era bien intencionado... pero poco sensato. Desde que lo sigues, no avanzamos. Hoy hemos hablado mucho tiempo sobre ello, Fújur y yo. No saldrás de aquí, ni saldremos nosotros, mientras no desees algo otra vez. Es inevitable que, al hacerlo, olvides más cosas, pero no hay otro remedio. Sólo podemos esperar que encuentres a tiempo el camino de vuelta. Quedarnos aquí no serviría de nada. Tienes que utilizar el poder de ÁURYN y encontrar tu siguiente deseo.

-Sí -dijo Bastián-, Yicha me ha dicho lo mismo. Y ya sé cuál es mi próximo deseo. Ven, porque quiero que todos lo oigan.

Volvieron a donde estaban los otros.

-Amigos -dijo Bastián en voz alta-, hasta ahora hemos buscado inúltimente el camino que pueda devolverme a mi mundo. Me temo que, si seguimos así, nunca lo encontraremos. Por eso he decidido buscar a la única personaque puede ilustrarme al respecto. Y esa persona es la Emperatriz Infantil. Desde hoy, la meta de nuestro viaje será la Torre de Marfil.

-¡Hurra! -gritaron los tres caballeros como un solo hombre.

Pero la retumbante voz de bronce de Fújur intervino:

-¡Desecha esa idea, Bastián Baltasar Bux! ¡Lo que pretendes es imposible! ¿No sabes que a la Señora de los Deseos, la de los Ojos Dorados, sólo se la encuentra una vez? ¡Nunca la volverás a ver!

Bastián se irguió.

-¡La Hija de la Luna me debe mucho! -dijo irritado-. Y no puedo imaginarme que se niegue a recibirme.





-Tienes que saber -replicó Fújur- que sus decisiones son a veces difíciles de comprender.

-Tú y Atreyu -respondió Bastián, sintiendo cómo la cólera le subía al rostro- queréis darme consejos continuamente. Ya veis a dónde nos ha conducido el seguirlos. Ahora decidiré yo mismo. He decidido ya y mantengo mi decisión.

Tomó aire profundamente y continuó, un poco más relajado:

-Además, os basáis siempre en vosotros mismos. Sin embargo, vosotros sois criaturas de Fantasia y yo soy un hombre. ¿Cómo podéis saber que se me aplica lo mismo? Cuando Atreyu llevaba a ÁURYN, para él fue distinto que para mí. ¿Y quién devolverá la Alhaja a la Hija de la Luna si yo no lo hago? No se la encuentra por segunda vez, dices... pero yo la he encontrado ya dos veces. La primera nos vimos un momento, cuando Atreyu llegó hasta ella, y la segunda fue cuando explotó el gran huevo. Para mí todas las cosas son distintas. Y la veré por tercera vez.

Todos callaron. Los caballeros, porque no comprendían de qué trataba realmente la discusión, y Atreyu y Fújur porque, verdaderamente, se sentían inseguros.

-Sí -dijo Atreyu por fin con suavidad-, quizá sea como tú dices, Bastián. No podemos saber cómo se comportará contigo la Emperatriz Infantil.

Se marcharon todos y, al cabo de sólo unas horas, antes aún del mediodía, habían llegado al lindero del bosque. Ante ellos tenían una extensa comarca de praderas, un tanto ondulada, por la que serpenteaba un río. Cuando llegaron a él, siguieron su curso.

Atreyu, como antes, voló otra vez sobre Fújur delante del grupo de jinetes, describiendo grandes círculos a su alrededor para reconocer el terreno. Pero los dos estaban preocupados y su vuelo era menos ligero.

Cuando, una vez, se elevaron muy alto adelantándose mucho, vieron que, en la lejanía, el terreno estaba como cortado. Una depresión de la roca conducía a una llanura situada más abajo que -por lo que se podía ver- estaba espesamente poblada de árboles. El río se despeñaba allí en una majestuosa cascada. Pero los jinetes sólo alcanzarían aquel punto, como muy pronto, al siguiente día.

Regresaron.

-¿Tú crees, Fújur -preguntó Atreyu-, que a la Emperatriz Infantil le da lo mismo lo que pueda pasarle a Bastián?

-Quién sabe -respondió Fújur-, ella no hace diferencias.

-Pero entonces -siguió diciendo Atreyu- ella es realmente una...

-¡No lo digas! -le interrumpió Fújur-. Sé lo que quieres decir, pero no lo digas.

Atreyu se quedó un rato callado, antes de decir:





-Es mi amigo, Fújur. Tenemos que ayudarlo. Hasta en contra de la voluntad de la Emperatriz Infantil si hace falta. Pero, ¿cómo?

-Con suerte -respondió el dragón, y por primera vez sonó como si la campana de bronce de su voz estuviera rajada.

Aquella noche eligieron un fortín abandonado que había a la orilla del lago como lugar para pasar la noche. Para Fújur, naturalmente, era demasiado estrecho, y prefirió, como hacía tan a menudo, dormir en las alturas. También los caballos y Yicha tuvieron que quedarse fuera.

Durante la cena, Atreyu habló de la cascada y del extraño desnivel del terreno que había divisado. Luego dijo de pasada:

-Por cierto: nos siguen.

Los tres caballeros se miraron.

-¡Vaya! -exclamó Hykrion, retorciéndose el negro bigote con ganas de jaleo-. ¿Cuántos son?

-He contado siete detrás de nosotros –respondió Atreyu-, pero no podrán llegar aquí hasta mañana temprano, si cabalgan toda la noche.

-¿Van armados? -quiso saber Hysbald.

-No he podido comprobarlo -dijo Atreyu-, pero vienen más desde otras direcciones. He visto seis al Oeste y nueve al Este, y otros doce o trece se dirigen a nuestro encuentro.

-Veremos qué quieren -dijo Hydorn-. Treinta y cinco o treinta y seis no son un peligro para nosotros tres, ni mucho menos para nuestro señor Bastián y Atreyu.

Aquella noche, Bastián no se desciñó la espada Sikanda, como había hecho hasta entonces casi siempre. Durmió con la empuñadura en la mano. En sueños vio ante él el rostro de la Hija de la Luna. Ella le sonreía alentadoramente. Al despertarse, Bastián no sabía nada más, pero el sueño reforzó su esperanza de verla otra vez.

Cuando echó una mirada por la puerta del fortín, vio fuera, en la niebla matutina que subía del río, siete figuras vagas. Dos de ellas iban a pie y las otras montaban cabalgaduras diversas. Bastián despertó en voz baja a sus compañeros. Los caballeros se ciñeron las espadas y salieron juntos del refugio. Cuando las figuras que esperaban fuera vieron a Bastián, los jinetes desmontaron y luego, los siete al mismo tiempo, hincaron en tierra la rodilla izquierda. Inclinaron la cabeza y dijeron:

-¡Salve, Bastián Baltasar Bux, Salvador de Fantasia!

Los recién llegados parecían bastante extraños. Uno de los dos que no iban a caballo tenía un cuello desusadamente largo, sobre el que se asentaba una cabeza de cuatro rostros, que miraban uno en cada dirección. El primero tenía una expresión alegre, el segundo colérica, el tercero triste y el cuarto soñolienta. Cada una de las caras era rígida

e inmutable, pero él podía hacer girar hacia delante la que correspondía a su talante del momento. Se trataba de un troll de cuatro cuartos, llamado también, en algunos lugares, temperamentnik.

El otro de a pie era lo que en Fantasía se llama cefalópodo o cabezapié: un ser que consiste sólo en una cabeza que se desplaza sobre unas piernas muy largas y delgadas, pero sin tronco ni manos. Los cabezapiés van errantes y no tienen vivienda fija. Casi siempre viajan en grupos de varios centenates y tata vez se encuentra uno solitario. Se alimentan de hierbas.

El que se arrodillaba ante Bastián parecía joven y colorado. Otros tres personajes, que montaban caballos apenas mayores que cabras, eran un gnomo, una sombra picaresca y una mujer salvaje. El gnomo llevaba una diadema de oro en la frente y era, evidentemente, un príncipe. La silueta picaresca era difícil de ver, porque en realidad estaba formada sólo por una sombra que nadie proyectaba. La mujer salvaje tenía un rostro gatuno y grandes rizos dorados, que la envolvían como un manto. Todo su cuerpo estaba cubierto de piel vellosa, igualmente dorada. No era mayor que un niño de cinco años.

Otro visitante, que cabalgaba sobre un buey, procedía del país de los azafranios, que nacen cuando son viejos y mueren al llegar a bebés. Aquel tenía una larga barba blanca, una calva y un rostro lleno de arrugas; por lo tanto -juzgado con criterios azafránicos-era muy joven: aproximadamente de la edad de Bastián.

Un yinni azul había llegado a camello. Era alto y delgado y llevaba un turbante gigantesco. Su figura era humana, aunque su torso desnudo, cuajado de músculos, parecía hecho de brillante metal azul. En lugar de nariz y boca tenía en el rostro un poderoso y corvo pico de águila.

-¿Quiénes sois y qué queréis? -preguntó Hykrion un tanto bruscamente. A pesar del ceremonioso saludo, no parecía totalmente convencido del carácter inofensivo de los visitantes y era el único que no había soltado el pomo de su espada.

El troll de cuatro cuartos, que hasta entonces había mostrado su rostro soñoliento, volvió su rostro alegre hacia adelante y le dijo a Bastián, sin hacer caso alguno de Hykrion:

-Señor, somos príncipes de países muy diversos de Fantasia. Cada uno de nosotros se ha puesto en camino para saludarte y pedirte ayuda. La noticia de tu presencia ha volado de país en país, el viento y las nubes pronuncian tu nombre, las olas del mar anuncian tu fama con su murmullo y cada arroyuelo canta tu poder.

Bastián dirigió una mirada a Atreyu, pero éste miraba seria y casi severamente al troll. Ni la sonrisa más leve se dibujaba en sus labios.

-Sabemos -ahora fue el yinni azul quien tomó la palabra y su voz sonó como el grito agudo de un águila- que creaste la Selva Nocturna de Perelín y el Desierto de Colores de Goab. Sabemos que has comido y bebido del fuego de la Muerte Multicolor y que te has bañado en él, lo que no ha hecho ningún ser viviente de Fantasía, y sabemos lo que ocurrió en la Ciudad de Plata de Amarganz. Sabemos, señor, que todo lo puedes. Basta





que digas una palabra para que se haga lo que tú quieres. Por eso te invitamos a que vengas con nosotros y nos concedas la gracia de tener una historia propia. Porque ninguno de nosotros la tiene.

Bastián meditó y luego movió la cabeza.

-Lo que queréis de mí no puedo hacerlo ahora. Más adelante os ayudaré a todos. Pero antes tengo que ver a la Emperatriz Infantil. Por lo tanto, ¡ayudadme a encontrar la Torre de Marfil!

Aquellos seres no parecieron nada decepcionados. Después de deliberar brevemente entre sí, todos se mostraron muy satisfechos de la propuesta de Bastián de que le acompañaran. Y, poco tiempo después, la comitiva, que ahora parecía una pequeña caravana, se había puesto en camino.

Durante todo el día siguieron encontrando a otros recién llegados. No sólo aparecían por todas partes los mensajeros anunciados por Atreyu la víspera, sino muchos más. Había faunos de patas de cabra y enormes silfos nocturnos, elfos y duendes, jinetes que cabalgaban sobre mariquitas y trípedos, un gallo del tamaño de un hombre, con botas vueltas, y un ciervo de cornamenta dorada que andaba erguido sobre dos patas y llevaba una especie de frac. En general, entre los recién llegados había una multitud de criaturas sin ningún parecido con los seres humanos. Había, por ejemplo, hormigas cobrizas con yelmos, rocas errantes de formas caprichosas, animales-flauta que hacían música con sus largos picos, y también tres de los llamados charcadores, que se movían de una forma realmente asombrosa, ya que -por decirlo así-se licuaban a cada paso formando un charco y volvían a formarse de nuevo un poco más lejos. Con todo, el más extraño de los recién llegados era quizá un bis, cuyas partes delantera y trasera podían andar independientemente. Tenía un vago parecido con un hipopótamo, aunque a rayas blancas y rojas.

En total eran ya alrededor de un centenar. Y todos habían llegado para saludar a Bastián, el Salvador de Fantasia, y pedirle una historia propia. Pero los siete primeros les habían explicado a los que habían llegado luego que antes se dirigirían a la Torre de Marfil, y todos estaban dispuestos a acompañarlos.

Hykrion, Hysbald y Hydorn cabalgaban con Bastián a la cabeza de la comitiva, ahora ya bastante larga.

Al caer la tarde llegaron a la cascada. Y al cerrar la noche la comitiva había dejado la planicie elevada, había descendido por un serpenteante sendero de montaña y se encontraba en un bosque de orquídeas grandes como árboles. Eran unas gigantescas flores moteadas, de aspecto un tanto inquietante. Se decidió montar guardias durante la noche, por si acaso, cuando se instaló el campamento.

Bastián y Atreyu recogieron musgo, que crecía abundantemente por todas partes, y se hicieron con él una blanda cama. Fújur se enroscó en torno a los dos amigos, con la cabeza hacia dentro, de forma que los dos quedaron aislados y protegidos, como en un gran castillo de arena. El aire era caliente y estaba lleno de un extraño aroma que despedían las orquídeas y que no era muy agradable. Había algo en él que anunciaba desgracias.





La Mano Vidente



odas las flores y hojas de las orquídeas centelleaban de rocío al primer sol de la mañana cuando la caravana se puso de nuevo en marcha. Durante la noche no había ocurrido nada, salvo que se habían unido a los anteriores otros emisarios más, de forma que el tropel se componía ya de unos trescientos. Realmente era un espectáculo que valía la pena contemplar el de aquella comitiva de seres tan diversos.

Cuanto más se adentraban en el bosque de orquídeas, más formas y colores increíbles adoptaban las flores. Y pronto comprobaron los caballeros Hykrion, Hysbald y Hydorn que la impresión inquietante que les había inducido a poner centinelas no había sido totalmente injustificada. En efecto, muchas de aquellas plantas eran carnívoras, y suficientemente grandes para tragarse un ternero. Verdad era que no se movían por sí solas -en ese sentido, los centinelas habían sido innecesarios-, pero cuando se las tocaba se cerraban como grilletes de acero. Y alguna vez tuvieron que hacer uso los caballeros de sus espadas para liberar el brazo o el pie de algún compañero de viaje o a su cabalgadura, cortando la flor entera y despedazándola.

Bastián, que cabalgaba sobre Yichá, se veía constantemente rodeado de todos los seres imaginables de Fantasia, que intentaban llamar su atención o, por los menos, echarle una ojeada. Pero él cabalgaba en silencio y con rostro impenetrable. Se le había despertado de nuevo un deseo y, por primera vez, era un deseo que lo hacía parecer inabordable y hasta sombrío.

Lo que más le molestaba en el comportamiento de Atreyu y de Fújur, a pesar de la reconciliación, era el hecho incontestable de que lo trataban como a un niño incapaz, del que se sentían responsables y al que tenían que proteger y dirigir. Pensándolo bien, había sido así desde el primer día de su convivencia. ¿Por qué actuaban de ese modo? Evidentemente, se sentían superiores a él por alguna razón... aunque sus intenciones fueran buenas. Sin duda, Atreyu y Fújur lo consideraban un muchacho indefenso, necesitado de protección. ¡Y a eso Bastián no estaba dispuesto, no estaba dispuesto en absoluto! ¡No era un muchacho inofensivo! ¡Ya verían! Bastián quería ser peligroso, ¡peligroso y temido! Alguien de quien todo el mundo tuviera que guardarse... incluidos Fújur y Atreyu.

El yinni azul -que, por cierto, se llamaba Illuán- se abrió paso entre la aglomeración de personas que rodeaban a Bastián y se inclinó ante él, con los brazos cruzados sobre el pecho.





Bastián se detuvo.

-¿Qué pasa, Illuán? ¡Habla!

-Señor -dijo el yinni con su voz de águila-, he oído decir algo a nuestros compañeros de viaje recién llegados. Algunos de ellos pretenden conocer esta comarca y saber hacia donde nos dirigimos. Y todos ellos tiemblan de miedo, señor.

-¿Por qué? ¿Qué comarca es ésta?

-Este bosque de orquídeas carnívoras, señor, se llama el jardín de Oglais y pertenece al castillo encantado de Hórok, llamado también la Mano Vidente. En él vive la maga más poderosa y perversa de toda Fantasia. Su nombre es Xayide.

-Está bien -respondió Bastián-, diles a los miedosos que se tranquilicen. Estoy yo con ellos.

Illuán se inclinó otra vez y se alejó.

Poco después aterrizaron junto a Bastián Fújur y Atreyu, que se habían adelantado volando. La expedición estaba precisamente en la pausa del mediodía.

-No sé qué pensar -comenzó a decir Atreyu-. A tres o cuatro horas de camino he visto, en medio del bosque de orquídeas, una construcción que parece una gran mano que saliera del suelo. Produce una impresión bastante siniestra. Si seguimos andando en la misma dirección que hasta ahora, iremos a dar con ella.

Bastián le informó de lo que, entretanto, sabía por Illuán.

-En ese caso -opinó Atreyu-, sería más sensato cambiar de dirección, ¿no crees?

-No -dijo Bastián.

-No hay ninguna razón que nos obligue a encontrarnos con Xayide. Sería mejor evitar ese encuentro.

-Hay una -dijo Bastián.

-¿Cuál?

-Que yo lo quiero -dijo Bastián. .

Atreyu calló, mirándolo con ojos muy abiertos. Como por todas partes se arremolinaban los fantasios para ver a Bastián, la conversación no siguió.

Pero, después de la comida, Atreyu volvió y le propuso a Bastián, en tono aparentemente despreocupado:

-¿No te apetecería dar un vuelo conmigo en Fújur?





Bastián comprendió que a Atreyu le preocupaba algo. Se subieron a las espaldas del dragón, Atreyu delante y Bastián detrás y se elevaron por los aires. Era la primera vez que volaban juntos.

Apenas estuvieron fuera del alcance de la voz, Atreyu dijo:

-Resulta difícil ahora hablar a solas contigo. Pero tenemos que hablar sin falta, Bastián.

-Eso pensaba -respondió Bastián sonriendo-. ¿Qué pasa?

-El sitio al que hemos llegado y al que nos dirigimos... -comenzó Atreyu titubeante-, ¿tiene algo que ver con algún deseo tuyo?

-Probablemente -repuso Bastián de forma un tanto fría.

-Sí -continuó Atreyu-, eso es lo que pensábamos Fújur y yo. ¿Qué deseo es ése?

Bastián guardó silencio.

-No me entiendas mal -añadió Atreyu-, no es que tengamos miedo de nada ni de nadie. Pero, como amigos tuyos, nos preocupamos.

-No hace ninguna falta que os preocupéis -replicó Bastián todavía más fríamente.

Atreyu guardó silencio largo rato. Finalmente, Fújur volvió la cabeza hacia ellos y dijo:

-Atreyu tiene una propuesta muy sensata que hacerte y que deberías escuchar, Bastián Baltasar Bux.

-¿Otro consejito? -preguntó Bastián con sonrisa de burla.

-No, no es ningún consejo, Bastián -respondió Atreyu-, sino una propuesta que quizá no te guste a primera vista. Sin embargo, debes pensar en ella antes de rechazarla. Nos hemos roto la cabeza todo el tiempo pensando en cómo ayudarte. Todo se debe al efecto que tiene en ti el signo de la Emperatriz Infantil. Sin el poder de ÁURYN no puedes seguir deseando cosas, pero con ese poder te pierdes a ti mismo y cada vez recuerdas menos hacia dónde te diriges. Si no hacemos nada, llegará el momento en que ya no lo sabrás.

-De eso hemos hablado ya -dijo Bastián-, ¿y qué más?

-Cuando yo llevaba la Alhaja -continuó Atreyu- todo era distinto. A mí me guiaba pero no me quitaba nada. Quizá porque no soy un ser humano y, por ello, no tengo ningún recuerdo del mundo de los seres humanos que perder. Quiero decir que no me perjudicó; al contrario. Y por eso quería proponerte que me dieras a AURYN y confiaras simplemente en mi dirección. Yo te buscaré el camino. ¿Qué te parece?

-Propuesta rechazada -dijo Bastián fríamente.





Fújur volvió otra vez la cabeza.

-¿No quieres pensarla un momento al menos?

-No -respondió Bastián-, ¿para qué?

Entonces, por primera vez, Atreyu se encolerizó.

-¡Bastián, vuelve en ti! ¡Tienes que comprender que no puedes continuar así! ¿No te das cuenta de que has cambiado por completo? ¿Qué tienes que ver ya contigo mismo? ¿Y en qué te convertirás aún?

-¡Gracias -dijo Bastián-, muchas gracias por ocuparos constantemente de mis asuntos! Pero, a decir verdad, preferiría mucho más que me dejárais en paz de una vez. Soy yo -en el caso de que lo hayáis olvidado-, yo quien salvó a Fantasia; soy yo a quien la Hija de la Luna ha confiado su poder. Y alguna razón debe de haber tenido para ello, porque si no hubiera podido dejarte a AURYN a ti, Atreyu. Sin embargo, ¡te quitó el Signo y me lo dio a mí! ¿Dices que he cambiado? Sí, mi querido Atreyu, ¡en eso puede que tengas razón! ¡No soy ya el bobo inofensivo y despistado que vosotros veis en mí! ¿Quieres que te diga por qué quieres realmente que te dé a AURYN? Porque, sencillamente, estás celoso de mí, nada más que celoso. Todavía no me conocéis, pero si seguís así -os lo digo una vez más por las buenas- ¡me vais a conocer!

Atreyu no respondió. El vuelo de Fújur había perdido de pronto toda su fuerza; el dragón se deslizaba fatigosamente por el aire, hundiéndose cada vez más, como un pájaro herido.

-Bastián -pudo decir finalmente Atreyu con dificultad-, lo que acabas de decir no puedes pensarlo de veras. Vamos a olvidarlo. No has dicho nada.

-Está bien -respondió Bastián-, como quieras. No he sido yo quien ha empezado. Pero por mí que no quede: borrón y cuenta nueva.

Durante un rato nadie dijo palabra.

En la lejanía surgió ante ellos, del bosque de orquídeas, el castillo de Hórok. Parecía realmente una mano gigantesca con los cinco dedos extendidos.

-Pero quisiera dejar una cosa en claro de una vez por todas -dijo Bastián súbitamente-: he decidido no volver. Me quedaré en Fantasía para siempre. Me gusta mucho. Y por eso no me cuesta ningún trabajo renunciar a mis recuerdos. Y, en lo que se refiere al futuro de Fantasia, puedo darle a la Emperatriz Infantil otros mil nombres. ¡No necesitamos al mundo de los seres humanos!

Fújur dio de repente un brusco giro y voló de regreso.

-¡Eh! -exclamó Bastián-. ¿Qué haces? ¡Sigue adelante! ¡Quiero ver Hórok de cerca!

-No puedo más -respondió Fújur con la voz rota-. Realmente no puedo más.





Cuando, más tarde, aterrizaron junto a la caravana, encontraron a sus compañeros de viaje muy excitados. Resultó que la comitiva había sido atacada por una banda de unos cincuenta tipos muy fuertes que llevaban corazas o armaduras negras como insectos. Muchos de los compañeros de viaje habían huido y sólo entonces volvían, solos o en grupos; otros se habían defendido valientemente con las armas, sin lograr, sin embargo, nada. Aquellos gigantes acorazados habían aniquilado toda resistencia como si fuera un juego de niños. Los tres caballeros Hykrion, Hysbald y Hydorn se habían batido heróicamente, sin conseguir, no obstante, vencer a uno solo de sus contrarios. Por fin, dominados por fuerzas superiores, habían sido desarmados, cargados de cadenas y llevados a rastras. Uno de los negros acorazados había gritado con voz extrañamente metálica lo siguiente:

«Este es el mensaje de Xayide, señora del castillo de Hórok, a Bastián Baltasar Bux. Ella exige que el Salvador se le rinda sin condiciones y jure servirla como fiel esclavo con todo lo que es, posee y sabe. Si no estuviera dispuesto a ello y quisiera, con cualquier artimaña, contrariar la voluntad de Xayide, sus tres amigos Hykrion, Hysbald y Hydorn morirán en el tormento una muerte lenta, ignominiosa y atroz. Habrá de decidirse rápidamente, porque el plazo acabará mañana al salir el sol. Éste es el mensaje de Xayide, señora del castillo de Hórok, a Bastián Baltasar Bux. Ha sido transmitido."

Bastián se mordió los labios. Atreyu y Fújur miraban fijamente ante sí, pero Bastián sabía exactamente lo que pensaban. Y precisamente el hecho de que no dijeran nada lo irritó más aún interiormente. Pero no era aquel el momento oportuno para hablar de ello. Más adelante encontraría oportunidad adecuada.

-No me voy a someter de ningún modo a esa coacción de Xayide, eso está claro -dijo en voz alta a los que le rodeaban-; debemos elaborar enseguida un plan para liberar rápidamente a los tres prisioneros.

-No será fácil -opinó Illuán, el yinni azul de pico de águila-: a esos tipos negros no los podemos dominar entre todos, eso se ha visto ya. E incluso aunque tú, señor, y Atreyu y su dragón de la suerte luchéis a nuestro frente, pasará demasiado tiempo hasta que lleguemos al castillo de Hórok. La vida de los tres caballeros está en manos de Xayide y, en cuanto vea que atacamos, los matará. Eso me parece indudable.

-Entonces no debe notar nada -declaró Bastián-. Tenemos que sorprenderla.

-¿Cómo? -preguntó un troll de cuatro cuartos, que había vuelto hacia adelante su rostro colérico, lo que le daba un aspecto bastante terrible-. Xayide es muy astuta y estará preparada para toda eventualidad.

-Eso me temo también -dijo el príncipe gnomo-. Somos demasiados para que no nos vea si nos acercamos al castillo de Hórok. Una expedición así no puede esconderse, ni siquiera de noche. Sin duda, Xayide habrá apostado centinelas.

-Entonces -reflexionó Bastián-, podemos servirnos precisamente de eso para engañarla.

-¿Qué quieres decir, señor?





-Tendréis que continuar con toda la caravana en otra dirección, de forma que parezca que huis, como si hubierais renunciado a liberar a los tres prisioneros.

-¿Y qué será de ellos?

-Yo me ocuparé de ellos, con Atreyu y Fújur.

-¿Los tres solos?

-Sí -dijo Bastián-. Naturalmente, si Atreyu y Fújur me apoyan. Si no, lo haré yo solo.

Le dirigieron miradas de asombro. En susurros, los que estaban cerca se lo contaron a los que no habían podido oírlo.

-Eso, señor -exclamó finalmente el yinni azul-, pasará a la historia de Fantasia, tanto si vences como si no.

-¿Venís conmigo? -dijo Bastián volviéndose a Atreyu y Fújur-. ¿O tenéis quizá otra de vuestras propuestas?

-No -dijo Atreyu suavemente-, vamos contigo.

-Entonces -ordenó Bastián-, la comitiva debe ponerse en marcha ahora, mientras aún es de día. Tenéis que dar la impresión de que huís, de manera que ¡apresuraos! Nosotros esperaremos aquí en la oscuridad. Mañana por la mañana nos reuniremos de nuevo con vosotros llevando a los tres caballeros... o no nos reuniremos nunca. ¡Idos ahora!

Los compañeros de viaje se inclinaron en silencio ante Bastián y se pusieron en camino. Bastián, Atreyu y Fújur se ocultaron en la maleza de las orquídeas y aguardaron la noche, inmóviles y silenciosos.

Cuando la noche cayó, oyeron de pronto un leve tintineo y vieron a cinco de los gigantescos sujetos negros entrar en el campamento abandonado. Se movían de una forma peculiarmente mecánica, exactamente del mismo modo. Todo en ellos parecía ser de metal negro; hasta sus rostros eran máscaras de hierro. Se detuvieron al mismo tiempo, se volvieron hacia la dirección en que la caravana había desaparecido y siguieron su rastro marcando el paso, sin haber cambiado una sola palabra entre ellos. Luego se hizo otra vez el silencio.

-El plan parece funcionar -susurró Bastián.

-Sólo eran cinco -contestó Atreyu-. ¿Dónde están los otros?

-Sin duda esos cinco los llamarán de algún modo -dijo Bastián.

Cuando finalmente se hizo por completo de noche, se arrastraron con cuidado fuera de su escondite, y Fújur se elevó silenciosamente en el aire con sus dos jinetes. Voló lo más bajo posible sobre las copas del bosque de orquídeas, para no ser descubierto. En principio, la dirección era clara: la misma que habían seguido aquella tarde. Sin embargo, cuando habían planeado velozmente hacia allí durante un cuarto de hora





aproximadamente, se planteó el problema de si podrían encontrar el castillo de Hórok y cómo. Las tinieblas eran impenetrables. No obstante, pocos minutos después vieron surgir ante ellos el castillo. Sus mil ventanas estaban resplandecientemente iluminadas. A Xayide parecía gustarle que la vieran.

De todos modos, era explicable porque aguardaba la visita de Bastián, aunque de otra forma.

Fújur se deslizó con precaución hasta el suelo, entre las orquídeas, porque su piel de escamas de color blanco madreperla centelleaba y reflejaba la luz. Y de momento no debían ser vistos.

Al abrigo de las plantas se aproximaron al castillo. Ante la gran puerta de entrada montaban guardia diez de los gigantes blindados. Y junto a cada una de las ventanas claramente iluminadas había uno de ellos, negro e inmóvil, como una sombra amenazadora.

El castillo de Hórok se alzaba sobre una pequeña elevación, libre de vegetación de orquídeas. La forma del edificio era realmente la de una mano gigante que saliera de la tierra. Cada uno de sus dedos era una torre y el pulgar un bastión sobre el que, a su vez, se levantaba una torre. El conjunto tenía una altura de muchos pisos, en el que cada falange formaba uno, y las ventanas tenían la forma de ojos luminosos que observasen el país hacia todos los lados. Con razón lo llamaban la Mano Vidente.

-Tenemos que descubrir dónde están los prisioneros -le susurró Bastián a Atreyu.

Atreyu asintió y le indicó a Bastián que estuviera callado y permaneciera junto a Fújur. Luego, sin hacer el más mínimo ruido, se fue, arrastrándose sobre el vientre. Pasó mucho rato antes de que volviera.

-He rastreado alrededor del castillo -cuchicheó- y sólo existe esa entrada. Pero está demasiado bien guardada. Unicamente arriba del todo, en la punta del dedo medio, he podido descubrir una claraboya en la que no parece haber ninguno de esos gigantes acorazados. Pero si volamos hasta ella con Fújur nos verán irremisiblemente. Los prisioneros están probablemente en el sótano. En cualquier caso, he oído un grito de dolor que venía de gran profundidad.

Bastián pensaba intensamente. Luego susurró:

-Intentaré llegar hasta la claraboya. Tú y Fújur tenéis que distraer entretanto a los centinelas. Haced algo para que crean que vamos a atacar la puerta de entrada. Tenéis que atraerlos a todos hacia aquí. Pero sólo atraerlos, ¿comprendes? ¡No pelées con ellos! Yo, entretanto, intentaré trepar por la mano desde atrás. Entretén a los tipos tanto tiempo como puedas. ¡Pero sin correr riesgos! Dame unos minutos antes de empezar.

Atreyu asintió y le estrechó la mano. Luego Bastián se quitó el manto de plata y se deslizó a través de la oscuridad. Se arrastró describiendo un gran semicírculo alrededor del edificio. Apenas había llegado a la parte trasera cuando oyó a Atreyu gritar:





-¡Eh! ¿Sabéis quien es Bastián Baltasar Bux, el Salvador de Fantasia? He venido, pero no para pedir misericordia a Xayide sino para daros una oportunidad de soltar a los prisioneros voluntariamente. Con esa condición, ¡podréis conservar vuestra vida ignominiosa!

Bastián podía atisbar aún desde la maleza, por una esquina del castillo. Atreyu se había puesto el manto de plata y había deshecho su cabello negro azulado como si fuera un turbante. Para alguien que no los conociera bien, podía haber realmente cierto parecido entre los dos.

Los negros gigantes blindados parecieron indecisos un momento. Pero sólo un momento. Luego se precipitaron hacia Atreyu y se oyeron sus pesados pasos metálicos. También las sombras de las ventanas se pusieron en movimiento, dejando sus puestos para ver qué pasaba. Otros se arremolinaron en gran número en la puerta de entrada. Cuando los primeros habían llegado casi hasta Atreyu, él se les escurrió como una comadreja y, un momento después, apareció, sentado sobre Fújur, sobre sus cabezas. Los gigantes blindados agitaron sus espadas en el aire, dando saltos, pero no pudieron alcanzarlos.

Bastián corrió con la velocidad del rayo hacia el castillo y comenzó a trepar por la fachada. En algunos sitios lo ayudaban las molduras de las ventanas y los salientes del muro, pero normalmente sólo podía sujetarse con la punta de los dedos. Trepó cada vez más alto; una vez se desprendió un pedazo de muro en el que había afirmado un pie y, durante unos segundos, se quedó colgando sólo de una mano, pero se izó, consiguió encontrar un asidero para la otra mano y siguió subiendo. Cuando por fin alcanzó las torres avanzó más rápidamente, porque la distancia entre ellas era tan escasa que podía acuñarse entre sus paredes y, de esa forma, ir subiendo.

Finalmente alcanzó la claraboya y se deslizó por ella. Efectivamente, en aquella habitación de la torre no había ningún centinela, no se sabe por qué. Abrió la puerta y vio ante él una escalera de caracol muy retorcida. Sin hacer ruido comenzó el descenso. Cuando llegó una planta más abajo, vio a dos centinelas negros junto a una ventana, observando en silencio lo que ocurría. Consiguió deslizarse por detrás de ellos sin que lo vieran.

Siguió andando sin ruido por otras escaleras y atravesando puertas y corredores. Una cosa era indudable: los gigantes acorazados podrían ser invencibles en la lucha pero como centinelas no valían gran cosa.

Por fin llegó a la planta del sótano. Lo notó enseguida por el fuerte olor a moho y el frío que subieron a su encuentro. Afortunadamente, todos los centinelas de allí habían corrido arriba, al parecer, para capturar al supuesto Bastián Baltasar Bux. En cualquier caso, no se veía a ninguno. Había antorchas en las paredes que iluminaban su camino. Cada vez descendía más. A Bastián le pareció que bajo tierra había tantos pisos como sobre ella. Finalmente llegó al más bajo y entonces vio también la mazmorra en donde Hykrion, Hysbald y Hydorn se consumían. El espectáculo era lastimoso.

Colgaban en el aire de largas cadenas de hierro, sujetos por los grilletes de sus muñecas, sobre una fosa que parecía un pozo negro sin fondo. Las cadenas pasaban por unas

poleas que había en el techo de la mazmorra hasta un torno, pero éste estaba sujeto con un gran cerrojo de acero y no se podía mover. Bastián se quedó desconcertado.

Los tres cautivos tenían los ojos cerrados, como si estuvieran sin conocimiento, pero entonces Hydorn, el duro, abrió el izquierdo y murmuró con labios resecos:

-¡Eh, amigos, mirad quién ha venido!

Los otros dos abrieron también penosamente los párpados y, cuando vieron a Bastián, una sonrisa se dibujó en sus labios.

-Sabíamos que no nos dejarías en la estacada, señor -graznó Hykrion.

-¿Cómo puedo bajaros de ahí? -preguntó Bastián-. El torno está cerrado con cerrojo.

-Coged vuestra espada -exclamó Hysbald- y cortad simplemente las cadenas.

-¿Para que nos caigamos al abismo? -preguntó Hykrion-. No me parece una idea muy buena.

-Además, tampoco puedo desenvainarla -dijo Bastián-. Sikanda debe saltarme a la mano por sí sola.

-Hmmm -gruñó Hydorn-, eso es lo malo de las espadas mágicas. Cuando se las necesita son caprichosas.

-¡Eh! -cuchicheó de repente Hysbald-. El torno tenía una llave. ¿Dónde diablos la habrán metido?

-En algún lado había una losa suelta -dijo Hykrion-. No lo pude ver muy bien cuando me izaron hasta aquí.

Bastián aguzó la vista. La luz era escasa y vacilante, pero después de ir de un lado a otro descubrió una losa de piedra en el suelo, que sobresalía un poco. La levantó con cuidado y allí, efectivamente, estaba la llave.

Entonces pudo abrir y quitar del torno el gran cerrojo. Lentamente comenzó a hacer girar el torno, que crujía y gemía tan fuerte que, sin duda, debía de oírse en los sótanos superiores. Si los gigantes blindados no eran completamente sordos, debían de estar ya sobre aviso. Pero de nada valía detenerse ahora. Bastián siguió dando vueltas al torno hasta que los tres caballeros flotaron a la altura del borde, sobre el agujero. Ellos comenzaron a balancearse de un lado a otro y, finalmente, tocaron con los pies suelo firme. Cuando esto ocurrió Bastián los soltó del todo. Cayeron al suelo, agotados, quedándose donde estaban. Y con las gruesas cadenas colgando aún de las muñecas.

Bastián no lo pensó mucho, porque se oían pesados pasos metálicos que bajaban por los escalones de piedra del sótano, primero aislados y luego cada vez más numerosos. llegaban los centinelas. Sus armaduras relucían como corazas de enormes insectos a la luz de las antorchas. Levantaron sus espadas, todos con idéntico movimiento, y atacaron a Bastián, que se había quedado junto a la estrecha entrada de la mazmorra.





Y entonces, por fin, Sikanda saltó de su funda roñosa y se colocó en su mano. Como un rayo, la luminosa hoja de la espada arremetió contra los primeros gigantes blindados y, antes de que el propio Bastián hubiera comprendido muy bien lo que ocurría, los había hecho pedazos. Y entonces vieron lo que aquellos tipos tenían dentro: estaban huecos; sólo consistían en corazas que se movían solas, y en su interior no había nada, únicamente el vacío.

La posición de Bastián era buena; porque por la estrecha puerta del calabozo sólo se le podían aproximar de uno en uno, y de uno en uno los iba haciendo Sikanda pedazos. Pronto yacieron en montones en el suelo, como negras cáscaras de huevo de algún ave gigantesca. Después de haber sido despedazados unos veinte, los restantes parecieron concebir otro plan. Se retiraron, evidentemente para esperar a Bastián en otro lugar más ventajoso para ellos.

Bastián aprovechó la oportunidad para cortar rápidamente las cadenas que sujetaban las muñecas de los tres caballeros con la hoja de Sikanda. Hykrion y Hydorn se pusieron en pie pesadamente e intentaron desenvainar sus propias espadas -que, curiosamente, no les habían quitado- para apoyar a Bastián, pero tenían las manos insensibles después de haber estado tanto tiempo colgados y no les obedecían. Hysbald, el más delicado de los tres, ni siquiera estaba en condiciones de ponerse en pie por sí mismo. Sus compañeros tuvieron que sostenerlo.

-No os preocupéis -dijo Bastián-. Sikanda no necesita apoyo. Quedáos detrás de mí y no me creéis más dificultades tratando de ayudarme.

Salieron del calabozo, subieron lentamente la escalera, llegaron a una gran estancia, parecida a un salón y de pronto se extinguieron todas las antorchas. Pero Sikanda lucía esplendorosamente.

Otra vez oyeron acercarse los pesados pasos metálicos de muchos gigantes acorazados.

-¡Deprisa! -dijo Bastián-. Volved a la escalera. ¡Yo me defenderé aquí!

No pudo ver si los tres obedecían su orden ni tampoco tuvo tiempo de comprobarlo, porque Sikanda empezaba ya a bailarle en la mano. Y la luz fuerte y blanca que salía de ella iluminaba el salón como si fuera de día. Aunque los atacantes lo alejaron de la entrada de la escalera para poder atacarlo por todos los lados, Bastián no fue rozado siquiera por ninguno de sus formidables golpes. Sikanda remolineaba tan aprisa a su alrededor que parecía cientos de espadas imposibles de distinguir entre sí. Y finalmente Bastián quedó de pie en un campo de ruinas hecho de corazas negras destrozadas. Nada se movía ya.

-¡Venid! -les gritó a sus compañeros.

Los tres caballeros salieron por la entrada de la escalera y abrieron mucho los ojos.

-Una cosa así -dijo Hyknon mientras le temblaba el bigote- no la he visto en mi vida. ¡A fe mía!





-Se lo contaré a mis nietos -tartamudeó Hysbald.

-Y, desgraciadamente, no se lo creerán -añadió Hydorn con tristeza.

Bastián permanecía indeciso con la espada en la mano pero, de repente, Sikanda volvió a su funda.

-Parece haber pasado el peligro -dijo Bastián.

-Por lo menos, el que puede vencerse con una espada -opinó Hydorn-. ¿Qué hacemos ahora?

-Ahora -respondió Bastián- quisiera conocer personalmente a Xayide. Tengo que decirle un par de cosas.

Los cuatro subieron las escaleras de los sótanos hasta que llegaron a la planta que estaba al nivel del suelo. Allí, en una especie de vestíbulo de entrada, los aguardaban Atreyu y Fújur.

-¡Lo habéis hecho muy bien los dos! -dijo Bastián dándole palmadas en la espalda a Atreyu.

-¿Qué ha pasado con los gigantes blindados? -quiso saber Atreyu.

-¡Eran cáscaras vacías! -respondió Bastián despreocupadamente-. ¿Dónde está Xayide?

-Arriba, en el salón encantado -repuso Atreyu.

-¡Venid! -dijo Bastián. Se puso otra vez el manto de plata que Atreyu le tendía. Luego subieron todos la ancha escalera de piedra hasta las plantas superiores. Incluso Fújur fue con ellos.

Cuando Bastián, seguido de su gente, entró en el gran salón encantado, Xayide se levantó de su trono de coral rojo. Era mucho más alta que Bastián y muy hermosa. Vestía una larga túnica de seda violeta, sus cabellos eran rojos como el fuego y los llevaba recogidos en un extraño peinado de trenzas y coletas. Su rostro era pálido como el mármol y pálidas eran sus manos largas y delgadas. Su mirada era extraña y turbadora, y Bastián necesitó algún tiempo para comprender a qué se debía: tenía dos ojos distintos, uno verde y otro rojo. Parecía tener miedo de Bastián, porque temblaba. Bastián desafió su mirada y ella bajó sus largas pestañas.

La habitación estaba llena de toda clase de extraños objetos, cuya finalidad no podía adivinarse, grandes esferas con imágenes pintadas, relojes siderales y péndulos que colgaban del techo. Entre ellos había preciosos pebeteros, de los que brotaban nubes espesas de distintos colores que, como una niebla, flotaban sobre el suelo.

Bastián no había dicho nada hasta entonces. Y aquello pareció hacer perder la serenidad a Xayide, que repentinamente corrió a sus pies y se postró ante él. Luego cogió uno de los pies de Bastián y lo puso sobre su cabeza.





-Señor y maestro -dijo con voz profunda y aterciopelada y, de un modo impreciso, oscura-, nadie puede oponerse a ti en Fantasia. Eres más poderoso que todos los poderosos y más peligroso que todos los demonios. Si te place vengarte de mí porque fui suficientemente necia para no comprender tu grandeza, puedes aplastarme con tu pie. He merecido tu cólera. Sin embargo, si quieres demostrar la generosidad que te ha dado fama, incluso con un ser tan indigno como yo, permite que me someta a ti como esclava obediente y prometa servirte con todo lo que soy, poseo y sé. Enséñame a hacer lo que creas conveniente y seré tu discípula humilde, obedeciendo cada gesto de tus ojos. Me arrepiento de lo que quise hacer contigo e imploro tu compasión.

-¡Levántate, Xayida! -dijo Bastián. Había estado furioso con ella, pero el discurso de la hechicera le había gustado. Si realmente sólo había actuado así por no saber quién era él y si de verdad estaba tan amargamente arrepentida, hubiera sido indigno por su parte castigarla. Y, puesto que estaba incluso dispuesta a aprender de él lo que considerase oportuno, no había razón para rechazar su súplica.

Xayide se había levantado y estaba ante él con la cabeza baja.

-¿Me obedecerás incondicionalmente -le preguntó Bastián-, aunque te resulte difícil hacer lo que te mande... sin réplica ni protesta?

-Lo haré, señor y maestro -respondió Xayide- y ya verás cómo, con mis artes y tu poder, podremos lograrlo todo.

-Está bien -contestó Bastián-, entonces te tomo a mi servicio. Dejarás este castillo y vendrás conmigo a la Torre de Marfil, donde tengo la intención de entrevistarme con la Hija de la Luna.

Los ojos de Xayide, rojo y verde, resplandecieron durante una fracción de segundo, pero inmediatamente bajó otra vez sobre ellos sus largas pestañas y dijo:

-Te obedezco, señor y maestro.

Todos bajaron y salieron del castillo.

-Antes que nada, tenemos que encontrar a los otros compañeros de viaje -decidió Bastián-, ¡quién sabe por dónde andarán!

-No muy lejos de aquí -dijo Xayide-. Yo los he extraviado un poco.

-Por última vez... -contestó Bastián.

-Por última vez, señor -repitió ella-, pero, ¿cómo avanzaremos? ¿Tendré que ir a pie? ¿De noche y por ese bosque?

-Fújur nos llevará -ordenó Bastián-. Es suficientemente fuerte para volar con todos.

Fújur levantó la cabeza y miró a Bastián. Sus ojos de color rubí centellearon.





-Suficientemente fuerte sí que soy, Bastián Baltasar Bux -retumbó su voz de bronce-, pero no llevaré a esa mujer.

-Lo harás -dijo Bastián- porque te lo mando yo.

El dragón de la suerte miró a Atreyu, quien asintió im-perceptiblemente. Bastián, sin embargo, lo vio.

Todos se subieron a las espaldas de Fújur, que inmediatamente se elevó por los aires.

-¿A dónde? -preguntó.

-¡Simplemente adelante! -dijo Xayide.

-¿A dónde? -preguntó Fújur otra vez como si no la hubiera oído.

-¡Adelante! -le gritó Bastián-. ¡Ya lo has oído!

-¡Hazlo! -dijo Atreyu en voz baja, y Fújur lo hizo.

Media hora más tarde -amanecía ya- vieron bajo ellos muchas hogueras, y el dragón de la suerte tomó tierra. Entretanto habían llegado más fantasios y muchos habían traído tiendas de campaña. El campamento parecía una verdadera ciudad de tiendas, que se extendía desde el lindero del bosque de orquídeas por un gran prado cubierto de flores.

-¿Cuántos somos ya? -quiso saber Bastián, e Illuán, el yinni azul, que entretanto había mandado la comitiva y ahora había venido a saludarlos, le dijo que no había podido contar exactamente a los participantes, pero sin duda debían de ser ya cerca de mil. Por lo demás, pasaba otra cosa bastante rara: poco antes de haber acampado, es decir, todavía antes de medianoche, habían aparecido cinco de aquellos gigantes blindados. Sin embargo, se habían comportado amistosamente, manteniéndose apartados. Naturalmente, nadie se había atrevido a acercárseles. Y habían traído con ellos una gran litera de coral que, no obstante, se encontraba vacía.

-Son mis porteadores -dijo Xayide en tono suplicante a Bastián-. Los envié por delante ayer por la noche. Es la forma más agradable de viajar. Si tú me lo permites, señor.. .

-No me gusta -la interrumpió Atreyu.

-¿Por qué no? -preguntó Bastián-. ¿Qué tienes en contra?

-Ella puede viajar como quiera --respondió Atreyu fríamente-, pero el hecho de que enviase ya ayer la litera significa que sabía de antemano que ella vendría aquí. Todo es un plan suyo, Bastián. Tu victoria es en realidad una derrota. Te ha dejado ganar intencionadamente a fin de ganarte para sí a su manera.

-¡Basta! -gritó Bastián rojo de cólera-. ¡No te he preguntado tu opinión! ¡Tus eternos consejos me ponen malo! ¡Ahora quieres discutir incluso mi victoria y dejar en ridículo mi generosidad!





Atreyu quiso replicar algo, pero Bastián le gritó:

-¡Cállate y déjame en paz! ¡Si no os gusta lo que hago y cómo soy, marchaos! ¡Yo no os detengo! ¡Marchaos a donde queráis! ¡Estoy harto de vosotros!

Cruzó los brazos sobre el pecho y le volvió a Atreyu la espalda. La multitud que había alrededor contuvo el aliento. Atreyu se quedó un rato muy erguido y en silencio. Hasta entonces, Bastián no lo había reprendido nunca delante de otros. Sentía la garganta tan apretada que sólo con esfuerzo podía respirar. Esperó un momento, pero como Bastián no se volvió de nuevo hacia él, Atreyu dio la vuelta lentamente y se fue. Fújur lo siguió.

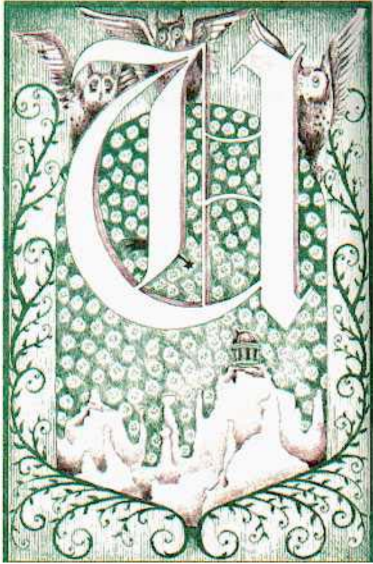
Xayide sonreía. No era una sonrisa agradable.

En Bastián, sin embargo, se extinguió en aquel momento el recuerdo de que, en su mundo, había sido un niño.





El **Monasterio De Las Estrellas**



na corriente ininterrumpida de emisarios de todos los países de Fantasia se unía a la multitud de los que acompañaban a Bastián en su expedición a la Torre de Marfil. Contarlos resultaba inútil, porque apenas se había terminado había ya otros.

Un ejército de muchos miles de cabezas se ponía en movimiento cada mañana y, cuando hacía alto, el campamento era la ciudad de tiendas más extraña que imaginarse pueda. Como los compañeros de viaje de Bastián no se diferenciaban sólo entre sí por su figura, sino también por el tamaño, había tiendas de las dimensiones de una carpa de circo y otras no mayores que un dedal. También los carros y vehículos en que viajaban los emisarios eran de más formas de las que se pueden describir, desde carromatos y carruajes totalmente corrientes hasta toneles de forma sumamente peculiar, esferas rebotantes o recipientes con patas que se arrastraban por sí mismos.

Entretanto, habían acondicionado también para Bastián una tienda, que era la más lujosa de todas. Tenía la forma de una casita, y estaba hecha de seda brillante de vivos colores y bordada por todas partes de dibujos dorados y plateados. Sobre su techo ondulaba una bandera que mostraba, a guisa de escudo, un candelabro de siete brazos. El interior estaba blandamente acolchado con mantas y cojines. Dondequiera que se montase el campamento, la tienda era su centro. Y el yinni azul, que entretanto se había convertido en algo así como el ayuda de cámara y guardaespaldas de Bastián, montaba guardia a su puerta.

Atreyu y Fújur estaban aún entre el tropel de acompañantes de Bastián, pero desde aquella reprensión pública no habían cruzado la palabra con él. Bastián esperaba interiormente que Atreyu cedería y le pediría perdón. Pero Atreyu no hizo nada por el estilo. Tampoco Fújur parecía estar dispuesto a respetar a Bastián. ¡Y precisamente eso, se decía Bastián, era lo que tenían que aprender de una vez! Si de lo que se trataba era de ver quién aguantaba más, los dos tendrían que comprender por fin que la voluntad de Bastián era inflexible. En cambio, si cedían, estaba dispuesto a recibirlos con los brazos abiertos. Si Atreyu se arrodillaba ante él, haría que se pusiera de pie y le diría: no tienes que arrodillarte ante mí, Atreyu, porque eres y seguirás siendo mi amigo...

Pero, por de pronto, los dos iban los últimos en la comitiva. Fújur parecía haberse olvidado de volar y caminaba a pie, y Atreyu iba junto a él, casi siempre con la cabeza baja. Si antes habían precedido a la comitiva por los aires como vanguardia, para





informar sobre lo que ocurría en los contornos, ahora iban detrás de ella como retaguardia. A Bastián no le agradaba, pero no podía hacer nada.

Cuando la expedición iba de camino, Bastián cabalgaba casi siempre en cabeza sobre la mula Yicha. Sin embargo, cada vez más a menudo no tenía ganas de hacerlo y, en lugar de ello, visitaba a Xayide en su litera. Ella lo recibía siempre con el mayor respeto, le dejaba el lugar más cómodo y se colocaba a sus pies. Siempre sabía encontrar un tema de conversación interesante y evitaba hablarle de su pasado en el mundo de los hombres desde que había observado que hablar de ello le resultaba desagradable. Xayide fumaba casi continuamente en un narguile oriental que tenía al lado. El tubo era como una víbora de color verde esmeralda y la boquilla, que ella sostenía entre sus largos dedos blancos como el mármol, parecía la cabeza de una serpiente. Cuando chupaba, era como si la besara. Las nubes de humo que, voluptuosamente, dejaba escapar por boca y nariz, tenían a cada bocanada un color distinto, unas veces azul y otras amarillo, rosa, verde o lila.

-Una cosa quería preguntarte hace tiempo, Xayide -dijo Bastián en una de sus visitas, mientras miraba pensativo a los gigantescos tipos de coraza negra de insecto que, marcando exactamente el mismo paso, transportaban la litera.

-Tu esclava escucha -respondió Xayide.

-Cuando luché con tus gigantes blindados -continuó Bastián-, vi que son sólo una armadura y están huecos por dentro. ¿Cómo se mueven?

-Por mi voluntad -contestó Xayide sonriendo-. Precisamente porque están vacíos la obedecen. Todo lo que está vacío puede mi voluntad gobernarlo.

Observó fijamente a Bastián con sus ojos de colores. Bastián se sintió turbado de una forma vaga por aquella mirada, pero ella había bajado ya las pestañas.

-¿Podría gobernarlos yo con mi voluntad? -preguntó Bastián.

-Desde luego, señor y maestro -respondió ella-, y cien veces mejor que yo, que comparada contigo no soy nada. ¿Quieres intentarlo?

-Ahora no -replicó Bastián, a quien el asunto le resultaba inquietante-. Quizá en otra ocasión.

-¿Encuentras realmente más agradable -continuó Xayide- cabalgar sobre una mula que ser llevado por figuras que tu propia voluntad mueve?

-A Yicha le gusta llevarme -dijo Bastián un poco malhumorado-. Se alegra de poder hacerlo.

-Entonces, ¿lo haces por ella?

-¿Por qué no? -contestó Bastián-. ¿Qué hay de malo?

Xayide dejó escapar un humo verde por la boca.





-Oh, nada, señor. ¿Cómo podría ser malo lo que tú haces?

-¿A dónde quieres ir a parar, Xayide?

Ella inclinó su cabeza de cabellos de color de fuego.

-Piensas demasiado en los demás, señor y maestro -susurró-, y nadie merece que distraigas tu atención de tu propio e importante desarrollo. Si no te enojas conmigo, señor, me atreveré a darte un consejo: ¡piensa más en tu perfeccionamiento!

--¿Qué tiene eso que ver con la vieja Yicha?

-No mucho, señor, casi nada. Únicamente... que no es una montura digna de alguien como tú. Me mortifica verte sobre un animal tan... vulgar. Todos tus compañeros de viaje se extrañan de ello. Tú, señor y maestro eres el único que no sabe lo que te mereces.

Bastián no dijo nada, pero las palabras de Xayide le habían hecho mella.

Cuando el ejército, con Bastián y Yicha en cabeza, atravesaba al día siguiente un maravilloso paisaje verde, interrumpido de cuando en cuando por bosquecillos de aromáticos saúcos, Bastián aprovechó la pausa del mediodía para seguir la sugerencia de Xayide.

-Oye, Yicha -dijo acariciándole el cuello a la mula-, ha llegado el momento de separarnos.

Yicha dio un grito de dolor.

-¿Por qué, señor? -se lamentó-. ¿Tan mal he cumplido mi obligación? -De las comisuras de sus oscuros ojos de animal brotaron lágrimas.

-Claro que no -se apresuró a consolarla Bastián-. Al contrario, me has llevado tan suavemente durante este largo camino y has sido tan paciente y voluntariosa que, en agradecimiento, quiero recompensarte.

-No quiero otra recompensa -contestó Yicha-; quiero seguir llevándote. ¿Qué otra cosa mejor podría desear?

-¿No dijiste -continuó Bastián- que te entristecía no poder tener hijos?

-Sí -dijo Yicha apenada-, porque me gustaría hablarles de estos días cuando sea muy vieja.

-Está bien -dijo Bastián-, entonces te contaré ahora una historia que se hará verdad. Y quiero contártela a ti, a ti sola, porque es la tuya.

Cogió una de las largas orejas de Yicha y susurró:





-No lejos de aquí, en un bosquecillo de saúcos, te espera el padre de tu hijo. Es un corcel blanco con alas de pluma de cisne. Sus crines y su cola son tan largas que llegan al suelo. Nos sigue en secreto desde hace ya días, porque está enamorado de ti para siempre.

-¿De mí? -exclamó Yicha casi asustada-. ¡Pero si soy sólo una mula y, además, ni siquiera joven!

-Para él -dijo Bastián suavemente- eres la criatura más hermosa de Fantasia, precisamente porque eres como eres. Y quizá también porque me has llevado. Pero es muy tímido y no se atreve a acercarse a ti con todas estas criaturas alrededor. Tienes que ir tú a su encuentro, porque de otro modo morirá de nostalgia.

-¡Santo cielo! -dijo Yicha desconcertada-. ¿Tan grave es la cosa?

-Sí -le susurró Bastián al oído-, y ahora ¡adiós, Yicha! Camina simplemente y lo encontrarás.

Yicha dio unos pasos, pero se volvió una vez más hacia Bastián.

-A decir verdad -declaró- tengo un poco de miedo.

-¡Ánimo! -dijo Bastián sonriendo-. Y no te olvides de hablarles de mí a tus hijos y nietos.

-¡Gracias, señor! -contestó Yicha a su estilo simple, y se fue.

Bastián se quedó mirando largo tiempo cómo se iba trotando, sin sentirse demasiado contento de haberse deshecho de ella. Entró en su espléndida tienda, se echó sobre los blancos cojines y miró al techo. Una y otra vez se dijo que había satisfecho el mayor deseo de Yicha. Pero aquello no disipó su humor sombrío. Importa mucho el cuándo y el cómo se hace algo por alguien.

Aquello, sin embargo, sólo se aplicaba a Bastián, porque Yicha encontró realmente al corcel blanco con alas y se casó con él. Y más tarde tuvo un hijo, que era un mulo blanco con alas llamado Pataplán. Dio mucho que hablar en Fantasia, pero ésa es otra historia y debe ser contada en otra ocasión.

Desde entonces, Bastián viajó en la litera de Xayide. Ella le había ofrecido incluso bajar y caminar a su lado para que tuviera todas las comodidades posibles, pero Bastián no quiso aceptarlo. De manera que los dos se sentaban juntos en la espaciosa litera de coral, que iba a la cabeza de la expedición.

Bastián estaba aún un poco disgustado, incluso con Xayide, que le había dado el consejo de separarse de la mula. Pero Xayide supo arreglarlo pronto. Las respuestas monosilábicas de él hacían difícil sostener una verdadera conversación.

Para animarlo, Xayide dijo alegremente:

-Quisiera hacerte un regalo, mi señor y maestro, si me concedes la gracia de aceptarlo.





Sacó de debajo de los almohadones una cajita riquísimamente decorada. Bastián se incorporó expectante. Xayide la abrió y extrajo de ella un estrecho cinturón que parecía una especie de cadena de elementos móviles. Cada uno de los elementos y también el cierre eran de cristal transparente.

-¿Qué es eso? -quiso saber Bastián.

El cinturón tintineaba suavemente en la mano de Xayide.

-Es un cinturón que hace invisible. Sin embargo, señor, debes darle un nombre para que te pertenezca.

Bastián lo contempló.

-Cinturón Guémmal -dijo.

Xayide asintió sonriendo.

-Ahora te pertenece.

Bastián aceptó el cinturón y lo sostuvo en la mano, indeciso.

-¿No quieres probarlo enseguida -preguntó ella- para convencerte de sus efectos?

Bastián se puso el cinturón en torno a las caderas y vio que le sentaba como hecho a medida. De todas formas, sólo lo sintió, porque ya no pudo verse a sí mismo, ni su cuerpo, ni sus pies, ni sus manos. Era una sensación muy desagradable, e intentó volver a abrir enseguida el cierre. Pero, como no podía ver ya sus manos ni el cinturón, no lo logró.

-¡Socorro! -balbuceó con voz ahogada. De prontotuvo miedo de no poder quitarse ya nunca el cinturón Guémmal y tener que ser invisible siempre.

-Hay que aprender a manejarlo -dijo Xayide-; a mí me pasó lo mismo, mi señor y dueño. ¡Déjame que te ayude!

Asió el aire, abrió el cinturón Guémmal en un santiamén, y Bastián pudo verse a sí mismo otra vez. Dio un suspiro de alivio. Luego se rió, y también Xayide sonrió, chupando la boquilla de forma de serpiente de su narguile.

En cualquier caso, había conseguido distraer la atención de Bastián.

-Ahora estás mejor protegido contra cualquier daño -dijo ella suavemente-, y eso me importa más de lo que podría decirte, señor.

-¿Daño? -preguntó Bastián, todavía un poco confuso-. ¿Qué daño?

-Oh, nadie está a tu altura -susurró Xayide-, nadie cuando eres prudente. El peligro está en ti mismo, y por eso es difícil protegerte contra él.





-¿Qué quieres decir con eso... de que está en mí mismo? -quiso saber Bastián.

-Lo prudente es estar por encima de todo, no odiar a nadie ni amar a ninguno. Pero tú, señor, sigues concediendo valor a la amistad. Tu corazón no es frío e impasible como una cumbre nevada y por eso hay alguien que puede dañarte.

-¿Quién?

-Aquel a quien, a pesar de su arrogancia, sigues queriendo, señor.

-¡Habla claro!

-El pequeño salvaje insolente e irrespetuoso de la tribu de los pieles verdes, señor.

-¿Atreyu?

-Sí, y lo mismo el desvergonzado Fújur.

-¿Y dices que esos dos pueden hacerme daño? -Bastián casi tuvo que reírse.

Xayide mantuvo la cabeza baja.

-Eso no lo creo ni lo creeré jamás -continuó Bastián-, y no quiero volver a oír hablar de ello.

Xayide calló y bajó la cabeza más aún. Tras un largo silencio, Bastián preguntó:

-¿Y qué podría tener contra mí Atreyu?

-Señor -susurró Xayide-, ¡quisiera no haber dicho nada!

-¡Pues dilo todo! -exclamó Bastián-. No hagas sólo insinuaciones. ¿Qué es lo que sabes?

-Tiemblo ante tu cólera, señor -tartamudeó Xayide estremeciéndose realmente con todo su cuerpo-, pero aunque signifique el fin para mí, te lo diré: Atreyu tiene la intención de quitarte el signo de la Emperatriz Infantil, a escondidas o por la fuerza.

Durante un segundo, Bastián tragó aire.

-¿Puedes probarlo? -preguntó con voz opaca.

Xayide movió la cabeza y murmuró:

-Mis conocimientos, señor, no son de los que pueden probarse.

-¡Entonces guárdatelos! -dijo Bastián, mientras la sangre le subía al rostro-. ¡Y no calumnies al muchacho más leal y valiente que hay en Fantasía!

Bajó de la litera y se fue.





Los dedos de Xayide juguetearon pensativamente con la cabeza de serpiente, y sus ojos rojoverdes brillaron. Al cabo de un rato sonrió de nuevo y, mientras dejaba escapar por la boca un humo violeta, susurró:

-Resultará evidente, mi señor y maestro. El cinturón Guémmal te lo demostrará.

Cuando se montó el campamento para pasar la noche, Bastián entró en su tienda. Ordenó a Illuán, el yinni azul, que no dejara entrar a nadie, y en ningún caso a Xayide. Quería estar solo y reflexionar.

Lo que le había dicho la maga sobre Atreyu no lo consideraba siquiera merecedor de consideración. Pero había otra cosa que ocupaba sus pensamientos: las breves palabras que ella había sembrado en relación con la prudencia.

Bastián había vivido tanto... miedos y alegrías, tristezas y triunfos; se había apresurado a pasar del cumplimiento de un deseo al de otro y no se había tomado un momento de respiro. Nada de aquello lo había serenado ni contentado. Pero ser prudente significaba estar por encima de la alegría y el sufrimiento, el miedo y la compasión, el orgullo y las humillaciones. Ser prudente era estar por encima de todas las cosas, no odiar ni querer a nada ni a nadie, pero acoger también con indiferencia el rechazo total o el afecto de los otros. A quien realmente era prudente no le importaba nada. Era inaccesible y nada podía afectarlo. Sí, ser así ¡era algo deseable! Bastián estaba convencido de que, de esa forma, llegaría a su último deseo, a ese último deseo que lo llevaría a su Verdadera Voluntad, como había dicho Graógraman. Ahora creía comprender lo que eso quería decir. Deseaba ser un gran sabio, ¡el sabio más sabio de toda Fantasia!

Poco después salió de su tienda.

La luna iluminaba un paisaje al que antes apenas había prestado atención. La ciudad de tiendas se extendía por un valle cerrado, rodeado por un amplio círculo de montañas de formas raras. El silencio era total. En el valle había aún bosquecillos y matorrales; un poco más arriba, en las laderas de las montañas, la vegetación se hacía más escasa, y más arriba todavía cesaba por completo. Las formaciones rocosas que se alzaban por encima adoptaban toda clase de figuras y parecían casi formas deliberadas creadas por la mano de algún escultor gigantesco. No soplaba viento y el cielo estaba despejado. Todas las estrellas brillaban y parecían más cercanas que otras veces.

Muy arriba, sobre una de las cumbres más altas, Bastián descubrió algo que parecía una cúpula. Al parecer, estaba habitada, porque de ella salía un débil resplandor.

-También yo lo he visto, señor -dijo Illuán con su voz estridente. Estaba en su puesto, junto a la entrada de la tienda-. ¿Qué puede ser?

Apenas había acabado de hablar, cuando de la lejanía llegó una extraña llamada. Sonaba como el prolongado «¡uhuhuhu!» del grito de una lechuza, pero más profundo y poderoso. Luego el grito resonó una segunda y una tercera vez, pero ahora a muchas voces.





Eran realmente lechuzas: seis, como pudo comprobar Bastián. Venían de la dirección de la cumbre que tenía aquella cúpula en su parte superior. Llegaban volando, con las alas casi inmóviles. Y cuanto más se acercaban mejor se apreciaba su asombroso tamaño. Volaban a una velocidad increíble. Sus ojos brillaban intensamente y sobre la cabeza tenían unas orejas derechas, con mechones de plumas sobre ellas. Su vuelo era totalmente silencioso. Cuando aterrizaron ante la tienda de Bastián, apenas se oyó un ligero silbido en las plumas de sus alas.

Ahora estaban en el suelo, cada una de ellas más grande que Bastián, y hacían girar sus cabezas de ojos grandes y redondos en todas direcciones. Bastián se dirigió a ellas.

-¿Quiénes sois y qué buscáis?

-Nos envía Uschtu, la Madre de la Intuición -respondió una de las seis lechuzas-, y somos mensajeros aéreos de Guígam, el Monasterio de las Estrellas.

-¿Qué clase de monasterio es ése? -preguntó Bastián.

-Es el centro de la sabiduría -respondió otra lechuza-, donde los monjes aprenden el Conocimiento.

-¿Y quién es Uschtu? -quiso seguir averiguando Bastián.

-Uno de los tres Pensadores Profundos que dirigen el monasterio y enseñan a los monjes el Conocimiento -explicó una tercera lechuza-. Nosotras somos mensajeras de la noche y le pertenecemos.

-Si hubiera sido de día -añadió una cuarta lechuza, Schirkrie, el Padre de la Visión, hubiera enviado sus mensajeros, que son águilas. Y en la hora del crepúsculo, entre el día y la noche, Yisipu, el Hijo de la Sagacidad, envía los suyos, que son zorros.

-¿Quiénes son Schirkrie y Yisipu?

-Los otros dos Pensadores Profundos, nuestros superiores.

-¿Y qué buscáis aquí?

-Buscamos al Gran Sabio -dijo la sexta lechuza- Los tres Pensadores Profundos saben que se encuentra en esta ciudad de tiendas y solicitan su ilustración.

-¿El Gran Sabio? -preguntó Bastián-. ¿Quién es?

-Su nombre -respondieron las seis lechuzas a la vez- es Bastián Baltasar Bux.

-Lo habéis encontrado ya -respondió él-. Soy yo.

Las lechuzas se inclinaron de golpe profundamente, lo que, a pesar de su imponente tamaño, resultó casi cómico.





-Los tres Pensadores Profundos -dijo la primera lechuza- solicitan humilde y respetuosamente tu visita para que les resuelvas la cuestión que ellos, en su larga vida, no han podido resolver.

Bastián se acarició pensativamente la barbilla.

-Está bien -respondió finalmente-, pero me gustaría llevar a mis dos discípulos.

-Nosotras somos seis -contestaron las lechuzas-, y entre dos de nosotras podemos llevar a uno de vosotros.

Bastián se volvió hacia el yinni azul.

-Illuán, ¡vete a buscar a Atreyu y a Xayide!

El yinni se alejó rápidamente.

-¿Qué cuestión -quiso saber Bastián- es la que debo resolver?

-Gran Sabio -declaró una de las lechuzas-, sólo somos pobres mensajeros alados ignorantes y ni siquiera pertenecemos a la categoría más baja de los monjes del Conocimiento. ¡Cómo podríamos comunicarte la cuestión que los tres Pensadores Profundos no han podido resolver en su larga vida!

Al cabo de unos minutos volvió Illuán con Atreyu y Xayide. En el camino les había explicado rápidamente de qué se trataba.

Cuando Atreyu estuvo ante Bastián, le preguntó suavemente:

-¿Por qué yo?

-Sí -quiso saber también Xayide-, ¿por qué él?

-Ya lo sabréis -replicó Bastián.

Resultó que las lechuzas, previsoramente, habían traído tres trapecios. Entre dos cogieron con las garras las cuerdas de las que colgaba cada trapecio; Bastián, Atreyu y Xayide se sentaron en las tablas, y las grandes aves nocturnas se elevaron con ellos en el aire.

Cuando llegaron al Monasterio de las Estrellas de Guígam, vieron que la gran cúpula era sólo la parte superior de un edificio muy espacioso, formado por diversas secciones de forma de cubo. Tenía innumerables ventanitas y, con sus altos muros exteriores, se alzaba al borde mismo de un barranco. Para los visitantes indeseados resultaba de acceso difícil o imposible.

En los elementos de forma de cubo estaban las celdas de los monjes del Conocimiento, las bibliotecas, los servicios administrativos y los alojamientos para los mensajeros. Bajo la gran cúpula se encontraba la sala de reuniones, en la que los tres Pensadores Profundos impartían sus enseñanzas.





Los monjes del Conocimiento eran fantasios de la figura y la procedencia más diversas. Pero si querían entrar en el monasterio tenían que romper todo lazo con su país y con su familia. La vida de aquellos monjes era dura y abnegada, y estaba dedicada exclusivamente a la sabiduría y al conocimiento. No todo el que lo pretendía, ni mucho menos, era aceptado en la comunidad. Las pruebas eran difíciles y los tres Pensadores Profundos inexorables. Ello hacía que casi nunca vivieran allí más de trescientos monjes que, sin embargo, constituían lo más escogido entre los seres más inteligentes de toda Fantasia. Había habido tiempos en que la comunidad de hermanos y hermanas se había reducido a sólo siete miembros. Sin embargo, aquello no había cambiado en nada la dureza de las pruebas. En aquel momento, el número de monjes y monjas era de más de doscientos.

Cuando Bastián, seguido de Atreyu y de Xayide, fue conducido a la gran aula, se vio ante una multitud abigarrada de todos los seres fantásicos imaginables, que sólo se diferenciaban de su propia comitiva en que todos, cualquiera que fuera su figura, iban vestidos con un áspero sayal de color pardo oscuro. Puede imaginarse el aspecto que tenían, por ejemplo, algunos de los ya citados rocas errantes o diminutenses.

Los tres superiores, sin embargo, los Pensadores Profundos, tenían figura humana. Pero sus cabezas no eran humanas. Uschtu, la Madre de la Intuición, tenía rostro de lechuza. Schirkrie, el Padre de la Visión, tenía cabeza de águila. Y finalmente Yisipu, el Hijo de la Sagacidad, tenía cabeza de zorro. Se sentaban en altos sillones y parecían inmensos. Atreyu y hasta Xayide parecieron intimidados al verlos. Pero Bastián avanzó hacia ellos serenamente. En la gran sala reinaba un profundo silencio.

Schirkrie, que al parecer era el más viejo de los tres y se sentaba en medio, señaló lentamente con la mano un sitial vacío que había frente a ellos. Bastián se sentó.

Tras un largo silencio, Schirkrie comenzó a hablar. Lo hacía muy bajo pero su voz sonaba profunda y llena.

-Desde los tiempos más remotos reflexionamos en el enigma de nuestro mundo. Yisipu piensa sobre él algo distinto de lo que intuye Uschtu; la intuición de Uschtu enseña algo distinto de lo que yo veo y, a mi vez, veo algo distinto de lo que Yisipu piensa. No debe seguir siendo así. Por eso te hemos rogado, Gran Sabio, que vengas a nosotros y nos instruyas. ¿Atenderás nuestro ruego?

-Lo haré -dijo Bastián.

-Entonces escucha, Gran Sabio, nuestra pregunta: ¿qué es Fantasia?

Bastián calló durante un rato y luego respondió:

-Fantasía es la Historia Interminable.

-Danos tiempo para entender tu respuesta -dijo Schirkrie-. Mañana, a la misma hora, nos reuniremos aquí de nuevo.





Todos, los tres Pensadores Profundos y también todos los monjes del Conocimiento, se levantaron silenciosamente y salieron.

Bastián, Atreyu y Xayide fueron llevados a las celdas de huéspedes, en las que a cada uno le esperaba una comida sencilla. Los lechos eran simples camas de madera con ásperas mantas de lana. A Bastián y a Atreyu, naturalmente, no les importó, pero Xayide, que se hubiera preparado mágicamente una cama más agradable, pudo comprobar que sus artes no le servían en aquel monasterio.

A la noche siguiente, a la hora fijada, se congregaron de nuevo todos los monjes y los tres Pensadores Profundos en la gran sala de la cúpula. Bastián se sentó otra vez en el sitial y Xayide y Atreyu se colocaron de pie a su izquierda y su derecha.

Esta vez fue Uschtu, la Madre de la Intuición, quien miró a Bastián con sus grandes ojos de lechuza y habló:

-Hemos meditado en tu enseñanza, Gran Sabio. Sin embargo, nos ha planteado una nueva pregunta. Si Fantasia es, como dices, la Historia Interminable, ¿dónde está escrita esa Historia Interminable?

Otra vez calló un rato Bastián y respondió luego:

-En un libro de tapas de color cobre.

-Danos tiempo para entender tus palabras -dijo Uschtu-. Nos reuniremos aquí de nuevo mañana a la misma hora.

Todo ocurrió como en la noche anterior. Y a la noche siguiente, cuando otra vez estuvieron reunidos en el aula, Yisipu, el Hijo de la Sagacidad, tomó la palabra:

-También esta vez hemos reflexionado en tu enseñanza, Gran Sabio. Y de nuevo nos encontramos, desconcertados, ante una nueva pregunta. Si nuestro mundo de Fantasía es una Historia Interminable, y si esa Historia Interminable está escrita en un libro de tapas de color cobre... ¿dónde se encuentra ese libro?

Y tras un corto silencio respondió Bastián:

-En el desván de un colegio.

-Gran Sabio -repuso Yisipu, el de cabeza de zorro-, no dudamos de la veracidad de lo que nos dices. Sin embargo, quisiéramos rogarte que nos mostraras esa verdad. ¿Podrías hacerlo?

Bastián reflexionó y luego dijo:

-Creo que podré.

Atreyu miró a Bastián sorprendido. También Xayide tenía una expresión interrogante en sus ojos de colores distintos.





-Mañana nos reuniremos de nuevo a esta misma hora -dijo Bastián-, pero no aquí en el aula, sino fuera, sobre los tejados de Guígam, el Monasterio de las Estrellas. Y deberéis contemplar atentamente y sin interrupción el cielo.

A la noche siguiente -que era tan clara y estrellada como las tres anteriores- todos los miembros de la cofradía, incluidos los tres Pensadores Profundos, estaban a la hora fijada en los tejados del monasterio, contemplando con la cabeza echada hacia atrás, el cielo nocturno. También Atreyu y Xayide, que no sabían lo que se proponía Bastián, se encontraban entre ellos.

Bastián, sin embargo, se subió al punto más alto de la cúpula. Cuando estuvo arriba, miró a su alrededor y en aquel momento, por primera vez, vio lejos, muy lejos en el horizonte, resplandeciendo mágicamente a la luz de la luna, la Torre de Marfil.

Sacó de su bolsillo la piedra Al-Tsahir, que brillaba suavemente. Bastián recordó las palabras de la inscripción que había en la puerta de la Biblioteca de Amarganz.

«... Mas si dijera mi nombre otra vez
desde el final al principio,
despediría en un solo segundo
la luz de cien años.»

Sostuvo la piedra en alto y gritó:

-¡Rihast-la!

En aquel momento se produjo un relámpago de tal luminosidad que el cielo estrellado palideció y el espacio oscuro que había detrás quedó iluminado. Y aquel espacio era el desván del colegio, con sus vigas poderosas, ennegrecidas por los años. Y luego todo pasó. Después de despedir la luz de cien años, Al-Tsahir había desaparecido sin dejar rastro.

Todos, incluido Bastián, necesitaron algún tiempo para que sus ojos se acostumbraran de nuevo a la débil luz de la luna y las estrellas.

Conmovidos por la visión, se congregaron en silencio en la gran aula. Bastián entró el último. Los monjes del Conocimiento y los tres Pensadores Profundos se levantaron de sus asientos y se inclinaron profunda y largaríiente ante él.

-No hay palabras -dijo Schirkrie- con las que pudiera agradecerte ese relámpago de iluminación, Gran Sabio. Porque en ese misterioso desván he visto a un ser de mi especie: un águila.

-Te equivocas, Schirkrie -lo contradijo con suave sonrisa Uschtu, la del rostro de lechuza-. He vistó tnuy bien que se trataba de una lechuza.

-Los dos os engañáis -le interrumpió Yisipu con ojos brillantes-. El ser que allí había era de mi especie: un zorro.

Schirkrie levantó las manos con un gesto de rechazo.

-Estamos otra vez donde estábamos -dijo-. Sólo tú puedes responder también a esta pregunta, Gran Sabio. ¿Cuál de los tres tiene razón?

Bastián sonrió con indiferencia y dijo:

-Los tres.

-Danos tiempo para entender tu respuesta -pidió Uschtu.

-Sí -contestó Bastián-, todo el que queráis. Porque os vamos a dejar.

El desencanto se pintó en los rostros de los monjes del Conocimiento y también en el de sus superiores, pero Bastián rechazó impasible sus insistentes ruegos de que se quedara con ellos mucho tiempo o, mejor, para siempre.

De forma que fue acompañado afuera con sus dos discípulos, y los mensajeros alados los llevaron de nuevo al campamento.

Aquella noche, por cierto, comenzó en Guígam, el Monasterio de las Estrellas, la primera discrepancia fundamental entre los tres Pensadores Profundos, que muchos años después hizo que se disolviera la cofradía y que Uschtu, la Madre de la Intuición, Schirkrie, el Padre de la Visión y Yisipu, el Hijo de la Sagacidad, fundaran un monasterio cada uno. Pero ésa es otra historia y debe ser contada en otra ocasión.

Bastián, sin embargo, había perdido aquella noche el recuerdo de haber estado nunca en un colegio. También el desván y hasta el libro robado de tapas de color cobre habían desaparecido de su memoria. Y nunca más se preguntó cómo había llegado a Fantasia.





La Batalla De La Torre De Marfil



olvieron al campamento los exploradores enviados como avanzadillas e informaron de que la Torre de Marfil estaba ya muy cerca. En dos días de marchas forzadas, como mucho en tres, podrían llegar a ella.

Pero Bastián parecía indeciso. Ordenaba hacer altos con más frecuencia que hasta entonces y luego, repentinamente, reanudaba la marcha. Nadie en la expedición comprendía los motivos, pero nadie, naturalmente, se atrevía a preguntárselos. Desde su gran hazaña en el Monasterio de las Estrellas, Bastián había permanecido inaccesible, incluso para Xayide. En la expedición corrían toda clase de rumores, pero la mayoría de los compañeros de viaje acataban de buena gana sus contradictorias órdenes. Los grandes sabios -opinaban- parecen a menudo incomprensibles a los seres normales. Tampoco Atreyu y Fújur podían explicarse ya el comportamiento de Bastián. Lo ocurrido en el Monasterio de las Estrellas excedía de la comprensión de ambos. Pero eso sólo aumentaba la preocupación que les causaba.

En Bastián batallaban dos sentimientos y no podía acallar ninguno de los dos. Ansiaba encontrar a la Hija de la Luna. Ahora era famoso y admirado en toda Fantasía y podía ir a su encuentro como un igual. Pero al mismo tiempo lo llenaba de preocupación el tener que devolverle a AURYN. ¿Qué ocurriría entonces? ¿Intentaría ella enviarlo de nuevo a su mundo, del que apenas sabía ya nada Bastián? ¡No quería regresar! ¡Y quería conservar la Alhaja! ... Luego pensaba que no era seguro que tuviese que devolvérsela. Quizá ella se la dejara tanto tiempo como él quisiera. Quizá se la había regalado ya, o le pertenecía a él para siempre. En esos instantes, Bastián apenas podía aguardar la hora de ver a la Hija de la Luna. Y acicateaba a la expedición para poder estar antes con ella. Sin embargo, pronto lo acometían las dudas y mandaba detenerse y acampar, a fin de pensar en lo que le aguardaba.

De esa forma, con marchas rápidas y precipitadas y dilaciones de horas, habían llegado por fin al límite exterior del famoso Laberinto, la amplia llanura que era un solo jardín lleno de senderos y caminos entrecruzados. En el horizonte, contra el cielo brillante y dorado de la tarde, relucía mágicamente la Torre de Marfil.

Todo el tropel de fantasios y también Bastián se quedaron en un silencio religioso, disfrutando de la indescriptible belleza de la vista. Hasta en el rostro de Xayide había una expresión de asombro que nunca había aparecido antes y que, desde luego, pronto desapareció otra vez. Atreyu y Fújur, que estaban muy atrás, recordaron qué distinto les había parecido el Laberinto cuando estuvieron allí la última vez, carcomido por la





enfermedad mortal de la Nada. Ahora parecía más florido, hermoso y resplandeciente que nunca.

Bastián decidió no avanzar más ese día, de forma que se montó el campamento. Envió a algunos mensajeros para que saludaran de su parte a la Hija de la Luna y le anunciaran que tenía intención de llegar al día siguiente a la Torre de Marfil. Luego se echó en su tienda e intentó dormir. Pero se agitaba de un lado a otro sobre sus cojines, y sus preocupaciones no lo dejaban descansar. No sospechaba que, por razones muy distintas, aquella noche sería la peor de su estancia en Fantasia.

Hacia la medianoche había caído finalmente en un sueño ligero e inquieto, cuando murmullos y susurros excitados a la entrada de su tienda lo sobresaltaron. Se levantó y salió.

-¿Qué pasa? -preguntó con severidad.

-Este mensajero -respondió Illuán, el yinni azul- pretende tener que comunicarte una noticia tan importante que no puede esperar hasta mañana.

El mensajero, al que Illuán había levantado por el cuello, era un pequeño ligerillo, un ser de cierto parecido con un conejo pero que, en lugar de piel, tiene un plumaje de estallante colorido. Los ligerillos son los corredores más veloces de Fantasía y pueden salvar enormes distancias a tal velocidad que prácticamente no se los ve y sólo se puede observar su paso, como una exhalación, por las nubecillas de polvo que levantan. Precisamente por esa cualidad habían enviado a aquel ligerillo como mensajero. Había hecho todo el trayecto hasta la Torre de Marfil y regresado, y jadeaba sin aliento cuando el yinni lo dejó ante Bastián.

-Perdón, señor -resopló el ligerillo inclinándose profundamente unas cuantas veces-, perdón por atreverme a turbar tu descanso, pero te sentirías muy poco satisfecho de mí si no lo hiciera. La Emperatriz Infantil no está en la Torre de Marfil desde hace muchísimo tiempo, y nadie sabe dónde se encuentra.

Bastián se sintió de pronto vacío y frío interiormente.

-Tienes que estar equivocado. Eso no puede ser.

-Los otros mensajeros te lo confirmarán cuando lleguen, señor.

Bastián calló un rato y luego dijo sin expresión:

-Gracias, está bien.

Se volvió y entró en su tienda.

Se sentó en la cama y apoyó la cabeza en las dos manos. Era completamente imposible que la Hija de la Luna no hubiera sabido cuánto tiempo hacía que se dirigía a su encuentro. ¿Era que no quería verlo? ¿O le habría ocurrido algo?





No, era completamente impensable que a ella, la Emperatriz Infantil, le pudiera ocurrir algo en su propio reino.

Pero no estaba allí y eso significaba que no tendría que devolverle a ÁURYN. Por otro lado, sentía una amarga decepción por el hecho de no volverla a ver. Cualquiera que fuese la razón para su conducta, ¡la encontraba incomprensible, no, insultante!

Entonces recordó la observación a menudo reiterada de Atreyu y Fújur, en el sentido de que cada uno sólo encontraba una vez a la Emperatriz Infantil.

El pesar hizo que, repentinamente, sintiera nostalgia de Atreyu y de Fújur. Quería desahogarse con alguien, hablar con un amigo.

Se le ocurrió la idea de ponerse el cinturón Guémmal e ir a verlos sin que lo vieran. De esa forma podría estar con ellos y disfrutar de su presencia consoladora sin ceder en nada.

Rápidamente abrió la decorada cajita, sacó el cínturón y se lo ciñó. Otra vez tuvo la misma desagradable sensación que la primera cuando dejó de verse a sí mismo. Aguardó un poco hasta que se hubo acostumbrado y luego salió y comenzó a errar por el campamento en busca de Atreyu y de Fújur. Por todas partes se oían susurros y murmullos excitados, figuras oscuras se deslizaban entre las tiendas, y aquí y allá se sentaban juntos varios fantasios, deliberando entre sí en voz baja. Entretanto habían vuelto también los demás mensajeros y la noticia de que la Hija de la Luna no estaba en la Torre de Marfil se había extendido como un incendio por el campamento de los compañeros de viaje. Bastián anduvo entre las tiendas pero, al principio, no encontró a los dos que buscaba.

Atreyu y Fújur se habían instalado al borde mismo del campamento, bajo un romero en flor. Atreyu se sentaba sobre las piernas, con los brazos cruzados ante el pecho, y miraba con rostro impasible en dirección a la Torre de Marfil. El dragón de la suerte estaba echado junto a él, con la poderosa cabeza en el suelo, a sus pies.

-Mi última esperanza era que ella hiciera con él una excepción para recuperar el Signo -dijo Atreyu-, pero ahora ya no la hay.

-Ella sabe lo que se hace -respondió Fújur.

En aquel momento Bastián los vio y se dirigió, invisible, hacia ellos.

-¿Lo sabe realmente? -murmuró Atreyu-. Bastián no debe seguir teniendo a ÁURYN.

-¿Qué vas a hacer? -preguntó Fújur-. No te lo entregará voluntariamente.

-Se lo tendré que quitar -respondió Atreyu.

Al oír esas palabras, Bastián sintió que el suelo vacilaba bajo sus pies.

-¿Cómo lo vas a hacer? -oyó decir a Fújur-. Es verdad: si lo tuvieras tú, no podría obligarte ya a devolvérselo.

-Eso no lo sé -dijo Atreyu-; seguiría teniendo su fuerza y su espada mágica.

-Pero el Signo te protegería -objetó Fújur-, incluso de él.

-No -dijo Atreyu-, eso no creo. De él no. No.

-Y lo cierto es -continuó Fújur soltando una risa suave y rabiosa- que él mismo te lo ofreció en vuestra primera noche en Amarganz. Y tú lo rechazaste.

Atreyu asintió.

-Entonces no sabía aún lo que sería de Bastián.

-¿Qué otro remedio te queda? -preguntó Fújur-. ¿Qué vas a hacer para quitarle el Signo?

-Tendré que robárselo -respondió Atreyu.

Fújur levantó bruscamente la cabeza. Con sus ardientes ojos de color rubí miró a Atreyu, que bajó la vista al suelo y repitió en voz baja:

-Tendré que robárselo. No hay otra posibilidad.

Tras un silencio inquieto, Fújur preguntó:

-¿Cuándo?

-Esta misma noche -respondió Atreyu-, porque mañana puede ser demasiado tarde.

Bastián no quiso oír más. Lentamente se alejó. Sólo sentía un vacío frío y sin fondo. Ahora todo le daba igual... como había dicho Xayide.

Volvió a su tienda y se quitó el cinturón Guémmal.

Luego envió a Illuán a llamar a los tres caballeros Hysbald, Hykrion y Hydorn. Mientras esperaba andando arriba y abajo, recordó que Xayide lo había vaticinado todo. Él no había querido creerla, pero ahora tendría que hacerlo. Xayide se había portado sinceramente con él, ahora lo comprendía. Era la única que le había sido fiel. Sin embargo, no era seguro que Atreyu pusiera realmente en práctica su plan. Quizá había sido sólo una idea de la que se avergonzaba ya. En tal caso, Bastián no diría ni una palabra.... aunque a partir de ahora su amistad no le importaría. Había terminado para siempre.

Cuando llegaron los tres caballeros, les dijo que tenía razones para suponer que aquella misma noche un ladrón entraría en su tienda. Por ello les pedía que montaran guardia en el interior y capturasen al ladrón, quienquiera que fuese. Hysbald, Hydorn y Hykrion estuvieron de acuerdo y se pusieron cómodos. Bastián se fue.





Se dirigió a la litera de coral de Xayide. Ella estaba profundamente dormida y sólo los cinco gigantes, con sus negras corazas de insecto, permanecían erguidos e inmóviles a su alrededor. En la oscuridad parecían cinco bloques de piedra.

-Deseo que me obedezcáis -dijo Bastián en voz baja. Inmediatamente, los cinco volvieron hacia él sus negras caras de hierro.

-Mándanos, Señor de nuestra Señora -respondió uno con voz metálica.

-¿Creéis que podríais dominar a Fújur, el dragón de la suerte? -quiso saber Bastián.

-Eso depende, señor, de tu voluntad que nos guía -contestó la voz metálica.

-Es mi voluntad -dijo Bastián.

-Entonces podemos dominar a cualquiera -fue la respuesta.

-Está bien, acercaos a él... -señaló con la mano la dirección-. En cuanto Atreyu lo deje, icoged a Fújur prisionero! Pero quedaos con él allí. Ya os avisaré cuando tengáis que traerlo.

-Lo haremos de buena gana -fue la respuesta de la voz metálica.

Los cinco negros se pusieron en movimiento silenciosamente y al mismo paso. Xayide sonrió en sueños.

Bastián volvió a su tienda, pero cuando la vio delante titubeó. En el caso de que Atreyu intentara realmente el robo, no quería estar presente cuando lo capturasen.

Las primeras luces del amanecer subían ya por el cielo, y Bastián se apostó no lejos de su tienda, bajo un árbol, y aguardó envuelto en su manto de plata. El tiempo pasó de una forma infinitamente lenta, amaneció una mañana pálida, se hizo más claro y Bastián empezaba ya a alimentar esperanzas de que Atreyu hubiera renunciado a sus propósitos, cuando de repente se oyó ruido y confusión de voces en el interior de la suntuosa tienda. No pasó mucho rato antes de que Atreyu, con las manos atadas a la espalda, fuera sacado por Hykrion de la tienda. Los otros dos caballeros los seguían.

Bastián se levantó pesadamente y se apoyó contra el árbol.

«¡De modo que sí!», murmuró para sus adentros. Luego penetró en su tienda. No quería mirar a Atreyu y también éste mantuvo la cabeza baja.

-¡Illuán! -dijo Bastián al yinni azul que estaba junto a la entrada de la tienda-. Despierta a todo el campamento. Todos deben venir aquí. Y que los gigantes traigan a Fújur.

El yinni lanzó un agudo grito de águila y se fue apresuradamente. En todos los sitios a donde llegaba comenzó a verse movimiento en las tiendas grandes o pequeñas y en los demás lugares de acampada.





-No se ha defendido en absoluto -gruñó Hykrion señalando con un gesto de cabeza a Atreyu, que permanecía inmóvil y con la cabeza gacha. Bastián se apartó y se sentó en una piedra.

Cuando los cinco gigantes negros blindados trajeron a Fújur, una gran multitud se había congregado ya en torno a la suntuosa tienda. Al acercarse los pasos iguales, metálicos y pesados, los espectadores se abrieron dejando camino. Fújur no estaba encadenado ni lo tocaban los gigantes blindados: sólo caminaban a su izquierda y su derecha con las espadas desenvainadas.

-No se ha defendido en absoluto, Señor de nuestra Señora -le dijo a Bastián una de las voces metálicas cuando la comitiva se detuvo ante él.

Fújur se echó en el suelo ante Atreyu y cerró los ojos. Se hizo un largo silencio. Los últimos rezagados de la expedición se apresuraron a llegar y estiraron el cuello para ver qué pasaba. La única que no estaba presente era Xayide. Los susurros y murmullos fueron apagándose poco a poco. Todas las miradas iban de Atreyu a Bastián y de Bastián a Atreyu. En aquella luz gris, sus figuras inmóviles parecían una imagen sin color, petrificada para siempre.

Finalmente, Bastián se levantó.

-Atreyu -dijo-, querías robarme el signo de la Emperatriz Infantil para hacerlo tuyo. Y tú, Fújur, lo sabías y lo planeaste con él. Con ello, no sólo habéis manchado la amistad que había entre nosotros, sino que os habéis hecho reos también del peor de los crímenes contra la voluntad de la Hija de la Luna, que me dio la Alhaja. ¿Os confesáis culpables?

Atreyu miró largamente a Bastián y asintió.

A Bastián le falló la voz y tuvo que comenzar dos veces antes de poder seguir hablando.

-Pienso, Atreyu, en que fuiste tú quien me llevó hasta la Emperatriz Infantil. Y pienso en el canto de Fújur en Amarganz. Por eso os perdono la vida: la vida de un ladrón y del cómplice de un ladrón. Haced con ella lo que queráis. Pero alejaos de mí tanto como podáis, y no os atreváis jamás a poneros ante mi vista. Os destierro para siempre. ¡No os he conocido nunca!

Le hizo a Hykrion una señal con la cabeza para que soltara a Atreyu y luego se apartó y volvió a sentarse.

Atreyu se quedó largo tiempo de pie sin moverse y luego echó una mirada a Bastián. Pareció como si quisiera decir algo, pero luego lo pensó mejor. Se inclinó hacia Fújur y le susurró alguna cosa. El dragón de la suerte abrió los ojos y se enderezó. Atreyu saltó sobre sus espaldas y Fújur se elevó en el aire. Voló en línea recta por el cielo de la mañana que cada vez se hacía más claro y, aunque sus movimientos eran pesados y fatigosos, en pocos minutos desapareció en lontananza.

Bastián se puso en pie y penetró en su tienda. Se echó en la cama.





-Ahora has conseguido ser verdaderamente grande -dijo con suavidad una voz dulce y velada-: ahora no te importa nada y nada puede afectarte.

Bastián se incorporó. Era Xayide quien había hablado. Se acurrucaba en el ángulo más oscuro de la tienda.

-¿Tú? -preguntó Bastián-. ¿Cómo has entrado?

Xayide sonrió.

-No hay centinelas, señor y maestro, capaces de detenerme. Sólo podrían hacerlo tus órdenes. ¿Quieres que me vaya?

Bastián volvió a echarse y cerró de nuevo los ojos. Al cabo de un rato murmuró:

-Me da igual. ¡Quédate o vete!

Ella lo observó con los ojos entornados largo tiempo. Luego preguntó:

-¿En qué piensas, señor y maestro?

Bastián se volvió del otro lado sin responderle.

Para Xayide era claro que de ninguna forma debía dejarlo solo ahora. Estaba a punto de escapársele de las manos. Tenía que consolarlo y animarlo a su manera. Tenía que inducirlo a proseguir el camino que ella había planeado para él y para sí misma. Y esta vez no lo podía lograr con un regalo mágico o un sencillo truco. Tenía que recurrir a medios más poderosos. A los más fuertes de que disponía, a los deseos más secretos de Bastián. De forma que se sentó a su lado y le susurró al oído:

-Mi dueño y señor, ¿cuándo piensas trasladarte a la Torre de Marfil?

-No lo sé -dijo Bastián hundido en sus almohadones-. ¿Qué voy a hacer allí si no está la Hija de la Luna? Ya no sé lo que debo hacer.

-Podrías entrar y esperar allí a la Emperatriz Infantil.

Bastián se volvió a Xayide.

-¿Tú crees que volverá?

Tuvo que repetir la pregunta más apremiantemente para que Xayide, titubeando, respondiera:

-No lo creo. Creo que ha dejado Fantasía para siempre y que tú, señor y maestro, eres su sucesor.

Bastián se incorporó lentamente. Miró los ojos de dos colores de Xayide y tardó un rato en comprender del todo lo que ella había dicho.





-¿Yo? -balbuceó. En sus mejillas aparecieron manchas rojas.

-¿Tanto te asustar la idea? -susurró Xayide-. Ella te ha dado el signo de su poderío. Te ha entregado su reino. Serás el Emperador Infantil, mi señor y maestro. Y lo mereces. No sólo salvaste a Fantasía con tu venida, sino que ¡la has creado tú! ¡Todos nosotros -incluso yo- somos sólo criaturas tuyas! Tú eres el Gran Sabio: ¿por qué te asusta asumir también el poder supremo que, después de todo, te corresponde?

Y mientras en los ojos de Bastián, poco a poco, comenzaba a brillar una fiebre fría, Xayide le habló de una nueva Fantasia, de un mundo que, en todos sus detalles, se conformaría con la voluntad de Bastián, en el que podría crear o destruir a su antojo, en el que no habría ya límites ni condiciones, y en el que toda criatura, buena o mala, hermosa o fea, necia o sabia, se debería sólo a su voluntad y él, majestuoso y enigmático, reinaría sobre todos dirigiendo la Historia en un juego eterno.

-Sólo entonces -dijo ella para terminar- serás verdaderamente libre, libre de todo lo que te limita y libre para hacer lo que quieras. ¿No querías encontrar tu verdadera voluntad? ¡Pues es ésa!

Aquella misma mañana se levantó el campamento, y la comitiva de muchos miles de almas, encabezada por Bastián y Xayide en la litera de coral, se puso en camino hacia la Torre de Marfil. Una columna casi interminable siguió los enredados caminos del Laberinto. Y cuando su cabeza llegó hacia la noche a la Torre de Marfil, los últimos rezagados habían cruzado apenas el limite exterior del jardín.

La recepción preparada para Bastián fue tan solemne como hubiera podido desear. Todos los que formaban parte de la corte de la Emperatriz Infantil se pusieron en danza. En todos los tejados y almenas había silfos-centinela de trompetas resplandecientes, que soplaban todo lo que daban de sí sus pulmones. Los saltimbanquis mostraban sus habilidades, los astrólogos predecían la fortuna y la grandeza de Bastián, y los panaderos hacían tartas tan altas como montañas; los ministros y dignatarios, sin embargo, acompañaron a la litera de coral y la guiaron a través del hervidero de la multitud por la calle principal, que describía una espiral cada vez más estrecha en torno a la Torre de Marfil, hasta el punto en que la gran puerta conducía al interior del verdadero palacio. Bastián, seguido de Xayide y de todos los dignatarios, subió los escalones blancos como la nieve de la ancha escalera, atravesó salas y corredores, la segunda puerta, cada vez más arriba, el jardín de animales, flores y árboles de marfil, los puentes bamboleantes y la última puerta. Quería llegar hasta el pabellón que formaba la cúspide de la enorme torre y tenía la forma de una flor de magnolio. Sin embargo, la flor estaba cerrada y el último trecho del camino que llevaba hasta ella era tan liso y empinado que nadie pudo subirlo.

Bastián recordó que tampoco Atreyu, gravemente herido, había podido llegar hasta allí, al menos por sus propias fuerzas, pues nadie que hubiera subido sabía cómo lo había logrado. Era algo que se le regalaba a uno.

Pero Bastián no era Atreyu. Si alguien merecía que se le regalara ese último trecho del camino era él. Y no estaba dispuesto a detenerse ahora.





-¡Llamad operarios! -ordenó-. Que me construyan escalones en esa superficie lisa o me hagan una escalera o inventen otra cosa. Deseo sentar ahí arriba mis reales.

-Señor -se atrevió a objetar unos de los consejeros más viejos-. Ahí vive nuestra Señora de los Deseos, la de los Ojos Dorados, cuando está con nosotros.

-¡Haced lo que os mando! -dijo imperiosamente Bastián.

Los dignatarios palidecieron y dieron un paso atrás. Pero obedecieron. Se llamó a operarios que se pusieron a la obra con martillos pesados y escoplos. Pero, por mucho que se esforzaron, no consiguieron desprender el más pequeño trozo de la cúspide. Los escoplos les saltaban de las manos sin dejar en la lisa superficie ni un arañazo.

-Inventad otra cosa -dijo Bastián apartándose de mala gana-, porque quiero subir hasta ahí. Pero tened en cuenta que mi paciencia puede acabarse pronto.

Luego volvió y, de momento, tomó posesión con su corte —de la que formaban parte sobre todo Xayide y los tres caballeros Hysbald, Hykrion y Hydorn, así como Illuán, el yinni azul- de los restantes aposentos del palacio.

Aquella misma noche convocó a todos los dignatarios, ministros y consejeros que hasta entonces habían servido a la Hija de la Luna a una asamblea que se celebró en la gran sala redonda donde, en otro tiempo, se había reunido el congreso médico.. Les anunció que la Señora de los Ojos Dorados le había dejado a él, Bastián Baltasar Bux, todo su poder sobre el reino sin fronteras de Fantasía y que, a partir de aquel momento, él ocuparía su puesto. Y los exhortó a que prometieran someterse por completo a su voluntad.

-Incluso y precisamente -siguió diciendo- cuando mis decisiones puedan resultaros temporalmente incomprensibles. Porque no soy vuestro igual.

Luego decidió que, exactamente setenta y siete días más tarde, se coronaría a sí mismo Emperador Infantil de Fantasía. Debía de celebrarse una fiesta de tal esplendor como nunca se hubiera visto en el reino. Había que enviar inmediatamente emisarios a todos los países, porque quería que todos los pueblos de Fantasia tuvieran su representante en la fiesta de la coronación.

Dicho esto, Bastián se retiró, dejando solos a los desconcertados consejeros y dignatarios.

No sabían qué hacer. Todo lo que habían oído les sonaba tan monstruoso que, al principio, se quedaron largo tiempo en silencio con la cabeza gacha. Luego comenzaron a hablar entre sí en voz baja. Y después de deliberar durante horas llegaron al acuerdo de que debían seguir las instrucciones de Bastián, porque llevaba el signo de la Emperatriz Infantil y eso los obligaba a obedecer... tanto si creían que la Hija de la Luna había entregado realmente todo su poder a Bastián como si todo el asunto era sólo una de las incomprensibles decisiones de ella. Así pues, se envió a los mensajeros y se hizo también todo lo demás que Bastián había ordenado.





En cualquier caso, él mismo no se ocupó más de ello. Todos los detalles de la preparación de la fiesta de la coronación se los confió a Xayide. Y ella supo ocupar a la corte de la Torre de Marfil de forma que casi ninguno volvió a pensar en el problema.

Bastián mismo permaneció en los días y semanas que siguieron casi siempre inmóvil, en el aposento que había elegido. Miraba fijamente ante sí sin hacer nada. Le hubiera gustado desear algo o inventar una historia que lo entretuviera, pero no se le ocurría nada. Se sentía vacío y hueco.

Por fin se le ocurrió la idea de que podía desear que viniera la Hija de la Luna. Y si realmente era todopoderoso, si todos sus deseos se hacían realidad, también ella tendría que obedecerlo. Se pasaba la mitad de la noche murmurando para sí: «¡Ven, Hija de la Luna! Debes venir. Te ordeno que vengas. Y pensó en la mirada de ella, que se le había quedado en el corazón como un luminoso tesoro. Pero ella no vino. Y cuanto más intentaba obligarla a venir, tanto más se apagaba el recuerdo de aquella luz en su corazón, hasta que dentro de él reinó una oscuridad total.

Se decía a sí mismo que volvería a recuperarlo todo cuando estuviera en el Pabellón de la Magnolia. Una y otra vez iba a ver a los operarios y los aguijoneaba, unas veces con amenazas, otras con promesas, pero todo lo que intentaban resultaba inútil. Las escaleras se rompían, los clavos de acero se doblaban, los escoplos saltaban.

Los caballeros Hykrion, Hysbald y Hydorn, con los que hasta entonces le había gustado charlar o jugar a cualquier cosa, le servían ahora de poco. Habían descubierto, en la planta más baja de la Torre de Marfil, una bodega. Allí se pasaban los días y las noches, bebiendo, jugando a los dados, vociferando estúpidas canciones o peleándose, y no era raro que llegaran a sacar incluso las espadas. A veces recorrían también, tambaleándose, la calle principal, molestando a las hadas, las elfas, las mujeres salvajes y otros seres femeninos de la Torre.

-Qué quieres, señor -decían cuando Bastián les pedía explicaciones-, tienes que darnos algo que hacer. Pero a Bastián no se le ocurría nada, y les daba largas hasta después de su coronación, aunque tampoco él sabía qué iba a cambiar con ella.

Poco a poco, el tiempo se hacía cada vez más nublado. Aquellas puestas de sol que parecían de oro líquido eran cada vez más raras. El cielo estaba casi siempre gris y cubierto, y el aire se hacía pesado. No soplaba ningún viento.

Así llegó lentamente el día fijado para la coronación. Los emisarios volvieron. Muchos de ellos trajeron delegados de los más diversos países de Fantasia. Otros, sin embargo, regresaron con las manos vacías e informaron de que los habitantes a los que habían sido enviados se habían negado rotundamente a participar en la ceremonia. En muchos lugares se habían rebelado secreta o, incluso, abiertamente. Bastián miraba ante sí inmóvil.

-Con todo eso acabarás -dijo Xayide- cuando seas emperador de Fantasia.

-Quiero que ellos quieran lo que yo quiero -dijo Bastián.

Pero Xayide se había alejado ya precipitadamente para tomar nuevas disposiciones.





Y llegó el día de la coronación, coronación que no tendría lugar. Ese día pasaría a la Historia de Fantasia como el de la sangrienta batalla de la Torre de Marfil.

Ya de mañana el cielo estaba cubierto por unas nubes espesas de color gris plomizo que no dejaban que se hiciera realmente el día. Una media luz inquietante lo bañaba todo, el aire estaba totalmente inmóvil y era tan pesado y opresivo que apenas se podía respirar.

Xayide, juntamente con los catorce maestros de ceremonias de la Torre de Marfil, había preparado un programa de festejos sumamente variado, que debía superar en lujo y fastuosidad a todo lo que se había visto en Fantasia.

Ya desde las primeras horas de la mañana, la música resonaba en todas las calles y plazas, pero era una música como hasta aquel día no se había oído en la Torre de Marfil: salvaje, chirriante y, sin embargo, monótona. Todo el que la oía comenzaba a mover los pies y, quisiera o no, tenía que bailar y saltar. Nadie conocía a los músicos, que llevaban máscaras negras, y nadie sabía de dónde los había traído Xayide.

Todos los edificios y fachadas estaban engalanados con banderas y gallardetes de colores chillones que, sin embargo, como no había viento, colgaban lánguidamente. A lo largo de la calle principal y alrededor de los altos muros del recinto del palacio había innumerables retratos, pequeños y enormes, que mostraban todos un solo rostro, siempre el mismo: el rostro de Bastián.

Como el Pabellón de la Magnolia seguía siendo inaccesible, Xayide había preparado otro lugar para la subida al trono. Allí donde la espiral de la calle mayor terminaba ante la gran puerta del palacio debía levantarse el trono sobre los amplios escalones de marfil. Miles de pebeteros de oro humeaban y el humo, que olía de una forma adormecedora y, al mismo tiempo, excitante, flotaba lentamente por los escalones, por la plaza, descendía por la calle principal y se introducía en todas las callejas laterales, rincones y aposentos.

Por todas partes estaban aquellos gigantes negros con sus corazas de insecto. Nadie sabía, salvo Xayide, como había logrado centuplicar los cinco que le habían quedado. Y no sólo eso: unos cincuenta de ellos montaban ahora en formidables caballos, hechos también totalmente de metal negro y que se movían de una forma absolutamente idéntica.

En cortejo triunfal, aquellos jinetes acompañaron al trono por la calle mayor. Nadie sabía de dónde había salido el trono. Era tan grande como el portal de una iglesia y se componía exclusivamente de espejos de toda forma y color. Sólo su asiento era de seda de color cobre. De forma curiosa, aquel enorme objeto reluciente se deslizaba por sí solo, subiendo por la espiral de la calle sin ser empujado ni arrastrado, como si tuviera vida propia.

Cuando el trono se detuvo ante la gran puerta de marfil, Bastián salió del recinto del palacio y se sentó en él. Parecía diminuto como una muñeca, sentado en medio de todo aquel boato frío y reluciente. La multitud de espectadores, contenida por una doble fila de gigantes negros blindados, prorrumpió en gritos de júbilo, pero, de modo inexplicable, los gritos sonaron escasos y estridentes.





Luego comenzó la parte más pesada y fatigosa de la ceremonia. Todos los emisarios y delegados del reino fantásico tuvieron que formar una fila, y aquella fila no sólo bajaba desde el trono de los espejos por toda la calle en espiral de la Torre de Marfil, sino que llegaba lejos, muy lejos, por el Laberinto, y cada vez se le unían más fantasios. Cada individuo, cuando le llegaba el turno, tenía que postrarse ante el trono, tocar tres veces el suelo con la frente, besar el pie derecho de Bastián y decir: «En nombre de mi pueblo y de mis congéneres te ruego a ti, a quien todos debemos nuestra existencia, que te corones Emperador Infantil de Fantasia».

Habían pasado ya de esa forma dos o tres horas, cuando una agitación repentina recorrió la fila de los que aguardaban. Un joven fauno subía corriendo por la calle; se veía que lo hacía con sus últimas fuerzas, porque se tambaleaba y se caía de vez en cuando, se levantaba otra vez y seguía corriendo, hasta que se arrojó a los pies de Bastián, luchando por recuperar el aliento. Bastián se inclinó hacia él.

-¿Qué ocurre para que te atrevas a perturbar la ceremonia?

-¡Es la guerra, señor! -balbuceó el fauno-. Atreyu ha juntado a muchos insurrectos y se dirige hacia aquí con tres ejércitos. Piden que les entregues a ÁURYN y, si no lo haces voluntariamente, pretenden obligarte a ello por la fuerza.

De súbito reinó un silencio de muerte. La excitante música y las estridentes muestras de regocijo habían cesado de golpe. Bastián miraba fijamente ante sí. Se había puesto pálido.

Llegaron corriendo los tres caballeros Hysbald, Hykrion y Hydorn. Parecían de un buen humor extraordinario.

-¡Por fin tenemos algo que hacer, señor! -gritaron a la vez-. ¡Déjanoslo a nosotros! ¡No permitas que se interrumpa tu fiesta! Buscaremos a unos cuantos valientes y nos enfrentaremos con los rebeldes. Les daremos una lección que no olvidarán en mucho tiempo.

Entre los miles de criaturas de Fantasia presentes había muchas que no podían ser utilizables en absoluto con fines bélicos. Sin embargo, la mayoría podía manejar muy bien algún arma, ya fuera la maza, la espada, el arco, la lanza, la honda o, simplemente, los dientes y garras. Todas ellas se agruparon alrededor de los tres caballeros que guiaban el ejército. Mientras partían, Bastián se quedó con el gran tropel de los menos capaces de defenderse, para continuar la ceremonia. Pero a partir de entonces no prestó atención a lo que ocurría. Continuamente los ojos se le iban hacia el horizonte, que podía ver muy bien desde donde estaba. Las enormes nubes de polvo que allí se levantaban le permitían suponer cuáles eran las fuerzas con que Atreyu se aproximaba.

-No te preocupes -dijo Xayide, que se había situado junto a él-. Todavía no han atacado mis gigantes negros acorazados. Defenderán tu Torre de Marfil y nadie puede vencerlos... salvo tú y tu espada.

Unas horas más tarde llegaron las primeras noticias de la batalla. Al lado de Atreyu luchaban casi todo el pueblo de los pieles verdes, pero también doscientos centauros y





cincuenta y ocho comerrocas; cinco dragones de la suerte, mandados por Fújur, batallaban sin cesar desde el aire, lo mismo que un tropel de águilas blancas gigantes, llegadas de las Montañas del Destino, y muchas otras criaturas. Hasta se habían visto unicornios.

Sin duda, eran numéricamente muy inferiores al ejército que mandaban los caballeros Hykrion, Hysbald y Hydorn, pero luchaban con tal decisión que el ejército que defendía a Bastián se replegaba cada vez más hacia la Torre de Marfil.

Bastián quiso tomar el mando de su ejército, pero Xayide lo disuadió.

-Piensa, señor y maestro -dijo-, que para tu nuevo rango de Emperador de Fantasia no resulta apropiado luchar. Confía en tus leales.

La batalla duró todo el día. Cada pie de terreno del Laberinto fue encarnizadamente defendido por el ejército de Bastián y se convirtió en un campo de batalla ensangrentado y pisoteado. Cuando empezaba ya a oscurecer, los primeros insurrectos habían llegado al pie de la Torre de Marfil.

Y entonces envió Xayide a sus gigantes negros acorazados, a caballo o sin él, que comenzaron a hacer terribles estragos entre los leales a Atreyu.

Es imposible hacer un relato exacto de esa batalla de la Torre de Marfil, y por ello hay que renunciar aquí. Hasta hoy existen en Fantasia innumerables canciones y relatos que hablan de ese día y esa noche, porque cada uno de los que participaron en ella la vivió de un modo distinto. Son historias que quizá deban ser contadas en otra ocasión.

Hay quien dice que también al lado de Atreyu había uno y hasta muchos magos blancos capaces de hacer frente a las artes mágicas de Xayide. Con seguridad no se sabe. Quizá sea ésa la explicación de que Atreyu y su gente pudieran, a pesar de los gigantes negros acorazados, asaltar la Torre de Marfil. Sin embargo, probablemente hay otra razón: Atreyu no luchaba por él sino por su amigo, a quien quería vencer para salvarlo.

La noche había caído hacía tiempo, una noche sin estrellas llena de humo y de llamas. Las antorchas caídas al suelo, los pebeteros volcados o las lámparas destrozadas habían incendiado la Torre en muchos lugares. Bastián, a la luz trémula de los incendios, corría entre los luchadores, que proyectaban sombras espectrales. Lo rodeaban el ruido de las armas y los gritos de los combatientes.

-¡Atreyu! -gritó con voz ronca-. ¡Atreyu, ven! ¡Lucha conmigo! ¿Dónde estás?

Pero la espada Sikanda permanecía en su funda y no se movía.

Bastián recorrió todas las estancias del recinto del palacio y corrió luego sobre los altos muros, que eran allí tan anchos como calles, y cuando precisamente iba a pasar sobre la gran puerta exterior bajo la cual -aunque en mil pedazos- estaba el trono de los espejos, vio a Atreyu que venía hacia él desde el otro lado. Atreyu tenía una espada en la mano. Se enfrentaron, mirándose a los ojos. Sikanda no se movió.

Atreyu le puso a Bastián la punta de la espada en el pecho.





-Dame el Signo -dijo-, por tu propio bien.

-¡Traidor! -gritó Bastián-. ¡Yo te he creado! ¡Yo he dado su existencia a todo lo que hay! ¡Y también a ti! ¿Te vuelves contra mí? ¡Arrodíllate y pídeme perdón!

-Estás loco -respondió Atreyu-. Tú no has creado nada. ¡Todo se lo debes a la Emperatriz Infantil! ¡Dame a ÁURYN!

-¡Quítamelo si puedes! -dijo Bastián.

Atreyu titubeó.

-Bastián -dijo-, ¿por qué me obligas a vencerte para salvarte?

Bastián cogió el puño de su espada y, con su enorme fuerza, consiguió sacar a Sikanda de su vaina sin que ella saltara por sí misma a su mano. Sin embargo, en el momento mismo en que eso ocurrió, se oyó un ruido tan espantoso que los luchadores que había abajo en la calle, ante la puerta, se quedaron por un momento petrificados y los miraron. Bastián reconoció el ruido. Era el horroroso crujido que había oído cuando Graógraman se convertía en piedra. Y la luz de Sikanda se extinguió. Por la mente de Bastián cruzó lo que el león le había anunciado para el caso de que desenvainara aquella arma por la fuerza. Pero ahora no podía ni quería volverse atrás.

Golpeó a Atreyu, que intentó cubrirse con su espada. Sin embargo, Sikanda cortó el arma de Atreyu, alcanzándolo en el pecho. Se abrió una profunda herida de la que brotó la sangre. Atreyu se tambaleó retrocediendo y cayó desde lo alto de la gran puerta. Entonces, una llamarada blanca surgió de la humareda a través de la noche, cogió al vuelo a Atreyu y se lo llevó. Era Fújur, el dragón blanco de la suerte.

Bastián se enjugó el sudor de la frente con el manto. Y al hacerlo se dio cuenta de que su manto se había vuelto negro, negro como la noche. Todavía con Sikanda en la mano, bajó de los muros del palacio a la amplia plaza.

Con la victoria sobre Atreyu, la suerte de la batalla había cambiado instantáneamente. El ejército de los rebeldes, que hacía un momento parecía seguro de vencer, comenzó a huir. Bastián se sentía como en una pesadilla de la que no podía despertar. Su victoria le sabía amarga como la hiel y, sin embargo, sentía al mismo tiempo una salvaje sensación de triunfo.

Envuelto en su manto negro y con la sangrienta espada en la mano, bajó lentamente por la calle principal de la Torre de Marfil, que llameaba ahora al calor del incendio como una gigantesca antorcha. Bastián, no obstante, siguió andando entre el rugir y gemir de las llamas, que apenas notaba, hasta que llegó al pie de la Torre. Allí encontró a los restos de su ejército, que lo esperaban en medio del devastado Laberinto, ahora un campo de batalla interminable lleno de fantasios muertos. También Hykrion, Hysbald y Hydorn estaban allí, estos dos últimos gravemente heridos. Illuán, el yinni azul, había caído. Xayide estaba junto a su cadáver. Tenía en la mano el cinturón Guémmal.

-Esto, señor y maestro -dijo-, lo salvó para ti.





Bastián cogió el cinturón y lo apretó en su mano. Luego se lo metió en el bolsillo.

Miró lentamente en círculo a sus compañeros de batalla y de viaje. Sólo quedaban unos centenares. Parecían agotados y demacrados. La luz temblorosa del incendio los hacía parecer un tropel de espectros.

Todos los rostros se habían vuelto hacia la Torre de Marfil que, como una pira, se iba derrumbando sobre sí misma. El Pabellón de la Magnolia de su cúspide comenzó a arder, se abrieron del todo sus pétalos y pudo verse que estaba vacío. Luego se lo tragaron también las llamas.

Bastián señaló con su espada al montón de brasas y escombros y dijo con voz ronca:

-Todo eso es obra de Atreyu. ¡Y por eso lo perseguiré hasta el fin del mundo!

Saltó sobre uno de los gigantescos caballos de metal negro y gritó:

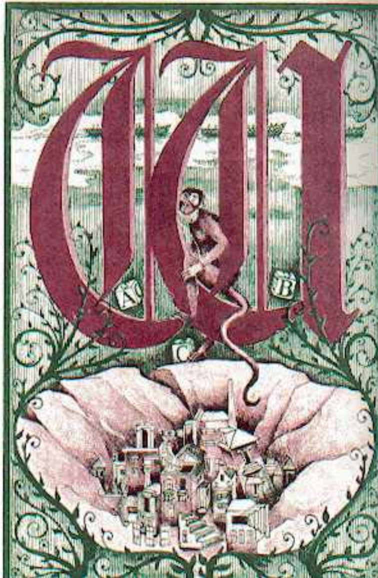
-¡Seguidme!

El caballo se encabritó, pero Bastián lo dominó con su voluntad y se lanzó a la noche a galope tendido.





La Ciudad De Los Antiguos Emperadores



agnerianamente cabalgaba Bastián por aquella noche negra como la pez, a muchos kilómetros de distancia ya, cuando sus compañeros de batalla, que se habían quedado atrás, comenzaron a partir. Muchos de ellos estaban heridos, todos estaban mortalmente exhaustos y ninguno tenía, ni de lejos, la fuerza y la resistencia inmensas de Bastián. Hasta los gigantes negros acorazados, sobre sus caballos metálicos, se movían sólo con dificultad, y los de a pie no lograban encontrar su habitual paso militar. También la voluntad de Xayide -que era la que los gobernaba- parecía al límite de sus fuerzas. Su litera de coral había sido presa de las llamas en el incendio de la Torre de Marfil. Por ello, con toda clase de tablas de carruajes, armas rotas y restos carbonizados de la Torre, se había construido una nueva litera que, desde luego, más parecía una especie de choza. El resto del ejército venía detrás lentamente, cojeando o arrastrando los pies. También Hykrion, Hysbald y Hydorn, que habían perdido sus caballos, tenían que sostenerse mutuamente. Nadie decía nada, pero todos sabían que les sería imposible alcanzar nunca a Bastián.

Él seguía retumbando a través de la oscuridad. Su manto negro flotaba salvajemente sobre sus espaldas, y los miembros metálicos de su caballo gigante crujían y rechinaban a cada movimiento, mientras los poderosos cascos martilleaban la tierra.

-¡Hala! -gritaba Bastián-. ¡Hala, hala, hala!

El caballo no era suficientemente veloz para él. Quería alcanzar a Atreyu y a Fújur, costase lo que costase, ¡aunque tuviera que reventar a aquel monstruo metálico!

¡Quería vengarse! En aquellos momentos podían haberse cumplido ya con creces todos sus deseos, pero Atreyu lo había impedido. Bastián no había podido convertirse en Emperador de Fantasia. ¡Y eso lo pagaría Atreyu amargamente!

Bastián espoleó a su cabalgadura metálica más despiadadamente aún. Las articulaciones del caballo chirriaban y rechinaban cada vez más fuerte, pero obedeció a la voluntad de su jinete, acelerando su vertiginoso galope.

Muchas horas duró aquella loca persecución, sin que la noche se iluminase. Bastián veía continuamente en su imaginación la Torre de Marfil en llamas y revivía el instante en que Atreyu le puso la espada al pecho... Hasta que por primera vez se le ocurrió preguntarse: ¿por qué había titubeado Atreyu? ¿Por qué, después de todo, no había





podido decidirse a herirlo para quitarle a ÁÜRYN por la fuerza? Y entonces tuvo que pensar de pronto en la herida que había causado a Atreyu y en el aspecto que éste tenía al final, cuando retrocedió tambaleándose y cayó.

Bastián volvió a meter en su funda oxidada a Sikanda, que hasta entonces había seguido empuñando.

Amanecía y, poco a poco, Bastián podía ver dónde se encontraba. Lo que ahora atravesaba velozmente el caballo metálico era una campiña. Las oscuras siluetas de los grupos de enebros parecían reuniones inmóviles de monjes gigantescos con capuchas o de encantadores con gorros puntiagudos. Por en medio había peñascos dispersos.

Y entonces el caballo de metal, en pleno galope, se deshizo repentinamente en pedazos.

Bastián quedó atontado por la violencia de la caída. Cuando por fin se repuso y se frotó los magullados miembros, se encontró en un pequeño enebro. Se arrastró afuera. Allí, repartidos por una amplia extensión, yacían las cáscaras de los restos del corcel, como si hubiera explotado un monumento ecuestre.

Bastián se puso en pie, se echó el negro manto sobre los hombros y se dirigió sin rumbo hacia el cielo de la mañana, cada vez más claro.

En el arbusto, sin embargo, quedó una cosa brillante que Bastián perdió: el cinturón Guémmal. Bastián no se dio cuenta de la pérdida, ni tampoco después pensó en ella. Illuán había salvado inútilmente de las llamas el cinturón .

Unos días más tarde, el cinturón Guémmal fue encontrado por una urraca que no sospechó qué era aquella cosa brillante. Se lo llevó a su nido, pero con ello empezó otra historia que debe ser contada en otra ocasión.

Hacia el mediodía llegó Bastián a un alto terraplén que se levantaba en medio de la campiña. Trepó por él. Detrás había un ancho valle cerrado que -con una pendiente que descendía cada vez más pronunciadamente- parecía un cráter de fondo plano. Y todo aquel valle estaba ocupado por una ciudad... En cualquier caso, podía darse ese nombre a aquella multitud de edificios, aunque era la ciudad más disparatada que Bastián había visto nunca. Sin plan ni propósito, las casas parecían amontonarse como si fueran dados; como si, sencillamente, hubieran sido sacudidas allí de su saco por algún gigante. No había calles ni plazas, ni ninguna clase de orden reconocible.

Pero también los distintos edificios parecían absurdos: tenían las puertas en el tejado, escaleras en sitios a donde no se podía llegar y otras que hubiera habido que recorrer cabeza abajo y que acababan en el vacío. Había torrecillas transversales y balcones que colgaban verticales de las paredes, ventanas en lugar de puertas y suelos en lugar de muros. Había puentes cuyo arco se interrumpía de pronto, como si su constructor se hubiera olvidado en mitad de la obra de lo que debía ser el conjunto. Había torres curvadas como plátanos y pirámides colocadas sobre su cúspide. En resumen, toda la ciudad producía una impresión de locura.

Entonces vio Bastián a sus habitantes. Eran hombres, mujeres y niños. Por su aspecto, parecían seres humanos corrientes, pero sus trajes sugerían que todos ellos se habían





vuelto locos y no podían distinguir ya entre las prendas de vestir y los objetos para otros usos. En la cabeza llevaban pantallas de lámparas, cubos para jugar en la arena, soperas, cestos de papeles, bolsas o cajas de cartón. Y se tapaban el cuerpo con manteles, alfombras, grandes trozos de papel de plata y hasta barriles.

Muchos empujaban o tiraban de carritos o carricoches, en los que había amontonados todos los cachivaches imaginables: lámparas rotas, colchones, vajilla, trapos y chucherías. Otros llevaban trastos parecidos en grandes fardos sobre sus espaldas.

Cuanto más bajaba Bastián por la ciudad, más densa se hacía la muchedumbre. Sin embargo, ninguna de aquellas personas parecía saber muy bien a dónde ir. Varias veces observó Bastián que alguno, después de haber empujado fatigosamente su carro en una dirección, lo arrastraba hacia la contraria poco después, para tomar algo más tarde una nueva. Pero todos se mostraban febrilmente activos.

Bastián se decidió a abordar a uno de ellos.

-¿Cómo se llama esta ciudad?

El interpelado soltó su carro, se enderezó, se frotó la frente un rato como si estuviera pensando intensamente, y luego se fue, abandonando simplemente el carro. Parecía haberlo olvidado. No obstante, pocos minutos más tarde una mujer se apoderó del vehículo y lo arrastró penosamente hacia algún lado. Bastián le preguntó si los trastos eran de ella. La mujer se quedó un rato sumida en profundas meditaciones y luego se marchó.

Bastián lo intentó aún unas cuantas veces, pero no recibió respuesta a ninguna de sus preguntas.

-Es inútil preguntarles -oyó decir de pronto a una voz burlona-. No pueden decirte nada. Se les podría llamar los que nada dicen.

Bastián se volvió y vio, en un saliente de la pared (que era la parte inferior de un mirador colocado al revés) a un monito gris. El animal llevaba un birrete negro de doctor del que colgaba una borla y parecía diligentemente ocupado en contar algo con los dedos de los pies. Luego miró irónicamente a Bastián y dijo:

-Perdona, sólo estaba contando algo rápidamente.

-¿Quién eres? -le preguntó Bastián.

-¡Árgax es mi nombre, encantado! -respondió el monito levantándose ligeramente el birrete-. ¿Y con quién tengo el gusto?

-Me llamo Bastián Baltasar Bux.

-¡Muy bien! -dijo el monito satisfecho.

-¿Y cómo se llama esta ciudad? -preguntó Bastián.





-En realidad no tiene nombre -explicó Árgax-, pero se le podría llamar... digamos... la Ciudad de los Antiguos Emperadores.

-¿La Ciudad de los Antiguos Emperadores? -repitió Bastián inquieto-. ¿Por qué? No hay nadie que parezca un antiguo emperador.

-¿Ah no? -el monito se rió sofocadamente-. Sin embargo, todos los que ves fueron en su tiempo emperadores de Fantasía... o, por lo menos, quisieron serlo.

Bastián se sobresaltó.

-¿Cómo lo sabes, Árgax?

El monito se levantó otra vez el birrete y miró a Bastián irónicamente.

-Yo soy... digamos... el vigilante de la ciudad.

Bastián miró a su alrededor. Muy cerca, un hombre anciano había cavado una fosa. Metió en ella una vela encendida y tapó otra vez el agujero.

El monito se rió.

-¿Te agradaría hacer una pequeña visita a la ciudad, señor? Digamos... ¿un primer contacto con tu futuro lugar de residencia?

-No -dijo Bastián-. ¿Qué diablos estás diciendo?

El monito saltó a los hombros de Bastián.

-¡Vamos! -cuchicheó-. No cuesta nada. Has pagado ya lo que te da derecho a la entrada.

Bastián comenzó a andar aunque, en realidad, hubiera preferido irse de la ciudad. Se sentía incómodo y esa sensación aumentaba a cada paso. Observó a la gente y se dio cuenta de que tampoco hablaban entre sí. No se preocupaban en absoluto unos de otros; en realidad, ni siquiera parecían darse cuenta de su mutua presencia.

-¿Qué les pasa? -preguntó Bastián-. ¿Por qué se comportan de una forma tan rara?

-No tiene nada de rara -se rió ahogadamente Árgax en su oído-. Se podría decir que son tus iguales o, mejor, que lo fueron en su tiempo..

-¿Qué quieres decir? -Bastián se quedó inmóvil-. ¿Quieres decir que son seres humanos?

Árgax dio saltos de alegría sobre las espaldas de Bastián:

-¡Eso es! ¡Eso es!

Bastián vio en medio de su camino a una mujer sentada que intentaba pinchar guisantes con una aguja de zurcir.





-¿Cómo han llegado hasta aquí? ¿Qué hacen? -preguntó Bastián.

-Bueno, en todos los tiempos ha habido seres humanos que no han vuelto a su mundo -explicó Árgax-. Al principio no querían y ahora... digamos... no pueden ya.

Bastián miró a una niña que, con gran esfuerzo, empujaba un coche de muñecas de ruedas cuadradas.

-¿Por qué no pueden ya? -preguntó.

-Tienen que desearlo. Pero ya no desean nada. Han gastado su último deseo en alguna otra cosa.

-¿Su último deseo? -preguntó Bastián con los labios pálidos-. Entonces, ¿no se puede desear tanto como se quiera?

Árgax volvió a reírse sofocadamente. Trató de quitarle a Bastián el turbante para despiojarlo.

-¡Deja eso! -gritó Bastián. Quiso sacudirse al mono, pero él se agarró fuertemente, chillando de placer.

-¡No es eso! ¡No es eso! -gritó excitadamente el monito-. Sólo puedes desear cosas mientras te acuerdes de tu mundo. Los que están aquí han agotado todos sus recuerdos. Quien no tiene ya pasado tampoco tiene porvenir. Por eso no envejecen. ¡Míralos! ¿Podrías creer que muchos de ellos llevan aquí mil años e incluso más? Pero se quedan como son. Para ellos no puede cambiar nada, porque ellos mismos no pueden ya cambiar.

Bastián observó a un hombre que enjabonaba un espejo y empezaba luego a afeitarlo. Lo que al principio le había parecido aún cómico a Bastián le producía ahora en la espalda carne de gallina.

Siguió adelante deprisa y sólo entonces se dio cuenta de que cada vez descendía más por la ciudad. Quiso volverse, pero algo lo atraía como un imán. Comenzó a correr, intentando deshacerse del molesto monito, pero éste se aferraba a él como una lapa e incluso lo acicateaba.

-¡Más aprisa! ¡Venga! ¡Venga! ¡Venga!

Bastián vio que aquello no servía de nada y se detuvo.

-Y todos éstos -preguntó sin aliento-, ¿fueron o quisieron ser en otro tiempo emperadores de Fantasia?

-Claro -dijo Árgax-. Todo el que no encuentra el camino de vuelta quiere ser tarde o temprano emperador. No todos lo consiguieron, pero todos lo intentaron. Por eso hay aquí dos clases de locos. El resultado, sin embargo, es... digamos... el mismo.





-¿Qué dos clases? ¡Explícamelo! ¡Tengo que saberlo,Argax!

-¡Calma! ¡Calma! -volvió a reírse el mono, abrazándose con más fuerza a Bastián-. Unos perdieron sus recuerdos poco a poco. Y cuando perdieron el último, ÁURYN no pudo cumplir ya más deseos. Entonces ellos solos... digamos... vinieron hasta aquí. Los otros, al ser emperadores, perdieron de golpe todos sus recuerdos. ÁURYN tampoco pudo cumplir ya sus deseos porque nada deseaban ya. Como ves, viene a ser lo mismo. También ellos están aquí y no pueden marcharse.

-¿Eso quiere decir que todos tuvieron alguna vez a ÁÜRYN?

-¡Por supuesto! -respondió Árgax-. Pero lo hanolvidado hace tiempo. Tampoco les serviría de nada, pobres locos.

-¿Se lo... -Bastián titubeó-. Se lo quitaron?

-No -dijo Árgax-. Cuando alguien se convierte en emperador, ÁURYN desaparece porque él lo desea. Es claro como la luz del día, digamos, porque al fin y al cabo no se puede utilizar el poder de la Emperatriz Infantil para quitarle precisamente ese poder.

Bastián se sentía tan mal que le hubiera gustado sentarse en algún sitio, pero el monito gris no lo dejó.

-¡No, no, la visita de la ciudad no ha terminado! -gritó-. ¡Falta aún lo más importante! ¡Sigue! ¡Sigue!

Bastián vio a un muchacho que, con un pesado martillo, clavaba clavos en unos calcetines que tenía delante de él en el suelo. Un hombre gordo intentaba pegar sellos de correos en pompas de jabón, que naturalmente le estallaban siempre. Sin embargo, él no dejaba de fabricar nuevas pompas.

-¡Mira! -oyó decir Bastián a la voz burlona de Árgax, y sintió que éste, con sus manecitas de mono, le hacía girar la cabeza en una dirección determinada-. ¡Mira allí! ¿No es divertido?

Había un grupo de personas, hombres y mujeres, viejos y jóvenes, todos vestidos con los trajes más extraños y sin hablar. En el suelo había un montón de grandes dados, y en los seis lados de cada dado había letras. Una y otra vez, aquellas personas revolvían los dados y luego los contemplaban fijamente largo tiempo.

-¿Qué hacen? -susurró Bastián-. ¿Qué clase de juego es ése? ¿Cómo se llama?

-Es el juego de la arbitrariedad -respondió Árgax. Les hizo señas a los jugadores y gritó-: ¡Bravo, muchachos! ¡Adelante! ¡No os detengáis!

Luego se volvió a Bastián y le cuchicheó al oído:

-Ya no saben narrar. Han perdido el lenguaje. Por eso he inventado ese juego para ellos. Como ves, los entretiene. Y es muy fácil. Si lo piensas, tendrás que admitir que todas las historias del mundo, en el fondo, se componen sólo de veintiséis letras. Las letras





son siempre las mismas y sólo cambia su combinación. Con las letras se hacen palabras, con las palabras frases, con las frases capítulos y con los capítulos historias. Mira, ¿qué pone ahí?

Bastián leyó:

HGIKL0PFMWEZVXQ
ZXCVBNMASDFGHJKLÑ
QWERTYU10P
ASDFGHJKLÑ
MNBVCXZLKJHGFDSA
POIUYTREWQAS
QWERTYUI0PASDF
ZXCVBNMLKJ
QWERTYU10P
ASDFGHJKLÑZXC
POIUYTREWQ
NLKJHGFDSAMNBV
GKHDSRYIP
ARCGUNIKYÑ
QWERTYUI0PASD
MNBVCXZASD
LKJU0NGREFGHL

-Sí -se rió sofocadamente Árgax-, casi siempre pasa eso. Pero si se juega mucho tiempo, durante años, surgen a veces, por casualidad, palabras. No palabras especialmente ingeniosas, pero por lo menos palabras. «Calambrespinaca», por ejemplo, o «choricepillo, o «pintacuellos. Sin embargo, si se sigue jugando cien años, mil años, cien mil años, con toda probabilidad saldrá una vez, por casualidad, un poema. Y si se juega eternamente tendrán que surgir todos los poemas, todas las historias posibles, y luego todas las historias de historias, incluida ésta en la que precisamente estamos hablando. ¿Es lógico, no?

-Es horrible -dijo Bastián.

-Bueno -dijo Argax-, depende de cómo se mire. Ésos de ahí... digamos... se dedican a ello apasionadamente. Y además, ¿qué otra cosa podríamos hacer en Fantasía con ellos?

Bastián miró largo tiempo en silencio a los jugadores y luego preguntó en voz baja:

-Árgax... Tú sabes quién soy yo, ¿verdad?

-¿Y cómo no? ¿Quién no conoce tu nombre en Fantasía?

-Dime una cosa, Árgax. Si me hubiera convertido ayer en emperador, ¿estaría ya aquí?

-Hoy o mañana -respondió el mono-, o dentro de una semana. De todas formas, hubieras acabado pronto aquí.

-Entonces Atreyu me ha salvado.

-Eso no lo sé -reconoció el mono.

-Y si hubiera conseguido quitarme la Alhaja, ¿qué hubiera ocurrido?

El mono se río otra vez sofocadamente.

-Digamos... que habrías acabado aquí también.

-¿Por qué?

-Porque necesitas a ÁURYN para encontrar tu camino de regreso. Y, sinceramente, no creo que lo consigas.

El mono batió palmas, se quitó el birrete y miró irónicamente a Bastián.

-Dime, Árgax, ¿qué puedo hacer?

-Encontrar un deseo que te devuelva a tu mundo.

Bastián calló otra vez largo tiempo y luego preguntó:

-Árgax, ¿Puedes decirme cuántos deseos me quedan aún?

-No muchos ya. En mi opinión, tres o cuatro todo lo más. Y con eso difícilmente podrás arreglártelas. Empiezas un poco tarde y el camino de vuelta no es fácil. Tendrás que atravesar el Mar de Niebla. Sólo eso te costará uno. Lo que viene después no lo sé. Nadie sabe en Fantasía dónde está para vosotros el camino de vuestro mundo. Quizá encuentres el Minroud de Yor, la última salvación para muchos como tú. Aunque me temo que para ti queda... digamos... demasiado lejos. De la Ciudad de los Antiguos Emperadores, por esta vez, podrás salir.

-¡Gracias, Árgax! -dijo Bastián.

El monito gris hizo una mueca burlona.

-¡Hasta la vista, Bastián Baltasar Bux!

Y de un salto desapareció en una de las absurdas casas. Se había llevado el turbante.

Bastián permaneció un rato aún sin moverse. Lo que había sabido lo confundía y desconcertaba tanto que no podía tomar ninguna decisión. Todos sus objetivos y planes anteriores se habían derrumbado de golpe. Le parecía como si, en su interior, todo hubiera sido puesto cabeza abajo... Lo mismo que en aquella pirámide que tenía ante los ojos, la parte de arriba había quedado abajo y la parte de atrás delante. Lo que había esperado resultaba ser su perdición y lo que había odiado su salvación.

Ante todo, una cosa le resultaba evidente: ¡tenía que salir de aquella ciudad de locos! ¡Y no quería volver jamás a ella!





Se puso a andar entre la confusión de edificios sin sentido, y pronto se dio cuenta de que el camino de entrada había sido mucho más fácil que el de salida. Una y otra vez pudo comprobar que había perdido el rumbo y se dirigía otra vez rápidamente al centro de la ciudad. Necesitó toda la tarde para llegar al terraplén. Luego salió a la campiña y no dejó de andar hasta que la noche -tan oscura como la anterior- lo forzó a hacer un alto. Cayó al suelo agotado, bajo un enebro, y se sumió en un sueño profundo. Y en aquel sueño se borró en él el recuerdo de que, en otro tiempo, había sido capaz de inventar historias.

Durante toda la noche vio una sola imagen en sueños, que no quería desaparecer y que tampoco cambiaba: Atreyu, con la sangrante herida en el pecho, estaba ante él y lo miraba, inmóvil y sin decir palabra.

Despertado por un trueno, Bastián se puso en pie precipitadamente. La más profunda oscuridad lo rodeaba, aunque todas las masas de nubes que, desde hacía días, se habían ido acumulando, parecían haber iniciado un gran alboroto. Ininterrumpidamente cruzaban el cielo los relámpagos, los truenos resonaban y retumbaban de tal forma que el suelo se estremecía, y la tempestad aullaba de un lado a otro sobre la campiña, haciendo doblarse hasta el suelo a los enebros. Los aguaceros corrían por el paisaje como cortinas grises.

Bastián se levantó. Se quedó de pie, envuelto en su manto negro y con el agua corriéndole por el rostro.

Un rayo cayó en un árbol, delante mismo de él, partiendo el tronco nudoso; las ramas se incendiaron inmediatamente y el viento barrió sobre la campiña nocturna una lluvia de chispas, que los aguaceros apagaron enseguida.

Bastián había caído de rodillas por el tremendo estallido. Empezó a escarbar la tierra con las manos. Cuando el agujero fue suficientemente profundo, se desciñó la espada Sikanda y la colocó en él.

-¡Sikanda! -dijo en voz baja en medio de los bramidos de la tormenta-. Adiós para siempre. Nunca más ocurrirán desgracias porque alguien te desenvaine contra un amigo.Y nadie te encontrará aquí... hasta que se olvide lo que ocurrió por tu culpa y la mía.

Entonces cubrió otra vez el agujero y puso por fin musgo y ramas sobre el lugar, a fin de que nadie pudiera descubrirla.

Y allí está Sikanda hasta hoy. Porque sólo en un futuro lejano llegará alguien que podrá tocarla sin peligro... pero ésa es otra historia y será contada en otra ocasión.

Bastián continuó andando a través de la oscuridad. La tormenta cedió hacia el amanecer, el viento amainó, la lluvia empezó a gotear de los árboles y se hizo la calma.

Aquella noche comenzó para Bastián un vagabundeo largo y solitario. No quería volver a ver a sus compañeros de viaje y de batalla, no quería volver a ver a Xayide. Quería buscar el camino de regreso al mundo de los seres humanos... pero no sabía cómo ni por





dónde. ¿Había en algún lado una puerta, un paso, una línea divisoria que lo llevara hasta allí?

Tenía que desearlo, eso lo sabía. Pero para ello no tenía fuerzas. Se sentía como un buceador que buscara un barco hundido en el fondo del mar, pero se viera obligado a subir siempre antes de poder encontrar algo.

Sabía también que le quedaban pocos deseos: por eso ponía sumo cuidado en no hacer uso de ÁURYN. Los pocos recuerdos que le quedaban aún sólo debía sacrificarlos si con ello se acercaba a su mundo, y sólo cuando fuera absolutamente necesario.

Pero los deseos no se pueden provocar ni reprimir a placer. Surgen en nosotros de profundidades más profundas que todas las intenciones, sean buenas o malas. Y surgen inadvertidos.

Sin que Bastián se diera cuenta de ello, se estaba formando en él un nuevo deseo que, poco a poco, iba tomando forma concreta.

La soledad en que caminaba desde hacía muchos días y noches hizo que deseara pertenecer a alguna comunidad, ser adoptado por algún grupo, no como señor o vencedor ni como alguien especial, sino sólo como uno más, quizá el más pequeño o el menos importante, pero como alguien que perteneciera a ese grupo naturalmente y participara en la comunidad.

Y sucedió que un día llegó a la orilla del mar. En cualquier caso, así lo creyó al principio. Era una escarpada costa rocosa aquella en que se encontraba y ante sus ojos se extendía un mar de olas blancas y petrificadas. Sólo más tarde se dio cuenta de que aquellas olas no estaban realmente inmóviles, sino que se movían lentamente, y de que había corrientes y remolinos que giraban tan imperceptiblemente como las agujas de un reloj.

¡Era el Mar de Niebla!

Bastián caminó a lo largo de la escarpada costa. El aire era caliente y un poco húmedo, y no había ni un soplo de viento. Todavía eran las primeras horas de la mañana y el sol resplandecía sobre la superficie de niebla, blanca como la nieve, que se extendía hasta el horizonte.

Bastián anduvo unas horas y llegó hacia el mediodía a una pequeña ciudad que se hallaba en el Mar de Niebla, sobre altos pilotes, un poco alejada de la costa. Un largo puente colgante que oscilaba libremente la unía con un saliente de la costa rocosa. El puente se columpió con suavidad cuando Bastián lo atravesó.

Las casas eran relativamente pequeñas: las puertas, las ventanas, las escaleras, todo parecía hecho para niños. Y, de hecho, las gentes que andaban por la calle tenían todas la estatura de niños, aunque se tratase de hombres con barba y de mujeres de altos peinados. Llamaba la atención el que apenas se los podía distinguir entre sí: tanto se parecían mutuamente. Sus rostros eran de un color pardo oscuro como la tierra húmeda y parecían muy amables y tranquilos. Cuando veían a Bastián, lo saludaban con la cabeza, pero ninguno le hablaba. En general, parecían ser muy silenciosos; sólo rara vez





se podía oír una palabra o una exclamación por las calles y callejas, a pesar de la gran actividad que reinaba. Tampoco se veía nunca a nadie solo; siempre iban en grupos pequeños o grandes, del brazo o de la mano.

Cuando Bastián miró más detenidamente las casas, comprobó que todas estaban hechas de una especie de trenzado de mimbre, unas de un trenzado basto, otras de uno fino... Hasta el suelo de las calles era de la misma calidad. Y finalmente observó también que incluso los vestidos de la gente, pantalones, faldas, chaquetas y sombreros, estaban hechos del mismo trenzado, aunque en este caso de uno muy fino y artístico. Al parecer, todo se hacía exclusivamente del mismo material.

Aquí y allá, Bastián podía echar una ojeada a diversos talleres de artesanos que se ocupaban todos en la fabricación de cosas trenzadas; hacían zapatos, cántaros, lámparas, tazas, paraguas... todo de aquel trenzado. Y nunca trabajaba nadie solo, porque todas aquellas cosas sólo podían fabricarse mediante la colaboración de varios. Era un placer ver con qué habilidad trabajaban juntos y unos completaban siempre la labor de los otros. Al trabajar, cantaban casi siempre sencillas melodías sin palabras.

La ciudad no era muy grande y por eso Bastián llegó pronto a su margen. Y la vista que se le ofreció indicaba inconfundiblemente que se trataba de una ciudad marinera, porque había cientos de barcos de toda forma y tamaño. Sin embargo, era una ciudad marinera bastante insólita, porque todos aquellos barcos estaban colgados de enormes cañas de pescar y flotaban, unos junto a otros, columpiándose ligeramente, sobre el abismo en que se movían las blancas masas de niebla. Por lo demás, también aquellos barcos parecían hechos de trenzado de mimbre y no tenían velas ni mástiles, remos o timones.

Bastián se había inclinado sobre una barandilla y miraba al Mar de Niebla. Podía ver lo altos que eran los pilotes sobre los que se asentaba la ciudad por las sombras que, a la luz del sol, arrojaban sobre la blanca superficie que había abajo.

-De noche -oyó decir a una voz a su lado-, la niebla sube hasta la ciudad. Entonces podemos hacernos a la mar. Durante el día el sol consume la niebla y el nivel del mar desciende. Esto es lo que querías saber, ¿no es cierto, extranjero?

Junto a Bastián había tres hombres apoyados en la barandilla, que lo miraban afable y amistosamente. Entabló conversación con ellos y supo que la ciudad llevaba el nombre de Yskal y que la llamaban también la Ciudad de Mimbre. Sus habitantes eran los yskálnari. La palabra significaba algo así como «los comunitarios». Los tres hombres eran de profesión navegantes de la niebla. Bastián no quiso dar su propio nombre para no ser reconocido y dijo que se llamaba Uno. Los tres marinos le explicaron que no tenían un nombre para cada individuo y que tampoco lo consideraban necesario. Eran, todos juntos, los yskálnari, y eso les bastaba.

Como era precisamente mediodía, invitaron a Bastián a ir con ellos y él aceptó agradecido. En una posada cercana se sentaron a la mesa y durante la comida Bastián se enteró de todo lo que se refería a la ciudad de Yskal y sus habitantes.

El Mar de Niebla, que ellos llamaban Skaidan, era un gigantesco océano de vapor blanco que separaba dos partes de Fantasia. La profundidad de Skaidan no la había averiguado nadie aún, ni tampoco de dónde procedía aquella monstruosa masa de

niebla. Era verdad que se podía respirar perfectamente bajo su superficie y que, desde la costa, donde la niebla era todavía relativamente poco profunda, se podía andar un trecho por el fondo del mar, pero sólo amarrado a una soga de la que pudiera ser uno remolcado. Efectivamente, la niebla tenía la cualidad de hacer perder, al cabo de corto tiempo, todo sentido de orientación. Muchos audaces o imprudentes habían muerto en el transcurso del tiempo intentando atravesar Skaidan solos y a pie. Sólo unos cuantos habían podido ser salvados. La única forma de poder llegar al otro lado del Mar de Niebla era la de los yskálnari.

El trenzado de mimbre de que se componían todas las casas de la ciudad de Yskal, todos los objetos de uso, los vestidos y también los barcos, se hacía de una especie de juncos que crecían cerca de la orilla, bajo la superficie del Mar de Niebla, y que -como puede comprenderse fácilmente por lo que se acaba de decir sólo podían cortarse con peligro mortal. Aquellos juncos, aunque extraordinariamente flexibles y hasta fláccidos en el aire, se ponían en la niebla derechos, porque eran más ligeros que ella y flotaban encima. De esa forma flotaban también, naturalmente, los barcos construidos con ellos. Los trajes que llevaban los yskálnari eran al mismo tiempo una especie de chaleco salvavidas, para el caso de que alguno cayera en la niebla.

Pero aquél no era el verdadero secreto de los yskálnari ni explicaba la razón de la peculiar solidaridad que regía todas sus actividades. Como pudo observar pronto Bastián, parecían no conocer la palabra «yo»; en cualquier caso, no la utilizaban nunca, sino que hablaban siempre únicamente de «nosotros». La razón no la supo hasta más adelante.

Cuando dedujo de lo que decían los tres navegantes de la niebla que aquella misma noche se harían a la mar, les preguntó si no podían llevarlo como grumete. Le explicaron que un viaje por Skaidan se diferenciaba considerablemente de cualquier otro viaje por mar, porque nunca podía saberse cuánto duraría ni a dónde se llegaría en definitiva. Bastián dijo que le daba igual, y los marinos consintieron en aceptarlo en su barco.

Al caer la noche, la niebla, como se esperaba, comenzó a subir, y hacia la medianoche había llegado a la altura de la ciudad de mimbre. Todos los barcos que antes habían colgado en el aire flotaban ahora en la blanca superficie. El barco en que se encontró Bastián -una embarcación plana, de unos treinta metros de eslora- fue soltado de sus amarras y se movió lentamente hacia la vastedad del Mar de Niebla nocturno.

Ya a la primera ojeada, Bastián se había preguntado qué medio de propulsión podía hacer moverse aquella especie de barco, que no tenía velas, ni remos, ni hélice. Las velas, como supo, no hubieran servido de nada, porque sobre Skaidan reinaba casi siempre la calma, y con remos o hélices no se podía avanzar por la niebla. La fuerza que impulsaba al barco era totalmente distinta.

En el centro de la cubierta había una plataforma redonda, ligeramente elevada. Bastián la había observado ya al principio y la había tomado por un puente de mando o algo parecido. En realidad, durante todo el viaje había en ella por lo menos dos navegantes de la niebla, aunque a veces también tres, cuatro o incluso más. (Toda la tripulación se componía de catorce hombres... sin contar, naturalmente, a Bastián.) Los que se encontraban en la plataforma redonda juntaban brazos y hombros y miraban en la





dirección del rumbo. Si no se los observaba con mucha atención, podía pensarse que estaban inmóviles. Sólo con una observación más atenta se podía notar que, muy despacio y de forma totalmente simultánea, se movían en una especie de baile. Mientras tanto, cantaban una melodía simple, siempre repetida, muy bella y suave.

Bastián había tomado al principio aquel extraño comportamiento por una ceremonia o costumbre especial cuyo sentido se le escapaba. Sólo al tercer día de viaje interrogó a uno de sus tres amigos, que se había sentado a su lado. Éste pareció a su vez extrañado del asombro de Bastián y le explicó que los hombres movían el barco con su imaginación.

De momento, Bastián no pudo comprender la explicación y preguntó si accionaban algunas ruedas ocultas.

-No -respondió el navegante de la niebla-. Cuando quieres mover las piernas, ¿no te basta con imaginártelo? ¿O es que tienes que moverlas mediante engranajes?

La diferencia entre el propio cuerpo y un barco estaba sólo en que hacía falta que por lo menos dos yskálnari unieran totalmente sus imaginaciones. Y si querían viajar más rápidamente tenían que colaborar varios. Normalmente trabajaban en turnos de tres y los demás descansaban porque, aunque parecía tan ligero y agradable, era un trabajo pesado y agotador que exigía una concentración grande y constante. Pero era la única forma de poder navegar por Skaidan.

Y Bastián aprendió las enseñanzas de los navegantes de la niebla y supo el secreto de su solidaridad: el baile y la canción sin palabras.

Poco a poco, durante la larga travesía, se convirtió en uno de ellos. Era una sensación peculiar e indescriptible de olvido de sí mismo y de armonía la que sentía cuando, durante el baile, su propia imaginación se fundía con la de los otros, haciéndose un todo. Se sentía realmente aceptado en su comunidad y parte de ella... y al mismo tiempo desapareció de su memoria el recuerdo de que, en el mundo del que había venido y cuyo camino de regreso buscaba, había hombres, hombres que tenían todos sus propias imaginaciones y opiniones. Lo único que podía recordar aún, oscuramente, eran su casa y sus padres.

Sin embargo, en lo más profundo de su corazón había aún otro deseo distinto del de no estar solo nunca más. Y ese otro deseo comenzó a agitarse suavemente.

Eso ocurrió el día en que, por primera vez, observó que los yskálnari no lograban su solidaridad armonizando formas de imaginar totalmente distintas, sino porque se parecían tanto entre sí que no les costaba ningún esfuerzo sentirse una comunidad. Al contrario, no tenían la posibilidad de discutir o de no estar de acuerdo entre sí, porque ninguno de ellos se sentía un individuo. No tenían que vencer ninguna oposición para encontrar la armonía y precisamente esa facilidad le pareció a Bastián, poco a poco, insatisfactoria. Su dulzura le resultó sosa y la melodía siempre igual de sus canciones, monótona. Sentía que le faltaba algo, que anhelaba algo, pero no podía decir qué.

Eso sólo le resultó claro cuando, algún tiempo después, divisaron en el cielo una gigantesca corneja de la niebla. Todos los yskálnari tuvieron miedo y se escondieron





bajo cubierta tan aprisa como pudieron. Uno, sin embargo, no lo logró a tiempo, y la monstruosa ave se precipitó sobre él con un grito, cogió al desgraciado y se lo llevó en el pico.

Cuando el peligro había pasado, los yskálnari salieron de nuevo y continuaron el viaje con su canto y su baile, como si nada hubiera pasado. Su armonía no se había visto afectada, y no se lamentaron ni se quejaron, ni dedicaron una sola palabra a comentar el hecho.

-No -dijo uno cuando Bastián lo interrogó al respecto-: no nos falta nadie. ¿Por qué tendríamos que lamentarnos?

El individuo no contaba para ellos. Y, como no se distinguían entre sí, ninguno era irremplazable.

Sin embargo, Bastián quería ser un individuo, alguien, no sólo uno como los demás. Quería que lo quisieran precisamente por ser como era. En aquella comunidad de los yskálnari había armonía pero no amor.

Bastián no quería ser ya el más grande, el más fuerte o el más inteligente. Todo eso lo había superado. Deseaba ser querido como era, bueno o malo, hermoso o feo, listo o tonto, con todos sus defectos... o precisamente por ellos.

Pero ¿cómo era él?

Ya no lo sabía. Había recibido tantas cosas en Fantasía que ahora, entre todos aquellos dones y poderes, no se sabía encontrar a sí mismo.

A partir de entonces no participó ya en el baile del buque de la niebla. Se sentaba en la proa y miraba a Skaidan durante todo el día y a veces también durante toda la noche.

Y por, fin llegaron a la otra orilla. El buque de la niebla atracó, Bastián dio las gracias a los yskálnari y bajó a tierra.

Era una tierra llena de rosas y rosaledas de todos los colores. Y por en medio de aquel interminable bosque de rosas corría un sendero retorcido.

Bastián lo siguió.





Doña Aiuola


ayide. Su fin puede contarse rápidamente, pero es difícil de comprender y, como tantas cosas en Fantasía, está lleno de contradicciones. Hasta hoy se rompen la cabeza los sabios e historiadores tratando de saber cómo fue posible; algunos dudan incluso de los hechos o intentan darles otra interpretación. Aquí ha de narrarse lo que realmente ocurrió y cada uno debe intentar explicarse las cosas como pueda.

Cuando Bastián estaba ya en la ciudad de Yskal con los navegantes de la niebla, Xayide llegó con sus gigantes negros al lugar de la campiña donde el caballo de metal se había hecho pedazos bajo Bastián. En aquel momento, sospechaba ya que nunca lo encontraría. Y cuando, poco después, vio el terraplén al que conducían las huellas de Bastián, su sospecha se convirtió en certidumbre. Si había entrado en la Ciudad de los Antiguos Emperadores, estaba ya perdido para los planes de ella: daba igual.que se quedara allí para siempre o que consiguiera huir de la ciudad. En el primer caso se habría vuelto impotente como todos los de allí y no podría desear nada más... En el segundo, todos sus deseos de poder y grandeza se habrían extinguido. En ambos casos, el juego para ella, Xayide, había terminado.

Ordenó a sus gigantes acorazados que permanecieran quietos, pero incomprensiblemente no obedecieron su voluntad, sino que siguieron adelante. Entonces Xayide se encolerizó, saltó de su litera y se enfrentó a ellos con los brazos extendidos. Los gigantes acorazados, sin embargo, lo mismo infantes que jinetes, continuaron avanzando pesadamente como si ella no estuviera, y la pisotearon con sus pies y cascos. Y sólo cuando Xayide había expirado se detuvo de súbito la larga comitiva, como se detiene un mecanismo de relojería.

Cuando, más tarde, llegaron allí Hysbald, Hydom y Hykrion con los restos del ejército, vieron lo que había pasado y no pudieron comprenderlo, porque había sido sólo la voluntad de Xayide la que movía a los gigantes huecos y, por consiguiente, la que los había hecho pisotearla. Sin embargo, pensar mucho no era el punto fuerte de los tres caballeros, de manera que finalmente se encogieron de hombros y dejaron estar la cosa. Deliberaron sobre lo que había que hacer y llegaron a la conclusión de que la campaña, evidentemente, había llegado a su término. De forma que licenciaron al resto del ejército y aconsejaron a todo el mundo que se fuera a casa. Ellos, que habían prestado a Bastián un juramento de fidelidad que no querían romper, decidieron buscarlo por toda Fantasía. Sin embargo, no pudieron ponerse de acuerdo sobre la dirección que había que





tomar y decidieron que cada uno siguiera por su cuenta. Se despidieron y cada uno se fue cojeando en una dirección distinta. Los tres corrieron todavía muchas aventuras y hay en Fantasía incontables relatos que tratan de su búsqueda sin sentido. No obstante, son otras historias y deben ser contadas en otra ocasión.

Los gigantes metálicos, negros y vacíos, se quedaron desde entonces inmóviles en aquel punto de la campiña, cerca de la Ciudad de los Antiguos Emperadores. La lluvia y la nieve cayeron sobre ellos, se oxidaron y, torcidos o derechos, se fueron hundiendo poco a poco en el suelo. Peto todavía hoy puede verse a algunos de ellos. El lugar se considera maldito y todos los caminantes dan un rodeo al verlo. Pero volvamos a Bastián.

Mientras, en su camino a través de las rosaledas seguía las suaves curvas del sendero, Bastián vio algo que lo dejó asombrado, porque durante todo su viaje por Fantasía nunca había visto nada parecido: un indicador con una mano de madera recortada que señalaba una dirección.

«A la Casa del Cambio», decía.

Bastián siguió la dirección señalada sin apresurarse. Respiraba el aroma de las innumerables rosas y se sentía cada vez más a gusto, como si lo aguardase una alegre sorpresa.

Finalmente llegó a una avenida recta de árboles redondos, de los que colgaban manzanas de mejillas encarnadas. Y al final mismo de la avenida había una casa. Al acercarse, Bastián comprobó que era la casa más graciosa que había visto nunca. Un alto tejado puntiagudo se asentaba como una caperuza sobre un edificio que más parecía una calabaza gigantesca, porque era redondo y sus paredes tenían en muchos sitios chichones y bollos, gruesos vientres por decirlo así, lo que le daba a la casa un aspecto cómodo y confortable. También había algunas ventanas y una puerta, un tanto torcidas e inclinadas, como si aquellas aberturas hubieran sido hechas en la calabaza de una forma un poco torpe.

Mientras Bastián se dirigía a la casa, observó que ésta se encontraba en un proceso de transformación lento y constante. Aproximadamente con el mismo sosiego con que un caracol saca sus cuernos, se estaba formando en el lado derecho una pequeña protuberancia que, paulatinamente, se iba convirtiendo en una torrecilla saliente. Al mismo tiempo se cerraba en el costado izquierdo una ventana, que iba desapareciendo poco a poco. En el tejado crecía una chimenea, y sobre la puerta de entrada se formaba un balconcito con una balaustrada de celosía.

Bastián se había detenido y observaba aquellos cambios continuos con asombro y regocijo. Ahora le resultaba evidente por qué aquella casa se llamaba la «Casa del Cambio».

Mientras estaba allí, oyó en el interior una cálida y hermosa voz de mujer que cantaba:

«Te aguardamos, buen amigo,
cientos de años ya.
¿Eres tú, quizá,





quien aquí ha buscado abrigo?
De comer y de beber
toma lo que quieras,
porque pronto has de tener
todo cuanto esperas:
paz después del mal...
Seas malo o seas bueno,
nunca nos serás ajeno
y eres nuestro igual.»

«Ay», pensó Bastián, «¡qué voz tan bonita! ¡Me gustaría que esa canción fuera para mí!»

La voz comenzó a cantar de nuevo:

«¡Gran señor, vuélvete niño!
Te esperamos con cariño.
No te quedes en la puerta:
¡para ti siempre está abierta!
Todo está ya preparado
desde un remoto pasado.»

La voz ejercía un atractivo irresistible sobre Bastián. Estaba seguro de que quien cantaba era una persona muy agradable. Llamó a la puerta y la voz dijo:

-¡Entra! ¡Entra, chico guapo!

Bastián abrió la puerta y vio una habitación agradable, no muy grande, por cuyas ventanas entraba el sol. En el centro había una mesa redonda, cubierta con toda clase de platos y cestos de frutas de muchos colores que Bastián no conocía. A la mesa se sentaba una mujer que parecía un poco también una manzana, con sus mejillas coloradas y redondas, sana y apetitosa.

En el primer momento, Bastián casi se dejó llevar por el deseo de correr hacia ella con los brazos abiertos, gritando «¡Mamá! ¡Mamá!». Pero se dominó. Aquella mujer, desde luego, tenía la misma amable sonrisa y aquella manera de mirarlo a uno que inspiraba confianza, pero el parecido era, todo lo más, el de una hermana. Su madre había sido pequeña, y aquella mujer era alta y, de algún modo, majestuosa. Llevaba un ancho sombrero, totalmente cubierto de flores y frutos, y también su vestido era de una tela floreada de vistosos colores. Sólo después de haberlo mirado un rato se dio cuenta Bastián de que, en realidad, estaba hecho también de hojas, flores y frutos.

Mientras estaba así mirándola, experimentó un sentimiento que desde hacía mucho, muchísimo tiempo, no había experimentado. No podía recordar cuándo ni dónde: sólo sabía que muchas veces había sentido aquello, cuando todavía era pequeño.

-¡Pero siéntate, chico guapo! -dijo la mujer señalando con un gesto de invitación una silla-. Debes de estar hambriento, de manera que ¡antes que nada, come!





-Perdón -respondió Bastián-, pero estabas esperando a un invitado. Y yo he llegado aquí por pura casualidad.

-¿De veras? -preguntó la mujer sonriendo satisfecha-. Bueno, no importa. A pesar de eso puedes comer, ¿no? Entretanto te contaré una pequeña historia. ¡Sírvete y no te hagas de rogar!

Bastián se quitó su manto negro, lo puso en una silla, se sentó y cogió titubeando una fruta. Antes de morderla preguntó:

-¿Y tú? ¿No comes? ¿No te gusta la fruta?

La mujer se rió sonora y francamente, sin que Bastián supiera por qué.

-Está bien -dijo ella después de serenarse-, puesto que insistes te acompañaré y tomaré también algo, pero a mi manera. ¡No te asustes!

Cogió una regadera que había en el suelo a su lado, la alzó sobre su cabeza y se regó.

-¡Ah! -dijo-. ¡Qué refrescante!

Entonces fue Bastián quien se rió. Luego mordió la fruta y pudo comprobar enseguida que nunca había comido nada tan bueno. Después se comió otra, y era aún mejor.

-¿Te gusta? -preguntó la mujer, que lo observaba atentamente.

Bastián tenía la boca llena y no podía responder; masticó y asintió con la cabeza.

-Me alegro -dijo la mujer-. Me he esforzado especialmente. ¡Come mas, tanto como quieras!

Bastián cogió otra fruta, que resultó realmente un placer. Suspiró maravillado.

-Y ahora te voy a contar la historia -siguió diciendo la mujer-, pero que eso no te impida seguir comiendo.

Bastián tuvo que hacer un esfuerzo para escuchar sus palabras, porque cada nueva fruta le producía un nuevo entusiasmo.

-Hace mucho, muchísimo tiempo -comenzó a decir la floreada mujer-, nuestra Emperatriz Infantil estaba mortalmente enferma porque necesitaba un nuevo nombre y sólo podía dárselo una criatura humana. Pero los seres humanos no venían ya a Fantasia, nadie sabía por qué. Y si ella hubiera muerto, habría sido también el fin de Fantasía. Un día o, mejor dicho, una noche, llegó sin embargo un ser humano... Era un niño y le dio a la Emperatriz Infantil el nombre de Hija de la Luna. Ella se puso buena otra vez y, en agradecimiento, le prometió al muchacho que, en su reino, todos sus deseos se harían realidad... hasta que encontrase su Verdadera Voluntad. A partir de entonces, el niño hizo un largo viaje, de un deseo a otro, y todos se cumplieron. Y cada deseo cumplido lo llevaba a un nuevo deseo. No fueron sólo deseos buenos, sino también malos, pero la Emperatriz infantil no hace diferencias: para ella todo vale lo





mismo y todo es igualmente importante en su reino. Y cuando, finalmente, la Torre de Marfil resultó destruida, no hizo nada para impedirlo. Sin embargo, al cumplirse cada deseo, el niño perdía una parte de sus recuerdos del mundo de donde había venido. Eso no le importaba mucho porque, de todas formas, no quería volver. De modo que siguió deseando y deseando, pero casi había gastado todos sus recuerdos y sin recuerdos no se puede desear. Apenas era ya un ser humano, sino casi un fantasio. Y seguía sin conocer su Verdadera Voluntad. Corría el peligro de agotar también sus últimos recuerdos sin conseguir su objetivo. Y eso hubiera significado que nunca podría volver a su mundo. Finalmente, sus pasos lo llevaron a la Casa del Cambio, a fin de que permaneciera en ella el tiempo que fuera necesario hasta encontrar su Verdadera Voluntad. Porque la Casa del Cambio no se llama así sólo porque se cambie a sí misma, sino porque cambia también a quien habita en ella. Y eso era muy importante para el niño, que hasta entonces había querido ser siempre otro, pero no cambiar.

En ese punto se detuvo, porque su visitante había dejado de masticar. Bastián sostenía una fruta mordida en la mano y miraba a la floreada mujer con la boca abierta.

-Si no te gusta -dijo ella preocupada-, déjala tranquilamente y coge otra.

-¿Qué? -tartamudeó Bastián-. No, no, es muy buena.

-Entonces no hay problema -dijo la mujer contenta-. Pero me había olvidado de decirte cómo se llamaba el niño al que esperaban desde hacía tanto tiempo en la Casa del Cambio. Muchos, en Fantasia, lo llamaban simplemente el «Salvador»; otros, «El Caballero del Candelabro de Siete Brazos», o el «Gran Sabio», o también «Soberano y Señor», pero su verdadero nombre era Bastián Baltasar Bux.

La mujer miró a su invitado sonriente. Él tragó unas cuantas veces y dijo luego en voz baja:

-Yo me llamo así.

-¡Ya ves! -dijo la mujer. sin parecer sorprendida en lo más mínimo.

Los capullos de su sombrero y su vestido se abrieron de pronto, floreciendo todos al mismo tiempo.

-Sin embargo -objetó Bastián inseguro-, no llevo cien años en Fantasia.

-Bueno, en realidad te esperamos ya desde hace mucho más tiempo -respondió la señora-; ya mi abuela y la abuela de mi abuela te esperaron. Ya ves, ahora te estoy contando a ti una historia que es nueva y, sin embargo, trata de un pasado antiquísimo.

Bastián recordó las palabras de Graógraman: entonces había estado aún al comienzo de su viaje. Ahora le parecía realmente como si llevase cien años allí.

-Por cierto, todavía no te he dicho cómo me llamo. Soy Doña Aiuola.

Bastián repitió el nombre, pero le costó un poco llegar a pronunciarlo bien. Luego cogió otra fruta. La mordió y, como siempre, le pareció que la que estaba comiendo era la más





sabrosa de todas. Un poco preocupado, se dio cuenta de que se estaba comiendo ya la penúltima.

-¿Quieres más? -le preguntó Doña Aiuola, que había notado su mirada. Bastián asintió. Entonces ella cogió frutas de su sombrero y su vestido hasta que el plato estuvo lleno otra vez.

-¿Las frutas crecen en tu sombrero? -preguntó Bastián estupefacto.

-¿Qué sombrero? -Doña Aiuola lo miraba sin comprender. Luego soltó una risa franca y sonora-. Ah, ¿crees que es un sombrero lo que llevo en la cabeza? Nada de eso, chico guapo: todo crece en mí. Lo mismo que a ti te crece el pelo. Puedes ver cuánto me alegro de que por fin estés aquí, porque florezco. Si estuviera triste, todo se marchitaría. Pero, por favor, ¡no te olvides de comer!

-No sé -dijo Bastián confundido-. No se puede comer algo que crece en otra persona.

-¿Por qué no? -preguntó Doña Aiuola-. Los niños pequeños toman la leche de sus madres. Es muy bonito.

-Eso sí -objetó Bastián, ruborizándose un poco-, pero sólo cuando son muy pequeños.

-Por eso -dijo Doña Aiuola radiante-, tienes que volverte otra vez muy pequeño, chico guapo.

Bastián cogió una nueva fruta y la mordió, y Doña Aiuola se alegró de ello y floreció de una forma aún más espléndida.

Tras un pequeño silencio, ella dijo:

-Me parece que le gustaría que pasáramos a la habitación de al lado. Probablemente ha preparado algo para ti.

-¿Quién? -preguntó Bastián mirando a su alrededor.

-La Casa del Cambio -explicó Doña Aiuola con naturalidad.

En realidad había ocurrido algo extraño. La habitación se había transformado sin que Bastián se diera cuenta. El techo del cuarto se había desplegado hacia arriba, mientras las paredes de tres de los lados se aproximaban bastante a la mesa. En el otro lado había sitio aún, y en él había una puerta que estaba abierta.

Doña Aiuola se levantó -ahora podía verse lo alta que era- y propuso:

-¡Vamos! Es muy testaruda. De nada sirve resistirse cuando ha proyectado una sorpresa. ¡Que se salga con la suya! Además, casi siempre sus intenciones son buenas.

Entró por la puerta en la habitación de al lado. Bastián la siguió pero, previsoramente, cogió el plato de la fruta. El cuarto era grande como un salón y, sin embargo, se trataba de un comedor que a Bastián le resultaba de algún modo conocido. Lo único chocante





era que todos los muebles que había en él, incluidas la mesa y las sillas, eran gigantescos, demasiado grandes para que Bastián pudiera llegar hasta ellos.

-¡Fíjate! -dijo Doña Aiuola divertida-. A la Casa del Cambio se le ocurre siempre algo nuevo. Ahora ha hecho un cuarto para ti tal como debe parecerle a un niño pequeño.

-¿Cómo es posible? -preguntó Bastián-. ¿Esta sala no estaba antes aquí?

-Claro que no -respondió Doña Aiuola-. ¿Sabes? La Casa del Cambio es muy animada. A su manera, le gusta participar en la conversación. Creo que con ello quiere decirte algo.

Luego se sentó a la mesa, en una de las sillas, y Bastián intentó inútilmente subirse a la otra. Doña Aiuola tuvo que ayudarlo y subirlo, e incluso entonces Bastián llegaba sólo con la nariz a la mesa. Se alegró mucho de haberse traído el plato de la fruta, que conservó en su regazo. Si hubiera estado en la mesa, no hubiera podido alcanzarlo.

-¿Tienes que mudarte con frecuencia? -preguntó.

-Con frecuencia no -respondió Doña Aiuola-. Como mucho, tres o cuatro veces al día. A veces la Casa del Cambio se divierte y entonces todos los cuartos aparecen de repente al revés: el suelo arriba y el techo abajo, o algo por el estilo. Pero es pura travesura y, si le hablo en serio, pronto vuelve a ser todo razonable. En el fondo, es una casa muy agradable y en ella me siento realmente a gusto. Nos reímos mucho juntas.

-Pero, ¿no es peligroso? -preguntó Bastián-. Quiero decir, por las noches, por ejemplo, si uno está dormido y la habitación se hace cada vez más pequeña...

-¡Cómo puedes pensar eso, chico guapo! -exclamó Doña Aiuola escandalizada-. A ella le gusto, y tú le gustas también. Se alegra de que esté aquí.

-¿Y si alguien no le gusta?

-No tengo ni idea -respondió Doña Aiuola-. Pero ¡qué preguntas haces! Hasta ahora nadie ha estado aquí, salvo yo y tú.

-¡Ah! -dijo Bastián-. Entonces, ¿soy el primer invitado?

-Claro.

Bastián contempló el gigantesco cuarto.

-Resulta difícil creer que este cuarto quepa dentro de la casa. Por fuera, la casa no parece tan grande.

-La Casa del Cambio -explicó Doña Aiuola- es por dentro mayor que por fuera.

Entretanto había caído el crepúsculo y, poco a poco, la habitación se oscurecía. Bastián se echó hacia atrás en su gran silla y apoyó la cabeza. Se sentía extrañamente soñoliento.





-¿Por qué me has esperado tanto tiempo, Doña Aiuola? -preguntó.

-Siempre he querido tener un hijo -respondió ella-, un niño pequeño al que mimar, que necesitase mi ternura, al que yo pudiera cuidar... alguien como tú, chico guapo.

Bastián bostezó. Se sentía arrullado de una forma irresistible por la voz cálida de Doña Aiuola.

-Pero has dicho -respondió- que también tu madre y tu abuela me esperaron.

El rostro de Doña Aiuola quedaba ahora en la oscuridad.

-Sí -le oyó decir Bastián-, también mi madre y mi abuela quisieron tener hijos. Pero ahora yo tengo uno.

A Bastián se le cerraban los ojos. Con esfuerzo preguntó:

-¿Cómo es posible? Tu madre te tuvo a ti cuando eras pequeña. Y tu abuela tuvo a tu madre. Por lo tanto, tuvieron hijas.

-No, chico guapo -respondió suavemente la voz-, nosotras somos distintas. No morimos ni nacemos. Somos siempre la misma Doña Aiuola y, sin embargo, no lo somos. Cuando mi madre envejeció, se secó, se le cayeron todas las hojas como a un árbol en invierno y se encogió sobre sí misma. Así estuvo mucho tiempo. Pero entonces, un día, empezó a echar de nuevo hojitas, brotes y flores, y finalmente frutos. Y así surgí yo, porque aquella nueva Doña Aiuola era yo. Y lo mismo pasó con mi abuela, cuando trajo a mi madre al mundo. Las Doñas Aiuolas sólo podemos tener un hijo si nos marchitamos antes. Pero entonces somos nuestras propias hijas y no podemos ser madres. Por eso estoy tan contenta de que estés aquí, chico guapo...

Bastián no respondió. Había caído en una dulce somnolencia en la que escuchaba las palabras de Doña Aiuola como una cantilena. Oyó cómo ella se levantaba, se dirigía hacia él y se inclinaba. Doña Aiuola le acarició dulcemente el cabello y le dio un beso en la frente. Luego, Bastián notó que ella lo levantaba y se lo llevaba en brazos. Bastián apoyó la cabeza en el hombro de Doña Aiuola, como un niño pequeño. Cada vez se hundía más profundamente en la cálida oscuridad de su sueño. Le pareció que lo desnudaban y lo acostaban en una cama blanda y perfumada. Lo último que oyó -ya muy lejos- fue la hermosa voz que cantaba suavemente una cancioncilla:

«Duerme, niño, buenas noches,
duérmete ya sin reproches.
Gran Señor, hazte pequeño,
duerme con todo tu empeño.»

Cuando se despertó a la mañana siguiente, se sentía mejor y más contento que nunca. Miró a su alrededor y vio que estaba en una habitación pequeña y muy agradable... ¡dentro de una cuna! Verdad era que se trataba de una cuna muy grande o, más bien, de una cuna tal como le parecería a un niño pequeño. Por un momento le pareció ridículo porque, desde luego, ya no era un niño pequeño. Seguía conservando todas las fuerzas y





facultades que Fantasia le había dado. Y también el signo de la Emperatriz Infantil colgaba como antes de su cuello. Pero un momento después le resultó completamente indiferente que pudiera parecer ridículo o no que estuviera echado allí. Salvo él y Doña Aiuola, nadie lo sabría nunca, y los dos sabían que era algo bueno y que estaba bien.

Se levantó, se lavó y se vistió, y salió afuera. Tuvo que bajar por una escalera de madera y llegó al gran comedor que, sin embargo, se había transformado por la noche en cocina. Doña Aiuola lo esperaba ya con el desayuno. También ella estaba del mejor humor; todas sus flores se abrían, y ella cantaba y reía, y hasta dio unos pases de baile con Bastián alrededor de la mesa. Después de comer, lo envió afuera para que le diera el aire.

En la ancha rosaleda que rodeaba a la Casa del Cambio parecía reinar un verano eterno. Bastián vagabundeó por allí, observó a las abejas, que se regalaban diligentemente entre las flores, escuchó a los pájaros, que cantaban en todos los arbustos, y jugó con los lagartos, que eran tan confiados que se le subían por la mano, y con las liebres, que se dejaban acariciar por él. A veces se echaba bajo un arbusto, aspiraba el dulce aroma de las rosas, parpadeaba al sol y dejaba que el tiempo corriera como un arroyo, sin pensar en nada concreto.

Así pasaron los días y los días se convirtieron en semanas. Bastián no se dio cuenta. Doña Aiuola estaba llena de alegría y Bastián se confiaba plenamente a sus cuidados y su ternura maternos. Era como si, sin saberlo, hubiera ansiado desde hacía tiempo algo que ahora se le deparaba plenamente. Y casi no podía saciarse.

Durante algún tiempo anduvo revolviendo por toda la Casa del Cambio, desde las vigas del tejado hasta el sótano. Era una ocupación de la que uno no se cansaba tan pronto, porque todas las habitaciones cambiaban continuamente y siempre había algo nuevo que descubrir. Evidentemente, la casa se esforzaba mucho por divertir a su invitado. Producía cuartos de juegos, tranvías, teatros de marionetas y toboganes... Y hasta un gran tiovivo.

A veces, Bastián emprendía también correrías de todo el día por los alrededores. Pero nunca se alejaba mucho de la Casa del Cambio, porque regularmente le ocurría que, de repente, le entraba una verdadera avidez por las frutas de Aiuola. De pronto, apenas podía aguardar el momento de volver y hartarse de comer.

Por las noches sostenían con frecuencia largas conversaciones. Él le hablaba de todo lo que le había ocurrido en Fantasia, de Perelín y Graógraman, de Xayide y de Atreyu, al que él había herido gravemente y quizá matado.

-Lo hice todo mal -dijo- y lo entendí todo al revés. La Hija de la Luna me dio muchas cosas pero, con ellas, sólo traje la desgracia sobre mí y sobre Fantasia.

Doña Aiuola lo miró largo tiempo.

-No -respondió-, eso no lo creo. Seguiste el camino de los deseos y ese camino nunca es derecho. Diste un gran rodeo, pero era tu camino. ¿Y sabes por qué? Tú eres uno de esos que sólo pueden regresar cuando encuentran la fuente de donde brota el Agua de la





Vida. Y ése es el lugar más secreto de toda Fantasia. Para llegar hasta él no hay camino fácil.

Y tras un breve silencio añadió:

-Cualquier camino que conduzca allí es en definitiva el verdadero.

Entonces Bastián se puso a llorar repentinamente. Él mismo no sabía por qué. Era como si se le soltara un nudo que tenía en el corazón y se disolviera en lágrimas. Sollozaba y sollozaba sin poder parar. Doña Aiuola lo tomó en su regazo y lo acarició suavemente, y él enterró el rostro en las flores de su pecho y lloró hasta que estuvo totalmente saturado y cansado.

Aquella noche no hablaron más.

Sólo al día siguiente volvió a hablar Bastián de su búsqueda.

-¿Sabes dónde puedo encontrar el Agua de la Vida?

-En las fronteras de Fantasia -dijo Doña Aiuola.

-¡Pero si Fantasia no tiene fronteras! -respondió él.

-Sí que las tiene, pero no están fuera sino dentro. Allí donde recibe todo su poder la Emperatriz Infantil y a donde ni ella misma puede llegar.

-¿Y yo tengo que encontrar ese lugar? -preguntó Bastián preocupado-. ¿No es un poco tarde?

-Sólo hay un deseo con el que puedes llegar hasta allí: el último.

Bastián se sobresaltó.

-Doña Aiuola... A cambio de cada deseo que se ha cumplido por medio de ÁURYN he olvidado algo. ¿Ocurrirá así también ahora?

Ella asintió lentamente.

-¡Pero si no me doy cuenta!

-¿Te diste cuenta las otras veces? Lo que has olvidado no puedes saberlo ya.

-¿Y qué he olvidado ahora?

-Te lo diré cuando llegue el momento. Si no, no lo olvidarías.

-¿Tiene que ser así? ¿Tengo que perderlo todo?

-Nada se pierde -dijo ella-. Todo se transforma.





-Pues entonces -dijo Bastián inquieto- quizá debiera apresurarme. No debiera quedarme aquí.

Ella le acarició el pelo.

-No te preocupes. Durará lo que dure. Cuando surja tu último deseo, lo sabrás... y yo también.

A partir de aquel día algo comenzó realmente a cambiar, aunque el propio Bastián no se dio cuenta de nada. La fuerza transformadora de la Casa del Cambio hacía sus efectos. Sin embargo, como todos los cambios verdaderos, se produjo suave y lentamente por sí mismo, igual que el crecímiento de una planta.

Los días pasaban en la Casa del Cambio y el verano duraba todavía. Bastián seguía disfrutando de él, dejándose mimar por Doña Aiuola como un niño. También sus frutos le seguían sabiendo tan sabrosos como al principio, aunque poco a poco su avidez se calmó. Comía menos. Y ella se dio cuenta, sin dedicar al hecho, sin embargo, ni una palabra. Bastián se sentía también saciado de sus cuidados y su ternura. Y en la misma medida en que disminuía su necesidad de ellos, se despertaba en él una añoranza de otra clase, un anhelo como hasta entonces no había sentido nunca y que se diferenciaba por completo de sus deseos anteriores: la añoranza de ser capaz de amar. Con asombro y pesar se dio cuenta de que no podía. Sin embargo, su deseo se hacía cada vez más fuerte.

Y una noche en que se sentaban juntos, habló de ello con Doña Aiuola.

Después de haberlo escuchado, ella calló largo rato. Su mirada descansaba sobre Bastián, con una expresión que él no entendía.

-Ahora has encontrado tu último deseo -dijo ella-. Tu Verdadera Voluntad es querer.

-Pero, ¿por qué no puedo, Doña Aiuola?

-Sólo podrás cuando hayas bebido del Agua de la Vida -respondió ella-, y no podrás volver a tu mundo sin llevarle a otro esa agua.

Bastián calló desconcertado.

-¿Y tú? -preguntó-. ¿No has bebido también de ella?

-No -dijo Doña Aiuola-, yo soy distinta. Sólo necesito a alguien a quien pueda darle lo que me sobra.

-Entonces, ¿no era amor? -

Doña Aiuola pensó un rato y contestó luego:

-Era lo que has deseado para ti.

-¿No pueden querer los fantasios... igual que me pasa a mí? -preguntó él temeroso.





-Bueno -contestó ella en voz baja-, hay algunas criaturas en Fantasia que pueden beber del Agua de la Vida. Pero nadie sabe quiénes son. Y existe una promesa de la que rara vez hablamos y que dice que, en un futuro lejano, llegará el día en que los seres humanos traerán también el amor a Fantasia. Entonces los dos mundos serán uno solo. Pero no sé lo que eso significa.

-Doña Aiuola -preguntó Bastián también en voz baja-, me prometiste que, cuando llegara el momento, me dirías lo que tendría que olvidar para encontrar mi último deseo. ¿Ha llegado ese momento?

Ella asintió.

-Tenías que olvidar a tu padre y a tu madre. Ahora sólo te queda tu nombre.

Bastián reflexionó.

-¿Padre y madre? -dijo lentamente. Pero las palabras no le decían ya nada. No podía acordarse.

-¿Qué debo hacer ahora? -preguntó.

-Tienes que dejarme -respondió ella-. Tu tiempo en la Casa del Cambio ha terminado.

-¿Y a dónde debo ir?

-Tu último deseo te guiará. ¡No lo pierdas!

-¿Debo marcharme enseguida?

-No, es tarde. Mañana, al romper el día. Te queda una noche aún en la Casa del Cambio. Ahora vamos a dormir.

Bastián se puso en pie y se acercó a ella. Sólo entonces, cuando estuvo cerca, se dio cuenta en la oscuridad de que todas las flores de Doña Aiuola se habían marchitado.

-¡No te preocupes por eso! -dijo ella-. Tampoco mañana debes preocuparte por mí. ¡Sigue tu camino! Todo está bien y es justo que sea así. Buenas noches, chico guapo.

-Buenas noches, Doña Aiuola -murmuró Bastián. Luego subió a su cuarto.

Cuando bajó al día siguiente, vio que Doña Aiuola seguía en el mismo sitio. Todas las hojas, flores y frutos se le habían caído. Tenía los ojos cerrados y parecía un árbol negro y reseco. Bastián se quedó mucho tiempo ante ella, mirándola. Luego se abrió de repente una puerta que llevaba afuera. Antes de salir, Bastián se volvió una vez más y dijo, sin saber si se dirigía a Doña Aiuola, a la casa o a ambas:

-¡Gracias, gracias por todo!





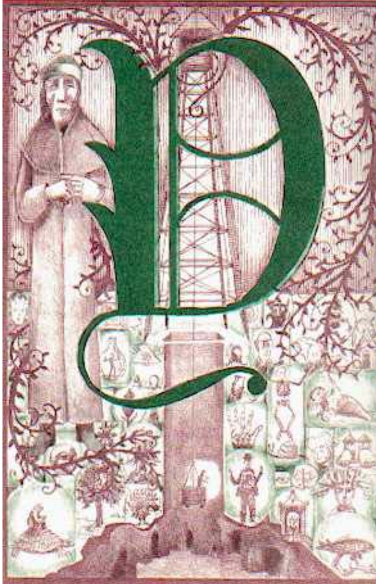
Luego cruzó la puerta. Fuera, durante la noche, había llegado el invierno. La nieve le llegaba a la rodilla y de la rosaleda en flor sólo quedaban negros setos de espinas. Hacía mucho frío y reinaba una gran calma.

Bastián quiso volver a la casa para recoger su manto, pero puertas y ventanas habían desaparecido. La casa se había cerrado por todas partes. Tiritando, Bastián emprendió el camino.





La Mina De Las Imágenes



or, el Minero Ciego, estaba delante de su cabaña, escuchando a lo lejos en la llanura nevada que se extendía en todas direcciones. El silencio era tan completo que su fino oído percibió el crujido de los pasos en la nieve de un caminante que se encontraba todavía a gran distancia. Sin embargo, los pasos se dirigían hacia la cabaña.

Yor era un hombre grande y viejo, pero su rostro no tenía barba ni arrugas. Todo en él, su traje, su cara, su pelo, era gris como la piedra. Cuando estaba allí, inmóvil, parecía tallado en un gran trozo de lava. Sólo sus ojos ciegos eran oscuros y, en sus profundidades, brillaba el resplandor de una pequeña llama.

Cuando Bastián -porque él era el caminante- llegó, dijo:

-Buenos días. Me he extraviado. Busco la fuente de la que brota el Agua de la Vida. ¿Puedes ayudarme?

El minero escuchó la voz que hablaba.

-No te has perdido -susurró-. Pero habla en voz baja porque, si no, se desmoronarán mis imágenes.

Le hizo un gesto a Bastián, que entró tras él en la cabaña.

Ésta se componía de una sola habitación pequeña, sin adornos y sumamente podre. Una mesa de madera, dos sillas, una tarima para dormir y unos estantes en los que había toda clase de alimentos y de vajilla. En un hogar ardía un pequeño fuego y sobre él colgaba un caldero en el que humeaba una sopa. Yor llenó dos platos para él y para Bastián, se sentó a la mesa y, con un gesto de la mano, invitó a su huésped a comer. En silencio, se tomaron su comida.

Luego el minero se echó hacia atrás, sus ojos miraron, a través de Bastián, a la lejanía y, susurrando, preguntó:

-¿Quién eres?

-Bastián Baltasar Bux.

-Ah, sabes aún tu nombre.





-Sí. ¿Y quién eres tú?

-Soy Yor, a quien llaman el Minero Ciego. Pero sólo soy ciego a la luz. Bajo tierra, en mi mina, donde reina una oscuridad total, puedo ver.

-¿Qué clase de mina es ésa?

-El Pozo Minroud. La Mina de las Imágenes.

-¿La Mina de las Imágenes? -repitió Bastián asombrado-. Nunca he oído nada semejante.

Yor parecía estar escuchando siempre algo.

-Y, sin embargo -cuchicheó-, existe precisamente para los que son como tú. Para los seres humanos que no pueden encontrar el camino del Agua de la Vida.

-¿Qué clase de imágenes son ésas? -quiso saber Bastián.

Yor cerró los ojos y calló durante un rato. Bastián no sabía si repetir su pregunta. Luego oyó susurrar al minero:

-Nada se pierde en el mundo. ¿Has soñado alguna vez algo que, al despertarte, no sabías qué era?

-Sí -respondió Bastián-. Muchas veces.

Yor asintió pensativo. Luego se levantó y le hizo signo a Bastián de que lo siguiera. Antes de salir los dos de la cabaña, lo cogió por el hombro con su mano dura y le cuchicheó al oído:

-Ni una palabra, ni un ruido, ¿entiendes? Lo que vas a ver es mi trabajo de muchos años. Cualquier estrépito podría destruirlo. ¡De manera que-calla y anda silenciosamente!

Bastián asintió y salieron de la cabaña. Detrás de ella se levantaba una torre de madera, bajo la cual un pozo conducía verticalmente a las entrañas de la tierra. Pasaron a su lado, dirigiéndose hacia la llanura de nieve. Y entonces vio Bastián las imágenes, que yacían allí, como rodeadas de seda blanca, igual que si fueran valiosas joyas.

Eran láminas finísimas de una especie de piedra especular, transparente y coloreada, y de todos los tamaños y formas, rectangulares y redondas, rotas e intactas, algunas grandes como vidrieras de iglesia, otras pequeñas como miniaturas de alguna cajita. Yacían, ordenadas aproximadamente por su tamaño y su forma, en hileras que se extendían hasta el horizonte de la blanca llanura.

Lo que representaban aquellas imágenes era misterioso. Había figuras embozadas que parecían flotar en un gran nido de pájaro, o burros con toga de juez: había relojes que se fundían como el requesón, o muñecas articuladas que destacaban sobre fondos chillonamente iluminados y vacíos. Había rostros y cabezas compuestos totalmente de





animales y otros que formaban paisajes. Pero había también imágenes completamente corrientes, hombres que segaban campos de maíz y mujeres que se sentaban en un balcón. Había pueblos de montaña y paisajes marineros, escenas bélicas y funciones de circo, calles y habitaciones, y siempre rostros, viejos y jóvenes, inteligentes y bobos, de bufones y de reyes, sombríos y alegres. Había imágenes terribles, de ejecuciones y danzas macabras, e imágenes divertidas de damiselas sentadas sobre una morsa o de una nariz que se paseaba y a la que todos los transeúntes saludaban.

Cuanto más caminaban a lo largo de las imágenes, tanto menos podía comprender Bastián qué tenían que ver con él. Sólo una cosa le resultaba clara: en ellas podía verse de todo, aunque la mayor parte de las veces en un entorno peculiar.

Después de haber andado muchas horas con Yor junto a las hileras de láminas, el crepúsculo cayó sobre la extensa llanura nevada. Volvieron a la cabaña. Cuando habían cerrado la puerta tras ellos, Yor le preguntó en voz baja:

-¿Has reconocido alguna?

-No -repuso Bastián.

El minero movió pensativo la cabeza.

-¿Por qué? -quiso saber Bastián-. ¿Qué imágenes son ésas?

-Son los sueños olvidados del mundo de los seres humanos -explicó Yor-. Un sueño no puede convertirse en nada una vez que se ha soñado. Pero cuando el hombre que lo ha soñado no lo guarda... ¿a dónde va a parar? Viene aquí, con nosotros, a Fantasia, ahí abajo, a las entrañas de nuestra tierra. Allí yacen los sueños olvidados en capas finas, finísimas, uno sobre otro. Cuanto más se cava, tanto más espesos son. Fantasía entera se asienta sobre unos cimientos de sueños olvidados.

-¿Y también están ahí los míos? -preguntó Bastián abriendo mucho los ojos.

Yor se limitó a asentir con la cabeza.

-¿Y dices que tengo que encontrarlos? -siguió preguntando Bastián.

-Por lo menos uno. Con uno basta -respondió Yor.

-Pero, ¿para qué? -quiso saber Bastián.

El minero volvió hacia él su rostro, ahora iluminado sólo por el resplandor del pequeño fuego del hogar. Sus ojos ciegos miraron otra vez a la lejanía, a través de Bastián.

-Escucha, Bastián Baltasar Bux -dijo-. No me gusta hablar mucho. Prefiero el silencio. Pero por esta vez te lo diré. Tú buscas el Agua de la Vida. Quisieras poder amar, para volver a tu mundo. Amar... ¡eso se dice muy fácilmente! El Agua de la Vida te preguntará: ¿a quién? No se puede amar sencillamente, en general y de cualquier manera. Sin embargo, tú lo has olvidado todo, salvo tu nombre. Y si no sabes contestar no podrás beber. Sólo te puede ayudar un sueño olvidado que vuelvas a encontrar, una

imagen que te lleve hasta la fuente. Pero para eso tendrás que olvidar lo último que te queda: tendrás que olvidarte de ti mismo. Y eso requiere un trabajo duro y paciente. Guarda bien mis palabras, porque no volveré a pronunciarlas.

Luego se echó en su tarima de madera y se durmió. A Bastián no le quedó otro remedio que contentarse con el suelo duro y frío. Pero no le importó.

Cuando se despertó a la mañana siguiente con los miembros entumecidos, Yor había salido ya. Probablemente había entrado en el Pozo Minroud. Bastián se sirvió un plato de la sopa caliente, que lo entonó pero no lo animó demasiado. Su gusto salado le recordaba un poco el sabor de las lágrimas y del sudor.

Luego salió afuera y caminó por la nieve de la extensa llanura, junto a las innumerables imágenes. Las miró una por una atentamente, porque sabía lo que le iba en ello, pero no pudo descubrir ninguna que lo afectara de modo especial. Todas le resultaban igualmente indiferentes.

Hacia la noche vio salir a Yor de la mina en una jaula de extracción. Llevaba a la espalda, en un bastidor, varias láminas grandes de finísima piedra especular. Bastián lo acompañó en silencio cuando se dirigió otra vez a la llanura y, con la mayor precaución, colocó sus nuevos hallazgos al final de una hilera, sobre la blanca nieve. Una de las imágenes representaba un hombre cuyo pecho era una jaula de pájaros en la que había dos palomas. Otra mostraba una mujer de piedra que cabalgaba sobre una gran tortuga. En una imagen muy pequeña se reconocía a una mariposa, cuyas alas mostraban manchas en forma de letras. Había otras imágenes aún, pero ninguna le decía nada a Bastián.

Cuando estuvo otra vez sentado con el minero en la cabaña, Bastián preguntó:

-¿Qué pasa con las imágenes cuando la nieve se funde?

-Aquí es siempre invierno -replicó Yor. Esa fue toda su conversación aquella noche.

En los días siguientes, Bastián continuó buscando entre las imágenes alguna que pudiera reconocer o que, por lo menos, le dijera algo especial... pero inútilmente. Por las noches se sentaba en la cabaña con el minero y, como éste callaba, Bastián se acostumbró a callar también. Igualmente aprendió poco a poco de Yor su cuidadosa forma de moverse para no hacer ningún ruido que pudiera deshacer las imágenes.

-Ahora las he visto ya todas -dijo Bastián una noche-. No hay ninguna para mí.

-Mala cosa -respondió Yor.

-¿Qué puedo hacer? -preguntó Bastián-. ¿Esperar a que saques otras?

Yor meditó un rato y luego movió la cabeza.

-Yo, en tu lugar -susurró-, entraría en el Pozo Minroud y cavaría sobre el terreno.

-Pero yo no tengo tus ojos -dijo Bastián-. No puedo ver en la oscuridad.





-¿No te han dado ninguna luz en tus largos viajes? -preguntó Yor mirando otra vez a través de Bastián-. ¿Ninguna piedra luminosa, nada que te pueda servir ahora?

-Sí -respondió Bastián tristemente-, pero utilicé a Al-Tsahir para otro fin.

-Mala cosa -repitió Yor con rostro de piedra.

-¿Qué me aconsejas? -quiso saber Bastián.

El minero calló otra vez largo tiempo, antes de replicar:

-Tendrás que trabajar en la oscuridad.

Bastián sintió escalofríos. Verdad era que aún tenía todas las fuerzas y la intrepidez que AURYN le había dado, pero al pensar que estaría hondo, muy hondo, en las entrañas de la tierra, en una oscuridad total, la sangre se le helaba. No dijo nada más y los dos se echaron a dormir.

A la mañana siguiente el minero lo sacudió por un hombro. Bastián se incorporó.

-¡Cómete la sopa y ven! -le ordenó Yor bruscamente.

Bastián lo hizo.

Siguió al minero hasta la boca de la mina, subió con él a la jaula de extracción y penetró en el Pozo Minroud. Descendieron cada vez más profundo. Hacía tiempo que había desaparecido el último y escaso resplandor que se colaba por la abertura del pozo y el cesto seguía hundiéndose en las profundidades. Por fin, una sacudida indicó que había tocado fondo. Salieron.

Allí abajo hacía mucho más calor que arriba, en la llanura invernal, y al cabo de poco tiempo Bastián comenzó a sudar por todos los poros, mientras se esforzaba por no perder en la oscuridad al minero, que avanzaba rápidamente delante de él. Era un camino tortuoso a través de innumerables galerías, corredores y, a veces, ensanchamientos también, como se podía adivinar por el suave eco de los pasos. Bastián se golpeó varias veces dolorosamente en salientes y vigas, pero Yor no le prestó atención.

En ese primer día y también en los siguientes el minero lo instruyó en silencio, llevándole de la mano, en el arte de separar entre sí las capas finas y sutiles de piedra especular, desprendiéndolas cuidadosamente. Para ello había herramientas que parecían al tacto espátulas de madera o de cuerno, aunque Bastián nunca pudo verlas porque se quedaban allí al terminar el trabajo del día.

Poco a poco aprendió a orientarse allí abajo, en la oscuridad total. Reconocía los corredores y galerías con un nuevo sentido que no hubiera sabido explicar. Y un día Yor le indicó sin palabras, tocándolo únicamente con las manos, que a partir de entonces trabajaría solo en una galería baja, en la que sólo se podía entrar arrastrándose. Bastián





obedeció. El lugar era muy estrecho y sobre él estaba la montaña entera de roca primitiva.

Encogido como un niño no nacido en el vientre de su madre, Bastián yacía en las oscuras profundidades de los cimientos de Fantasia, buscando pacientemente un sueño olvidado, una imagen que pudiera conducirlo hasta el Agua de la Vida.

Como no podía ver en aquella noche eterna de las entrañas de la tierra, no podía elegir nada ni tomar decisión alguna. Tenía que confiar en que la casualidad o un destino misericorde le permitieran hacer alguna vez el descubrimiento necesario. Tarde tras tarde llevaba arriba, a la luz del día que se extinguía, lo que había podido desprender en las profundidades del Pozo Minroud. Y tarde tras tarde su trabajo se revelaba inútil. Sin embargo, Bastián no se lamentaba ni se rebelaba. Había perdido toda compasión de sí mismo. Se había vuelto paciente y silencioso. Aunque sus fuerzas eran inagotables, a menudo se sentía muy cansado.

No se puede decir cuánto tiempo duró aquel áspero trabajo, porque esa clase de trabajos no pueden medirse en días o meses. En cualquier caso, sucedió una tarde que trajo una imagen que, sobre el terreno mismo, lo excitó tanto que tuvo que contenerse para no lanzar un grito de sorpresa que pudiera destruirla.

En la delicada piedra especular -no era muy grande; tenía aproximadamente el tamaño de una página corriente de libro- se veía clara y distintamente un hombre que llevaba una bata blanca. En una mano sostenía una dentadura de escayola. Estaba de pie, y su actitud y la expresión tranquila y preocupada de su rostro conmovieron a Basuán. Pero lo que le impresionó más fue que el hombre estaba congelado en un bloque claro como el cristal. Lo rodeaba por completo una capa de hielo impenetrable, aunque totalmente transparente.

Mientras Bastián contemplaba la imagen que tenía ante sí en la nieve, se despertó en él una añoranza de aquel hombre al que no conocía. Era un sentimiento que venía de muy lejos, como un oleaje tormentoso en el mar que, al principio, no se nota, hasta que se acerca más y más y se convierte por fin en olas poderosas altas como edificios, que lo arrastran y anegan todo. Bastián se ahogó casi en ese sentimiento y tuvo que luchar para respirar. Le dolía el corazón, que le resultaba insuficiente para una añoranza tan grande. Con aquella oleada se hundieron todos los recuerdos que aún tenía de sí mismo. Y olvidó por último lo que le quedaba: su propio nombre.

Cuando, más tarde, entró a ver a Yor en la cabaña, Bastián guardó silencio. Tampoco el minero dijo nada, pero lo miró largo tiempo, y sus ojos parecieron ver otra vez la lejanía, y entonces, por primera vez en todo aquel tiempo, una breve sonrisa pasó por sus grises facciones de piedra. Aquella noche, el muchacho que no tenía ya nombre no pudo dormir, a pesar de todo su cansancio. Continuamente veía la imagen ante sí. Era como si el hombre quisiera decirle algo pero no pudiera por estar encerrado en el bloque de hielo. El muchacho sin nombre quería ayudarlo, hacer que el hielo se licuara. Como si soñara despierto, se veía a sí mismo abrazando el hielo para hacerlo fundirse con el calor de su cuerpo. Pero todo era inútil.

Sin embargo, entonces oyó de pronto lo que el hombre quería decirle; no lo oyó con los oídos sino muy hondo, en su propio corazón:





-¡Ayúdame, por favor! ¡No me abandones! No puedo salir solo de este hielo. ¡Ayúdame! ¡Sólo tú puedes librarme de él...! ¡Tú sólo!

Cuando se levantaron al día siguiente al amanecer, el muchacho sin nombre le dijo a Yor:

-Hoy no bajaré ya contigo al Pozo Minroud.

-¿Vas a dejarme?

El muchacho asintió.

-Voy a buscar el Agua de la Vida.

-¿Has encontrado la imagen que te guiará?

-Sí.

-¿Me la quieres enseñar?

El muchacho asintió una vez más. Los dos se dirigieron a la nieve, donde estaba la imagen. Bastián la miró, pero Yor levantó sus ojos ciegos hacia el rostro del muchacho, como si mirase a lo lejos a través de él. Pareció escuchar algo largo tiempo. Finalmente movió la cabeza afirmativamente.

-Llévatela -susurró- y no la pierdas. Si la pierdes o si se destruye, todo habrá terminado para ti. Porque en Fantasia no te queda nada más. Ya sabes lo que eso quiere decir.

El muchacho que no tenía ya nombre permaneció con la cabeza baja y callado durante un rato. Luego dijo, igualmente en voz baja:

-Gracias, Yor, por todo lo que me has enseñado.

Se dieron la mano.

-Has sido un buen minero -cuchicheó Yor- y has trabajado bien.

Luego se volvió y se dirigió al Pozo Minroud. Sin volverse otra vez, subió a la jaula de extracción y descendió a las profundidades.

El muchacho sin nombre cogió la imagen de la nieve y, andando pesadamente, se perdió a lo lejos en la blanca llanura.

Llevaba andando así muchas horas, hacía tiempo que la cabaña de Yor había desaparecido detrás de él en el horizonte y no lo rodeaba más que la blanca superficie que se extendía en todas direcciones. Sin embargo, sentía cómo la imagen, que sostenía cuidadosamente con ambas manos, lo empujaba en una dirección determinada.





El muchacho estaba decidido a seguir a aquella fuerza, que lo llevaría al lugar apropiado, tanto si el camino era largo como corto. Nada debía detenerlo. Quería encontrar el Agua de la Vida y estaba seguro de que podía hacerlo.

Entonces oyó ruido de pronto, muy alto en el aire., Era como un griterío o gorjeo lejano salido de muchas gargantas. Cuando levantó los ojos al cielo, vio una nube oscura que parecía una gran bandada de pájaros. Sólo cuando la bandada se acercó se dio cuenta de qué se trataba en realidad, y se quedó paralizado de espanto.

¡Eran las polillas-payaso, los schlabuffos!

El Cielo me valga», pensó el muchacho sin nombre, ¡ojalá no me hayan visto! ¡Romperán con sus gritos la imagen!

¡Pero lo habían visto!

Con tremendas voces y carcajadas, la bandada se precipitó sobre el solitario caminante, posándose a su alrededor en la nieve.

-¡Hurta! -chillaron, abriendo sus bocas multicolores-. ¡Por fin te hemos encontrado, gran benefactor!

Y se revolcaron por la nieve, se tiraron bolas, dieron volteretas y se pusieron cabeza abajo.

-¡Silencio! ¡Mucho silencio! -susurró desesperado el muchacho sin nombre. El coro entero gritó entusiasmado:

-¿Qué ha dicho...? ¡Ha dicho que hay mucho silencio...! ¡Eso no nos los ha dicho nunca nadie!

-¿Qué queréis de mí? -preguntó el muchacho-. ¿Por qué no me dejáis en paz?

Todas revolotearon a su alrededor parloteando:

-¡Gran benefactor! ¡Gran benefactor! ¿Te acuerdas de que nos salvaste cuando éramos todavía ayayai? Entonces éramos los seres más desgraciados de Fantasia, pero ahora nosotros mismos estamos hasta la coronilla. Lo que nos hiciste fue al principio muy divertido, pero ahora nos aburrimos mortalmente. Revoloteamos de un lado para otro y no hay nada que nos retenga. Ni siquiera podemos jugar a un verdadero juego, porque no respetamos las reglas. Al salvarnos, hiciste de nosotros unos bufones ridículos. ¡Nos engañaste, gran benefactor!

-Mi intención era buena -susurró el muchacho horrorizado.

-¡Sí, para ti! -gritaron a coro los schlabuffos-. Te encontraste a ti mismo generosísimo. ¡Pero fuimos nosotros las que lo pagamos, gran benefactor!

-¿Qué puedo hacer? -preguntó el muchacho-. ¿Qué queréis de mí?





-Te hemos buscado -chillaron los schlabuffos con sus rostros de payaso congestionados-. Queríamos encontrarte antes de que pusieras pies en polvorosa. Y te hemos encontrado. No te dejaremos en paz hasta que te conviertas en nuestro cabecilla. Debes ser nuestro Superschlabuffo, nuestro Schlabuffo Mayor, nuestro General Schlabuffo. ¡Lo que quieras!

-Pero ¿por qué, por qué? -susurró el muchacho suplicante.

Y el coro de payasos chilló como respuesta:

-¡Queremos que nos des órdenes, que nos mangonees, que nos obligues a hacer cosas, que nos prohíbas algo! ¡Queremos que nuestra existencia tenga algún sentido!

-¡Eso no puedo hacerlo! ¿Por qué no elegís a uno de vosotros?

-¡No, no, te queremos a ti, gran benefactor! ¡Eres tú quien no ha hecho como somos!

-¡No! -jadeó el muchacho-. Yo tengo que irme. ¡Tengo que regresar!

-¡No tan deprisa, gran benefactor! -gritaron los payasos-. Eso sería lo que tú quisieras... ¡Largarte de Fantasia!

-Pero ¡si estoy acabado! -protestó el muchacho.

-¿Y nosotros? -respondió el coro-. ¿Cómo estamos nosotros?

-¡Marchaos! -exclamó el muchacho-. ¡No puedo ocuparme de vosotros!

-¡Entonces tienes que volver a transformarnos! -contestaron las voces estridentes-. Preferimos ser otra vez ayayai. El Lago de las Lágrimas se ha evaporado y Amarganz se ha quedado en seco. Nadie trabaja ya la delicada filigrana de plata. Queremos ser otra vez ayayai.

-¡No puedo! -respondió el muchacho-. No tengo ya poder en Fantasia.

-Entonces -vociferó toda la bandada dando vueltas en confusión-, ¡te llevaremos con nosotros!

Cientos de pequeñas manos lo cogieron, intentando elevarlo por los aires. El muchacho se defendió con todas sus fuerzas y las polillas volaron por todos lados. Pero, testarudas como avispas irritadas, volvían una y otra vez.

En medio de aquel clamor y griterío se oyó de pronto a lo lejos un sonido suave y, sin embargo, poderoso, que parecía el resonar de una campana de bronce.

Y, en un abrir y cerrar de ojos, los schlabuffos se dieron a la fuga, desapareciendo en el cielo como una bandada oscura.





El muchacho que no tenía ya nombre se arrodilló en la nieve. Ante él, reducida a polvo, estaba la imagen. Todo se había perdido. No había ya nada que pudiera enseñarle el camino del Agua de la Vida.

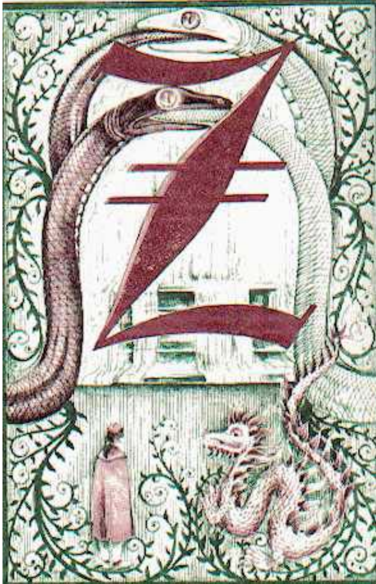
Cuando levantó la vista, vio borrosamente a través de sus lágrimas, a cierta distancia, dos figuras sobre la campiña nevada: una grande y otra pequeña. Se frotó los ojos y volvió a mirar.

Eran Fújur, el dragón blanco de la suerte, y Atreyu.





Las Aguas De La Vida



umbándole los oídos, el muchacho que no tenía ya nombre se puso en pie y dio unos pasos en dirección a Atreyu. Luego se detuvo. Atreyu no hizo nada: sólo lo miró atenta y serenamente. La herida de su pecho no sangraba ya.

Largo tiempo estuvieron así, frente a frente, sin que ninguno de los dos dijera nada. El silencio era tan grande que cada uno podía escuchar la respiración del otro.

Lentamente, el muchacho sin nombre cogió la cadena de oro que llevaba al cuello y se quitó ÁURYN. Se inclinó y puso la Alhaja cuidadosamente en la nieve, delante de Atreyu. Al hacerlo, contempló otra vez las dos serpientes, clara y oscura, que se mordían mutuamente la cola formando un óvalo. Luego dejó la Alhaja.

En aquel mismo instante, el resplandor dorado de ÁURYN se hizo tan desmesuradamente claro y radiante que, deslumbrado, Bastián tuvo que cerrar los ojos como si hubiera mirado al sol. Cuando los abrió otra vez, vio que estaba en un salón con una cúpula tan grande como la bóveda del cielo. Los sillares de la construcción eran de luz dorada. En medio de aquella estancia inconmensurable yacían, gigantescas como las murallas de una ciudad, las dos serpientes.

Atreyu, Fújur y el muchacho sin nombre estaban juntos en el lado de la cabeza de la serpiente negra, que tenía en sus fauces la cola de la serpiente blanca. El ojo inmóvil de la serpiente, de pupila vertical, estaba dirigido hacia los tres. En comparación con ella, hasta el dragón de la suerte parecía pequeño como una oruguita blanca.

Los gigantescos cuerpos inmóviles de las serpientes relucían como si fueran de un metal desconocido, negro como la noche el uno, blanco como la plata el otro, y la catástrofe que podían provocar sólo se evitaba porque, mutuamente, se mantenían sujetas. Si una de las dos se soltase, el mundo se hundiría. Eso era indudable.

Sin embargo, al sujetarse mutuamente, protegían también el Agua de la Vida. Porque en el centro de donde estaban murmuraba una enorme fuente, cuyo chorro bailaba subiendo y bajando y, al caer, hacía y deshacía miles de figuras, mucho más aprisa de lo que podían seguirlas los ojos. Las espumosas aguas se pulverizaban en una fina niebla, en la que la luz dorada se quebraba en todos los colores del arco iris. Era el hervir y alborotar y cantar y aplaudir y reír y gritar de mil voces jubilosas.




El muchacho sin nombre miraba sediento aquella agua... pero ¿cómo llegar hasta ella? La cabeza de la serpiente no se movía.

De repente, Fújur levantó la cabeza. Sus ojos de color rubí comenzaron a chispear.

-¿Entendéis lo que dicen las aguas? -preguntó.

-No -respondió Atreyu-. Yo no.

-No sé por qué -cuchicheó Fújur-, pero yo lo entiendo muy bien. Quizá porque soy un dragón de la suerte. Todos los lenguajes de la suerte están emparentados entre sí.

-¿Qué dicen las aguas? -preguntó Atreyu.

Fújur escuchó con atención y tradujo lentamente lo que oía, palabra por palabra:

«¡Nosotras, Aguas de Vida!
Fuente que a sí misma se debe
y fluye con más abundancia
cuanto más de sus aguas se bebe.«

Otra vez escuchó un rato y dijo:

-Continuamente repiten: «¡Bebe! ¡Bebe! ¡Haz lo que quieras!«

-¿Cómo podemos llegar hasta ellas? -preguntó Atreyu.

-Nos preguntan nuestro nombre -explicó Fújur.

-¡Yo soy Atreyu! -exclamó Atreyu.

-¡Yo soy Fújur! -dijo Fújur.

El muchacho sin nombre permaneció mudo.

Atreyu lo miró, y luego lo cogió de la mano y exclamó:

-Éste es Bastián Baltasar Bux.

-Preguntan -tradujo Fújur- por qué no habla él.

-No puede ya -dijo Atreyu-. Lo ha olvidado todo.

Fújur escuchó otra vez el murmurar y espumear.

-Sin recuerdos, dicen, no puede entrar. Las serpientes no lo dejarán.

-Yo lo he conservado todo -exclamó Atreyu-, todo lo que él me ha contado de sí y de su mundo. Yo respondo por él.





Fújur escuchó.

-Preguntan... con qué derecho.

-Soy su amigo -dijo Atreyu.

Otra vez pasó un rato mientras Fújur escuchaba atentamente.

-No parece estar muy claro si eso vale... -le susurró a Atreyu-. Ahora hablan de tu herida. Quieren saber cómo se produjo.

-Los dos teníamos razón -dijo Atreyu- y nos equivocamos los dos. Pero ahora Bastián ha dejado voluntariamente a ÁÜRYN.

Fújur escuchó y movió la cabeza afirmativamente.

-Sí -dijo-, dicen que vale. Este lugar es ÁURYN. Dicen que somos bienvenidos.

Atreyu miró la enorme cúpula de oro.

-Cada uno de nosotros -susurró- lo llevó al cuello... Hasta tú, Fújur, durante corto tiempo.

El dragón de la suerte le hizo señal de que callara y escuchó otra vez el canto de las aguas.

Luego tradujo:

-ÁURYN es la puerta que Bastián estaba buscando. La llevaba consigo desde el principio. Pero las serpientes, dicen las aguas, no permitirán que nada de Fantasia traspase el umbral. Por eso, Bastián tiene que renunciar o todo lo que le dio la Emperatriz Infantil. De otro modo, no podrá beber del Agua de la Vida.

-Pero si estamos en su signo... -exclamó Atreyu-. ¿No está ella también aquí?

-Dicen que aquí acaba el poder de la Hija de la Luna. Y ella es la única que no puede entrar jamás en este lugar. No puede penetrar en el interior del Fulgor porque no puede deshacerse de sí misma.

Atreyu calló confuso.

-Preguntan ahora -continuó Fújur- si Bastián está dispuesto.

-Sí -dijo Atreyu en voz alta-. Lo está.

En aquel momento, la gigantesca cabeza de la serpiente negra comenzó a levantarse lentamente, sin soltar por ello el extremo de la serpiente blanca que tenía en sus fauces. Los poderosos cuerpos se curvaron hasta formar una puerta, de la que una mitad era negra y la otra blanca.





Atreyu llevó a Bastián de la mano a través de la monstruosa puerta hasta la fuente, que ahora estaba ante ellos en toda su grandeza y esplendor. Y mientras se dirigían a ella, caían uno tras otro, a cada paso de Bastián, sus maravillosos dones fantásicos. El héroe hermoso, fuerte e intrépido se convirtió otra vez en un muchacho pequeño, gordo y apocado. Hasta su traje, que en el Minroud de Yor había quedado hecho harapos, desapareció y se deshizo por completo. De forma que Bastián quedó allí por fin, desnudo y solo ante el gran círculo dorado, de cuyo centro brotaban las Aguas de la Vida, altas como un árbol de cristal.

En aquel último segundo, en que ya no tenía ninguno de los dones fantásicos pero no había recuperado aún el recuerdo de su mundo y de sí mismo, Bastián pasó por una situación de inseguridad total, en la que no sabía ya a qué mundo pertenecía ni si él mismo existía de verdad.

Pero luego saltó sencillamente al agua cristalina, se sumergió en ella, resopló, salpicó y dejó que una lluvia de gotas centelleantes le corriera por la boca. Bebió y bebió hasta calmar su sed. Y la alegría lo llenó de la cabeza a los pies, alegría de vivir y alegría de ser él mismo. Porque ahora sabía otra vez quién era y de dónde era. Había nacido de nuevo. Y lo mejor era que quería ser precisamente quien era. Si hubiera tenido que elegir una posibilidad entre todas, no hubiera elegido ninguna otra. Porque ahora sabía: en el mundo hay miles y miles de formas de alegría, pero en el fondo todas son una sola: la alegría de poder amar. Eran aspectos de una misma cosa.

Tampoco más tarde, cuando hacía ya mucho tiempo que Bastián había vuelto a su mundo, cuando se hizo adulto y finalmente viejo, lo abandonó nunca del todo esa alegría. Hasta en los tiempos más difíciles de su vida le quedó una alegría que lo hacía sonreír y que consolaba a otros seres humanos.

-¡Atreyu! -le gritó a su amigo, que estaba con Fújur al borde del gran redondel dorado-. ¡Ven! ¡Ven! ¡Bebe! ¡Es estupendo!

Atreyu movió la cabeza riendo.

-No -contestó-, esta vez sólo hemos venido a acompañarte.

-¿Esta vez? -preguntó Bastián-. ¿Qué quieres decir?

Atreyu cambió una mirada con Fújur y dijo:

-Los dos estuvimos ya aquí. No reconocimos el sitio enseguida porque entonces nos trajeron dormidos y nos llevaron dormidos otra vez. Pero ahora lo hemos recordado.

Bastián salió del agua.

-Otra vez sé quién soy -dijo radiante.

-Sí -dijo Atreyu asintiendo-, ahora te reconozco de nuevo. Tienes el mismo aspecto que entonces, cuando te vi en la Puerta del Espejo Mágico.

Bastián miró las aguas espumosas y centelleantes.





-Quisiera llevar agua a mi padre -exclamó en medio del rugido-. Pero ¿cómo?

-No creo que sea posible -respondió Atreyu-. No se puede llevar nada a través del umbral de Fantasia.

-¡Bastián sí! -se hizo oír Fújur, cuya voz tenía otra vez todo su sonido de bronce-. ¡Él puede hacerlo!

-¡Eres un verdadero dragón de la suerte! -dijo Bastián.

Fújur le hizo señal de que callase y escuchó el murmullo de las mil voces.

Luego explicó:

-Las aguas dicen que ahora tienes que ponerte en camino y nosotros también.

-¿Cuál es mi camino? -preguntó Bastián.

-Por la otra puerta -tradujo Fújur-. Donde está la cabeza de la serpiente blanca.

-Está bien -dijo Bastián-. Pero ¿cómo podré salir? La cabeza blanca no se mueve.

Efectivamente, la cabeza de la serpiente blanca permanecía inmóvil. Tenía la cola de la serpiente negra en la boca y sus enormes ojos miraban fijamente a Bastián.

-Las aguas te preguntan -anunció Fújur- si has concluido todas las historias que comenzaste en Fantasía.

-No -dijo Bastián-. En realidad, ninguna.

Fújur escuchó un rato. Su rostro adoptó una expresión consternada.

-Dicen que, entonces, la serpiente blanca no te dejará pasar. Tendrás que volver a Fantasía y terminarlo todo.

-¿Todas las historias? -balbuceó Bastián-. Entonces no podré regresar nunca. Todo ha sido inútil.

Fújur escuchaba excitado.

-¿Qué dicen? -quiso saber Bastián.

-¡Silencio! -dijo Fújur.

Al cabo de un rato suspiró y explicó:

-Dicen que no hay nada que hacer, a no ser que haya alguien que haga por ti ese trabajo.

-Pero si las historias son innumerables -exclamó Bastián-, y en cada una aparece siempre otra. Una tarea así no puede acometerla nadie.

-Sí -dijo Atreyu-. Yo puedo.

Bastián lo miró sin habla. Luego se colgó de su cuello y balbuceó:

-¡Atreyu! ¡Atreyu! ¡Eso no lo olvidaré!

Atreyu sonrió.

-Está bien, Bastián. Y no te olvides tampoco de Fantasía.

Le dio una palmada fraternal en la espalda, y luego se volvió rápidamente y atravesó la puerta de la cabeza de la serpiente negra, que seguía curvada en alto como cuando entraron en el lugar.

-Fújur -dijo Bastián-. ¿Cómo podréis terminar nunca lo que os dejo?

El dragón blanco guiñó uno de sus ojos de color rubí y respondió:

-¡Con suerte, muchacho! ¡Con suerte!

Luego siguió a su señor y amigo.

Bastián los miró marcharse cuando cruzaron la puerta, de regreso a Fantasia. Los dos se volvieron una vez más y lo saludaron. Luego, la cabeza de la serpiente negra bajó hasta reposar de nuevo en el suelo. Bastián no pudo ver ya a Atreyu y a Fújur.

Ahora estaba solo.

Se volvió hacia la otra cabeza, la de la serpiente blanca, y vio que, al mismo tiempo, se había levantado y que los cuerpos de las serpientes se habían curvado formando una puerta, de la misma manera que habían hecho antes al otro lado.

Rápidamente cogió con las dos manos agua de las Aguas de la Vida y corrió hacia la puerta. Detrás estaba la oscuridad.

Bastián se precipitó en ella... y cayó en el vacío.

-¡Papá! -gritó-. ¡Papá! ¡Soy... Bastián... Baltasar... Bux!

-¡Papá! ¡Papá! ¡Soy... Bastián... Baltasar... Bux!

Todavía gritando, se encontró sin transición en el desván del colegio desde el que una vez, hacía mucho tiempo, había ido a Fantasía. No reconoció el lugar enseguida, y por las extrañas cosas que vio a su alrededor -los animales disecados, el esqueleto y los cuadros-, hasta estuvo un segundo inseguro de si seguía estando en Fantasia. Sin embargo, luego vio un mapa del colegio y un candelabro oxidado de siete brazos con las velas apagadas, y supo dónde estaba.





¿Cuánto tiempo podía haber pasado desde que comenzó su gran viaje por la Historia Interminable? ¿Semanas? ¿Meses? ¿Años quizá? Una vez había leído la historia de un hombre que había estado solo en una gruta encantada y, cuando volvió, habían pasado cien años y de todos los hombres que había conocido solo vivía uno, que entonces había sido un niño pequeño y ahora era viejísimo.

A través de la claraboya del techo entraba la luz pálida del día, pero no se podía saber si era por la mañana o por la tarde. En el desván hacía un frío penetrante, lo mismo que la noche en que Bastián se marchó de él.

Se deshizo del montón de polvorientas mantas militares bajo las que estaba echado, cogió sus zapatos y el abrigo y comprobó que estaban húmedos, como en aquel día en que llovió tanto.

Se puso las correas de la cartera por los hombros y buscó el libro que robó y con el que empezó todo. Estaba totalmente decidido a devolvérselo al antipático señor Koreander. Que lo castigara por su robo, que lo denunciara o que hiciera algo peor... Para alguien que había corrido unas aventuras como las de Bastián no era fácil encontrar nada que le causara miedo. Pero el libro no estaba allí.

Bastián buscó y rebuscó, revolvió las mantas y miró por todos los rincones. No sirvió de nada. La Historia Interminable había desaparecido.

«Está bien», se dijo Bastián finalmente, «entonces tendré que decirle que ha desaparecido. Desde luego, no me va a creer. Pero no puedo hacer nada. Que pase lo que pase. Pero, ¿quién sabe si se acordará aún después de tanto tiempo? A lo mejor ni siquiera existe la tienda...».

Eso lo sabría pronto porque, ante todo, tenía que salir del colegio. Si no conocía ya a los profesores y alumnos que se encontrase, sabría lo que le esperaba.

Pero cuando abrió la puerta del desván y bajó a los pasillos del colegio lo recibió un silencio total. En el edificio no parecía haber alma humana. Y, sin embargo, el reloj de la torre del colegio estaba dando precisamente las nueve. Por lo tanto, era por la mañana y hacía tiempo que debían haber comenzado las clases.

Bastián miró en algunas aulas, pero en todas partes reinaba el mismo vacío. Cuando se acercó a una ventana y miró abajo a la calle, vio andar a unas cuantas personas y circular automóviles. Por lo tanto, el mundo, al menos, no había muerto.

Bajó la escalera hasta la gran puerta de entrada e intentó abrirla, pero estaba cerrada. Se dirigió a la puerta tras la cual estaba la vivienda del portero, llamó al timbre y golpeó, pero no se movió nada.

Bastián reflexionó. No podía esperar a que, alguna vez, pudiera venir alguien. Quería ir a casa de su padre. Aunque el Agua de la Vida se le hubiera derramado.

¿Debía abrir una ventana y gritar hasta que alguien lo oyera y se ocupara de abrir la puerta? No, eso le parecía un tanto vergonzoso. Se le ocurrió que podía trepar por una





ventana. Las ventanas se abrían desde dentro. Pero las de la planta baja tenían todas rejas. Entonces pensó que, al mirar desde el primer piso a la calle, había visto un andamio. Evidentemente, estaban renovando el enlucido de una de las paredes exteriores del colegio.

Bastián subió otra vez al primer piso y se dirigió a la ventana. La abrió y salió afuera.

El andamio se componía sólo de vigas verticales, entre las cuales, a intervalos fijos, había tablas horizontales. Las tablas se balancearon con el peso de Bastián. Por un segundo sintió vértigo y tuvo miedo, pero los dominó. Para quien había sido Rey de Perelín, no había problemas... aunque no contara ya con aquellas fabulosas fuerzas físicas y el peso de su cuerpo gordo le causara alguna dificultad. Con prudencia y calma buscó asidero y apoyo para sus manos y pies y descendió por las vigas verticales. Una vez se clavó una astilla, pero aquellas menudencias no lo afectaban ya. Un tanto acalorado y jadeante, pero sano y salvo, llegó a la calle. Nadie lo había visto.

Bastián corrió hacia su casa. El estuche de lápices y los libros golpeaban al ritmo de sus pasos contra su cartera y le dio una punzada en el costado, pero siguió corriendo. Quería ver a su padre.

Cuando por fin llegó a la casa en que vivía, se quedó inmóvil un momento, mirando la ventana del laboratorio de su padre. Y entonces, de pronto, la angustia le oprimió el corazón, porque por primera vez se le ocurrió la idea de que su padre podía no estar ya allí.

Sin embargo, su padre estaba allí y, sin duda, debía de haberlo visto, porque cuando Bastián atravesó la puerta como un vendaval, vino corriendo a su encuentro. Abrió los brazos y Bastián se precipitó en ellos. Su padre lo levantó en alto y lo entró en la casa.

-Bastián, hijo -decía una y otra vez-, muchacho, chaval, ¿dónde has estado? ¿Qué te ha ocurrido?

Sólo cuando estuvieron sentados a la mesa de la cocina y el chico bebía leche caliente y comía panecillos que su padre le untaba cuidadosamente con abundante mantequilla y miel, se dio cuenta Bastián de lo pálido y delgado que era el rostro de su padre. Tenía los ojos enrojecidos y la barbilla sin afeitar. Sin embargo, por lo demás, su aspecto era el mismo que entonces, cuando Bastián se marchó. Bastián se lo dijo.

-¿Entonces? -preguntó su padre extrañado-. ¿Qué quieres decir?

-¿Cuánto tiempo he estado fuera?

-Desde ayer, Bastián. Desde que te fuiste al colegio. Cuando no volviste llamé al profesor y supe que no habías estado allí. Te he buscado todo el día y toda la noche, hijo. He avisado a la policía, porque me temía lo peor. Dios santo, Bastián, ¿qué te ha pasado? Casi me vuelvo loco de preocupación. ¿Dónde has estado?

Y entonces Bastián comenzó a contar lo que le había ocurrido. Lo contó muy detalladamente y tardó varias horas. Su padre lo escuchaba como nunca lo había escuchado. Comprendía lo que Bastián le contaba.





Hacia el mediodía lo interrumpió una vez, pero sólo para llamar a la policía y comunicarle que su hijo había vuelto y que todo estaba arreglado. Luego preparó la comida para los dos, y Bastián siguió contando. Era ya de noche cuando Bastián llegó en su relato hasta las Aguas de la Vida y contó cómo había querido traer agua a su padre y luego se le había derramado.

En la cocina era ya casi oscuro. El padre se sentaba inmóvil. Bastián se puso en pie y encendió la luz. Y entonces vio algo que nunca había visto antes.

Vio lágrimas en los ojos de su padre.

Y comprendió que, a pesar de todo, había podido traerle el Agua de la Vida.

Su padre, en silencio, lo atrajo hacia sí y lo abrazó, y los dos se hicieron mutuas caricias.

Después de estar sentados así largo rato, el padre respiró profundamente, miró a Bastián a la cara y empezó a sonreír. Era la sonrisa más feliz que Bastián le había visto nunca.

-Desde ahora -dijo el padre con una voz totalmente cambiada-, desde ahora todo será distinto entre nosotros, ¿no crees?

Y Bastián movió la cabeza afirmativamente. Tenía el corazón demasiado rebosante para hablar.

A la mañana siguiente había caído la primera nevada. Había nieve blanca y limpia en el quicio de la ventana del cuarto de Bastián. Todos los ruidos de la calle llegaban amortiguados.

-¿Sabes una cosa, Bastián? -dijo su padre de buen humor durante el desayuno-. Creo que los dos tenemos realmente todos los motivos del mundo para celebrarlo. Un día como hoy sólo se vive una vez en la vida... y muchos no lo viven jamás. Por eso te propongo que hagamos algo realmente estupendo. Yo no trabajo y tú no vas al colegio. Te escribiré una disculpa. ¿Qué te parece?

-¿Al colegio? -preguntó Bastián-. ¿Hay colegio aún? Ayer, cuando pasé por las aulas, no había alma humana. Ni el portero.

-¿Ayer? -respondió el padre-. Ayer era el primer domingo de Adviento, Bastián.

El muchacho revolvió pensativamente su cacao del desayuno. Luego dijo en voz baja:

-Creo que tardaré un poco en acostumbrarme otra vez del todo.

-Claro -dijo su padre asintiendo-, y por eso vamos a hacer fiesta los dos. ¿Qué es lo que más te gustaría? Podríamos hacer alguna excursión, o ir al zoológico... Al mediodía nos vamos a comer la mejor comida que se haya visto nunca. Por la tarde podemos ir de compras: lo que quieras. Y por la noche... ¿vamos al teatro?





Los ojos de Bastián brillaban. Luego dijo indeciso:

-Sin embargo, antes tengo que hacer otra cosa. Tengo que ir a ver al señor Koreander y decirle que le robé el libro y que lo he perdido.

El padre le cogió de la mano.

-Oye, Bastián: si quieres, puedo hacerlo por ti.

Bastián movió la cabeza.

-No -decidió-, es asunto mío. Quiero hacerlo yo mismo. Y lo mejor será que lo haga enseguida.

Se levantó y se puso el abrigo. El padre no dijo nada, pero en la mirada que lanzó a su hijo había sorpresa y respeto. El chico nunca se había portado antes así.

-Creo -dijo finalmente el padre- que yo también necesitaré algún tiempo para acostumbrarme a los cambios.

-Enseguida vuelvo -dijo Bastián, ya en el vestíbulo-. No tardaré mucho. Esta vez no.

Cuando estuvo ante la librería del señor Koreander, el valor lo abandonó otra vez. Miró al interior de la tienda por el cristal en que estaban las letras con arabescos. El señor Koreander tenía precisamente un cliente en aquel momento y Bastián prefirió esperar hasta que el cliente se hubiera ido. Empezó a andar arriba y abajo ante la librería del viejo. Otra vez comenzó a nevar.

Por fin salió el cliente de la tienda.

«¡Ahora!», se ordenó a sí mismo Bastián.

Pensó en cómo había afrontado a Graógraman en el Desierto de Colores de Goab. Decidido, levantó el picaporte. Detrás de la estantería que limitaba la oscura habitación por el otro extremo se oyó una tos. Bastián se aproximó y luego, un poco pálido pero serio y sereno, entró a donde estaba el señor Koreander, que se sentaba otra vez en su sillón de cuero gastado, lo mismo que en su primer encuentro.

Bastián guardó silencio. Había esperado que, rojo de cólera, el señor Koreander se lanzaría sobre él gritando «¡ladrón!», «¡criminal!» o algo parecido.

En lugar de ello, el viejo encendió ceremoniosamente su curvada pipa, contemplando mientras tanto al joven con los ojos entornados, a través de sus ridículas antiparras. Cuando la pipa se encendió por fin, el señor Koreander soltó unas bocanadas de humo insistentes y luego gruñó:

-Bueno, ¿qué pasa? ¿Qué quieres otra vez?

-Yo... -comenzó a decir Bastián atragantándose- le he robado un libro. Quería devolvérselo, pero no puede ser. Lo he perdido o, mejor dicho... En cualquier caso ya no





está.

El señor Koreander dejó de echar humo y se quitó la pipa de la boca.

-¿Qué libro? -preguntó.

-El libro que estaba leyendo usted cuando estuve aquí la última vez. Me lo llevé. Usted entró a hablar por teléfono y el libro se quedó en el sillón, de manera que, simplemente, me lo llevé.

-Vaya, vaya -dijo el señor Koreander carraspeando- Sin embargo, no me falta ningún libro. ¿Qué libro podía ser?

-Se titula La Historia Interminable -explicó Bastián-. Por fuera es de color cobre y brilla si se mueve de un Iado a otro. Tiene dos serpientes dibujadas, una clara y otra oscura, que se muerden la cola. Por dentro está impreso en dos colores... y tiene unas letras capitulares muy grandes y bonitas.

-¡Qué extraño! -dijo el señor Koreander-. Nunca he tenido un libro así. Por lo tanto, no puedes habérmelo robado. Quizá te lo hayas agenciado en otra parte.

-¡Qué va! -aseguró Bastián-. Tiene que acordarse usted. Es... -titubeó pero luego lo dijo-, es un libro mágico. Yo mismo entré en la Historia Interminable al leerlo, pero cuando salí otra vez el libro había desaparecido.

El señor Koreander observó a Bastián por encima de sus gafas.

-No me estarás tomando el pelo, ¿verdad?

-No -respondió Bastián casi estupefacto-, desde luego que no. Le estoy diciendo la verdad. ¡Usted debería saberlo!

El señor Koreander reflexionó un poco y luego sacudió la cabeza.

-Tienes que explicármelo todo mejor. Siéntate, muchacho. ¡Por favor, siéntate!

Señaló con el mango de la pipa el sillón que estaba frente al suyo. Bastián se sentó.

-Bueno -dijo el señor Koreander-: ahora cuénta-me lo que quiere decir todo eso. Pero despacio y por su orden, si me permites que te lo diga.

Y Bastián comenzó a contar.

No lo hizo tan detalladamente como en casa de su padre, pero como el señor Koreander mostraba cada vez más interés y quería saber más detalles, pasaron más de dos horas antes de que terminara.

Quién sabe por qué pero, de forma curiosa, no fueron molestados por ningún cliente durante todo aquel tiempo. Cuando Bastián terminó su relato, el señor Koreander chupó largo tiempo su pipa ensimismado. Parecía sumido en profundos pensamientos.





Finalmente carraspeó otra vez, se puso derechas las antiparras, miró a Bastián un rato inquisitivamente y luego dijo:

-Una cosa es segura: tú no me has robado ese libro porque no me pertenece a mí ni te pertenece a ti, sino a algún otro. Si no me equivoco, procede de Fantasia misma. Quién sabe, quizá precisamente en este momento alguien lo tendrá en sus manos y lo estará leyendo.

-Entonces, ¿me cree usted? -preguntó Bastián.

-Naturalmente -respondió el señor Koreander-. Cualquier persona sensata te creería.

-A decir verdad -dijo Bastián-, no había contado con ello.

-Hay seres humanos que no pueden ir a Fantasia -dijo el señor Koreander-, y los hay que pueden pero se quedan para siempre allí. Y luego hay algunos que van a Fantasia y regresan. Como tú. Y que devuelven la salud a ambos mundos.

-Bueno -dijo Bastián, poniéndose un poco colorado-, realmente no hice nada. Estuvo en un tris el que no volviera. Si no hubiera sido por Atreyu, ahora estaría con toda seguridad en la Ciudad de los Antiguos Emperadores.

El señor Koreander asintió y fumó ensimismado.

-Sssí -rezongó-, tú tienes la suerte de tener un amigo en Fantasia. Eso, bien lo sabe Dios, no lo tienen todos.

-Señor Koreander -preguntó Bastián-, ¿cómo sabe usted todo eso?... Quiero decir... ¿estuvo alguna vez en Fantasia?

-Naturalmente -dijo el señor Koreander.

-Pero entonces -dijo Bastián-, ¡tiene que conocer a la Hija de la Luna!

-Sí, conozco a la Emperatriz Infantil -dijo el señor Koreander-, pero no por ese nombre. Yo la llamé de otro modo. Pero eso no importa.

-¡Y tiene que conocer también el libro! -exclamó Bastián-. ¡Ha leído La Historía Interminable!

El señor Koreander movió la cabeza.

-Toda historia es una Historia Interminable. -Dejó vagar la mirada sobre sus muchos libros, que llegaban por las paredes hasta el techo, y luego, señalando con el mango de la pipa, continuó:

-Hay muchas puertas para ir a Fantasia, muchacho. Y hay todavía más libros mágicos. Muchos no se dan cuenta. Todo depende de quién coge uno de esos libros.

-Entonces, la Historia Interminable, ¿es distinta para cada uno?





-Eso es lo que quería decir -repuso el señor Koreander-. Además, no sólo hay libros sino también otras posibilidades de ir a Fantasia y volver. Ya te darás cuenta.

-¿Usted cree? -preguntó Bastián esperanzado- Pero entonces tendría que encontrar otra vez a la Hija de la Luna, y sólo se la encuentra una vez.

El señor Koreander se inclinó y bajó la voz.

-¡Deja que te diga algo un viejo y experimentado viajero de Fantasia, muchacho! Es un secreto que nadie quiere saber allí. Si piensas en ello, también tú comprenderás por qué. No puedes ver otra vez a la Hija de la Luna, eso es verdad... mientras sea la Hija de la Luna. Pero si puedes darle otro nombre la volverás a ver. Y cada vez que lo consigas será de nuevo la primera y la única vez.

En el rostro de perro de presa del señor Koreander hubo por un instante un débil resplandor que lo hizo parecer joven y casi guapo.

-¡Gracias, señor Koreander! -dijo Bastián.

-Soy yo quien tiene que darte las gracias, muchacho -respondió el señor Koreander-. Me gustaría que de vez en cuando te dejaras caer por aquí para que intercambiásemos experiencias. No hay tanta gente con la que se pueda hablar de esas cosas.

Le tendió la mano a Bastián.

-¿De acuerdo?

-Con mucho gusto -dijo Bastián estrechándosela-. Ahora tengo que irme. Mi padre me espera. Pero volveré pronto.

El señor Koreander lo acompañó hasta la puerta. Cuando salió, Bastián vio, a través del letrero invertido del cristal, que su padre lo esperaba al otro lado de la calle. El rostro de su padre resplandecía.

Bastián abrió con fuerza la puerta, con lo que el racimo de campanillas de latón se puso a repiquetear locamente, y corrió hacia aquel resplandor.

El señor Koreander cerró la puerta con cuidado y los siguió con la vista.

-Bastián Baltasar Bux -gruñó-: si no me equivoco, les vas a enseñar a muchos el camino de Fantasia para que puedan traernos el Agua de la Vida.

Y el señor Koreander no se equivocaba.

Pero ésa es otra historia y debe ser contada en otra ocasión.

POR ENDE...